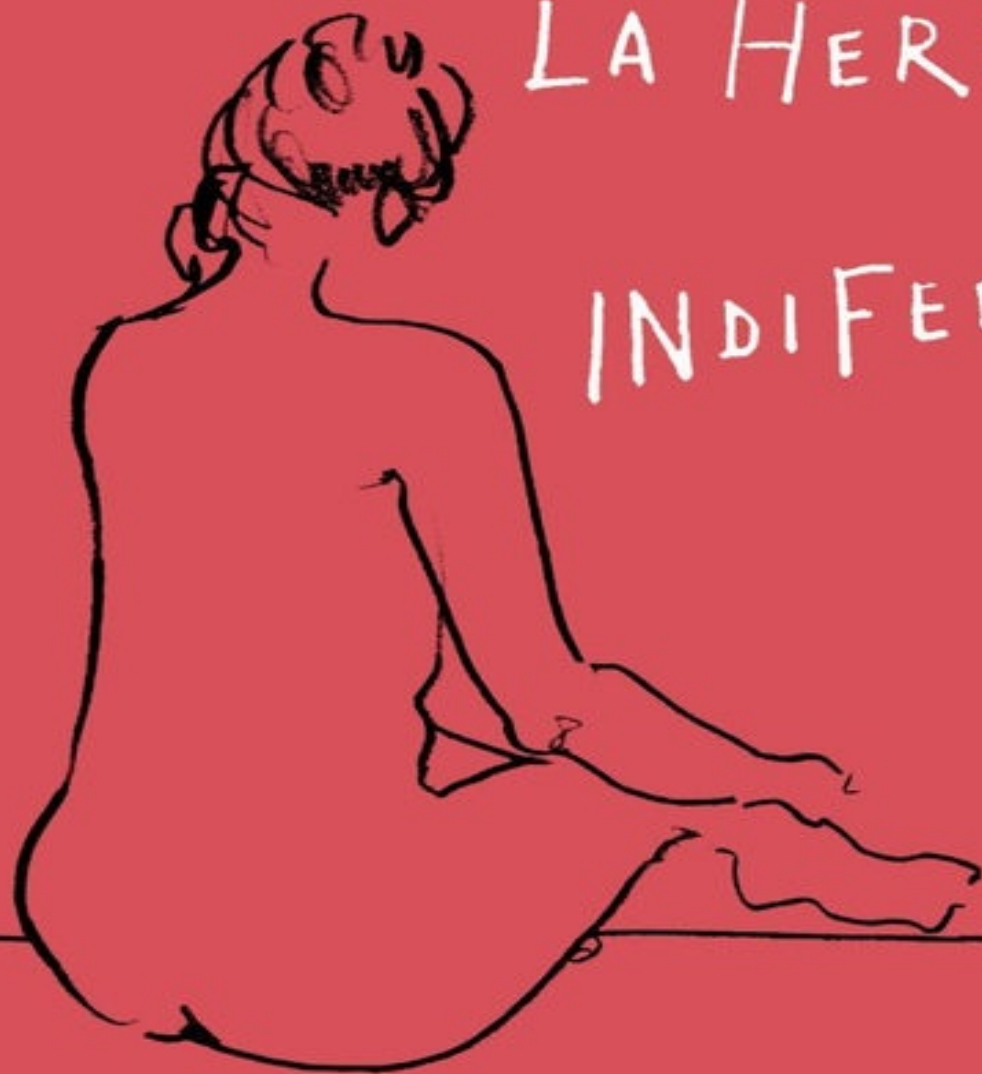


MADAME ZERO Y

LA HERMOSA

INDIFERENCIA



Sarah Hall

alianza Literaria

Sarah Hall

Madame Zero y la hermosa indiferencia

Traducido del inglés por Catalina Martínez Muñoz

Alianza editorial

Índice

Señora Fox
Quirófano 6
El río de la larga noche
La hermosa indiferencia
Estudio de caso 2
Perfume de carnicero
Buenas noches a nadie
La Agencia
Abejas
Más tarde, su fantasma
Ella mató a aquel hombre mortal
Wilderness
La hora del placer
Evie
Una de cada cuatro
Vuotjärvi

Agradecimientos

Créditos

Cuanto más claramente ve uno este mundo, más
necesidad siente de fingir que no existe.

JAMES SALTER

Señora Fox

QUE ÉL QUIERE a su mujer es indudable. Cuando está en el trabajo, se pasa el día deseando verla. En el tren, de vuelta a casa, va leyendo, mirando las estaciones de los pueblos de la periferia, el terreno robado por las urbanizaciones, las franjas de tierra de aspecto mineral y los penachos de las nubes. Se la imagina dejando caer el albornoz mientras cruza el dormitorio. Normalmente él llega primero, cuando ella aún está en el coche, volviendo de la oficina. Se sirve una copa y se reclina en el sofá. Cuando se abre la puerta, se excita. Hace un esfuerzo para esperar a que ella entre, lo vea y le cuente cómo le ha ido el día, pero no tiene paciencia. Ha entrado en la cocina y está quitándose el abrigo y los zapatos. Su silueta, su fragancia con aroma a rosa marchita.

Hola, cariño, dice al verlo.

La forma de sus ojos, casi persas, aunque es inglesa. Su cintura y sus caderas debajo de la falda azul. Observa sus movimientos, al fregadero, a la mesa, a la silla en la que se sienta, despacio, con gracia femenina.

Por debajo del hoyuelo del cuello, entre el escote de la blusa, gotea una delicada cadena de oro en la que lleva colgado el anillo de boda.

Hola.

Se inclina para darle un beso, con las manos en los bolsillos. Un placer tan sencillo: es suya y puede besarla. Uno de los dos prepara la cena: esto es el mundo moderno y los dos son capaces, los dos están ocupados. Cenar y a veces toman vino. Hablan o escuchan música; nada especial. Todavía no tienen hijos.

Después suben y se preparan para irse a la cama. Él se lava la cara y hace pis. Le gusta conservar las huellas del día en el cuerpo. No se pone nada para dormir. Ella tampoco, pero se ha duchado, y el pelo del color del trigo se vuelve más oscuro ahora que está húmedo. Tiene una piel suavísima, sin ondulaciones en las nalgas. El vello púbico se endurece cuando se seca, cruje al rozarlo con la mano, contrasta con lo que hay dentro. Un misterio que él quiere resolver todas las noches. Tienen posturas preferidas que les hacen sentirse y parecer distintos uno para el otro. El truco está en separarse un poco. El truco está en saber morder y

hablar con una voz que no es la propia. Cuando terminan, ella va al cuarto de baño, se lava y vuelve a la cama. Él duerme de maravilla, sin soñar.

Naturalmente, eso no es verdad. Ningún hombre está completamente satisfecho. Se distrae con pensamientos eróticos y a veces se irrita con ella. No paga las facturas a tiempo. Es desordenada en el cuarto de baño, y él tiene que recoger a diario los montones de toallas húmedas. A veces consume pornografía, cuando está de viaje por asuntos de trabajo. Fantasea con otras mujeres: unas se parecen a antiguas novias, otras a ella. Si ve una mujer que lo excita, en el trabajo o en el tren, piensa en la alternativa, en el recambio. Pero cuando estos momentos se esfuman y vuelve a la realidad, siente un miedo de vértigo, se imagina que la pierde y se da cuenta de lo importante que es para él. Es la ausencia lo que define la importancia de las cosas.

Y ¿qué hay de esta mujer? En cierto modo es imposible conocerla, como sucede con todas las mujeres inteligentes. Su esencia es variable, aunque eso no significa que sea calculadora: simplemente intenta sobrevivir. Le ha sido infiel una sola vez. Es una mujer deseable, pero los encantos sexuales no bastan para despertar adoración. Algo que le ocurrió en la infancia la ha convertido en una persona reservada. No tiene exigencias románticas, no reclama seguridad, y él la adora por eso. El que menos quiere es siempre el que recibe más amor. Después de lavarse, cuando vuelve a la cama con él, tiene sueños subterráneos, sueña con bosques, madrigueras y pasadizos oscuros, raíces y tierra. En el bolso, con el maquillaje y el dinero, lleva una pelotita morada. Es un objeto inútil, pero se empeña en conservarlo, nadie sabe por qué. Se llama Sophia.

Viven en una casa moderna, en un pueblo de los alrededores de la ciudad. Los colores de la casa son como los de la tierra cultivada: verde col, marrón, lino. Ángulos duros, superficies alargadas, cajones invisibles que se cierran con suavidad. La hipoteca es alta. Han invertido en ladrillo, en la idea del hogar. Los jueves viene a limpiar la asistenta. Las casas de la zona son parecidas: de nueva construcción, en pleno campo, en lo que antes eran brezales.

UNA MAÑANA, CUANDO se levanta, ve a su mujer vomitando en el váter. Está arrodillada, dando arcadas, pero no expulsa nada. Está agarrada a la taza. Cuando se inclina hacia delante, las muescas de la columna se desplazan hacia arriba por debajo de la piel. La protuberancia de los huesos, la boca muy abierta y los chasquidos de la garganta crean una escena desconcertante. Su mujer nunca

se pone enferma. Le apoya una mano en el hombro.

¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

Ella se vuelve a mirarlo. Tiene los ojos brillantes, febriles, y un brillo cobrizo en la piel. Dice que no con la cabeza. El malestar ha pasado. Cierra la tapa del váter, tira de la cadena y se incorpora. Se inclina sobre el lavabo y bebe directamente del grifo, a tragos largos, no a sorbitos. Se seca la boca con una toalla.

Estoy bien.

Posa la mano un momento en el pecho de él y vuelve al dormitorio. Empieza a vestirse, se sube la cremallera de la falda, acomoda los talones en los zapatos.

No voy a desayunar. Tomaré algo después. Nos vemos esta noche.

Se despide de él con un beso. Tiene el aliento ligeramente agrio. Él oye el portazo de la puerta y el ruido del motor del coche. Su mujer es de constitución fuerte. Pocas veces tiene que quedarse en la cama. El año en que se conocieron tuvieron que extirparle un bulto. Le abrieron el abdomen, y ese mismo día se levantó y estuvo paseando por los pasillos del hospital. Va a la cocina y se prepara un huevo. Después sale a trabajar.

Empieza a darle vueltas a lo que ha pasado y se va preocupando a lo largo del día. Pero esa tarde, cuando vuelven a casa, todo presagia cosas buenas. Ella se encuentra bien, incluso está radiante: ha firmado un contrato para la venta de un edificio de oficinas satélite. Ya no tiene ese color verdoso en la piel. Lleva el pelo suelto sobre los hombros. Lo acerca, tirando de la corbata.

Gracias por ser tan cariñoso esta mañana.

Se besan. Él se tranquiliza, aunque no sabe por qué se ha preocupado. Le saca la blusa y desliza los dedos por debajo de la cinturilla de la falda. Ella parece estar dispuesta. Suben y se desnudan uno al otro. Se agacha delante de ella. Una franja de pelo ancha, sin depilar, le cubre la parte superior de los muslos. El sabor le recuerda a un río. Tardan más de lo habitual. Él se debate entre el inmenso placer del clímax y el aplazamiento. Ella no se corre, pero está fogosa. Al final, él no puede aguantar más.

Cenan tarde —cereales en la cama— y derraman la leche de los cuencos, como niños. Se ríen de esta pequeña aventura doméstica, como si acabaran de conocerse.

Mañana empieza el fin de semana y el tiempo se convierte en un lujo. Pero ella no se queda durmiendo hasta tarde, como de costumbre. Cuando él se despierta, su mujer ya se ha levantado y está en el baño. Oye el ruido del agua

mezclado con otro: una especie de grito ahogado con el que se expresa el dolor de una quemadura o un corte, un grito como el de un pájaro, aunque más fuerte. Lo oye una vez, dos veces. ¿Está enferma otra vez? Llama a la puerta.

¿Sophia?

No contesta. Es una mujer celosa de su intimidad y lo que pueda pasarle solo es asunto suyo. Quizá esté incubando una gripe. Se va a la cocina para hacer café. Ella no tarda en bajar. Se ha lavado y vestido, pero no tiene buen aspecto. Está demacrada, tiene la cara contraída y unas ojeras muy oscuras, como si hubiera pasado mala noche.

Pobrecilla, dice él. ¿Qué te apetece hacer hoy? Podemos quedarnos tranquilamente en casa si no te encuentras bien.

Quiero dar un paseo, dice ella. Me apetece tomar el aire.

Le prepara una tostada pero ella apenas da dos bocados y deja en el plato lo que ha masticado, un montoncito mojado y marrón. No para de mirar por la ventana.

¿Quieres que salgamos a pasear ya?, le pregunta.

Ella asiente con la cabeza y se levanta. En la puerta de atrás, se calza unas botas de cuero, se pone una cazadora y una bufanda amarilla y espera con impaciencia mientras él encuentra el chaquetón. Echan a andar por el callejón sin salida, rodeado de casas del color del brezo, y pasan por delante de donde juegan los niños, al final de la calle, por el foso de hormigón con montículos cónicos donde patinan. Aún es temprano y no hay nadie. Se presiente la escarcha en los aleros que miran al norte. Un tenue sol de octubre ha comenzado su tarea bajo el velo de niebla de la mañana. Cruzan la puerta que da al campo y se adentran entre los árboles diminutos: fresnos jóvenes que han plantado hace poco, alrededor de los bosques más antiguos. A unos tres kilómetros, al otro lado del brezal, en dirección a la ciudad, las excavadoras están nivelando el terreno para ampliar las carreteras.

Sophia va deprisa por el camino de tierra, quizá intenta desprenderse del virus, de la enfermedad, de lo que está alterando su organismo. El camino sube y baja, entregado a un juego indulgente. Hay helechos y matas de yerba, ramitas cruzadas, despojos de hojas, frágiles recuerdos del ajo silvestre y las flores del verano. En el centro del campo sobreviven algunos árboles más viejos, con las ramas pesadas, la corteza pelada y los troncos cubiertos de líquenes anaranjados. Los pájaros entran y salen como flechas entre los matorrales. La luz atraviesa el aire: una luz dorada, terrenal, aunque con un toque sagrado.

Sigue adelante. No hablan pero van juntos, en un silencio cordial. Él se permite distraerse un rato con pensamientos irracionales: su mujer tiene un cáncer indescifrable y voluble que acabará consumiéndola; el dolor será una condena y él la velará en las horas fatídicas sin separarse de su cama. Vivir sin ella será espantoso. El recuerdo será como una herida para él. Pero ve que anda con paso firme, va por delante de él, y sabe que está en forma y sana. Mueve el cuerpo con energía. Entonces, ¿qué le pasa? ¿No es feliz? ¿Tiene algún conflicto? No se atreve a preguntar.

Los bosques empiezan a espesarse: robles y abedules. Un arrendajo atraviesa volando los matorrales y se posa en la tierra, cerca de él: admira el color azul primario de las alas antes de que empiece a sacudirlas. Sophia vuelve la cabeza bruscamente y sigue al pájaro con la mirada. Corrige el paso y empieza a andar de una manera extraña, de puntillas, con las rodillas flexionadas y los talones levantados. Después se inclina hacia delante, en una posición tensa y forzada, y echa a correr. Corre con todas sus fuerzas. Levanta terrones de turba y llamaradas de hojas con los pies. Le brilla el pelo, que adquiere un tono amoratado bajo el sol de cromo. Va a toda velocidad, como si la persiguieran.

¡Eh!, la llama. ¡Eh! ¡Para! ¿Adónde vas?

Ella afloja el ritmo y se detiene a unos cincuenta metros. Se agacha en el camino, mientras él se acerca deprisa, y sacude el cuerpo para intentar quedarse quieta. La alcanza.

¿A qué ha venido eso, cariño?

Ella vuelve la cabeza y sonrío. Le pasa algo en la cara. La escultura de los huesos no es la misma. Tiene los labios finos y la nariz como una hoja de acero oscura. Los dientes amarillos y pequeños. Las pestañas que enmarcan los ojos del color de la avellana se han vuelto más densas y las cejas parecen más juntas: tiene una expresión que él no ha visto nunca, una mirada casi suplicante. Es un truco de la luz de esta mañana de otoño en Inglaterra que deforma las cosas. El color profundo de las sombras que proyectan las copas de los árboles. Parpadea. Ve que ella vuelve a mirar al bosque. Se inclina, apoya las manos en el suelo y levanta el trasero. Se ha quitado las botas y se aleja. De nuevo echa a correr, a cuatro patas, más pegada a la tierra, más veloz y más elegante. Corre y se vuelve cada vez más pequeña, corre y se vuelve cada vez más pequeña, corre a la luz del sol enrojecido, con el pelo teñido de rojo y la cazadora caída; su cuerpo y su piel roja se relajan poco a poco. Corre. De su espalda cuelga de repente una cosa impúdica, con la punta blanca. La bufanda amarilla se arrastra por el brezo. Se

desprende de todo vestigio.

Se detiene, al alcance de su voz, no vaya él a quedarse mudo. Vuelve la cabeza por encima del hombro. Los ojos color topacio. La cara chamuscada. Una raposa.

La luz de octubre no es menos traicionera que cualquier otra. Cantan los pájaros. Se marchitan las plantas. La luna, pálida y sesgada en el horizonte, se está poniendo. Todo sigue su curso, lento o veloz. Observa a la zorra que está en el camino, delante de él. Su mujer echará a andar en cualquier momento entre las matas. Saldrá arrastrándose del nódulo de helechos enmarañados. Se rendirá ante los matojos que tanto parecen atraerla. Qué cosa tan rara, susurrará, señalando el camino.

En esto piensa, parado bajo el sol de la mañana, y se resiste a creerlo. Los insectos pasan de tallo en tallo. La brisa susurra entre los árboles.

En el camino hay una criatura brillante que lo está mirando; no se mueve, no se asusta, no huye. No. Da media vuelta y levanta la cola a un lado como un cetro en llamas. Tiene las extremidades esbeltas y el hocico fino. Una franja blanca de la mandíbula al pecho. La cabeza adelantada y baja, como si mirara hacia el futuro por encima de la tierra. Está perplejo, atrapado en pensamientos inútiles, lo niega, se asusta, hasta que una voz solitaria atraviesa el caos. Lo has visto, lo has visto, lo has visto. Pronuncia las palabras a medias, nada tiene sentido. Y entonces, ella se acerca trotando por el camino, como un perro que vuelve con su amo.

Instinto y valor. Mil proyectos salvajes. ¿No debería huir a las fronteras, ahuyentar a patadas ese mundo creado por el hombre? Viene hacia él, con un cuerpo evasivo y atlético y unas piernas elegantes con calcetines negros. Hace un momento era Sophia. Se queda quieto. Su diálogo mental se interrumpe. La ve sentarse a sus pies, con la cola erguida. Las orejas sublimes, formidables. Los ojos del mismo color que el pelaje. Se arrodilla y, con una ternura exquisita, le acaricia el cuello, que sería suave si el pelo no estuviera cubierto por una fina capa de grasa.

¿Qué puede decidirse en un momento sin cuestionar toda una vida? Recoge la cazadora de los arbustos. Se la echa por encima con cuidado —ella no se resiste—, le pasa los brazos despacio por debajo del cuerpo y la levanta. Tiene el peso de un mamífero mediano. Huele a almizcle, a glándulas y, levísimamente, a su perfume de rosa sucia.

Sigue sin haber nadie por los bosques y el manto de hierba, aunque pronto

aparecerán los perros, tirando de la correa, parejas mayores y niños correteando. Echa a andar con su zorra en brazos. El resplandor que irradia se escapa por los bordes de la cazadora, como si llevara un fuego envuelto en ella. Le asombra el calor que nota en el pecho, porque su mujer siempre tiene las manos y los pies fríos. Está tranquila: no forcejea, y él la transporta como un sacrificio, una Pietà del bosque.

Más de medio kilómetro sin que nadie los vea. Pasa por delante de los fresnos jóvenes, por la puerta del parque, al lado del foso de hormigón donde una chica está ensayando trucos con la tabla, practicando antes de que lleguen los chicos, con la mirada puesta entre las ruedas delanteras. Ya están ahí las casas —nuevas, flamantes, sin chimeneas, con los garajes cerrados— y tiene que atravesar el paisaje desolado de los barrios residenciales, aterrado por la idea de que puedan abrir la puerta, levantar las persianas, de verse expuesto. Oye el portazo de un coche. Ella se remueve entre sus brazos y la sujeta con más fuerza. Al doblar la esquina, finge no ver al vecino distraído que está empujando un cubo de basura. Sigue por la acera hasta el número 34. Siente cada vez más el peso de ella y se le adormecen los músculos. La empuja para sujetarla en el hueco del codo izquierdo y busca a tientas las llaves en el bolsillo de los pantalones; se le caen y se agacha. Ella, quizá pensando que va a soltarla, se mueve e intenta levantarse, pero sigue sujetándola con el brazo dolorido, recoge las llaves de las baldosas, abre la puerta y entra. Después cierra la puerta y se aísla del mundo exterior.

Las fuerzas del rescate lo abandonan de pronto. Le fallan los brazos. Ella lo nota y salta, clavándole las garras traseras en el antebrazo. Caen de pie en la alfombra. Se queda quieta unos segundos, se sacude y va directamente a la cocina, sin necesidad de investigar, y se sube de un salto a una silla arrimada a la mesa. Como si ahora, después del paseo y purgada de la enfermedad de su condición humana, estuviera preparada para desayunar.

ESTAS PRIMERAS HORAS con su nueva mujer transcurren no con asombro, no con confusión o ganas de huir, sino con una especie de profundo discernimiento. Ella ocupa la casa a su antojo, como siempre. La sigue para asegurarse de que no se ha esfumado, para asegurarse de que está lúcido. La evidencia es espectacular. Puede acercarse a ella. Puede tocarle el cogote, acariciarle por debajo de la esbelta mandíbula, casi con barba, y las almohadillas de las patas, tan sensibles que ella se estremece. Examina su forma como un amante curioso. El pelaje

exquisito, como fraguado en un crisol de paisajes ígneos y rojizos. Las garras fieras con las que le ha arañado el brazo: rubias y negras, en forma de media luna. Las orejas triangulares y forradas de blanco, protegidas por unos pelos oscuros y muy largos. La curvatura de las patas traseras; los muslos, carnosos y bien modelados, ligeramente parecidos a los de una mujer en cuclillas. Observar distintas partes, los detalles. Los ojos, vistos de cerca, tienen el color cetrino del broche eduardiano que él le regaló por su cumpleaños.

Le habla en voz baja, la consuela diciendo cosas que quizá le gustaría oír. Lo siento. Todo se arreglará. Pero el día se ha echado a perder. Ella pasa la mayor parte del tiempo dormida. Acostada en el suelo, hecha un ovillo. Le tiemblan las costillas. Al atardecer, él intenta comer algo, pero no puede. La coge en brazos y la lleva a la cama. Ella cambia de postura y vuelve a cerrar los ojos. Se acuesta a su lado con cuidado. Le pone una mano en el costado, en la zona más roja. El tacto de la panza es delicado y suave, como el tejido de las cicatrices; palpa los bultos de las tetillas por debajo de la piel. Desprende un olor fuerte: a humo, sexual.

Sophia, le dice en voz baja, no te preocupes. Pero ve, angustiado, que ella no parece preocupada.

Cierra los ojos. El sueño, el remedio de toda catástrofe, quizá le brinde un poco de alivio, puede que incluso produzca un cambio radical.

Cuando se despierta, con la tenue floración lunar de la farola en el dormitorio, ella no está. Se levanta y recorre la casa, desesperado, como si buscara una bomba. Ningún sueño podría ser tan convincente. Baja corriendo y al llegar a los pies de las escaleras pisa algo que parece una costra pero luego cede. Sigue su búsqueda rápidamente. Llama a su mujer, y su nombre le suena cada vez más falso.

La ve subida en la mesa de la cocina: una silueta inconfundible, una estampa salvaje. Está mirando por las cristaleras, hacia el jardín, hacia el mundo nocturno. ¿Qué extrañas visiones estará viendo? Las lentes de los ojos de las lechuzas, rastros luminosos en la hierba o murciélagos que gritan en el césped. El olor truculento de lo que ha pisado le llega a la nariz. Se limpia el pie en la alfombra. Se sienta delante de la mesa, con la cabeza entre las manos. Ella sigue observando el jardín.

DOMINGO. LUNES. RECIBE y devuelve llamadas de su trabajo y el de ella.

Consigue mentir con convicción y pide unos días de permiso. No hay leche. Desayuna un té negro. Se toma una sopa fría y un mendrugo de pan rancio. Pone cuencos de agua en el suelo de la cocina, pero a ella no parece gustarle la pureza o el cloro. Se pasa horas sentado, pensando, en silencio: cuando habla, las palabras le parecen absurdas. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué? No es capaz de encontrar una explicación racional. Ella está en casa —una masa de color vivo, una criatura hermosa y astuta—, pero se siente cada vez más solo. No la deja salir, aunque parezca cruel, aunque nota que ella parece especialmente atenta a puertas y ventanas, a las pequeñas corrientes de aire que llegan de fuera y puede olfatear. La ve olisqueando el burlete, arañando el marco con las zarpas. Si todo sigue igual, piensa, irá al médico, o la llevará al veterinario: uno de los dos descubrirá la verdad, la locura. Pero, ¿cómo va a hacer eso?

Se sobresalta al oír el chasquido de una llave en la puerta principal. Estaba tendido en el suelo, desnudo, mientras ella patrullaba. Es Esmé, la asistenta. Hoy es jueves. Las nueve de la mañana. Se pone un albornoz, baja corriendo y la sorprende justo cuando está entrando en el vestíbulo y dejando una bolsa en el suelo, con la puerta entreabierta.

No, grita. ¡No! Váyase. Tiene que irse.

La sujeta del hombro y la empuja hacia la puerta. La mujer lanza un grito de horror al ver cómo la está tratando. Él nunca está en casa cuando viene a limpiar: lo único que sabe de él es que le deja el dinero encima de la mesa, su nombre, por las cartas que recoge del felpudo y les deja en la encimera; es su mujer quien habla siempre con ella por teléfono. Apenas lo reconoce y, por unos momentos, lo toma por un intruso.

¿Qué? ¿Qué? Quíteme las manos de encima. Le voy a...

Él se da cuenta de que está asustada porque un hombre despeinado y en albornoz la está inmovilizando. Ordena las ideas y le suelta el brazo.

No limpie esta semana, Esmé. Tenemos un virus horrible. Es muy contagioso. No quiero que se contagie.

Está pálido, alterado, pero no parece enfermo.

¿Sophia también lo tiene?

Sí.

¿Necesita algo? Puedo ir a la farmacia.

Ya la estoy cuidando yo. Gracias. Por favor...

Le indica que se vaya. Le señala el camino. Esmé recoge su bolsa y se marcha. Cierra la puerta y se asoma a mirar por la ventana del vestíbulo. La

asistente mira hacia el dormitorio, frunce el ceño y echa a andar hacia el coche, pequeño y azul. Sube al coche y se va. Al apartarse de la ventana, ve a la zorra en el rellano de la escalera.

Ese día, más tarde, tenso y angustiado, sale de casa y va a la biblioteca. Investiga sobre el mundo de la locura. *Folie à deux*. Delirio impostor. Cotard. Síndrome de Capgras. Madame Zero. Posesividad y las relaciones del yo. Pero ¿es ella o es él quien se ha perdido? Luego: Transmogrificación. Fabulaciones. Necesita encontrar una explicación, una razón, una definición... Vuelve a casa con varios libros de medicina y un ejemplar pequeño, amarillento, de los años veinte. Hay muy poca correlación con el mito. Él no es un amante despechado. Lo más inquietante es ese elemento que se repite en todos los casos: un acto de la voluntad.

Todo sigue igual. Entra en una habitación y al principio no la ve subida en el armario, o en el alféizar de la ventana, o en la balda corrediza de la despensa, que se ha dejado abierta. Está muy quieta, y es fácil pasarla por alto como sucede con los animales salvajes, hasta que por fin enfoca su silueta agreste. Se sorprende cada vez que la ve de cerca: ha traído a casa un ser de otro reino. Ella duerme. Duerme trazando un círculo perfecto, con la cola metida debajo del hocico. No duerme en la cama, donde él sigue intentando acostarla, sino en una silla o en el rincón de la despensa. Aunque la casa está bien caldeada, busca siempre los sitios más calientes: el asiento del que él acaba de levantarse, el hueco de debajo de la caldera. Limpia los excrementos negros y retorcidos que va encontrando por la casa, casi sin olor ya, y procura soportar el asco. Si fuéramos mayores, piensa, si tuviera que cuidar de ella... Le deja platos con comida en el suelo: pan mojado en leche, pollo guisado, cosas inofensivas que ella investiga, prueba, pero nunca se termina. En esos momentos, lo mira, con las cejas arqueadas y una expresión altiva, insatisfecha. No es capaz de interpretar qué quiere: quiere la comida cruda. Se pone a parpadear cuando ve a los pájaros en el jardín. Sigue calculando, a pesar de que está atrapada detrás del cristal. La métrica de la caza.

Harto de humillaciones, compra una lata de comida para perros y sirve la carne gelatinosa en un plato de porcelana. Ella la rechaza. Se relame y sale de la cocina al trote. Ha dejado una mancha oscura de saliva en el suelo de pizarra, muy caro, donde ha estado comiendo algo; puede que una araña.

Ya no puede hablar con ella. No le entiende, y a él mismo su voz le suena como una cacofonía ridícula. No parece dispuesta a seguir allí mucho más

tiempo. Merodea, olisquea la puerta trasera. Quiere lo que está fuera, empieza a impacientarse, a gruñir, pero él sabe que no puede dejarla salir. ¿Qué sería de ella, y de su propia esperanza?

Cuando sale de casa, se acerca a la puerta muy despacio y echa la llave; pone el mismo cuidado cuando vuelve. Llama por teléfono a la asistenta para decirle que ya no la necesitan.

Y sabe que, en esta situación tan horrorosa, es él quien no se está adaptando, quien está fallando a su relación. Por fin se decide. Compra carne en la carnicería, despojos, y en un momento de osadía los tira al suelo delante de ella. Ella mordisquea un lóbulo rojizo y se aleja. ¡Seguro que tiene hambre! Eres tonto, piensa. Al día siguiente va a una tienda de animales y compra un pájaro vivo. Una paloma. Con las alas cortadas. La deja en el suelo, y la paloma salta e intenta volar. Ella se acerca al instante, sigilosa y llena de energía. Se repliega y, con un salto mayor de lo necesario, por la emoción o por simple destreza, se abalanza sobre la paloma indefensa. La muerde en el cuello iridiscente. Le retuerce la cabeza. Es como una máquina cuando chasquea los dientes. Le rasga el pecho de color lavanda que guarda tantas riquezas. Él da media vuelta y se va, asqueado. Se enfada y se avergüenza de haber pensado que ella pudiera ser su mascota, incluso antes de esto.

No puede seguir así: las pruebas están por todas partes. Almizcle en los marcos de las puertas. Manchas en la alfombra. Plumas sedosas. Y sabe que su deseo es antinatural, imposible de satisfacer, que la intimidad es irrecuperable, por más que se empeñe en negarlo. Si todo es una prueba divina o conyugal, está claro que ha suspendido. Toma una decisión. Abre la puerta del *office* y la deja abierta. Se sienta en el jardín, con la espalda apoyada en la pared fría de la casa. Huele a barro y a setas: es un noviembre rojizo. Debajo de los árboles hay cáscaras y frutos que empiezan a encogerse y a pudrirse. Espera. La presión y la temperatura de la casa cambian; entran aromas, ráfagas de olores del bosque, de hogueras, brezo y gérmenes de la ciudad. No pasa mucho tiempo. Ve que ella asoma la cabeza y los hombros por la puerta. Se detiene, con una pata delantera en alto, la boca abierta, la lengua levantada. Él mira al frente. Se dice que no tiene elección. No quiere que se vaya, pero tampoco puede seguir soportando esta locura, este *impasse*, este tormento diario. Sophia ya se ha ido, piensa.

Y la ve salir corriendo, cruzar el césped como un reguero rojo, pasar entre los ciruelos y saltar la valla. La punta de la cola blanca lanza un destello, como una idea sobrevenida.

No siente nada. Ni alivio ni tristeza. Esa noche deja abierta la puerta de atrás, como una señal de amor. Por la mañana, encuentra babas y rastros plateados en el suelo de la cocina, hojas empapadas que el viento ha arrastrado hasta allí, y ve que el cubo de la basura está volcado. La noche siguiente cierra la puerta, pero no echa la llave. Tiene angustiosas pesadillas de máquinas y perros, su propia crueldad, y sangre.

*

INVIERNO. UN POCO de nieve que da a Inglaterra un aire más antiguo y sereno. Ella no ha vuelto. Le preocupa el frío, lo que pueda ocurrirle estando ahí fuera. Oye gritos nocturnos a lo lejos, como si estuvieran forzando a una mujer: ¿es ella? Busca señales en el jardín, huellas en la piel crujiente de la escarcha, excrementos. Dice, simplemente, que se han separado. Los vecinos no hacen más preguntas. Llega una carta de la empresa de ella para comunicar la resolución de su contrato. Sigue angustiado por la enormidad de lo ocurrido. Cree que puede acabar volviéndose loco. Que un día se desnudará, se tirará en la calle, se dará puñetazos en la cabeza y se echará a reír como si se ahogara. Confesará que la ha matado y suplicará que lo encierren, aunque el cuerpo no aparezca jamás.

Vuelve al trabajo. Es educado, y a los empleados nuevos les parece huraño. Quienes lo conocen, quienes han conocido a su mujer, comprenden que una chispa vital se ha apagado dentro de él. No es capaz de recuperarse por completo. Se siente profundamente víctima. Le han arrebatado algo. Se lo han arrebatado, de la manera más absurda. Siente lástima de sí mismo y le repugna su pasividad: ¿no podía haber hecho algo más? Con el tiempo, se le ocurre que ella no quiere volver, que quizá no estuviera satisfecha con lo que tenía. Un acto de la voluntad. Su ropa sigue colgada en el armario hasta que, una mañana —las mañanas siempre son más fáciles para tomar decisiones—, la recoge, la dobla con cuidado y la guarda en bolsas. Busca el bolso de ella y lo registra. No encuentra nada revelador, ni siquiera su barra de labios, de un tono rojo que las mujeres pocas veces pueden ponerse, ni la pelotita morada, demasiado aforística para interpretar su significado. Pero estos objetos íntimos no es capaz de tirarlos. Los guarda en un cajón.

Se acabó, piensa.

Intenta olvidar. Intenta masturbarse. Piensa en otras mujeres, en imágenes

obscenas, fragmentadas y despersonalizadas. Se concentra, pero no consigue desahogarse. En vez de eso, se echa a llorar.

UNA SEMANA DESPUÉS, cuando falta poco para Navidad, vuelve a pasear por el campo. Por aquel paisaje mohoso y proteico que lleva unos meses evitando. Sale con las primeras luces del día, cuando los caminos están desiertos y el sol, bajo y rojo, resplandece entre las ramas desnudas de las higueras. No busca nada. No busca y, sin embargo, va muy atento a este territorio antiguo y familiar, lleno de residuos de la naturaleza, bordeado de carreteras y casas, y removido por las excavadoras. Es fecundo. Rebosa una pequeña variedad de formas de vida. Mirlos en la escueta arboleda; larvas y otros insectos en diversas fases de desarrollo en las ramas más altas. El rumor de la hierba seca. El destello de un ala o una pata. A veces se sienta un rato, con el cuello de la cazadora subido, y apoya las manos desnudas en un tronco caído que supura una savia dura y reluciente. Forma nubes de vaho en el aire al respirar. Ahora está aquí. Estaría dispuesto a aceptar cualquier cosa, pero no se le ofrece ningún contrato.

Podría encontrar consuelo en la fuerza del invierno, cuando únicamente existe lo que queda expuesto, y eso hace: espacio, mientras la tierra se inclina hacia el sol, sus pensamientos empiezan a serenarse un poco. Sentirse a gusto con la propia tristeza es importante. También eso pasará. Todo es efímero, mutable. Y es en estos momentos de conciencia, cuando todo está a la vez retenido y liberado, cuando llega la revelación.

La ve aparecer en el camino, delante de él, un día de primavera incipiente. Iba andando, atento al movimiento de sus pies y al temblor de los tallos y los pétalos. El olor a esperma de los brotes lo envolvía todo. El mundo decía: Sí, empiezo. Levanta la mirada. La zorra está en un montículo de hierba, a unos seis metros por delante. Es como un cometa en aquel entorno, con su cola y sus llamas. Tiene la cabeza agachada, en actitud sumisa, como si pidiera disculpas por su esplendor. Se le ve la parte trasera de las orejas, negra. ¡Qué ojos dorados, verdosos! ¡Qué certeza en sus colores!

Con cuánta facilidad podría derribarlo y él dejarse derribar.

Lo está mirando. Él espera que diga su nombre, solamente su nombre, para desprenderse de la locura. La ve adentrarse entre los matorrales del bosque y dar unos pasos cautos. Al principio se le ocurre que la naturaleza la ha vuelto indomable: tiene miedo y está a punto de salir corriendo. Pero da media vuelta y

se detiene. Otro paso. Una mirada hacia atrás.

¿Qué quiere decir? ¿Lo está guiando? ¿Pidiéndole que la siga?

En el centro de la franja del antiguo brezal —conservado gracias a la tibia normativa municipal que han aprobado los concejales que se reúnen a cenar con constructores en restaurantes caros— hay unas cuantas rocas y árboles. Musgo. Armerias. Aguileñas. Corrientes de fluidos vasculares. Elige un camino, una ruta invisible para él, aunque claramente señalada para ella. Avanza en zigzag, de roca en cepa. Sabe que él la está siguiendo. Sus pisadas le parecen humillantes, a pesar de que hace todo lo posible por respetar este palacio de filamentos delicados. Guarda la distancia. Tiene que darle a entender como sea que no pretende tocarla ni llevársela, no quiere romper el acuerdo. Las raíces de los árboles asoman en el suelo, arrancando cuerdas de tierra. Son ejemplares autóctonos, muy resistentes: han sobrevivido al añublo, al rayo y a la expansión urbanística. Soportan el peso de míticos tronos huecos. De sus ramas cuelgan pulmones de hongos.

Debajo de un tronco hay un agujero, un hueco entre las piedras y la tierra. Su madriguera. Da una vuelta por la arboleda y se sienta luego en la entrada, con la cola flamígera a un lado. Tiene la panza hinchada y sonrosada. Está más delgada de lo que recordaba: tiene las patas finas y las pezuñas estrechas, como un ciervo. Cuando ve que ladea la cabeza, piensa que quizá lo está invitando a decir algo. Pero no, no puede pensar eso. No queda nada del pasado, aparte de la sombra que oscurece su mente. Ella abre la mandíbula esbelta para emitir un sonido bajo, como un gorjeo, un ladrido estrangulado. Lo repite. Él no entiende qué significa. En casa no era muy locuaz, no le gustaba hablar. Entonces, del agujero oscuro sale un cachorro de color canela y planta tímidamente las pezuñas en la entrada; los ojos son opacos, azulados, ciegos hasta muy poco antes; la cara vulpina y como el carbón. Lo sigue otro cachorro, que empuja al primero. Y otro más. Son cuatro. Se acercan a su madre dando tumbos. Se acoplan en su abdomen, disputándose el sitio, pisándose los unos a los otros. Ella parpadea con aire sensual mientras los amamanta. Después lo mira.

Ningún hombre estaría preparado para una cosa así sin previo aviso. Ni en casa, viendo asomar el cráneo entre las sábanas manchadas de sangre, ni en un quirófano, vestido con una bata y detrás de una mampara, mientras el médico extrae al niño. ¡La belleza se le clava como un agujijón! Son suyos, tienen que serlo. Se agacha despacio. Ella soporta su tarea con tedio, pero no con impaciencia. Aparta a los cachorros antes de que hayan terminado. Se dan con el

hocico los unos a los otros. Se tambalean sobre las patas frágiles y se lamen mutuamente las gotas de leche. Lo invade una sensación intensa, inspiradora. Lo arrastra una secuencia de pensamientos masculinos. Comprende su obligación. En silencio, hace un pacto consigo mismo y con ella: defenderá este protectorado secreto. Renunciará a todo lo demás. Si es necesario, se pondrá delante de una excavadora, antes de que profanen este templo.

Los cachorros se quedan fuera un rato. Juegan en silencio, programados para ser mudos, por seguridad, mientras ella los observa. Acaparan toda su atención. Tienen el pelo sucio, cubierto de arena, para camuflarse, y nada se fía al azar. Ella interrumpe el juego. Uno a uno, los coge del pescuezo y los lleva al agujero, les hace entrar y, luego, desaparece con ellos sin vacilación.

Cuando se marcha, memoriza el sitio. La madriguera no está tan lejos del camino como le parecía; los perros sueltos pueden detectar las secreciones, pero está bien protegida, escondida detrás de unas matas de helechos. Ella lo sabe. Vuelve a casa con la cabeza llena de oro. Se permite saborear su orgullo unos momentos, y luego renuncia a todo. No tiene más papel que el de invitado. La supervivencia de los cachorros escapa a su control.

No vuelve a diario, pero una vez a la semana se adentra temprano en el bosque. Se acerca con respeto y se queda a una distancia prudente, observando de lejos. Nunca están cuando llega, y tiene que esperar a que aparezcan. De pronto los ve salir de un agujero, entre la maleza o detrás de la cepa de un roble. No dan muestras de conocerlo. A lo sumo le dirigen una mirada, con esos ojos enigmáticos y avellanados, y se olvidan de él. Su madre le ha autorizado a estar ahí, y nada más. La exclusión le resulta algo dolorosa, pero le basta con observarlos y verlos crecer.

Y qué deprisa crecen. La parte oscura de la cara se encoge hasta reducirse a dos manchas negras a los lados del hocico. El pelo empieza a cobrar un tono anaranjado y ardiente. El tamaño de las orejas es desproporcionado. Son rápidos, torpes, graciosos, incapaces de controlar su energía. Él se ríe por primera vez desde hace meses. Los juegos de los cachorros se vuelven con el tiempo más agresivos: retozan y se muerden. Aprenden a enfocar la mirada, a observar pequeñas presas en movimiento; acechan a los escarabajos y se los comen, cazan insectos al vuelo mientras su madre se tumba en la hierba, agotada de atenderlos. Les ofrece animales muertos y ellos los despedazan, sacudiendo la cabeza y arrancando trozos de carroña. Todavía sigue dándoles leche, aunque ya son casi tan grandes como ella, y se le nota el malestar que le produce vaciarse, fabricar y

ofrecer sus nutrientes. A veces lo mira, como si esperara de él una decisión.

LLEVA UNA DOBLE vida. Trabaja y tiene conversaciones con los compañeros de oficina, hace la compra en el supermercado. Rechaza citas, pero parece contento y sus colegas no saben si ha pasado página sin decir nada. Ha vuelto a contratar a Esmé, que está triste porque Sophia Garnett ha dejado a su marido y sospecha que ha sido por alguna injusticia, sea la que sea. Pero no encuentra rastros de otra mujer en la casa; ni ropa interior de encaje, ni pendientes perdidos, ni pelo en el lavabo. Deja de pensar en un asesinato.

Ve a los hombres que cogen en brazos a sus hijos para sacarlos del coche o levantarlos cuando se caen de la bicicleta. Los ve empujando los columpios. Si alguien le preguntara, diría que no le falta felicidad. Pasea por el brezal. Vigila el paisaje. Se preocupa por los cachorros, por la cantidad de peligros que los acechan, incluso ahora que son más grandes y más fuertes, y se imagina todo lo que llegarán a ser. Le tienden emboscadas a su madre, que a veces está cetrina, porque sin un compañero que la ayude ha tenido que renunciar a su cuota de presas. Parece que la basura del bosque les interesa y vuelven con envoltorios, papel de aluminio, incluso el brazo de una muñeca de plástico. Él sabe que se dispersarán, pero todavía no ha llegado la hora. De momento, son de su madre, y puede que también de él, aunque marginalmente.

Se le ocurre una idea. Va a la guarida. No los encuentra y no se queda a esperarlos. Se saca del bolsillo la pelota morada que Sophia llevaba en el bolso. La deja en la entrada. Cuando vuelve, otro día, la pelota ha desaparecido. Mira alrededor hasta que la ve, debajo de un espino que está cerca. La recoge. Hay dentelladas en la superficie, arañazos y señales de juego.

No sabe qué será de los cachorros. Los bosques son provisionales y la ciudad es rapaz. Ha renunciado a encontrar sentido. Por qué es una pregunta inútil, un objeto incognoscible. Quién, nunca se sabrá. Pero es imposible parar el pensamiento. El cerebro es una perfecta fabricación de posibilidades. Puede que un día Sophia entre en el jardín, desnuda, con el pelo largo y enmarañado y el cuerpo orgulloso de sus funciones. Abrirá la puerta trasera, que nunca está cerrada con llave, entrará en la cocina y se sentará a la mesa. He vuelto a soñar con los bosques, dirá.

Es una aventura perdonable, pura vanidad, y él lo sabe. De noche se acuesta en la cama, nunca en el centro, aunque cerca de ese punto intermedio. Piensa en

Sophia, la mujer a la que amaba. Espera su regreso tan poco como sospechaba su partida. Pero se la imagina andando por la habitación, desnuda y mojada después de la ducha. Y entonces piensa en la zorra, en su resplandor y su estampa magnífica. Es ella quien le ronda en la cabeza, es su ausencia lo que le asusta. Su pérdida sería insoportable. Verla alejarse corriendo, enfrentarse a los helechos y atravesar los campos a toda velocidad; verla desaparecer en el vacío: no. ¿Qué sentido tendría la vida sin su mujer, que no le pertenece?

Quirófano 6

SUEÑAS CON GANSOS, entre todas las cosas posibles. Gansos en un campo a la orilla de un río. Gansos grises, como los que ves a la ida y a la vuelta del hospital, cuando vas en la bicicleta. Estos son miles y cubren totalmente la hierba. Tienen la cabeza levantada, pero las alas están retorcidas y apoyadas en el suelo, como rotas. En el sueño también vas en bicicleta, muy despacio, esquivándolos, casi rozando las puntas de las plumas, dando bandazos. Hacen un ruido infernal; sus gritos son desgarradores.

El pitido del busca te perfora los oídos, porque la batería está nueva. Gansos, piensas cuando te sobrepones. Buscas a tientas el dispositivo, se te cae, te incorporas y lo recoges del suelo. Nunca hay suficiente oscuridad en la sala de guardia, aunque te pongas el antifaz. El piloto del ordenador parpadea despacio. Los números del reloj de la pared de enfrente emiten un leve resplandor.

Las cuatro de la madrugada. Reconoces el número en la pantalla del busca. Es de Urgencias. Así es como suele empezar. Vas al teléfono de la pared y marcas el número. Tardan un rato en contestar. La encargada de gine atiende la llamada. Reconoces su voz, aunque al principio no consigues recordar su nombre.

Hola, estoy registrando a una paciente en la lista de quirófano, dice. Tenemos que llevarla ahora mismo.

Sí, de acuerdo, contestas.

Mujer embarazada, veintinueve años, sufrimiento fetal. De veinte semanas, aproximadamente. Se encuentra muy mal, y es probable que el aborto empezara hace una semana. El médico de cabecera le dijo que esperara unos días, ya sabes.

La encargada habla en voz baja, parece incómoda o enfadada, no sabes cuál de las dos cosas. Enfadada, decides. Se queda callada y oyes ruidos de fondo, la actividad frenética de la sala de urgencias, alarmas, bullicio, voces fuertes. Después dice:

La presión sanguínea es de 160, el ritmo cardíaco 130, la temperatura 39°, la saturación de oxígeno estable. La estamos reanimando. Le he puesto dos litros de solución de Hartmann y Tazocin. Está séptica.

Los últimos filamentos del sueño se dispersan y por fin estás despierta.

Necesitará más, dices. ¿Qué aguja intravenosa has utilizado?

Una del dieciocho en la fosa cubital. No es fácil pincharla.

Bajo enseguida, dices.

Vale.

La línea se corta.

Llamas por el busca a Karen, de la Unidad de Cirugía. Te contesta inmediatamente. Le dices que lo prepare todo, que alguien está en camino.

¿Qué tenemos?, pregunta.

Embarazo complicado, de veinte semanas.

Muy bien. ¿Quieres que se lo notifique al agente de noche o que avise a un cámara para grabar?

Lo piensas un momento. Aún no has visto a la paciente y lo que te ha contado la encargada de gine no parece grave. Karen es competente, concienzuda, discreta. Habéis trabajado bien en otras ocasiones.

No, dices. Déjalo. ¿Quién está contigo?

Robin. Y Jim.

¿Puedes mandar a Jim a descansar un rato?

Lo intentaré.

TARDAS CINCO MINUTOS en llegar a Urgencias. Los pasillos están casi desiertos y el suelo irradia un brillo apagado. Pasas por delante de un celador y de una limpiadora que está barriendo, por delante de las salas de Cley y Winternon. Pasas por delante de la capilla. Las luces son tenues. Las velas eléctricas y el crucifijo del altar siempre están iluminados. Encima de la puerta hay un cartel que dice: La vida es sagrada. A veces te sientas un rato en la capilla, pero esta noche no. Te concentras en la intervención inminente. La decisión no será tuya, por supuesto. Será el cirujano quien priorice, pero tú serás cómplice; todo el equipo lo será. Desde que se aprobó la nueva normativa, hace dos años, han sancionado al hospital varias veces y están realizando una inspección. Este año ya has tenido que redactar varios informes y has recibido una carta disciplinaria, aunque varios especialistas te han asegurado que es un simple formalismo y no hay que hacerle caso. Para algunos, recibir esa carta es una insignia de honor. Pero tienes la incómoda certeza de que han denunciado y expulsado a varios médicos de otros hospitales: la lista de sus nombres ha aparecido en las

contraportadas de los periódicos. Han agredido a un par de ellos en la calle.

Tecleas el código, empujas la puerta de Urgencias y recorres los boxes. La actividad y el ritmo son los habituales: pitidos de máquinas y gente en movimiento; un desorden bien organizado. Un borracho con la cara manchada de sangre está apoltronado en el borde de una camilla, voceando obscenidades. Te lavas las manos y preguntas a un enfermero dónde está la paciente. Señala una cama. Las cortinas no están cerradas del todo, pero la mujer está sola. Parece que la mayor parte del personal está atendiendo a la víctima de un accidente de tráfico en el otro lado de la sala, donde hay basura en el suelo, los restos de una camisa, unos vaqueros cortados con tijeras. La encargada de gine ha desaparecido.

La embarazada está tumbada de lado, pálida como un cadáver, con los ojos cerrados y empapada en sudor. Tiene la tripa húmeda por debajo de la bata y una mano puesta en la parte baja del abdomen. Junto a la cama hay un recipiente en el que ha vomitado. Compruebas que el gotero está funcionando y consultas las notas de su ficha. Abre los ojos, levanta la cabeza y te mira.

Soy la doctora Rosinki, dices, la anestesista. Voy a ponerle otra cánula antes de llevarla al quirófano, ¿está de acuerdo?

La mujer asiente con esfuerzo y vuelve a apoyar la cabeza en la almohada. Coges unos guantes de una caja que hay en la pared y buscas una cánula del 16. Haces el torniquete, le das unos golpecitos en el antebrazo, frotas, encuentras la vena cefálica y limpias la piel con solución estéril.

Notará un arañazo fuerte, le dices.

La aguja entra. La paciente no parpadea. Te mira. Tiene el pecho y las mejillas muy coloradas, en comparación con su palidez general.

No quiero..., dice. Por favor, no deje que...

Está temblando y no puede terminar. Ves el miedo en su mirada, la desorientación de la enfermedad; un miedo que antes era egoísta, pero que ahora también tiene en cuenta al bebé. Esos casos son tan corrientes que ya ni siquiera salen en los periódicos.

Lo sé, dices con dulzura. Todo irá bien.

La verdad es que no puedes decir nada más. ¿Qué vas a decir? Nuestros cirujanos son excelentes. Nuestros índices de mortalidad materna están entre los más bajos del país. *Aquí no todo el mundo cree en el plan de cuidados fetales de Hunter.* Terminas de inyectar. Tomas una muestra de sangre, completas la evaluación anestésica, le pones la pulsera y buscas una enfermera y un celador

que trasladen la cama. La paciente vomita otra vez camino del quirófano. La respiración se ha vuelto más forzada y la sábana de abajo está sucia.

No se preocupe, le dice la enfermera. El papá estará a punto de llegar y al bebé no le pasará nada.

Una estupidez para tranquilizarla, y encima mentira. O puede que la enfermera se limite simplemente a interpretar su papel: a veces es difícil saberlo. Si todo el mundo actúa con hipocresía, ¿al final se llega a una especie de verdad?, piensas. Pero no dices nada, y mucho menos señalas lo evidente. Que esas cosas no tienen sentido para la paciente en estos momentos. Que si no expulsa inmediatamente los productos de la concepción la infección puede ser mortal. *Productos de la concepción* es un término que ya no está permitido. Tampoco *aborto séptico*. Hay una terminología nueva, que al menos por escrito es obligatoria. *Crisis prenatal*. *Vida uterina insalvable*. No es la primera vez que ves un caso similar: hemorragia excesiva y proliferación de bacterias, y eso equivale a negligencia. En su discurso parlamentario, el primer ministro lo ha llamado la Jurisdicción Divina. Dicen que es un gran orador, el mejor desde hace décadas.

La mujer llora sin hacer ruido. Te gustaría darle un poco más de ketamina, de temazepam, pero su uso está restringido. Si en el registro de fármacos administrados aparece que no se tiene en cuenta la salud del bebé, incluso en estas circunstancias, puedes tener problemas. En el ascensor le das las gracias a la enfermera y le dices al celador que no lo necesitas para el resto del trayecto. La enfermera sonríe y saca del bolsillo un disco plateado y pequeño, con un ángel grabado. Has visto esos ángeles en la tienda de regalos del hospital —a veinte libras—, y están en todas las salas y en las bandejas de ofrendas de la capilla. La enfermera pone el icono en la mano de la paciente.

Gracias, dices. Tendré que quitárselo antes de la operación, pero lo guardaré a buen recaudo.

Pulsas el botón y las puertas del ascensor se cierran.

EN LA SALA de anestesia, Karen ha tenido el detalle de prepararte una taza de té. Está templado. No hay tiempo. Le das dos sorbos y lo tiras a la basura. Te lavas las manos. Con ayuda de Karen trasladas a la paciente a la mesa. Compruebas de nuevo la pulsera identificativa, le colocas la cabeza y el cuello *para que respire el aire de la mañana*. Le administras oxígeno al 100%, bombeas el líquido

hipnótico y lechoso y te quedas paralizada. Esperas sesenta segundos antes de retirar la mascarilla. Karen te pasa el laringoscopio, examinas las cuerdas e intubas. Te frotas los brazos hasta el codo. Colocas el catéter más deprisa y con más cuidado que nunca. Luego llevas la cama al quirófano 6 y conectas a la paciente al ventilador. Todos están esperando, con batas y mascarillas. La encargada de gine ha aparecido y te saluda con la cabeza. La doctora Mahotra: ahora recuerdas su nombre. Estaba aquí el año pasado, en la cirugía de Hannah Lehrer, que ahora es el caso Hannah Lehrer. No reconoces al especialista. Se presenta.

Hola, soy el doctor Desai.

Te presentas, y lo mismo hacen Karen, las enfermeras y la ayudante. Se pasa lista de control. Ajustas la elevación de la mesa. La paciente está preparada.

¿No tenemos agente de noche?, pregunta el cirujano.

Eso creo, dices.

Cruzas por un segundo una mirada con Karen, que aparta la cabeza.

Y ¿estamos grabando?

No. El técnico está en su tiempo de descanso.

De acuerdo, empecemos, dice el doctor Desai. Tiene una voz muy ligera, casi un sonsonete.

Se acerca a la mesa.

¿Me permite desinfectar?, pregunta, mirándote por encima de la mascarilla y las gafas.

Es más educado que la mayoría de los especialistas, muestra quizá la educación de quien tiene una seguridad absoluta. Cubren a la paciente con una sábana.

Adelante, por favor, dices.

El cirujano vuelve a mirarte mientras esteriliza y dice:

Es una bici muy bonita.

¿Perdón?, respondes, pensando que no lo has oído bien.

Su Peloton. Es una bici bonita. Yo tuve una. Anoche la vi dejándola en el aparcamiento.

Ah, sí.

¿Viene en bici todos los días?

Sí. Casi todos. Vivo en Chesterton.

Qué suerte. A mí también me gustaría, pero ahora vivo muy lejos. A mi mujer le gusta vivir en el campo. ¿Por qué camino viene?

Bordeando el río, por delante del crematorio.

Sí, es precioso, dice. Y sin duda es el mejor camino. Me trae recuerdos.

Luego, con la misma cortesía, pide permiso para empezar. No hay cifras ni códigos para discutir el procedimiento o el protocolo, aunque es posible que estas cosas se discutan sin que te des cuenta, que incluso las discutas sin darte cuenta. Vigilas la máquina de anestesia e inyectas antibióticos por vía intravenosa. Cuatro litros. Empiezas con los coloides y administras una dosis pequeña de metaraminol. El cirujano extrae el feto rápidamente y señala la hora de la muerte y el sexo, que son requisitos legales. Los cobertores están empapados, oscuros. La paciente tiene las piernas estiradas. La presión arterial cae a 36 y no sube de ahí: pasas varios minutos angustiosos para recuperarla. Le administras más líquidos, noradrenalina, y empiezas a hacerle una transfusión.

No lo está pasando nada bien, dices.

Traen un equipo de laparotomía. El primer corte es muy grande. El cirujano y la encargada de gine charlan tranquilamente mientras operan. Intentan salvar el útero de la paciente, pero tienen que extirpar. Por fin, el doctor Desai se aleja de la mesa y la doctora Mahotra sutura con mimo, como si estuviera cosiendo el dobladillo de un traje de novia. Llevas con Karen a la paciente a la sala de recuperación. Está extremadamente pálida, pero viva. Ha tenido suerte, aunque no sabes decir por qué designio de la Providencia.

Llega el anestesista del turno siguiente y empieza el relevo. Le cuentas la intervención de la noche.

Joder. Me alegro de que no me haya tocado la patata caliente, dice. Otra carta, ¿verdad?

Te encoges de hombros. Le pasas la lista de operaciones previstas para el día: una colocación de stent en la uretra, una obstrucción intestinal, una revisión de aumento de mama; nada complicado. Tienes que terminar el papeleo inmediatamente y redactar un informe para el Departamento de Protección de los Nonatos, pero te cambias, vas a por la bici y vuelves directamente a casa. Cruzas el recinto hospitalario, pasas por delante del crematorio y atraviesas un parque. Desde ahí sigues bordeando el río. Los campos están desiertos. La hierba reluce debajo de las ruedas. Al levantar la vista, ves en el cielo una V larga y oscura de pájaros en vuelo que migran al sur.

El río de la larga noche

LOS FRUTOS DEL mes de noviembre nos anunciaron cómo serían los meses siguientes. Los matorrales estaban cargados de frutos maduros, rojos como vejigas de sangre. En otoño, cuando florecieron los acebos, se nos ocurrió vender coronas auténticas en el Hired Lad durante las semanas de Adviento, en vez de pintar la yedra de rojo con almagre como hacíamos los años en que la cosecha escaseaba. Los escaramujos siguieron en flor muy entrado ya el otoño, hasta que los pájaros dieron cuenta de ellos. La milenrama y el serbal tendían sus llamativas ramas llenas de flores. Pero el mensajero más fiable ese año fue el espino, que floreció como loco también en mayo. Los espinos tiñeron los setos de rojo como un campo de batalla. Eso significaba que en invierno nevaría sin parar. Significaba que la escarcha plateada detendría el corazón de los topillos en sus madrigueras y coagularía la savia de los árboles. La tierra seguiría helada hasta la primavera, como un corte de ternera que se saca del congelador y va pasando por sucesivos ambientes fríos. Las bandadas de pájaros se desorientarían con la ventisca.

Había otras señales que los más viejos del lugar también interpretaron. El eclipse de luna llena en octubre. En las orillas del Solway decían que el salmón había entrado antes de lo normal y se acordaban del año 47, cuando los pescadores podían ir andando con sus nasas por el mar helado hacia la isla de Man. Reza el dicho que según hacia dónde mire el toro cuando se acuesta por Todos los Santos se sabe de dónde soplará el viento la mayor parte del invierno. Y el de Sarge Dickinson, que era de la raza Hereford, se acostó ese día con la cruz mirando al norte. Lo vi al pasar por delante del prado, cogida del brazo de Magda. Al norte. No hay viento más cruel que el que viene del polo. Eso nos decían las bayas, eso nos advertían. Pero estaban preciosas, a pesar de sus predicciones. Iluminaban las carreteras secundarias con un tenue resplandor, incluso cuando las primeras escarchas espolvorearon los montes, los arroyos se congelaron y los grajos se dejaban las plumas pegadas en las tapias.

La pobre Magda no se encontraba bien ese año. Tenía la regla continuamente,

como si una semana fuera un mes en su calendario menstrual. Le habían salido dos bultos en las axilas. Cuando me puso los dedos, para que los palpara, me parecieron blandos y sedosos como un nido de avispas. Bueno, Dolly, no te pongas nerviosa.

Y estaba cansada, tenía un cansancio impropio de su edad. Yo le lavaba la ropa cuando no tenía fuerzas para ponerla a remojo. No tenía madre ni hermanas. Mejor yo que alguno de los hombres de la familia, le dije. No me molesta. Su padre la llevó al médico ese verano, pero el médico no sabía cuál podía ser la causa del trastorno. Dijo que el ciclo menstrual era, en el mejor de los casos, un misterio.

En la segunda visita, el médico decidió consultar un libro y se le ocurrió que podía ser un desajuste de una glándula cerebral. O funcionaba en exceso o algo estaba creciendo al lado. Les explicó, a Magda y a su padre, que ya se hacían operaciones a cráneo abierto, gracias a la cantidad de cabezas destrozadas que llegaron a los quirófanos en los años de la Gran Guerra. Pero la intervención era muy peligrosa, y el paciente rara vez recuperaba las facultades intelectuales. Me lo contó con una sonrisa, mientras estábamos sentadas en un montón de heno detrás del granero de Lanty Farrow, donde nos veíamos a menudo. Tenía el pelo como el trigo, recogido en un moño. Llevaba puesto su eterno sombrero azul, y se dio dos golpecitos en el ala como si llamara a una puerta.

¡Tenemos que aceptarlo!, dijo.

A mí me parecía una injusticia tremenda. Magda era guapísima. Tenía el cuerpo delicado, firme y menudo como un vencejo, y los pechos muy pequeños, apenas un bultito. La idea de que pudieran toquetearle los huesos me rompía el corazón.

En la tercera consulta decidieron descartar la operación. El médico confiaba en que las cosas se resolvieran por sí solas. Le recomendó verbena y aceite de prímula, un remedio raro viniendo de él, que tenía fama de despreciar a los boticarios y a los vendedores ambulantes de arsénico, que venían con sus frascos y sus tarros azules cuando había competiciones deportivas. Por eso supimos que el diagnóstico no era bueno. Magda siguió su consejo de todos modos y cortó ramitas de verbena del prado que había al lado de la casa de su padre.

Bendita seas, verbena que creces en la tierra, decía mientras cortaba los tallos, como si viviéramos en el siglo anterior y las brujas anduvieran cerca.

¿Por qué eres tan siniestra?, le pregunté.

Por si acaso, dijo.

Colgaba las ramas a secar en la chimenea. El aceite le perfumaba las manos y desprendía un olor que me ponía nerviosa, una fragancia turbia que según la gente atraía a las palomas y las ratas como un cadáver, y guiaba a las anguilas hasta donde descansaban los ahogados si se esparcía en el agua. Yo pensaba que su cuerpo tal vez necesitaba un marido y lo estaba pidiendo a gritos, pero no se lo dije. De momento habíamos evitado hablar de eso. Era mi amiga, la quería, y no ganaría nada ni discutiendo ni siendo hipócrita. El caso es que no sabíamos por qué le habían salido esas vainas aterciopeladas tan productivas como los setos rojos en noviembre. Temía por ella cuando llegara el invierno. Todo mi afán era que no pasara frío.

*

LOS VISONES VOLVIERON al valle en verano, a la vez que las malas noticias de Magda. Hacía años que nos habíamos librado de ellos, y nos alegramos mucho, tanto como se alegraron los ayuntamientos de que dejáramos de presionar para que reconocieran su presencia en el norte como una plaga virulenta. Decían que nos quejábamos por nada, por fantasmas de hollín. Unos niños del pueblo, al volver del río, dijeron que habían visto una nutria negra, pequeña, que no estaba chapoteando en la corriente sino correteando por la orilla. Un hombre les preguntó cómo se movía.

Así, dijeron, dibujando ondas con las manos. Como un armiño.

Los campesinos del valle tomaron nota, reforzaron la protección de los gallineros y los cobertizos y esperaron con las escopetas cargadas. Agosto. Septiembre.

Pronto empezamos a encontrar cadáveres: al principio de ratones, pollas y tordos de agua, luego de gansos y de gatos, con la garganta destrozada y las entrañas arrancadas y apiladas como ofrendas maléficas. Era una matanza gratuita, superflua. La marta o el gato montés dismantelan las alambradas y las cuerdas con la paciencia de un relojero para robar en los corrales y se llevan a su presa al bosque. Se comen todo menos la vesícula biliar. Los daños que causan son casi perdonables. Pero los visones matan por pura desfachatez, por glotonería, son unos demonios infames. Empezaron a entrar en los corrales con garras y dientes: lo profanaban todo y descuartizaban al ganado como un ejército de salvajes. Atacaban a las bandadas de pájaros y lo dejaban todo sembrado de plumas. Parecía que mataban por el simple placer de probar la sangre, y eso era

un abuso repugnante.

Cuando quedó claro que no tenían intención de irse y la mayor parte de la cosecha ya estaba terminada, los vecinos se reunieron en la iglesia. Magda y yo nos sentamos al fondo y escuchamos sus quejas y sus chorradas. Al final decidieron organizar una batida todas las noches, con todos los hombres disponibles. Acabarían con la plaga de una vez por todas. Aunque se hubieran extendido por toda la comarca, sacrificarían hasta el último de aquellos bichos en sus madrigueras del río. *Así, si tu enemigo tuviera hambre, dale de comer; si tuviera sed, dale de beber; pues haciendo esto ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza.* Eso decía la inscripción grabada en el dintel de la puerta de la iglesia: Romanos 12, 20. Pero a veces es preferible no mirar hacia arriba. Y empezamos a dejar que los perros pasaran hambre.

*

NO SABÍA CUÁNTOS visones podía necesitar para hacer una capa, pero cuando se me metió la idea en la cabeza no hubo manera de quitármela. Un chal de piel. ¿Qué mejor que eso para que Magda no pasara frío? Magda seguía siendo tan menuda como cuando era pequeña. Apenas llenaba los vestiditos y el abrigo de los domingos. Nunca llegó a ser tan alta como yo cuando íbamos al colegio y me había acostumbrado a verla como un árbol, desde las alturas. Yo ya había visto antes a los visones. No eran mucho más grandes que un plato: los machos unos centímetros más. Calculé que me bastaría con ocho, usando toda la piel aprovechable, incluso menos, teniendo en cuenta lo pequeña que era mi amiga. Dos de codo a codo, tres de hombro a hombro. Un buen aislante para aquel cuerpo fino como un huso. Mientras hacía la colada en casa del terrateniente, por la mañana, me imaginé la colcha de retazos oscuros en la espalda de Magda y lo guapa que estaría con ella. Sería una estola con las costuras y los dobladillos toscos, porque yo no era buena costurera, no tenía habilidad en los dedos para esa labor. Remendaba los pantalones de cuero de mis hermanos cuando mi madre me lo pedía, con la aguja más gruesa y el hilo más fuerte, y sabía zurcir y coser botones como todas las hijas. Sería una prenda resistente, como la de un chatarrero o un cazador furtivo, pero pondría todo mi esmero por Magda ese invierno de corazón blanco. Me propuse conseguir los visones.

*

YO CASI NUNCA cazaba. La verdad es que no me divertía tanto como a mis hermanos, William y Jonah, que salían de caza sin falta, por la Visitación y por San Miguel, todos los años. Los había visto alguna vez poner trampas para los tejones, pero nunca había sentido esa euforia cuando se reunía la jauría y los perros apretaban las mandíbulas. Se sorprendieron cuando les dije que quería ir con ellos. Nuestros perros no estaban acostumbrados a las presas pequeñas, pero las hembras eran jóvenes y escarbaban con furia en las orillas cuando detectaban el olor de un animal o lo oían desplazarse por debajo de la tierra. A los demás ganaderos no les interesaba vender las pieles; ni siquiera juntándolas todas compensaba hacer un fardo y enviarlas a Saville's vía Carlisle. No eran como los visones que criaban Norfolk, de pelo lacio y reluciente, a los que engordaban hasta que superaban su tamaño natural. Los pocos visones salvajes que quedaban en la costa y los páramos ya no tenían el pelaje azabache, sino más claro, de color caramelo. La gente del valle solo quería librarse de ellos y recuperar sus buenos lotes de huevos.

Seguramente les habría gustado guardar las cabezas como trofeos, pero llegué a un acuerdo con las familias de los cazadores. Les ofrecí suero, conservas y nuestras últimas reservas de miel, y le mentí a Lanty Farrow cuando lo vi con el Winchester al hombro y su precioso perro cazador de nutrias: le dije que me haría novia de su hijo, Calum. Les pedí a todos que no dejaran que los perros se ensañaran con las presas para salvar las pieles. Las semanas siguientes salí con mis hermanos y un rifle. El mal olor de las perreras nos acompañaba un buen trecho en el camino. Las linternas flotaban sobre el río como lunas tenues, y sus haces iluminaban las bayas sangrientas en el brezal.

*

PASÓ NOVIEMBRE Y dejó aguanieve en la tierra y podredumbre parda en los páramos. El segundo domingo de diciembre ya tenía cinco pellejos. Jonah y William, que habían notado mi interés en acercarme a la orilla, no pusieron pegas cuando propuse cazar en el valle siguiente, río abajo. Formábamos un trío extraño, con las zamarras y los sacos a cuestras, mientras batíamos las dos orillas del río como una horda de vikingos y encendíamos fogatas con leña húmeda entre los cardos para ahuyentar a los demonios con el humo. Jonah, que nunca hablaba, nos hacía una señal para parar y una señal para seguir adelante. La verdad de la muerte es una cosa peculiar. Había en aquellas noches algo

fascinante, superior al deporte o la utilidad de la empresa. Nos adentrábamos por rincones salvajes, en un reino exclusivamente nuestro. Éramos los lobos. Éramos los leones.

Me pasaba el día esperando el momento de peinar las orillas con los perros husmeando en la maleza. Y la noche me acogía, me llenaba de sensaciones. Me impresionaba la habilidad del río para dejar olores a la zaga. Parecía multiplicar todo lo que rozaba: los minerales del cauce, las greñas húmedas de los perros cuando se lanzaban al agua, la corteza agria de los espinos que bebían de las orillas con sus raíces. A veces me imaginaba que era capaz de detectar el rastro de un visón entre los helechos, como los perros. Identificaba el olor binario de la sangre, a hierro blando y secreciones de las glándulas. Y, cuando un visón salía de su agujero y los perros lo agarraban, o cuando oía los jadeos y los gemidos en la entrada de la madriguera de un conejo, se me encogía el corazón y se me aguzaba la vista. Oíamos gritos y alaridos en los árboles mientras atravesábamos aquel territorio en la penumbra. El mundo nocturno estaba atareado, como nosotros, en una intensa actividad.

Poco a poco, los chicos dejaron de pararse y mirar atrás a cada pocos pasos para asegurarse de que los seguía. Me desenvolvía bien y nunca me quejaba del frío en la frente. Sabía manejar a los perros y ponerlos a mis talones tan bien como mis hermanos. Llevaba puestos los guantes de lebrél de mi padre, para recoger los cadáveres sujetándolos de la cola. Dos veces disparé y alcancé a un visón cuando huía, y el chasquido seco del disparo resonó entre los montes. Las escopetas de los Dickinson, los Harrison y los Farrow nos respondían a lo lejos. Fui yo quien tuvo que meterle un tiro a Tan, la segunda en edad de nuestras perras, cuando le dieron un mordisco en una pierna, se le infectó la herida y se estaba muriendo; cuando ya no podía levantarse ni beber y nos miraba con aquellos ojillos lastimeros. Jonah entró en casa, se echó a llorar y me suplicó con la mirada: *Dolly, yo no puedo. ¿Lo haces tú?*

Batimos el terreno palmo a palmo hasta el Eamont, donde la corriente fluía más despacio, entre imponentes riscos de arenisca, y los animales no tenían donde esconderse o guarecerse. Ensartábamos los cadáveres mustios en palos con forma de horquilla y los llevábamos colgados del cuello, como los siniestros estandartes de una tropa de mercenarios. Los chicos se desnudaban de cintura para arriba, a pesar de que el aire era gélido, y volvían a casa desfilando con los visones encima de los hombros.

*

AQUELLA RECOGIDA DE bestias fue un Adviento extraño para Magda. Ella no sabía nada de mis planes y quizá pensara que estaba haciendo horas extra en la casa del terrateniente, ahorrando para regalarle un cojín de lavandera o el broche de coral que tanto le había gustado cuando lo vimos en el pueblo. Mientras los demás hacían coronas de muérdago y recitaban conjuros a las bolas de carne rebozada típicas de Navidad, yo fui colgando media docena de visones en la viga de la leñera, les corté las patas y saqué un patrón. Eran muy bonitos, aparte de esos colmillos diabólicos y retorcidos. Entendí por qué las señoras elegantes de todo el país querían la pieza entera.

Desuéllalos como a una ardilla, me dijo mi padre, y así lo hice, tirando de la piel hacia atrás, como se quita la cáscara de un fruto que no está maduro, y raspando la grasa después con una navaja. Amontóné las cabezas y los cuerpos despellejados en la puerta de la leñera, como un truculento amasijo rosa, y empecé a sentirme culpable, a pensar que mi vandalismo era equiparable al de los visones. Después los eché a un cubo y se los di a los cerdos de High Hullock Howe.

Habría sido preferible airear las pieles y dejar que se secaran antes de coserlas; sabía que no era el tratamiento ideal para mi capa, pero me faltaban días. Y el tiempo estaba empeorando. Tuvimos dos nevadas en una semana y un viento fuerte de los Peninos que arrasó las aldeas de la parte oriental. Magda estaba encerrada en su cuarto, pálida y con retortijones constantes. En nuestra casa había poca luz. Trabajaba temprano, de siete a nueve de la mañana, en cuanto el sol facilitaba cualquier actividad, antes de irme a hacer las tareas de otros. Era un esfuerzo durísimo para los dedos tensar la piel y atravesarla con el hilo. Cuando la prenda empezó a cobrar forma y peso, me costaba sujetarla mientras cosía. Terminaba todos los días con las manos doloridas.

Si a mi familia le pareció una ocupación rara o absurda, no lo dijo. Sabían que Magda estaba enferma y que yo la quería mucho, y tuvieron la amabilidad de dejarme sitio para coser y colgar la prenda. A veces, Jonah me miraba por la ventana, como la expresión de quien añora una imagen pasada. Una mañana, dio unos toques en el cristal, y abrí la ventana. Me enseñó un trozo de asta pulida, sujetándolo entre los dedos, y luego me lo dio. Se dio un golpe en el pecho, señaló la capa y se fue con mi padre, que estaba en el prado. Me quedé mirando la pieza tan bonita que había hecho. Había tallado un dibujo en el botón blanco,

pero no conseguía adivinar qué era. Puede que un perro sentado. O la cara de una mujer dentro de un camafeo.

El invierno ya se había instalado. Nevó como nunca. Las aldeas se quedaron aisladas y empezaba a escasear la parafina. En la tienda de comestibles racionaron el azúcar. Y lo peor estaba por venir, decían los observadores del cielo. La casa estaba gélida por la mañana, antes de encender el fuego, y tenía que ponerme varias capas de lana y dar pisotones mientras cosía. A lo largo de esas semanas, nunca me sentí exactamente yo, pero tampoco me sentía otra persona; estaba simplemente entregada a mi tarea. Si una costura me salía torcida y tenía que descoserla, me imaginaba el cuello fino de Magda. Me acordaba de los setos rebosantes de bayas en otoño y pensaba en las deladoras manchas de sus enaguas. Cada vez que clavaba la aguja le deseaba a Magda que se pusiera buena. Lo deseaba y ofrecía algo a cambio. Y, cuando se me rompía el hilo, cogía la bobina y volvía a atarlo bien fuerte. Todos los días arrimaba la cara a la piel suave de la capa y susurraba en su oscuridad: Dios, cuida de ella.

El día de Nochebuena terminé la capa. Llegué tarde a misa, porque la estuve cepillando y examinando por última vez. Todas las luces de la iglesia estaban encendidas y la congregación me miró con reproche. Pero no me molestó. Me sentía triunfante. Y canté el último villancico llena de alegría, como correspondía a un villancico tan alegre.

*

A MAGDA LE encantó la capa. Le brillaron los ojos cuando la vio la mañana siguiente, y se levantó de la cama como quien vuelve a andar por obra de un milagro.

¡Me has regalado la luna, Dolly Carter, me has regalado la luna!

Me dio un beso en la mejilla y me abrazó hasta que me puse como un tomate. Me pidió que le pusiera la capa y le abrochara el botón de asta, y luego hizo una reverencia, como una dama. Al verla, me pareció que tenía delante un trozo de noche sedosa, y pensé si no habría bajado hasta el fondo de un pozo encantado y firmado un contrato con una muchedumbre de espíritus para crear aquella prenda. La estola seguía siendo un poco chapucera y nunca llegó a parecer perfecta, pero Magda no se la quitó en todo enero y febrero, y cada vez que nos veíamos me repetía cuánto le gustaba.

Calentita como el pan recién salido del horno, decía.

La enterramos en mayo. Sabía exactamente dónde quería que la enterrasen, y aunque su padre protestó, le pusimos la capa encima del vestido de comunión blanco, que le seguía valiendo después de tantos años. Le cepillé el pelo y le puse los lazos. Le llevé unas flores de primavera y una ramita de verbena. Para entonces era un puro manojito de huesos; parecía una talla de marfil, como los pájaros que tallaron los canteros en su lápida.

Pensé que iba a echarla de menos, a ella y su belleza y su alegría. Que echaría de menos su dulce inocencia. Pero nunca soñaba con Magda. La verdad de la muerte es una cosa peculiar. Y es que cuando los seres queridos nos dejan, parece como si nunca hubieran existido. Se esfuman de la tierra y se esfuman del aire. Lo que queda son los páramos y las montañas, el mundo material que habitamos y en el que reinamos. Somos los lobos. Somos los leones. Después de recorrer tantas noches las orillas, con mis hermanos y los perros, concentrada en mi propósito con tanta pasión, no llegaba a entender por qué soñaba con el río noche tras noche. Sigo soñando con él: un río sinuoso, de fragancias robadas, que recorre nuestro Edén inverso.

La hermosa indiferencia

SU AMANTE HABÍA perdido el tren en Londres y llegaría tarde. No era infrecuente cuando tenía el turno de noche en el hospital. Se miró en el espejo de la habitación del hotel. Era un espejo ovalado, de cuerpo entero, con un bastidor que podía inclinarse hacia arriba o hacia abajo. Se había comprado un vestido nuevo. El azul le sentaba bien, le iluminaba la cara y hacía juego con los ojos. Era ajustado en el torso y el talle, pero se deslizaba hasta el suelo fácilmente al bajar la cremallera. A él le gustaría. Terminó de maquillarse, se pintó los labios y se limpió una manchita roja de las comisuras. El carmín le duraba poco en los labios cuando estaban juntos. Él siempre la besaba justo después de ponérselo, como si le gustara la sensación de embadurnarse con aquella sustancia viscosa. A veces llegaba a convencerse de que lo que a él le gustaba era descomponerla. Había adelgazado un poco desde la última vez que se vieron. No fue con intención. Había tenido muchos viajes y se había saltado unas cuantas comidas. Le gustaba la forma de los muslos y los hombros. La noche anterior, después de leer un rato, tomó codeína y había dormido bien.

Hacía calor en la habitación, pero la ventana se había atascado después de abrirse solo unos centímetros. ¿De verdad sería para evitar suicidios? Seguro que a nadie se le ocurría tirarse desde el segundo piso de un hotel. Era mejor utilizar la cama o la bañera. Un final mullido y suave o un final rojo. Se oían las voces de la calle. Las carreras habían terminado y la gente, eufórica por el calor de los primeros días del verano y los cócteles que habían tomado en las gradas, estaba tirando envases de comida en las papeleras, decidiendo a gritos adónde iban. Se oyeron cristales rotos seguidos de una carcajada juvenil. Saltó la alarma de un coche. La tensa elegancia nortea de la que se jactaba la ciudad comenzaba a relajarse.

Se apartó del espejo y se asomó a la ventana. La luz iluminaba los edificios con un difuso resplandor violeta, como el que había visto en la inmensa mole de piedra de París la primera vez que estuvo allí, al salir del metro y adentrarse en el sórdido y exquisito corazón de la ciudad. Tenían que ir a París, pronto. O a

Florenxia. Un coche de caballos para turistas rezagados pasó traqueteando hacia la catedral, tirado por un percherón blanco, muy ufano, con cernejas en las patas y unos cascos enormes que retumbaban contra los adoquines. El cohero cambió de postura. Iba hablando por el móvil y negando con la cabeza. Un grupo de sudamericanos se puso a hacerle fotos desde la tienda de ropa de cuero.

El plan era comer tarde y dar un paseo por las murallas de la ciudadela. Ahora él vendría directamente al hotel y luego saldrían a cenar. Eso significaba que pasarían menos tiempo juntos, unas cuantas horas. Tenía que coger el tren al día siguiente a última hora para volver a Londres. Aunque quizá fuera mejor así. Mejor verse primero en la intimidad de la habitación, pasar una hora juntos y vaciarse. En un par de ocasiones la impaciencia les había causado problemas: habían tenido conversaciones incómodas y comportamientos improcedentes. Tardaron unos meses en darse cuenta de que este desajuste inicial no quería decir que fueran incompatibles. A ella seguía sorprendiéndole la intensidad del deseo, cómo interfería en todo lo demás. Eran capaces de hablar de política, de su trabajo, de lo que fuera. Pero no eran capaces de acorrallar la necesidad animal de destrozarse mutuamente antes.

Ella se lo había contado recientemente a una amiga, no para presumir, más bien como una simple observación: lo hicieron en los lavabos de un restaurante, los pillaron y les pidieron que se marcharan.

¿No es un poco ridículo?, le dijo su amiga mientras limpiaba la barbilla de su bebé con la cuchara. Ya no eres una adolescente. Y él tampoco. ¡Deja de escupir! ¿Qué te pasa? ¡Ayer te gustaba esto!

¿Te parece que no es sano?

Yo no he dicho eso. Todas las relaciones son diferentes, ¿no? Si a ti te gusta, adelante. Además, ¿no es lo que quieres en este momento? Estar con él significa que puedes posponer todo lo demás.

Este comentario le había sorprendido. Por el tono. Por la insinuación de que no estaba dispuesta a sacrificarse. O de que había tomado una decisión consciente.

¿Qué quieres decir?

Su amiga se apartó con exasperación del niño recalcitrante para dejar en la encimera el tarro de puré anaranjado y la cuchara de plástico.

Ya lo sabes. Evitar la parte difícil. Como esto. La cuestión es que puede que no

te quede mucho tiempo. ¿O sí? Y que te comportas como si no fuera un problema. Pero todo el mundo sabe que lo es.

Había notado un cambio en la respuesta de sus amigos de un tiempo a esta parte. Al principio todos estaban encantados, la felicitaron como si estuviera haciendo algo supervanguardista. Le decían que estaba estupenda. Que estaba radiante. Que disfrutara y nada más. Pero a medida que la relación se iba afianzando, que dejaba de ser superficial, empezó a detectar cierto rechazo en las conversaciones. ¿Eran celos? ¿Conservadurismo? No lo sabía. A lo mejor les parecía ridícula, ahora que no era un simple ligoteo para reforzar su autoestima sabiéndose deseada. A lo mejor no tenía derecho al sexo por algún motivo. O a estar radiante. Por otro lado, los chicos se pusieron nerviosos desde el primer momento, como si estuviera alterando el orden natural de las cosas, como si su comportamiento fuera anormal. O le decían que su amante era muy afortunado y recordaban con cariño una aventura que habían tenido en su juventud con una mujer mayor que les había enseñado un par de cosas. Después de hablar con ellos se quedaba con la doble sensación de ser transgresora y una experta. Su padre fue el único que le dio su opinión sin reservas.

Cariño, le dijo, déjate sentir un poco. Si ese chico te hace feliz, sé feliz.

*

SE RETIRÓ DE la ventana y volvió a mirarse en el espejo. El escote del vestido era bastante alto. Le realzaba las clavículas. En el armario tenía otro vestido, con cinturón y un aire de bañador de rayas de la época eduardiana. Él se lo había visto puesto en una ocasión y le había gustado mucho. Era más divertido, menos chic. Se bajó la cremallera y el vestido se deslizó por las caderas y cayó al suelo. Lo recogió y lo sujetó un momento de la cintura, paralizada de indecisión, preocupada por la estética. Volvió a ponérselo.

Se sentó en la cama. Había dejado en la mesilla el libro que estaba leyendo o, mejor dicho, el que llevaba a todas partes desde hacía un par de semanas y no conseguía leer. Lo abrió e intentó leer un par de párrafos, pero las palabras empezaban a flotar y el ambiente conceptual se le escapaba. Conocía relativamente bien al autor. Habían compartido editor una vez. Eso en general era una motivación para terminar de leer la novela, aunque solo fuese por cumplir el protocolo. Normalmente dejaba los libros a medias. La gente se sorprendía mucho cuando lo confesaba. La noche anterior, en la presentación de

su libro, había salido el tema. Una mujer que estaba sentada en la primera fila se quedó horrorizada en la última intervención.

¿Qué podemos hacer para que nuestros hijos lean más? ¡Solamente les gustan esos videojuegos violentos!

Y ¿por qué tienen que leer? Yo no leo. Si tengo posibilidad de elegir, prefiero con creces hacer algo distinto, también destrozar cosas.

¿Es una broma? No puede decirlo en serio.

¿No puedo? ¿Por qué no?

Silencio. Murmullos en la sala. No estaba haciendo el papel que le correspondía, el de defensora.

En realidad no le gustaban los libros. Sentía una inquietud extraña al abrirlos. Le pasaba desde que era pequeña. No sabía por qué. Había algo perturbador en el mero hecho de la lectura, en esa inmersión, ese aislamiento. Leer era una afirmación de estar solo, de estar separado, atrapado. Los libros eran como mazmorras. Ella prefería la compañía, el mundo táctil de los átomos.

Cerró el libro. En la fotografía de cubierta se veía un fragmento del cuerpo de una mujer, un tronco sin cabeza y unas extremidades, a pesar de que la novela trataba de la Segunda Guerra Mundial. Era una imagen tópica, sin sentido. Dame un hombre, pensó. Dame esa larga hendidura de la espalda. Llevaba en el bolso una revista de divulgación científica que había empezado a comprar meses antes, pero casi había terminado el artículo más interesante, sobre las prótesis de nueva generación. Según el reportaje, las nuevas técnicas de bioingeniería serían muy beneficiosas para los soldados mutilados. Los dispositivos eran cada vez más ligeros, más flexibles, más capaces de intuir los mensajes sinápticos del cerebro. Era lo más parecido a una recuperación completa.

Eran las cinco y media. Lo último que supo de él es que había llegado a King's Cross, pero no había vuelto a escribir para decirle a qué hora cogería el tren. Los trenes llegaban de Londres cada hora, a y veinte. El hotel estaba a diez minutos andando de la estación. Le había dado la dirección y el número de habitación. Podía estar a punto de llegar, en unos minutos, o tardar una hora más. Había pasado una tarde estupenda y de repente se sentía tensa. No estaba segura del vestido azul, con el cuello tan alto. No estaba segura de cómo podía influir en el sexo. Tenía la mente en blanco, vacía de conversación intelectual. No recordaba los detalles más sutiles del artículo, aunque el tema, la idea de combinar psicología y cinética, le pareció fascinante. En la calle, el ruido iba en aumento. Tacones en la acera. Ráfagas de canciones. Los golpes de la música de

un bar.

Se levantó de la cama para mirarse en el espejo. Tenía la piel luminosa y enigmática. Siguió observándose. Al cabo de un minuto, su imagen empezó a descomponerse y convertirse en una colección de formas y colores. Nada de esto estaba planeado. Puede que nunca hubiera planeado nada en la vida. Y sin embargo ahí estaba, en aquella habitación, en aquella forma. Juntos, entre la gente, su amante y ella podían pasar por dos personas de la misma edad. Tenían bastantes cosas en común y eran lo bastante distintos para que su relación fuera interesante. En la práctica no había ningún problema. De todos modos, es posible que hubiera un fallo que no había visto, o que se negaba a ver, o que aún no se había manifestado. ¿Hijos? Sus amigos ya suponían cuál era su postura sobre los hijos.

Se puso los dedos en las ingles y se palpó los ligamentos y los cartílagos. Los nódulos eran como yemas cerradas. Se bajó la cremallera y el vestido se deslizó por las caderas y cayó al suelo. Volvió a tocarse, sin la barrera de la tela. Tenía el cuerpo lleno de fibras, nudos y pliegues desconocidos. A veces, cuando estaban en la cama, él trazaba inconscientemente con las manos un mapa de sus contornos, presionando órganos y tejidos. O le buscaba el pulso en distintas zonas: en las uñas que formaban los huesos entre los dedos y en las arterias principales. Parecía no darse cuenta de lo que hacía. Estaba poniéndose el vestido cuando oyó un chasquido en la cerradura y él entró en la habitación.

Hola.

Ah, hola.

Dejó la bandolera vieja en el suelo y fue a besarla.

Perdona que haya llegado tarde.

No te preocupes. He pasado una buena tarde.

El hotel es bonito.

Volvió a saludar, en voz baja, y se alejó unos pasos. Se quitó la chaqueta y la lanzó a la cama. No parecía cansado después de hacer el turno de noche. Nunca lo parecía. Se había rapado el pelo: se le notaban en el cuero cabelludo las líneas de crecimiento en distintas direcciones. La última vez que se vieron lo tenía largo y rizado, alrededor de las orejas, con un toque de desaliño, pero muy atractivo. El olor de su pelo mojado era uno de los recuerdos más intensos para ella. Como la profunda sensación de humillación por hacer daño al conejito que tenían en clase de mascota cuando era pequeña. Como ese corte incurable en la mejilla de su madre, cuando los celadores del hospital la sorprendieron con un

instrumento de metal mientras la llevaba a la morgue en una camilla. Los helechos ardiendo en los páramos.

Perdóname un momento, dijo él.

Entró en el baño y se oyó un chorro de agua. No había perdido la buena educación desde que lo conocía. Ni ella el gusto de que fuera así. Echó un vistazo a su reflejo. Los ojos parecían oscuros con la máscara de pestañas, como unas persianas cerradas. La boca, con el carmín embadurnado, parecía incapaz de articular palabras. Algo indefinible se había apoderado de ella. Intentó recordar cómo exactamente los nervios del extremo de un brazo amputado enviaban señales a los receptores del miembro biónico. La fluidez con que el cerebro hablaba el lenguaje de la electricidad.

El impacto de lo real, dijo.

Oyó que el grifo se cerraba. Lo vio salir del baño secándose las manos con una toalla. La lanzó a la cama, al lado de la chaqueta.

Perdona, no te he oído. ¿Qué has dicho?

He dicho que siempre que vuelvo a verte se me hace extraño. Pareces distinto. Cambiado. No eres como te recordaba. Necesito acostumbrarme a ti.

Él sonrió. Siempre había habido entre ellos la misma invitación, el mismo permiso. Él lo sabía. Y a los amigos de ella les preocupaba.

Tú también.

Una carcajada por la ventana abierta. Una sirena de la policía.

La calle es una locura.

¿Por el buen tiempo?

No. Por las carreras.

¿Qué tal estuvo la presentación? ¿Compraron muchos libros?

Sí. Estuvo bien.

Un instante después se lanzaron uno a la boca del otro. Ella era casi demasiado pequeña para la manera en que él la tocaba. Dijo que le gustaba el vestido azul, que era precioso. Y le rompió la costura, un par de puntadas sin importancia, al quitárselo por la cabeza.

*

SALIERON Y BUSCARON un restaurante con terraza. No hacía fresco. Iban sin chaqueta. La gente, en manga corta y tirantes, parecía convencida de que el verano había llegado. Pidieron una botella de vino. Al principio ella estaba

habladora, no tenía esa sensación indefinida de antes. Él se rio de sus bromas. Le preguntó en qué estaba trabajando. Ella le habló por encima de la investigación y se interesó por él. Había cambiado de servicio la semana pasada y ahora estaba en psiquiatría. No era muy estimulante.

¿No hay casos interesantes?, preguntó ella.

Hay un hombre que cree que está envuelto en una conspiración. Todo tiene que ver con una lata de galletas.

¿Alguien se está comiendo sus galletas?

Cree que se comunican con él a través de la lata. Es paranoico.

Levantó el tenedor, se clavó los dientes en el dedo pulgar y se quedó mirando la marca de los hoyuelos. Tenía unas facciones muy marcadas. Nunca llevaba las camisas impolutas. No tenía pinta de trabajador sanitario, tan conectado a la tierra. Ella no era capaz de imaginárselo en el trabajo, entre pasillos, camas y mesas de metal.

Voy a perder destreza.

¿Perder destreza?

Ya no intervengo en los tratamientos. La falta de práctica te oxida. Aunque hay muchas llagas que curar. Hay una mujer que se niega a salir de la cama. Está tan agotada que ni siquiera habla. Tiene las piernas llenas de úlceras.

Siguió hablando de los pacientes. De demencia y de trastornos bipolares y disociativos. De los que no parecían angustiados por los síntomas. Del legado de Freud. Habían ingresado a una mujer porque su casa era peligrosa. Acumulaba de todo: papel, cartón, latas, basura. Tenía la casa abarrotada, del suelo al techo, y el olor era insoportable. Había dejado un pasillo para moverse entre los montones, como una madriguera. Había ratas.

El otro día discutí con un médico por ella. Creo que no debería estar en un hospital. No se puede castigar a la gente por su manera de vivir. Y en realidad esa mujer no es un peligro, ni para sí misma ni para nadie. A menos que los montones de basura se derrumben.

Parece un caso extremo. Mi padre también busca en la basura. Tiene el desván al borde del colapso. De hecho se ha hundido. ¿Tú crees que todos tenemos algún fallo? Una enfermedad, quiero decir.

Probablemente. En mayor o menor grado.

Él pidió carne de venado. Se la sirvieron en un plato blanco, bien presentado: un medallón con el centro granate sobre un fondo de salsa rosa. Normalmente pedía la carne más rara del menú: hígado, foie, liebre. A ella le gustaba verlo

comer. Cortaba el tejido denso con mucho cuidado y nunca dejaba nada en el plato. Se llevaba el cuchillo a la boca cuando el trozo de carne se quedaba enganchado. Lo hizo tres o cuatro veces a lo largo de la cena, envolviendo la hoja con los labios y deslizándola sin peligro por la lengua. Este gesto a ella le recordaba las imágenes de grandes felinos que había visto por televisión, con los cachorros colgados de los dientes, sin hacerles daño. No sabía si otras personas también se fijaban en esas características eróticas o si eran pura invención suya.

Entonces. ¿Cuál es la tuya?

¿La mía?

Tu enfermedad.

Él sonrió.

Te deseo a todas horas. Incluso cuando acabamos de hacerlo. Quiero partirme en dos. Es una enfermedad.

Ella se echó a reír.

Sádico.

Sin necesidad de agacharse demasiado, buscó su pierna por debajo de la mesa y dejó allí la mano mientras seguía atravesando los trozos de carne con la otra.

Y ¿cuál es la tuya?

Se había puesto a andar de espaldas en la oscuridad, sin saber adónde iba. Había pisado al conejo sin querer y le había destrozado la pata. Se le clavó en la suela del zapato, se retorció y dio un tirón horrible. Cuando lo arrastró de debajo de la trampa para ver si le había hecho daño, tenía las uñas separadas y llenas de sangre. El colegio entero la condenó al ostracismo. Se pasaron una semana entera haciendo como si no existiera, pero ella no era capaz de aceptar el castigo. Seguía intentando sentarse con los demás niños o hablar con ellos, a pesar de que les oía decir que era una imbécil.

Soledad patológica.

¿De verdad? Interesante. Es la primera vez que lo oigo.

No. Está claro que no existe.

¿Por qué haces eso? ¿Por el aislamiento?

Ella se acercó por encima de la mesa para cortar un trozo de carne por la parte del borde del filete, donde estaba más dura y quemada.

Puede que sea por el sitio del que vengo.

Haré que te declaren oficialmente loca y estudiaré tu caso.

Estupendo. Llámalo síndrome. Ponle tu nombre. ¿Te apetece probar el risotto?

¿Quieres que me lo termine?

Sí.

No comes mucho.

Me lleno enseguida.

Después de pagar la cuenta salieron del restaurante y dieron un paseo por un tramo de las murallas. Él tenía una aplicación en el móvil para hacer fotos del cielo nocturno y reconocer las constelaciones. Lo intentaron, pero había demasiada contaminación lumínica y apenas se veían las estrellas. Fueron a bailar a un club. Estaban poniendo música de hacía dos décadas, difícil para moverse, a pesar de que ella conocía las canciones, y se dieron por vencidos. Volvieron al hotel andando. La ciudad se había desatado. Las calles estaban abarrotadas. Pasaron por delante de un chico que tenía sangre en la mandíbula. Estaba comiendo patatas fritas, como si fuera inmune a las heridas. En las escaleras de una iglesia vieron a una chica con la blusa rota, sentada, vomitando entre las piernas. Tenía el pelo apelmazado y goteando vómito. Un coche de policía aceleró casi sin hacer ruido. La luz azul iba encendida y dibujaba rápidas espirales en los ladrillos.

Esa gente del hospital que no se preocupa por su enfermedad, ¿por qué lo hace?, preguntó.

Es difícil saberlo. Puede ser un trastorno o una transformación. No está bien definido.

La empujó despacio contra la pared para besarla.

En la habitación quitaron la colcha gruesa de la cama. Ella estaba anestesiada por el vino. No sintió ningún dolor. Tuvo un orgasmo pequeño, lo notó en la base de la columna. Él la puso a cuatro patas. Ella lo miraba en el espejo: tenía la cabeza ladeada y caída hacia delante, la frente contraída y la boca abierta. Estaba muy guapo. Se retiró y se corrió en sus nalgas. El semen era menos denso. Notó un hilillo cuando él le levantó las caderas. Incorporó el pecho y se desplomó encima de su espalda. Le besó los hombros. Se quedó dormido antes que ella. Cuando se despertó por la mañana, se tumbó de espaldas y se apretó suavemente el hueso del pubis. Buscó los analgésicos y el vaso de agua en la mesilla. Se quedó mirando cómo entraba la luz poco a poco en la habitación. Y ¿qué si se había quedado atrás? ¿Y qué si no estaba sincronizada? Eso podía terminar. Era posible.

POR LA MAÑANA fueron a la catedral. Otro día radiante y azul. El calor parecía ya maduro, más propio de mediados del verano. Vieron a unos chicos saltando al río desde una lancha motora blanca. No quedaban restos de los heridos y ya habían limpiado la basura de las calles. Pasearon entre los cisnes y los gansos del río, los vendedores de helados y la gente que hacía pícnic. Vieron a un funámbulo practicando entre dos árboles, con unos zapatos muy elásticos, como las patas de un potro.

He leído uno de tus libros, dijo él.

Ah, ¿sí? ¿Cuándo?

Hace poco.

Qué bien. ¿Cuál?

Discutieron. Él había pensado muy bien lo que iba a decirle. Hizo un análisis inteligente. No estaba claro si la lectura le había hecho cambiar en algo la percepción que tenía de ella. Puede que sí. Hasta entonces tenía dudas de que ese libro a él pudiera gustarle. Ahora no estaba segura de que eso tuviera alguna importancia. A pesar de que él no lo estaba criticando, ella empezó a defender el libro, a exagerar la controversia que había provocado. La discusión se convirtió en un debate político, y eso era más fácil. Él la cogió de la mano.

Lo estoy pasando genial. Me encanta estar contigo.

Ella esperó un momento y luego le devolvió el cumplido. Siguieron paseando.

La gente estaba sentada o tumbada en el césped, alrededor de la catedral. La mayor parte del edificio estaba acordonada por dentro, y en la puerta había una taquilla para comprar las entradas. Decidieron no pagar. Se conformaban con ver las magníficas vidrieras. La nave estaba teñida de velos de color. Un vigilante se acercó a ellos.

¿Es la primera vez que entran?, les preguntó. Tienen suerte de ver las ventanas. Están a punto de desmontarlas para limpiarlas. Con dinero de la lotería. Va a costar diez millones de libras.

El vigilante les señaló otros elementos interesantes de la catedral y se retiró luego cortésmente, para dejarlos solos y saludar a otro grupo. Los dos sentían un interés profano por las iglesias y las conocían bien. Aun así, el interior les pareció imponente, por su tamaño y su decoración. Pan de oro y celosías. Pilares y arcos de piedra; enormes venas de mampostería. No se había construido con desidia. Era una muestra de veneración a Dios, el edificio gótico más

impresionante de Europa. Ella envidiaba esa certeza.

Se tumbaron un rato en el césped, detrás de la catedral, debajo de las ramas de un haya rumorosa que formaba una retícula de luz del sol. Ella tenía la cabeza apoyada en el brazo de él. Se besaron y hablaron en voz baja. Eran amantes. Se sorprendió de pronto contando las horas que faltaban para que él cogiera el tren. Ella se iría al norte, en coche. A veces esas horas previas a la despedida eran más difíciles que la propia despedida. Él se aquietaba y ella se animaba de una manera extraña, pura, como si fueran andando por el borde de un precipicio. Se quedó mirando el temblor de las hojas del haya que ocultaban el cielo intermitentemente. Entonces se acordó de algo que había leído en el artículo sobre las prótesis. Que los músculos tenían memoria. Que pensar conscientemente en mover el brazo o la pierna artificial no servía para moverlos. Las personas con prótesis tenían que dejar de preocuparse por la articulación. Simplemente tenían que dejar que el cuerpo hiciera su trabajo. Se lo contó. Él no había leído el artículo. Dijo que lo leería.

Cuando me tocó el turno de cirugía, ayudé a amputar una pierna.

¡Joder! Ni me lo imagino.

El cirujano vascular hizo la mayor parte del trabajo. Yo me limité a cortar hasta el hueso. Hubo problemas con la otra pierna. El paciente murió.

Ella levantó un poco la cabeza para verlo. Tenía los ojos abiertos, mirando hacia arriba. La yema azul claro del iris que estaba más cerca era traslúcida.

Eso es horrible.

En realidad no fue culpa del equipo. Esas cosas pasan.

Acercó la cabeza a la de ella. Se miraron a la luz del sol, radiantes.

Lo que haces es increíble. Yo no podría.

Te sorprenderías de lo que eres capaz de hacer.

No.

Él la abrazó. El calor, el olor y la proximidad de su cuerpo le parecieron especialmente envolventes, amnióticos. Algo se abrió en su vientre, como una flor tallada con aire. Pensó en la estación del tren, en su tejado ciclónico, en el momento en que daría un paso atrás, la puerta del vagón se cerraría con un pitido y el tren empezaría a latir cuando arrancara la locomotora. Sintió un nudo en la garganta. Se soltó de sus brazos. Buscó una pastilla en el bolso y se la tragó sin agua.

Creo que me está volviendo la resaca. Tendré que apagar el fuego con fuego.
¿Vamos a tomar algo?

Sí, genial. Podemos ir a uno de los bares del río.

*

HABÍA UNA PEQUEÑA muchedumbre en la puerta de la catedral cuando rodearon la esquina. La gente estaba sentada en las escaleras, haciendo cola en la taquilla. Al principio pareció que era un truco: los cascos del caballo resonaron como un martillo; el coche sin pasajeros, escorado, y el cochero casi de pie, sujetando las riendas con los puños. El cochero iba gritando al caballo con una voz de dominio incuestionable, pero pasaba algo raro. Ella le cogió del brazo y señaló. El percherón blanco seguía adelante, derecho contra la multitud, haciendo un estruendo enorme contra el asfalto. Se acercaba cada vez más. Pesaba mucho. Movía el pecho como si fuera una máquina. Levantaba las cuatro patas del suelo. Cuando estaba a unos diez metros de ellos, se coló entre dos bolardos, y el coche chocó contra ellos y se soltó de los ejes. Se oyó un golpe metálico seguido del crujido de la madera al astillarse. El cochero se cayó del asiento como una pieza suelta y aterrizó de cabeza. El caballo seguía su camino arrastrando las riendas, con los ojos como dos bolas blancas, cargados de furia. Pasó por delante de ella justo cuando decidió apartarse con los brazos levantados. Notó su estela.

Él ya se había separado de la multitud y se acercaba corriendo hacia el herido. Casi lo había alcanzado cuando ella se dio cuenta. Era la primera vez que lo veía correr. Ninguna acción humana es como la imaginamos. Se arrodilló junto al cochero y empezó a atenderlo. Le estaba dando la espalda. No veía qué estaba haciendo. Examinándole el cuello, quizá, o la cabeza. Las muñecas, que resultaron ser instrumentos demasiado frágiles para evitar la caída. Volvió ligeramente la cabeza. Vio que hablaba mientras atendía al herido, haciendo preguntas o dando instrucciones. Lo perdió de vista cuando la gente empezó a amontonarse alrededor.

Buscó al caballo con la mirada, pero se había perdido de vista, calle abajo. Los espectadores se acercaban deprisa al escenario del accidente. Pasaron a su lado con cara de incredulidad y horror. Ella seguía parada. Buscando al caballo. ¡Qué real parecía todo, completamente deliberado! Alguien tenía que detener al caballo antes de que se hiciera daño. Dio unos pasos, como con intención de seguirlo, pero volvió enseguida con la riada de gente. Una mujer intentaba poner orden, apartar a la multitud.

Necesita aire. Aléjense.

En unos minutos llegó una ambulancia con dos camilleros que se abrieron paso entre la confusión. Cada uno llevaba un maletín gris. El montón de espectadores aumentaba y menguaba alternativamente. La información pasaba de boca en boca. Oyó decir que un taxi había atropellado al caballo, o que se había asustado con un claxon. Lo vio a él. Seguía de espaldas pero ahora estaba de pie, dejando intervenir a los profesionales. El cochero estaba tendido de lado, al principio quieto; después hizo un leve intento, pero no podía moverse de cintura para arriba. Ella seguía en el mismo sitio. Los de la ambulancia se acercaban y se alejaban, se arrodillaban y se levantaban. Vio que él venía hacia ella, pero alguien lo señaló con la mano y uno de los de la ambulancia le pidió que volviera. Deliberaron, o le dieron las gracias. Él había nacido el año en que ella se fue de casa. Parecía imposible.

Cuando volvió a su lado, se abrazó a él. No sabía qué otra cosa hacer. Sentía una emoción parecida al miedo, o al miedo aplacado, que le hizo agarrarlo del cuello de la camisa, por detrás. Por fin lo soltó y él le explicó la situación. El cochero probablemente se había roto una cadera. Tenía heridas por abrasión. No había habido traumatismo craneal. No parecía preocupado por su estado. No paraba de preguntar si el caballo estaba herido.

*

VOLVIÓ CONDUCIENDO POR los Peninos. Los helechos empezaban a regenerarse en los páramos. Brotaban entre un mar de tallos muertos en compactas espirales verdes. Las hojas enroscadas parecían ovarios. Como las ilustraciones que le habían enseñado para explicarle el funcionamiento de estos órganos. En ese momento, el mundo, la ilustración y los helechos eran en cierto modo lo mismo. Entró en un cinturón de nubes. La luz se volvió densa, complicada, sin filtros: luz costera de poniente. Llevaba el móvil en el salpicadero. Había sonado la alerta de mensaje entrante y la luz estaba parpadeando. Él siempre le escribía después de separarse, para darle las gracias. Ella le contestaba algo parecido. Luego dejaban pasar unos días sin ponerse en contacto. Había empezado a sangrar un poco. Notaba la íntima humedad del fluido. La tranquilidad que antes le producía esta sensación empezaba a esfumarse. No le encontraba sentido. No tenía ganas de volver a casa todavía y decidió dar un rodeo, desviarse de la carretera principal hacia el sur y pasar por casa de su amiga. Podía presentarse sin avisar. Desde que nació el niño casi nunca salían y aún no era demasiado

tarde. Quería decirle a su amiga que lo que le había dicho no era cierto. Que no estaba aplazando las dificultades de la vida. Ella no lo entendía porque era una privilegiada. Esas suposiciones eran una falta de consideración, y porque eran una falta de consideración también eran crueles. Se imaginó una conversación dura, confesiones amargas y una despedida dramática.

Pero era consciente de que en realidad no estaba enfadada con ella. No tenía sentido echarle la culpa de su frustración. No era culpa de nadie. Vengarse sería injusto. Volvió a desviarse. Esta vez cogió una carretera rural. Paró el coche en un ensanchamiento de grava y se quedó mirando las montañas. Los helechos del año anterior estaban oxidados y agonizantes. Los brotes nuevos empezaban a arraigar. Desde que se hablaba tanto de los efectos cancerígenos del humo ya no los quemaban como antes. Hacía mucho tiempo que no olía esa fragancia. No tardaría en oscurecer. Sabía que tenía que ir a ver a su padre, que no vivía lejos de allí. Pero le agotaba su inagotable esperanza. El ambiente estaría cargado de polvo, periódicos y botellas sin aclarar. La casa olería a moho y estaría llena de pérdida. Llevaba las cajas blancas en el bolso. Cuando salió de la estación había comprado tres cajas de analgésicos en distintas farmacias. No fue difícil. Su madre tenía la misma edad que ella.

Se había puesto tacones para ir a la ciudad, para ver a su amante, para moverse entre la gente como una más. Y llevaba puesto el vestido de rayas. ¿Qué dirían de su atuendo si la encontraban entre los helechos? Quizá que se había preparado. Se quedó un rato sentada en el coche. Seguía recordando el olor del pelo mojado de él, su tacto húmedo y tibio entre los dedos. Recordar sus encuentros era como sumergirse de nuevo en ellos. El recuerdo y la acción eran casi lo mismo. Cada vez que la penetraba sentía un escozor profundo. Hacia el final de su relación él se daría cuenta de cuánto le dolía. Comprendería la diferencia entre el placer y el malestar, a pesar de lo bien alineados que estaban. Había llegado a estar muy cerca de ella. Y, sin embargo, eran muchas las cosas que no podían decirse.

Estaba rodeada de montañas. Cogió el bolso, abrió la puerta del coche y echó a andar. Fue como abrir un libro.

Estudio de caso 2: Reconocimiento del yo

Antecedentes y presentación inicial

Christopher (apellido desconocido)

Nacido el 22.02.2004

EN EL MOMENTO de su primera evaluación, Christopher presentaba rasgos «salvajes»: el pelo largo y descuidado, signos de caries y manchas pardas de tiña en la piel. Su comportamiento tampoco era el normal en un niño de ocho años. Oscilaba entre una insensibilidad de piedra y momentos de intensa actividad en los que se ponía a dar vueltas por la habitación, cogía cosas y las examinaba con una precisión casi forense. Parecía especialmente atraído por mi colección de amonites y muestras geológicas, puestas en un estante. No tenía ninguna conciencia de los límites y las normas sociales: por ejemplo, si le molestaban los zapatos, se los quitaba y empezaba a morderse un talón. Cuando hablaba, empleaba un estilo de comunicación verbal fascinante; la primera persona del singular no existía para él. «Queremos volver a Lea», fue una de las primeras cosas que me dijo. Me enviaron a Christopher para que lo tratara después de un período de hospitalización por pérdida de peso extrema. Por aquel entonces estaba viviendo temporalmente en un hogar de acogida, desde que las autoridades se lo llevaron de su casa: una comuna de las montañas conocida como Brant Lea, cerca del pueblo de K., en una zona aislada del norte de Inglaterra.

Antecedentes

UN EXCURSIONISTA ENCONTRÓ a Christopher deambulando por los páramos,

desorientado y con hipotermia leve, y lo ingresaron en la unidad pediátrica del hospital comarcal. Pesaba 18 kg (el 80 por ciento de su peso corporal esperado) y presentaba alarmantes signos de caquexia: el personal sanitario lo describió como «un niño que viniera de un campo de concentración». Tenía piojos e infecciones por hongos en las uñas. No se encontraron registros de vacunación ni tratamientos dentales de Christopher. Mostraba importantes carencias nutricionales y, cuando le preguntaron por su alimentación, describió una dieta limitada a los productos que cultivaban o recolectaban en la comuna: legumbres, lechuga, caracoles, conejos y cangrejos de río. El grupo había ocupado una granja medio en ruinas, situada en suelo público, a unos 19 kilómetros del pueblo de K. Christopher había pasado allí toda su vida. Después del tratamiento indicado para restablecer su peso normal (no fue necesario recurrir a la sedación o la colocación de una sonda nasogástrica), empezó a comer pequeñas cantidades de alimento. Le dieron el alta y lo trasladaron a un hogar de acogida mientras los Servicios Sociales evaluaban su caso. Cuatro semanas más tarde, su madre de acogida lo llevó al pediatra, preocupada por su pérdida de peso. Sospechaba que Christopher estaba haciendo trampas para evitar el alimento, que escondía trozos de carne en los bolsillos y debajo de la cama. También tenía problemas con los límites: entraba a buscarla cuando estaba en el cuarto de baño, saltándose la norma establecida, y no respetaba sus objetos personales.

Evaluación

EN LA PRIMERA sesión, Christopher no se opuso a que lo pesaran, pero tenía dificultades para concentrarse en el proceso de evaluación y le costaba responder a las preguntas que se le hacían. Lo primero que dijo voluntariamente fue: «Queremos ver la granja de caracoles». No se refería a su madre como «mamá» sino que la llamaba por su nombre: Amber. Aunque era capaz de identificar a personas familiares e importantes para él, tenía un sentido de su individualidad incoherente y fragmentario. No sabía diferenciar su identidad de la de otros, en particular los miembros de la comuna. Se observaba cierto retraso en su desarrollo intelectual y una capacidad lectora muy inferior a la media. No daba muestras de tener una imagen corporal distorsionada y tampoco tendencias suicidas. Su baja puntuación en la Tabla de Pautas Alimentarias denotaba perfeccionismo y miedo a madurar. Tenía, sin embargo, ideas muy claras sobre

sus pautas alimentarias, su papel en la comunidad y la importancia de agradar a los «Primeros» (los fundadores de la comuna). Cuando le pregunté si a ellos les gustaría que no comiera mucho, contestó: «Cuando ayunamos tenemos sueños increíbles. Pascal y Jan dicen que nuestros sueños nos hacen especiales. Ellos nos ven por dentro». Pascal era uno de los fundadores y, por lo visto, ejercía el papel de un chamán y tenía mucha influencia sobre el grupo. «¿No crees que los adultos tienen que asegurarse de que los niños se alimentan bien, para que crezcan fuertes?», le pregunté. Se quedó desconcertado, como si no entendiera la idea de jerarquía y responsabilidad. «Siempre comemos caracoles», contestó. Y luego describió, con mucho detalle, un sistema que se había inventado para desintoxicar los caracoles: los dejaba tres días en una caja, rociada con avena, y los hacía ayunar otros dos días. «Hacemos agujeros en la tapa —dijo—, para que no se mueran. Si están sucios por dentro, nos dan dolor de tripa y nos hacen vomitar.» Le pregunté cuántos caracoles comía normalmente y dijo que dos. «¿Dos al día? ¿No puedes comer más? Seguro que hay caracoles a montones», dije. Christopher negó con la cabeza y se puso nervioso. «No podemos, no podemos. Tenemos dos para cada uno», contestó. Cuando se tranquilizó, hablamos de cuál era la cantidad de alimento ideal para cada comida. Le enseñé la pirámide alimentaria y la observó con cierto interés. Pero se impacientó enseguida, se levantó de la silla y cogió del estante uno de los amonites que yo había encontrado en Dakota del Sur, en mi último viaje a Estados Unidos con la Asociación de Mineralogía. No parecía darse cuenta de que la piedra era mía y tampoco de que no estaba bien pedirme que se la diera. Yo quería establecer el vínculo terapéutico y le dije que le «prestaría» el fósil si prometía devolvérmelo en la próxima sesión (estaba nervioso por llegar a ese acuerdo con él). Christopher aceptó, aunque era evidente que no entendía el concepto de propiedad.

Problemática e historia familiar

EN LA SIGUIENTE sesión Christopher me devolvió el fósil y me preguntó qué piedra lo envolvía. «Pizarra —le dije—. ¿Hay muchas piedras en la montaña, donde vivías?» Se quedó un momento pensativo y contestó: «Caliza y granito. No hay arenisca». Me impresionaron sus conocimientos del entorno de K., que conozco bastante bien. Después añadió: «Hamish sabe cuándo la tierra no es

buena». Le pregunté quién era Hamish. «Hamish se acuesta con nosotros», fue su respuesta. El uso del pronombre plural me desconcertó especialmente en este caso, aunque a esas alturas ya estaba más acostumbrada a la enmarañada terminología de Christopher. «¿A quién te refieres con nosotros?», le pregunté. Se limitó a asentir con la cabeza. «Aunque no nos gusta más que Sam y Pascal», dijo.

Después de pensarlo, le pedí que dibujara a la gente de la comuna y me dijera sus nombres. Volví a preguntarle por las relaciones sexuales de Hamish y señaló a Amber. Era capaz de separar la identidad de los miembros de la comuna cuando se le pedía, pero su respuesta inmediata siempre era una ingenua amalgama con los demás individuos, por eso hablaba siempre en plural.

Es importante relacionar el entorno en el que se había criado Christopher con el caos de su educación. A partir de nuestras entrevistas y otras informaciones logré establecer que había unas nueve o diez personas en la comuna, que llevaban alrededor de diez años viviendo en casetas prefabricadas y tiendas de campaña parecidas a yurtas, sin más electricidad que la que suministraba intermitentemente un generador de gasóleo. Los principales miembros, los fundadores, eran: la madre de Christopher (Amber), el hermano de Amber (Noel), su exnovio Sam y Pascal. (Véase el genograma, figura 1.1.)

Christopher tenía una hermana mayor (Liana), de alrededor de quince años, que se marchó de la comuna un año antes de que él ingresara en el hospital y lo llevaran a un hogar de acogida. Volveré sobre este punto más adelante, porque es importante. No había estructuras formales que delimitaran los roles filiales o románticos: Christopher era «hijo de la comunidad». No tenía la obligación de comer o dormir en la yurta de Sam y Amber, y nadie supervisaba con regularidad sus funciones básicas. Recibía una educación esporádica en casa, aunque tenía algunos conocimientos prácticos sorprendentes, como pescar con mosca y poner en funcionamiento el generador, cosas que probablemente había aprendido observando a los adultos. Pasaba más tiempo solo que con Amber, que era una figura inestable y errática en la atención de las necesidades de su hijo. Por ejemplo, Christopher me habló de un incidente significativo: un día se cayó del techo de un granero y se hizo mucho daño en el brazo. Cuando fue a buscar a Amber, llorando, ella siguió cantando y tocando la guitarra y no le hizo caso. Amber pasaba de vez en cuando largas temporadas fuera de la comuna, con su hermano Noel, cuando iban a vender a las ferias. Le pregunté a Christopher a quién buscaba entonces, cuando necesitaba consuelo o ayuda, y dijo: «Nos

vamos a dormir y cuando nos despertamos estamos mejor. A veces Pascal nos envía un sueño bonito».

NB: Por falta de información, parte del siguiente genograma es especulativo.
Los nombres que aparecen en negrita corresponden a los «Fundadores».

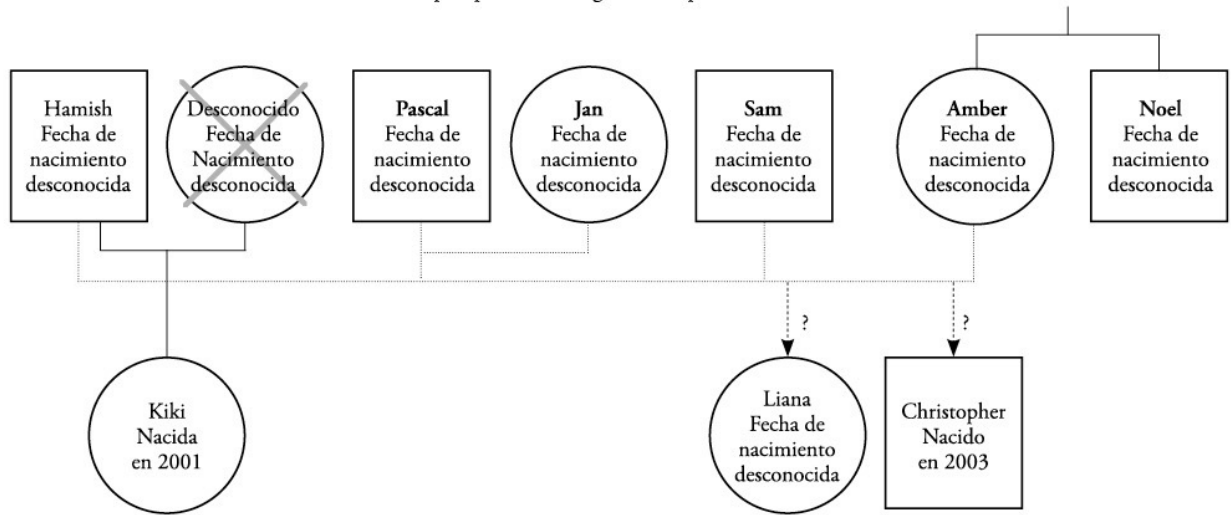


Figura 1.1. Genograma de la Comuna.

La comunidad se regía al parecer por una ética de sinceridad y libertad brutales. Celebraban reuniones en las que todo el mundo participaba, exponía sus quejas y expresaba sus sentimientos, tanto los buenos como los malos. Los secretos se consideraban tan nocivos como las etiquetas y las posiciones de privilegio, aunque todo parece indicar que los fundadores tenían cierto prestigio. Christopher me contó que Pascal había visto el sitio de la comuna «volando en sueños» (¿quizá bajo los efectos de algún narcótico?), y los demás confiaron en él para que lo encontrara. Había una historia en particular, de los orígenes de la comuna, que Christopher contaba con mucho entusiasmo. Decía que los fundadores habían construido dos de los graneros de la comunidad. Hubo protestas en la comarca (es posible que esta innovación arquitectónica fuera un pretexto para que la gente se quejara de aquel grupo de pobladores) y los funcionarios de urbanismo fueron a investigar. Como —cabe suponer— habían construido sin permiso, les ordenaron derribar los edificios. Los fundadores se encadenaron a los marcos de las puertas. «Impedimos que las excavadoras destruyeran nuestros graneros», me contó con orgullo. «Pero ¿eso no ocurrió antes de que tú nacieras? —le pregunté—. A lo mejor Liana se acordaba y te lo contó ella.» No reaccionó de ninguna manera ante esta diferencia de personajes.

Normalmente Christopher daba por terminada la sesión antes de tiempo: se le perdía la mirada y demostraba pocas emociones. Pero ese día se acercó al estante de los fósiles y cogió una muestra de fulgurita. Al cabo de un rato, dijo: «Es muy ligera». Le expliqué que la fulgurita se forma con la caída de un rayo en la arena, y que eso transforma la arena en otra sustancia. Le pregunté si le gustaría llevársela y devolvérmela la próxima vez, y me pareció que se alegraba.

A lo largo de las siguientes sesiones de evaluación se fue revelando con mayor claridad la complicada naturaleza de las relaciones entre los miembros de la comuna, sin límites de ningún tipo, así como la falta de cuidados parentales estables o predecibles. En los meses previos a la hospitalización de Christopher hubo una época de muchos cambios en la comunidad. Primero su hermana decidió marcharse (no había vuelto a saber nada de ella). Luego se unieron al grupo Hamish (que acababa de quedarse viudo) y su hija Kiki (de nueve años). La pérdida de su hermana y la llegada de dos personas nuevas fueron circunstancias desconcertantes y estresantes para Christopher. Poco después de su llegada, Hamish inició una relación sexual con Amber, que Christopher presencié en varias ocasiones: «No teníamos que salir, si no queríamos, mientras hacían esos ruidos». Cuando le pregunté si a Kiki le gustaba vivir en la comuna y si era su amiga, dijo que no. «¿Por qué no?» Y contestó: «Kiki no comparte los libros ni la ropa. No se baña con nosotros». Describió entonces una bañera de arcilla en la que se bañaban varios miembros del grupo a la vez. Parecía un artefacto primitivo, que calentaban con una hoguera de leña debajo. A Kiki tampoco le gustaba desnudarse delante de los demás, y Christopher nunca la había visto desnuda. Un día, Kiki le había lanzado serrín a los ojos porque entró en el váter cuando ella estaba allí (las letrinas no tenían puertas). «Nos picó la cara», dijo. El ambiente desestructurado se agravó con la llegada del padre y la hija, porque Christopher no identificaba sus costumbres con nada que fuese «normal» para él. Fue entonces cuando empezó a controlar la cantidad de alimento que ingería. Describe que tomaba un número exacto de caracoles al día y, a las horas de comer, se escondía en los páramos o decía que alguien ya le había dado comida. Que pasara la mayor parte del tiempo solo sugiere que o bien no se daban cuenta o bien les traía sin cuidado lo que pudiera pasarle. El Informe de Protección Infantil registra así la respuesta de su madre cuando hospitalizaron a Christopher: «Es un niño flaco. Hace mucho ejercicio. Y, si tiene hambre, sabe dónde se guardan los huevos».

A la vista de la complejidad del caso, me pareció necesario hablar

personalmente con la madre de Christopher para contrastar la percepción que ambos tenían de la vida en la comuna y discutir la posibilidad de que ella participara en las sesiones. Tienen un teléfono móvil, pero nadie contestó a mis primeras llamadas. (En las montañas de los alrededores de K. hay mala cobertura.) Por fin conseguí hablar con Pascal. Me presenté y le dije que quería hablar con Amber. La respuesta inicial de Pascal fue hostil y poco colaboradora. Se puso a la defensiva y me dijo: «¿Qué derecho tiene a entrometerse? Quiere criticar nuestro modo de vida pero ¿cuál es el suyo? Usted no conoce a Christopher, no lo ve por dentro como nosotros. ¿Usted qué sabe de los niños?». Cambió de actitud cuando le aseguré que hablar con Amber sería bueno para Christopher y le expliqué el riesgo de que la enfermedad causara daños irreversibles en la salud del niño. Tuve que esperar unos minutos hasta que Amber se puso al teléfono. «No me apetece hablar de Christopher —dijo—. Él ha tomado una decisión y yo lo respeto. Además, ya no vive con nosotros.» Traté de hacerle ver que, cuando se marchó de la comuna, su hijo estaba muy por debajo de su peso normal, enfermo y desorientado, y ni su estado ni su edad le permitían tomar decisiones racionales. Le dije también que la intervención de los Servicios Sociales era una cuestión de rutina. «La inteligencia no tiene nada que ver con la edad —contestó—. Eso son conceptos sociales. Christopher sabe todo lo que hay que saber de la naturaleza y el amor. Quieren convertirlo en una máquina egoísta, para que solo piense en sí mismo, pero él nunca será como ustedes.» La conversación fue de lo más frustrante. Amber no contestaba a ninguna pregunta directa y se ofuscaba al exponer su punto de vista, bien deliberadamente, bien porque sus procesos mentales eran confusos. Le pregunté si no tenía interés en ayudar a su hijo, y su respuesta fue: «Él no es mío, es nuestro.» Y me colgó cuando le pregunté si el padre de Christopher estaría dispuesto a asistir a las sesiones.

En esta fase me pareció que el caso era especialmente difícil y angustioso, y pedí ayuda a mi supervisor. Debo señalar que me había separado recientemente de mi pareja, por motivos relacionados con las ganas de crear una familia —no podíamos—, y tenía la sensación de que algunas cosas que hablábamos en las sesiones me estaban afectando en lo más profundo. La delgadez de Christopher resultaba dolorosa. No tenía ninguna inhibición física y a veces se sentaba en el suelo, pegado a mis piernas, o me tocaba los brazos y el pelo. Era muy triste ver que su madre se desentendía de él, y la arrogancia de Amber me sacaba de quicio. Pedí dos semanas de baja y a la vuelta reanudé el trabajo con

Christopher.

Formulación inicial

DESDE EL PRINCIPIO me había formado una mala impresión de la comuna, y las revelaciones de Christopher, además de la conversación con Amber, no hicieron más que confirmar mis sospechas. Allí había poca intimidad o coherencia: se regían por esa cultura del «todos somos iguales y libres» que abdica de la responsabilidad y el liderazgo parental, que premia la sexualidad a la vista de todos y el compartir sin límites, de manera que Christopher se había criado sin ningún tipo de estructura. La conducta incoherente de su madre (en realidad, de todos los adultos con los que el niño había vivido) y su bajo nivel de expresión emocional habían generado en Christopher un estilo de apego ambivalente que se manifestaba tanto con su madre de acogida como conmigo, en las sesiones. Sin saber nunca qué esperar de Amber y con una absoluta falta de reconocimiento emocional coherente, de espejos en los que mirarse, Christopher era incapaz de reconocer su propio estado emocional, sus necesidades y sus deseos, y tampoco sabía validarlos. Sospecho que lo que había aprendido en aquel entorno era que las personas reaccionan únicamente a sus necesidades y sus deseos individuales e inmediatos, y de ahí su escaso control del mundo exterior. Es probable que aquel ambiente de incoherencia y confusión ejerciera un efecto muy nocivo sobre el niño, que desde muy pequeño tuvo que integrarse necesariamente en el esquema inadaptado de la comunidad. Su sentido del yo no había llegado a desarrollarse en gran medida, y barajé la hipótesis de que controlar la alimentación podía ser un intento de crear el orden necesario en su estado de caos interior.

El objetivo de nuestras sesiones consistía principalmente en separar lo individual de lo colectivo, en reconocer los límites personales y sociales y romper las pautas de restricción alimentaria. En definitiva, Christopher necesitaba revivir la etapa de crianza para aprender a reconocer y comprender sus estados internos y desarrollar así un estilo de apego más funcional ahora que iba a integrarse en la sociedad.

Primeras sesiones de tratamiento

EN LAS SESIONES iniciales, la actitud más frecuente en Christopher era de vacío emocional; hacía como si yo no estuviera y se desentendía de la conversación cuando no tenía ganas de hablar. Varias veces intentó desnudarse espontáneamente, abría y cerraba la ventana, interrumpía la sesión de distintas maneras y no paraba de repetir que quería volver a la comuna. Normalmente, siempre intentaba acortar las primeras sesiones; luego, a medida que fue comprometiéndose, empezó a tener rabietas. Y, en las últimas sesiones, su madre de acogida tuvo que llevárselo a la fuerza alguna vez.

Después de unas semanas de tratamiento comenzó a responder bien al entorno de su hogar de acogida, su previsibilidad y sus límites, y en cinco meses su peso se había estabilizado. Era capaz de respetar normas sencillas, como llamar a la puerta antes de entrar o no meterse en la bañera con otras personas de la casa. El ejercicio de prestarle los fósiles, aunque nada ortodoxo, sirvió para que estableciéramos una relación de confianza y para que Christopher aprendiera el significado de la propiedad y las pertenencias personales. Le conté dónde había encontrado cada uno de los fósiles —Siria, Argentina, norte de Gales— y por qué eran importantes para mí. Hacia el final del tratamiento, la madre de acogida me contó que Christopher se acordaba de que tenía que devolverme las cosas que le prestaba sin que ella se lo dijera. En mis dos semanas de baja hice un viaje a Marruecos y, en una excursión de paleogeología, encontré un trilobite precioso, del ordovícico medio. Decidí regalárselo. Lo trajo cuando vino a la siguiente sesión, y tuve que explicarle que era un regalo, que ahora era suyo.

Animarlo a emplear la primera persona del singular no fue tan sencillo. Hacer que se preguntara: «¿Quién soy?», y que comprendiera: «Soy yo». La lentitud de su avance en este aspecto era desesperante. Christopher se sentía muy ligado a la comuna y no era capaz de verse como un ser individual, al menos conscientemente. Decir «yo» en lugar de nosotros le causaba mucha ansiedad y a veces se ponía a gritar: «Pero no estamos solos», y se rascaba los brazos o se daba golpes en la cabeza. La individualidad le producía angustia y pánico. Parecía como si tuviera la sensación que yo intentaba convencerlo de que se estaba transformando en otra persona, desconocida y extraña para él, en lugar de reconocer su propia existencia. Muchas veces tenía que abrazarlo para que se tranquilizara. Opté por una vía intermedia y empecé a pedirle que empleara su nombre para hablar de sí mismo, con la idea de que poco a poco iría delimitando su identidad. «¿Cómo está Christopher hoy?», le preguntaba. Y me respondía:

«Christopher anoche vio *Batman*».

El proyecto de reproducir la granja de caracoles fue un avance importante. Yo tenía mucho interés por ver cómo me enseñaba el funcionamiento del proceso de desintoxicación y me demostraba sus habilidades. Mientras perforaba la tapa de la caja de margarina, le pregunté: «¿De dónde vamos a sacar los caracoles?» «Yo siempre los encuentro escondidos debajo de las hojas», me dijo. No se dio cuenta de que había empleado un lenguaje autorreferencial, pero el momento tuvo un efecto notable. En la siguiente sesión, su estado de ánimo era mucho más equilibrado, sus emociones más coherentes, y habló de sí mismo en primera persona con mayor facilidad. Este logro me produjo una inmensa satisfacción, y tuve que dominarme para no perder la compostura.

Resultado y valoración actualizada

AUNQUE EL ESTADO de salud de Christopher era aparentemente bueno y seguía respondiendo bien al tratamiento psicológico, el 25 de enero de 2013 lo encontraron inconsciente en su dormitorio del hogar de acogida. No presentaba signos de violencia ni de enfermedad. Certificaron su muerte al cabo de dos horas de infructuosos intentos de reanimación. Los resultados del examen *post mortem* no eran concluyentes; no se apreciaban indicios de enfermedad, traumatismos o suicidio. Aunque la valoración inicial no fuera desacertada, es posible que subestimáramos la intensidad del vínculo de Christopher con la comuna: hay que dejar espacio para lo inexplicable. Siempre tuve intención de escribir un artículo, por lo raro del caso, y publicarlo en el *Journal of Contemporary Child Psychotherapy*, y pensé que su trágico final no debía desviarme de mi propósito. Reflexionando sobre lo ocurrido, es posible que el tratamiento fuera demasiado rápido y que no se identificaran y tomaran en consideración una serie de factores de riesgo. El caso se está revisando hoy como parte de una investigación en curso sobre Incidentes Graves.

A título personal, trabajar con Christopher fue fascinante, aunque también un reto extremo y doloroso para mí. A veces me enfadaba muchísimo, con su madre, con mi supervisor, incluso con mis limitaciones personales para ayudarlo. Empecé a cuestionarme mis propias barreras. No sabía si me estaba dejando influir por mi propia infancia, una etapa con la que ya creía haberme reconciliado, o por el cariño que llegué a sentir por Christopher. Su muerte

repentina me desconcertó por completo y era incapaz de aceptarla. Me pasé semanas leyendo publicaciones médicas, buscando razones que pudieran explicar el fallecimiento, y fui varias veces a la comuna de K., pero nunca me permitieron entrar y en la última visita tuvimos un altercado. He retomado mi terapia personal desde entonces. Christopher fue mi último caso. Solicité una baja de seis meses y, terminado el plazo, tomé la decisión de dejar definitivamente mi actividad profesional.

Perfume de carnicero

MÁS ADELANTE, CUANDO la conocí mejor, Manda me contó que un día se peleó con dos chicas a la vez en Carlisle, en la puerta del Cranemaker Arms, y pudo con las dos. Lo que había que hacer era agarrar a una y zurrarla sin parar. Al margen de lo que te hiciera la otra, tenías que seguir sacudiendo a la primera, para que la guarra que tenía las manos libres viera que eras capaz de resistir el ataque sin soltar a su compañera. Así se daba cuenta de lo que la esperaba cuando hubieras terminado con su amiga, dijo. Y luego podías cascarla ya sin que ninguna gilipollas te entorpeciera. Con un poco de suerte, no sería necesario enfrentarse con las dos. Y, si no quedaba más remedio, la segunda se quedaba tan flipada al ver que seguías en pie después de que la otra se largara, sin que nadie la hubiera defendido, que se le olvidaban todos los trucos que supiera.

Manda era la más violenta de todas. No tenía nada que ver con su tamaño; en el caso de las chicas nunca tiene que ver con eso, porque las altas y las flacas normalmente se dejan manejar sin problemas. Manda era bajita: medía alrededor de 1,58. Tampoco era un retaco, musculosa, de caderas anchas o cargada de hormonas. Todo estaba en sus ojos. Tenía unos ojos que estallaban a la primera de cambio, como un perro que lleva toda la vida atado, soportando palizas, y no necesita más provocación que una mirada para lanzarse al ataque. En ese caso, lo único que puedes hacer es rezar para que la cadena no se rompa. Y estaba también en su cerebro. No tenía un interruptor para desconectarse antes de lanzar el puño, como las demás. Por eso todas la temíamos. Su fama la precedía y, por eso, cuando oías decir su nombre —Manda Slessor— donde fuera, se te cortaba el rollo y notabas que todo cambiaba en cuanto ella aparecía en la conversación. Todo el mundo sabía que era una bestia. Era lo primero que se sabía de ella. Tenía un buen historial.

La gente decía que se había criado así. Había en los Slessor mucha arrogancia y muchas aspiraciones. Eran conocidos por las condenas de prisión y el dinero de la chatarra, con el que se habían construido una casa enorme, encima de la zona industrial de la ciudad. Tenían fama de ser fértiles a cualquier edad, gracias

a una simiente que siempre arraigaba y a un útero que siempre producía: desde las vírgenes de trece hasta las abuelas nómadas que a los cincuenta años seguían dando el pecho. En la ciudad creían saber cuál era la causa: se habían forjado en la fragua de la antigua ira del norte, decían. No eran arrieros, ganaderos o tranquilos colonos de las fronteras. Eran de estirpe gitana, pendencieros y criadores de perros y caballos.

Eran ellos quienes encendían las balizas mientras los demás se escondían en sótanos y agujeros. Se embadurnaban el pecho con despojos y esperaban en la ciudadela, con sus perros barbudos, la llegada de los escoceses. Eran ellos quienes se llevaban las cabezas de los invasores, como trofeo, y jugaban con ellas al fútbol en la calle. Tenían alma de pictos y eran capaces de aliarse con cualquier enemigo para que no los matasen, pero nunca olvidaban cuál era la sangre de su tribu. Y la siguiente generación, cuando cambiaron las tornas en el fiordo de Solway, hizo su ajuste de cuentas. Los hombres cogieron las armas. Las mujeres se hacían trenzas mezcladas con pelo de jabalí. Asesinaban a sus hijos nacidos de los intrusos. ¿Dónde termina la historia?, nos preguntaron una vez en el colegio.

Con los musulmanes, dijo alguna listilla.

Es como preguntar dónde empieza el verdadero norte.

El padre de Manda, Geordie Slessor, iba por la ciudad como si fuera el sucesor al trono; derrotaba todos los años al duque de Edimburgo en los concursos de enganches, con una recua de los establos de Heltondale Fells nacida de sus propios sementales. En junio se le veía practicando por los caminos, con un barbour verde y la espalda lejos de las riendas. Era puro cartílago. Los hermanos de Manda también competían, los tres, y todos tenían los mismos ojos que ella, heredados de su madre gitana: azules, sanos, brillantes como un mineral pulido y engarzados en una piel estropeada. Manda era la única hija y tenía una dureza particular que no le venía de familia: una dureza no heredada, perfecta para golpear contra cualquier superficie, como la madera con que se hacen las claves. Igual os parece una idiotez, pero a veces hay en estas cosas una extraña belleza. Se encuentra en rincones muy profundos. Se encuentra en el humo de las piras y en los charcos del suelo del matadero.

Aparte de su fama, yo no sabía nada de los Slessor. Cuando pasé al instituto solamente podía guiarme por la opinión general y por esa alteración del ambiente cada vez que se pronunciaba su apellido. La primera vez que me encontré con el grupo de Manda fue un día que llegaba tarde para coger el

autobús de vuelta a casa. El patio se quedó vacío poco después de que sonara el timbre, pero había un corro de chicas cerca de la tapia del parque, con el pelo corto y tieso y las faldas muy cortas. Iban arañando el asfalto con los tacones. Habían cogido por banda a Donna Tweddle, que estaba sola. Llevaban una semana torturándola, exigiéndole que prometiera compensarlas por alguna ofensa: a su inteligencia, su pinta o algún chico. Manda la tenía agarrada del cuello y colgada como el pellejo de un conejo, como un trozo de carroña. La estaba poniendo de vuelta y media, masticando sus insultos despacio. Manejaba un vocabulario que yo solo había oído en las obras y en las puertas de los locales de apuestas, palabras que yo solo había oído decir a hombres adultos. Gritaba mucho, pero al mismo tiempo estaba guapísima.

Eres una puta mierda, le dijo a Donna, sin soltarla. ¿A que sí?

No tenía una cara bonita ni sonriente, una de esas caras que gustan a los chicos. Manda tenía sus cosas buenas, entre otras esos ojos incandescentes y una buena delantera a sus quince años. Pero no era eso. Lo que estaba haciendo le favorecía, parecía iluminada, como cuando una persona feúcha se pone más guapa cuando canta, como si tuviera plumas de colores debajo de unas alas grises.

Tenía a Donna aplastada contra la tapia de hormigón. No sé si Donna había protestado al ver que la atacaba o había intentado razonar, pero en ese momento no se movía. Manda le arreó un bofetón. Si Donna ya estaba colorada, de pánico, el limpio latigazo de aquella mano le dejó la cara completamente roja. El daño no era grave. Manda esperó hasta que Donna se puso a llorar para seguir ensañándose con ella. Le clavó las uñas debajo de la barbilla y luego le soltó el cuello, como si de repente perdiera el interés por liquidarla. Como si le diera pereza. Y entonces perdió su resplandor. Hasta ese momento estaba radiante. Las demás se echaron a reír, le lanzaron un par de amenazas a Donna y se olvidaron de ella.

Yo me había parado. No me largué, como tendría que haber hecho dadas las circunstancias. Manda Slessor se quedó mirándome. Íbamos a la misma clase, pero ella no se había fijado en mí. Me sentaba en las filas del centro y era una chica bastante insulsa. Pensé que iba a darme un empujón o a apartarme con el hombro. Es lo que hacía con las que estaban alrededor cuando terminaba una pelea, con las que no eran de su bando, si aún seguía llena de rabia. Vio que la estaba observando. Yo era consciente de que no debería estar allí, pero no podía evitarlo. No podía dejar de pensar cuánto me había fascinado. Movié los ojos

muy deprisa, tomándome las medidas. Me miró de arriba abajo y en menos de un segundo llegó a la conclusión de que lo que veía no le gustaba especialmente pero tampoco le parecía ofensivo. Lo noté en el ambiente: no había tensión y las dos teníamos libertad de movimientos. Se le había corrido la máscara de pestañas a lo largo del día. Tenía los ojos azul petróleo, viscosos y volátiles, a punto de encenderse y arder en cualquier momento. Pero no prendieron. Cogió del suelo su bolso de lona y siguió de largo por delante de mí.

*

PASÉ MUCHO TIEMPO en casa de los Slessor. Se llamaba High Setterah. Pasé tiempo con la familia, después de clase y los fines de semana, siempre que podía, porque no me gustaba quedarme en el pueblo, con mi padre siempre de mal humor y nadie de mi edad cerca. No sabría decir exactamente cómo fue. La amistad surgió de repente, al principio un poco torcida, como un arbolillo en la cuneta, y poco a poco se fue fortaleciendo y enderezando. Puede que Manda simplemente no se embrancara con una chica como yo, y eso quería decir que no éramos enemigas. O puede que esa tarde, en el patio, viera algo que le gustara. Que viera mi admiración.

Un día me sorprendió mirándola cuando se estaba comiendo un paquete de patatas fritas, chupándose la sal de los dedos, y me lanzó un beso desde el otro lado de la cafetería, como si se pensara que estaba quedada con ella. Hacía muchas tonterías y bromas de esas. Poco después acabamos sentándonos juntas en clase. Fue por la impaciencia de nuestra profesora de historia, que estaba harta de las risitas de Manda y sus ataques desde la última fila a Stacey Clark, una chica de ojos saltones. Había un sitio libre a mi lado, porque Rebecca Wilson estaba enferma, y Manda se sentó allí.

Amanda, haz el favor de sentarte y comportarte como es debido, le advirtió la señorita Thompson, tres veces, cada vez más desesperada y subiendo cada vez más la voz.

Después de indignarse y protestar como un delincuente que se hace la víctima, Manda arrastró la silla de debajo de la mesa y se inclinó sobre la mía. Fue entonces cuando la vi de cerca por primera vez y me fijé en que tenía esos ojos que mi abuelo llamaba relucientes como después de la lluvia. Me estuvo mirando un buen rato. Supe que entre nosotras podía pasar cualquier cosa. Cuando se encierra a dos animales en un corral pequeño, o se toman cariño y se

hacen compañía o rechinan los dientes y se atacan.

Manda se inclinó, agarró el bolígrafo y dibujó un garabato en mi cuaderno de ejercicios. Yo dibujé otro en el suyo. Lo hice sin pensarlo: ojo por ojo. Vi que llevaba un corazón pequeño grabado en la muñeca con la punta de un compás, y eso solo lo hacían las chicas más valientes. Los arañazos eran como una rosa séptica, entre amarilla y roja, que brotaba en la piel. A mitad de clase se quedó sin tinta y cogió un boli de mi estuche sin pedir permiso. Me lo devolvió al terminar.

Desde ese día fue como si hubiéramos llegado a un acuerdo. Habíamos pasado la fase de saber simplemente cómo nos llamábamos y a qué clase íbamos. Teníamos permiso para decirnos hola delante de nuestras amigas, en la puerta del colegio o en Castletown, cuando nos encontrábamos en el centro comercial o en el puesto de pescado y patatas fritas. Aunque Manda no necesitaba permiso de sus amigas. Hablaba con todo el mundo, con gente que para ninguna de nosotras encajaba en los límites de lo normal: con los chicos mayores y de brazos fuertes, los que ya trabajaban y a la hora de comer salían a dar vueltas en sus coches con alerones, a los que conocía porque iban de copas con sus hermanos; con el dueño y los camellos del Toppers, un club nocturno, y con las camareras, altas y bronceadas, que pisaban la raya que separa a las reinas de las putas por su fama de ofrecer buen sexo encima de la barra cuando cerraban el bar. En el antiguo Covered Market, trataba con desparpajo a los señores elegantes que venían del hipódromo de Carlisle con sus chaquetones de borrego, como si fueran tíos suyos, y puede que lo fueran.

Y luego estaba la gente de la familia de su madre, los primos extranjeros que venían de Irlanda, de Escocia o de Man para participar en los concursos de enganches con sus yeguas de color picazo, sus violines y sus rumores de mercancía electrónica robada, camadas y deudas pendientes. El pueblo se alborotaba todos los años con su visita: en parte por discriminación y en parte por supersticiones de cien años atrás. Que si traían la lluvia y destrozaban las cosechas. Que si lanzaban maldiciones o echaban el mal de ojo. Que si cruzaban la frontera de noche para robar las campanas de Bowness, que por lo visto repicaban en sus tumbas, en el fiordo de Solway, cuando había ladrones cerca, y bla, bla, bla. Manda los veía dando gritos, en corro, y se acercaba a cotillear y a gorronearles cigarrillos, y ellos la invitaban a sus cogorzas. No toleraba que nadie los llamara chatarreros o quinquis de mierda.

No hizo falta firmar un tratado para que Manda me conociera. Un día fui con

ella y otras chicas al centro, a tomar un bocata con salsa a la hora de cenar. Estábamos en el guardarropa, poniéndonos los abrigos y rebuscando en los bolsillos a ver si encontrábamos alguna moneda. Yo estaba esperando a Rebecca. Manda llevaba la capucha puesta y casi no se le veía la cara. Ven con nosotras si quieres, Kathleen, me dijo.

¿Por qué la invitas?, protestó una de sus amigas.

Porque estoy harta de tu careto feo, contestó Manda.

Fuimos cogidas del brazo desde el Hotel Agrícola hasta el final de Little Dockray. Todo el mundo nos mira, pensé. Y me latió el corazón con el doble de fuerza.

Un mes más tarde yo estaba en la habitación de al lado mientras Manda echaba un polvo con un amigo de la familia: un jinete casado y con hijos. Luego me contó que tenía una polla del tamaño del Scaffel y una corrida tan descomunal que el chorro le había llegado hasta los muslos. Seis semanas después estaba sentada con ella en la clínica donde le dieron dos pastillas para abortar, sujetándola de los hombros mientras vomitaba. Dijo que la enfermera le había advertido que no mirase cuando fuera al cuarto de baño, pero no pudo resistirse a mirar el cubo que le pusieron a los pies. No era como los coágulos de la regla; era como una pelota llena de tubos. Dijo que ni de coña podía enterarse su madre, porque ella habría querido que se quedara con el niño.

*

HIGH SETTERAH NO era la casa de una familia de chamarileros. El dinero ganado recogiendo trastos viejos con una carreta ya había perdido la mugre en la generación anterior, cuando los Slessor diversificaron su actividad con las alfombras, los negocios inmobiliarios y las proezas ecuestres. Su herencia de nómadas seguía recordándose en un pueblo que jamás olvidaba los orígenes sociales, pero habían amasado una fortuna que los hacía intocables a la recesión, la competencia o el esnobismo resentido de la comarca. La casa era alargada y baja. Casi una mansión, aunque más parecida a un rancho yanqui, con porche y el interior de madera. No tenía sentido en Cumbria, tan cerca del límite del Parque Nacional, y es posible que para construirla tuvieran que forzar los planes urbanísticos a finales de los setenta, cuando la familia estaba en pleno ascenso, porque atentaba contra toda la legislación local. Tenía prados delante y detrás, para los caballos, y establos de pizarra a un lado de la finca. De vez en cuando

llegaba el olor pestilente de las vacas del matadero de Wildriggs desde el polígono industrial.

Había tantos cuartos de baño que no se podían contar —siempre me daba miedo equivocarme de puerta— y trasteros donde guardaban al dóberman y al mastín. Había una sauna y un cuarto de juegos. Las paredes estaban cubiertas de fotografías de caballos campeones, en marcos ostentosos; de lazos rojos que señalaban la derrota anual de la realeza en la comarca y placas conmemorativas de las competiciones en las que había participado la familia. De la rotonda de Kemplay salía una avenida que llegaba hasta la casa, bordeada en todo el trayecto por aquellos potros vigorosos, relucientes, fortalecidos por las abruptas pendientes de los páramos, domados por los romanos en la muralla y convertidos en animales veloces por las hábiles riendas de los Slessor.

Todo el mundo creía que el experto en caballos era el padre de Manda. Y, viéndolo con aquel cuello de mula y todo el cuerpo en tensión, azuzando a sus ejemplares para cruzar el arroyo en la feria de Appleby, no había ninguna razón para no creerlo. Geordie era un maestro de la hípica. No contaba con el respeto de los demás criadores del país, de los dueños de las mansiones y los Range Rovers, y eso le dolía profundamente. Aun así le pedían consejo y opinión sobre sus corceles y le compraban sus potros. Las cadenas de noticias regionales lo entrevistaban siempre que ganaba un trofeo, delante de un llamativo Rolls Royce amarillo. Y aunque ni por nacimiento ni por sangre tenía derecho a presumir de un coche como aquel, ordenaba a los periodistas que lo enfocaran con la cámara, alardeando de su botín como el ladrón convencido de que jamás lo pillarían: ¡con dos cojones!

Pero era Vivian Slessor quien llevaba a los establos a los castrados díscolos y les echaba palas de hinojo, como hacían antiguamente los domadores del norte. Rara vez usaba la fusta para montar. Y, aunque sus conocimientos de la cría y las carreras eran menos profesionales que los de Geordie, lo superaba como cuidadora en intimidad y encanto cuando acariciaba a los caballos en esa zona sensible que tienen detrás de las orejas, para tranquilizarlos. Geordie la consideraba su curandera de huesos oficial y recurría a ella cuando un caballo se hacía daño, en vez de llamar al veterinario y pagar la factura. Se apartaba a un lado mientras Vivian vendaba una pata con acedera. Una mañana de llovizna y viento, en el mes de abril, Vivian Slessor me subió por primera vez a una silla, en una yegua preciosa de color castaño, demasiado grande y demasiado brava para mi estatura y mi inexperiencia. Nos llevó de la rienda por el prado en mitad

del vendaval, hablando en voz baja y refunfuñando, y yo no sabía si estaba regañando a la yegua, por no ir recta, o a mí por mi mala postura. En la puerta del cercado soltó las riendas.

Vamos, dijo, y le dio una palmada en la grupa. Los talones abajo, Kathleen.

Era ella quien daba de comer a los perros por la noche y curaba las enfermedades de todos los seres que tenía a su cuidado. Y lo mismo hacía con sus hijos. Los atendía sin quejarse, con una especie de devoción altiva. Cuando los chicos se ponían gamberros y se peleaban demasiado cerca de la vitrina, su viejo les gritaba y les decía que se estuvieran quietos de una puta vez. Los zurraba por insolentes y descarados. Pero Vivian les dejaba discutir y sacudirse lo que hiciera falta, hasta que resolvieran el problema y se les pasara el calentón. Después lo ordenaba todo, les ponía un algodón en la nariz reventada y recogía los platos rotos desperdigados por el suelo del comedor. De vez en cuando llegaba una citación judicial, y Vivian se presentaba en el juzgado con sus trajes de cuadros, sus fulares de seda y su mirada pura, para defender a alguno de sus hijos. Y con aquel orgullo y aquella seguridad le daba a entender al juez que era imposible enmendar lo que ella había inculcado en su prole; que las leyes municipales, los toques de queda, las multas, el correccional y la prisión no servirían de nada.

Pero cuando era ella quien se cabreaba con sus hijos los hacía pedazos. Ninguno se enfrentaba con Vivian como hacían a veces con Geordie, para disputarle la supremacía si se presentaba la ocasión. Vivian podía llegar a descargar una crueldad bestial, y es posible que todos la creyeran capaz de cometer un asesinato algún día. Si se ponía de parte de su marido, la discusión estaba definitivamente perdida para los demás.

Ve a ver a los caballos, les decía Geordie a Aaron o a Rob, desde su butaca, perezoso por el whisky.

El chico en cuestión no soportaba que su padre le diera esas órdenes, porque se le pusiera en los cojones, y contestaba que estaba viendo el fútbol. Vivian Slessor le acariciaba entonces la cabeza, y su hijo se levantaba, se ponía las botas y salía a los establos. La familia sabía manejar las tensiones, y Vivian era el centro de todo. Le gustaban las cosas modernas: los aparatos de cocina, los equipos de música y los coches; construyeron la sauna para que pudiera achicharrarse sin tener que ir a un gimnasio público. Pero era una mujer supersticiosa. Una vez la vi coger unas tenazas de hierro de la chimenea y atizarle con ellas en la espalda a su hijo mayor porque estaba toqueteando su

cristal de la suerte. Su mundo se regía por un antiguo almanaque que yo no comprendía: por la creencia, puede que en parte gitana, en las tradiciones herbales, los ritos y los augurios. El Día de Todos los Santos colgaba amuletos de piedra en los establos para proteger a los animales. Cerraba el techo de su descapotable un día de cielo azul si la noche anterior había habido luna creciente. Y pensaba mucho dónde aparcar los remolques de los caballos cuando iba a las ferias ecuestres: nunca en el cerro donde antiguamente se levantaba el cadalso; eso estaba prohibido, aunque los caballos tuvieran permiso para pacer libremente por allí.

A mí me encantaba ver a los padres de Manda juntos. Mi madre había muerto cuando yo tenía ocho años, y en la vida de mi padre nunca volvió a haber otra mujer; por eso la intimidad de los adultos era poco corriente para mí. En mi casa había algo descompensado, algo desequilibrado. Mi padre llevaba a cuestas más peso que el de sus brazos, sus piernas y la panza en la que apoyaba el vaso después de cenar. Aun así parecía ligero en comparación con los restos de mi madre: el armario lleno de ropa con olor rancio, los tarros de mermelada y los botes de polvos de talco petrificados. De noche, cuando estaba en la cama y le oía sollozar, me parecía que los cimientos de la casa intentaban levantarse y tenía que apretar los pies contra el borde de la cama.

Los Slessor eran equilibrados e indestructibles. Se apareaban por instinto animal, como lobos entre la gente. Que alguno de los dos se metiera en una cama que no fuera el lecho conyugal —y corrían rumores sobre la debilidad de Geordie por las chicas que trabajaban en las cuadras y sobre hijos imprevistos— no era una amenaza para su relación. Habían tenido tres hijos y una hija, todos sanos y todos luchadores. Y daba la sensación de que aún podían venir más, de que seguían siendo capaces, él con casi setenta y ella con casi cincuenta. Estaban unidos por sus hijos, pero los dos habían tenido otras relaciones, antes y después. Estaban hechos el uno para el otro. Incluso cuando los veías separados, en casa o en el pueblo, se notaba la presencia de la otra mitad, del compañero. Ninguno de los dos se casó por dinero, porque cuando eran novios no había ni un céntimo. Vivian tenía un solo vestido, el que se puso para la boda. Geordie solo tenía un montón de tuberías y planchas de plomo robadas.

A pesar de su agresividad y de su chulería, nunca vi que le levantara la mano a su mujer. Es posible que fuera cruel con ella, que intentara aplastarla, como hacía con todo y con todos hasta que conseguía someterlos o destruirlos. Pero la adoraba, la sabía capaz de resolver cualquier problema. Había encontrado la

horma de su zapato. Lo sabía. Y ella también lo sabía. Si algo temía aquel hombre eran los genes de su mujer, los átomos de su coño. Me gustaba verla cuando mataba a los pollos, con el cuchillo alejado de las puntas de los dedos, sin necesidad de mirar, mientras observaba cómo su marido se servía un whisky. Aunque probablemente Geordie Slessor no hubiera visto un libro de historia en la vida, parecía sin embargo conocer la tradición regional de las mujeres que cabalgaban con los hombres hasta la frontera, con sus hijos atados a la espalda. Vivían tal vez fuera capaz de consentir que los puños de Geordie se hundieran en su carne blanda, incluso de llevar escrita en la cara la mala leche de su marido a la vista de todos. Pero luego, por la noche, lo abriría en canal, lo rajaría de las pelotas al ombligo. Contendría la hemorragia con alguna de sus plantas medicinales secretas, algún ungüento para que la sangre fluyera más despacio, y le ofrecería las tripas de su potro más querido a cambio de su propio hígado. O quizá le concediera algún privilegio de su reino doméstico, como dueña y señora de la casa: una cena con cristales molidos, carne congelada y descongelada varias veces o un pan envenenado con dedalera.

Era una mujer atractiva. Y alegre, aunque tenía la frente surcada de arrugas. En las fotos de la boda aparecía con unos rizos divinos, castaños y brillantes. Ahora tenía el pelo canoso y puede que hubiera perdido volumen; llevaba de mala gana la típica melenita corta de una mujer que siempre ha estado orgullosa de su pelo, y seguía apartándose de los hombros unos rizos invisibles. Manda había heredado la delantera de su madre. Vivian era voluptuosa, aunque tenía el cuello y los pómulos huesudos. Los hombres le abrían la puerta. Y, cuando a Geordie le entraban ganas de su mujer, se enteraba todo el mundo, porque no se andaba con rodeos; le traía sin cuidado quién estuviera delante. Se acercaba a ella y la agarraba de la cintura. En esos momentos incluso habría sido capaz de levantarle la falda si ella no se hubiera encargado de llevárselo a un sitio más íntimo. Se les oía de todos modos. Al cabo de un rato volvían tranquilamente con los demás, sin cortarse un pelo. Cuando lo hacían se enteraba todo el mundo: el ambiente de la casa se transformaba. El sudor de los caballos cobraba un olor más fuerte. Los chicos se ponían nerviosos y les daba por beber o tender trampas a los perros. Manda ponía la música a todo volumen.

Eran esos momentos de ternura los que a mí más me intrigaban, esas manifestaciones tan vivas de lo que yo entendía por amor, aunque quien no los observara con tanta atención como yo podría haberlos confundido con discusiones o incidentes cotidianos. Por ejemplo, cuando Geordie le sacaba a

Vivian una astilla que se le había clavado en la mano: la sujetaba con el codo contra la mesa y le retorció el brazo por detrás para inmovilizarla mientras la curaba. O cuando la veía detrás de un remolque que iba en marcha atrás y le gritaba desde la ventanilla del coche.

¿Tú estás ciega o eres gilipollas?

Pero lo que había en su voz era pánico, no ira.

Y una vez vi a Vivian sacarle la polla a su marido y sujetársela, cuando volvió del club de rugby tan borracho que se puso a mear en el porche de High Setterah.

Yo la prefería a ella, y eso era extraño en mí porque las mujeres normalmente me hacían sentirme incómoda y no sabía de qué hablar con ellas. Pero de la mano de Vivian habría comido sin rechistar. Geordie coqueteaba conmigo cuando estaba de buen humor, y yo lo interpretaba como una muestra de aceptación, aunque me daba mucha vergüenza.

Mira qué guapetona se ha puesto la chica, ¿eh?, decía, cuando Manda y yo nos arreglábamos para salir un viernes por la noche. Vivian nunca hacía comentarios delante de mí, pero cantaba canciones y les ponía mi nombre.

Es posible que hoy vaya a ver a Kathleen.

Una golondrina me ha contado sus sueños.

Pronto iré a ver a mi dulce Kathleen.

*

CASI SIEMPRE NOS quedábamos en el pueblo e íbamos de bar en bar, adonde Manda creyera que podía encontrarse con un chico que le gustaba. Otras veces, si a alguno de sus hermanos no le importaba llevarnos cuando iba a entregar un pedido o a un concierto, íbamos a Carslile. El viaje en coche era una locura, estaba lleno de volantazos absurdos y de adelantamientos suicidas, porque a los chicos les encantaba la velocidad. Les encantaba a caballo, en moto o en esquís; en cualquier vehículo que les permitiera acelerar hasta que el cráneo les aplastara el cerebro.

Del pueblo salían dos carreteras principales: la antigua carretera de peaje y la calzada romana que atravesaba el páramo yermo de Lazonby y apenas tenía tráfico. Y estaba también la M6: un tramo de autopista desierto, el último antes de Escocia, donde parecía que todo terminaba.

Me sentaba pegada a la ventanilla, con las mejillas apretadas contra el cristal

frío, y me agarraba al cinturón de seguridad. Manda intentaba controlar la radio mientras su hermano conducía: normalmente era Aaron. Entraba en las curvas disparado, como si estuviera en una pista de carreras privada. Atravesábamos esa zona perdida como se sigue haciendo, como se ha hecho siempre y como probablemente se seguirá haciendo, pasando de las cámaras y los radares de la policía: a una velocidad temeraria, como si nos persiguieran.

Yo odiaba aquellos viajes a la ciudad. Aquellos veinticinco minutos de tortura espeluznante. Siempre tenía la sensación de que algo nos acechaba por la espalda. Aquellos eran los páramos yermos de los que nos hablaban en el colegio, como si no lo supiéramos. No daban ganas de entretenerse allí. No daban ganas de que pudieran sorprenderte en aquella llanura pelada y solitaria por ir despacio. Era allí donde se reunían los atracadores camino del norte o del sur. Era tierra quemada, río rojo y territorio de violadores. Un paisaje de faldas rotas y cuellos degollados, de tejados rociados con gasolina y quemados, de pajares que se usaban para ahumar a los niños. Si bajabas la ventanilla casi podías oírlo todo: las alarmas y el crepitar de las llamas; los gritos de las mujeres degolladas mientras los hombres de la familia, ahogándose de la fuerza con que tensaban los músculos, les apretaban el gaznate. Las casas de la frontera que no estaban fortificadas eran provisionales; las construían con saliva, mierda de vaca y zarzos, para desmantelarlas fácilmente, porque cuando llegaban los salteadores había que atrincherarse detrás de una muralla de roca de dos metros y medio de alto o coger los bártulos y salir corriendo.

Los bandazos que daba la furgoneta en las curvas me empujaban aún más la mejilla contra el cristal. Aaron iba cantando una canción de los Roses. Manda hacía el viaje sin miedo, como si confiara en el buen curso de las cosas. Yo en cambio me imaginaba todo tipo de horrores: accidentes y bazos reventados. La adrenalina me abría completamente el cerebro y la rapacería del antiguo condado se apoderaba de mí. Los adiestradores decían que allí hasta el caballo más dócil olía los rescoldos de los incendios de tiempos pasados, que notaba el sabor a escoria de hulla y a piel quemada en las criptas embrujadas y que podía encabritarse y derribar al jinete. Y, a pesar del gusto de los romanos por la línea recta, los coches volcaban allí a menudo. Se veían montones de coronas de flores. Hasta mi padre, que normalmente iba muy tranquilo al volante, pisaba el acelerador a fondo con la bota manchada de barro sin mirar por el retrovisor cuando pasaba por allí. No se molestaba en poner el intermitente para cambiar de carril y viraba bruscamente cuando una ráfaga de viento que llegaba de los

Peninos zarandeaba el Land Rover. Los que volvían a casa de un viaje largo, a Londres, Birmingham, Stafford y Manchester, normalmente recibían una carta certificada de la policía de Cumbria, con una multa bestial y pérdida de puntos del carné de conducir, y no se explicaban cómo los habían cazado circulando a más de noventa.

Aaron Slessor estuvo a punto de matarnos a todos yendo a Carlisle varias veces, y después de cada viaje yo lo odiaba un poco más. Ponía la música a todo volumen y no nos hacía ni caso, aunque de vez en cuando me miraba las piernas. Se ponía a perseguir a las liebres por la carretera y aterrorizaba a los demás conductores; se les pegaba al parachoques hasta que le cedían el paso. A la vuelta cogía la carretera secundaria, la que cruzaba los páramos por la orilla del río Caldew, salado como el cobre rojo, porque era recta y tenía badenes en los que podía levantar las cuatro ruedas del suelo. Siempre me dejaba en casa, y al llegar me encontraba a mi padre dormido en el sofá, con el volumen de la tele apagado. Aaron no se quejaba de llevarme y traerme. Parecía que le gustaba conducir por los vados y las curvas de las carreteras de los pueblos. Un par de veces me pidió un beso cuando iba a bajarme del coche, pero lo empujé y lo mandé a paseo.

Estás para chuparse los dedos, dijo. No te alteres tanto.

A sus diecinueve años, aspiraba a ser el jefe de la familia y llevaba de pena ser el menor de los hermanos. Geordie no había perdido con los años las fuerzas para pegarle. Si acaso lo zurraba más que antes: el semental de la familia veía que le quedaban pocos días de lucha. Le reventaba que Aaron se interesara por los caballos menos que sus hermanos y al mismo tiempo obtuviera cada vez mejor puntuación en las carreras de obstáculos con los Heltondales.

Lo llamaba inútil de mierda. Mequetrefe y memo. Vas a joderlo todo, le decía. No vales más que para poner una puta alfombra en un retrete.

Los gamberros buscaban a Aaron, porque decían que quien lo derrotaba en una pelea se hacía el amo del pueblo. Dejó el colegio el mismo día en que cumplió los dieciséis para vender alfombras de saldo. Era muy guapo y se daba los mismos aires de rey que su padre. Yo le había visto trabajarse a una chica. Sabía cómo herirla en el poco orgullo que pudiera tener, quitarle hasta la última gota de sentido común y obligarla a esperar pegada al teléfono, a esperar en la puerta de un bar bajo la lluvia, a esperar hasta que el muy cabrón se hartaba de ella en pocas semanas y le decía que tenía la vagina seca, la piel de una vieja, la tripa gorda o lunares en el culo, y que ya no le gustaba.

No era nada discreto con sus conquistas. Los jadeos, los juegucitos y las inclinaciones sexuales de la chica de turno se convertían en la comidilla del pueblo las semanas siguientes. Contaba que se lo habían montado en el remolque de los caballos y que ella se había arrodillado encima de la mierda para chupársela. Que se la había tirado justo después de tirarse a su hermana, la misma noche. Mojada doble. Así, su círculo de amigos sabía todo lo que necesitaba saber de sus ex antes de invitarlas a salir. Y Aaron de vez en cuando volvía con ellas, los viernes por la noche, cuando veía algo interesante en una pierna desnuda o en la raja de una falda; un cambio de *look* o un corte de pelo.

*

PASABA MUY POCO tiempo en casa. A los Slessor les gustaba tener compañía. Les gustaba tener ruido y caras nuevas alrededor. Siempre me sentí bien acogida. Pero el verano del año en que conocí a Manda, mi padre empezó a notar mi ausencia y dijo que era muy triste: primero había perdido a mi madre y ahora me perdía a mí. Me sentí culpable y apenas me moví de allí en todas las vacaciones, a pesar de que él estaba todo el día fuera, pastoreando y esquilando a las ovejas, y de que en casa hacía demasiado frío, aunque fuera verano, y eso me ponía nerviosa. Por las mañanas llamaba a Manda por teléfono, o me llamaba ella.

Venga, Kathleen, no seas cabrona. ¿No puedes venir?, me decía. Me siento sola. Voy a ir a comprar un pintalabios. Bueno, vale, hasta luego.

Después me iba por un callejón del pueblo cubierto de matorrales y subía el Scar sabiendo que Manda iba a salir a divertirse con alguien. Desde la cima veía la baliza a lo lejos, los trenes que pasaban por la línea principal y los estanques brillantes de la piscifactoría de truchas. A la vuelta pasaba por delante de una granja destartalada, llena de tractores, grúas y maquinaria oxidada, con una lona impermeable tirada en el patio. El dueño era un hijo de puta y un tío raro. Por las noches se le oía gritar obscenidades a sus perros y lanzarles los cuencos en que les daba la comida. Se oían aullidos, ladridos y alaridos. Tenía un montón de collies y sabuesos, mugrientos, flacos y medio locos de frustración, como les pasa a los perros pastores sin rebaño.

La granja estaba justo después de un zarzal. Ya había pasado por allí al salir del callejón. Tuve que atravesarlo con los brazos en alto y girando las caderas para desengancharme los vaqueros a cada paso que daba. Olía a desengrasante y a estiércol líquido, a tierra y a hierro, a algo inconcreto, a una mezcla

incompatible de industria y agricultura. El dueño era bien conocido en el pueblo por maltratar a los animales, aunque no tenía muchos aparte de los perros: un puñado de gallinas y algún caballo o un cerdo sarnoso. Nadie lo había denunciado a la protectora de animales, porque si se acercaban por allí irían también a husmear en sus establos.

Una mañana, hacia el final de las vacaciones, al pasar por delante del cobertizo de la granja vi que la puerta estaba abierta. Normalmente la veía cerrada, atrancada y atada con una cadena. Dentro del cobertizo había un caballo muerto, tendido entre los arreos del ganado. El suelo tenía un color entre amarillo y marrón, como hormigón cubierto de pis y diarrea. Noté el hedor al acercarme por debajo del alero.

Un rayo de sol iluminaba el cuerpo del caballo. Estaba destrozado, desollado, con heridas en las patas y plagado de moscas. Se le marcaba la caja torácica como el esqueleto de un barco desmantelado. Debía de llevar mucho tiempo sin levantarse, porque tenía las pezuñas convertidas en espirales grandes y descoloridas, como las uñas de un emperador chino. Me quedé un rato mirándolo, alelada. Empecé a ponerme nerviosa. Llevaba mucho tiempo sin levantarse. Vivía tirado en el suelo. No tenía las pezuñas limadas por el roce de la tierra y el trote, como cualquier animal erguido. Y había muerto de hambre poco a poco.

Avancé un paso, y el caballo resopló y se movió. Levantó la cabeza y la grupa a la vez, apretando el torso contra el suelo, como si intentara incorporarse, y las pezuñas entrechocaron y arañaron la tierra igual que lascas. Soltó por el hocico un espumarajo de color rosa y volvió a arrastrar las patas traseras. Clic-clic. Luego se quedó quieto.

Busqué con la mirada un cubo de agua, una manta, comida. No vi nada que sirviera para reconfortarlo. Aunque no lo veía, sabía que el dueño debía de estar cerca, en el retrete o agachado en alguna sombra, porque de lo contrario la puerta no estaría abierta. El caballo había vuelto a quedarse completamente inmóvil, como muerto.

Calma, dije en voz baja. No sé si me lo dije a mí o se lo dije al caballo. No estaba segura.

Después me alejé. Y después eché a correr.

Mi indignación crecía con cada zancada. Ver un caballo muerto no me habría afectado tanto. Había visto cosas peores que un animal muerto: corderos tambaleándose, con el culo y los ojos picoteados por los cuervos; cabezas y

cuartos traseros amontonados en el matadero. Un caballo muerto no era un problema. Pero no tenía estómago para ver a uno vivo y destrozado. Me hervía la sangre mientras corría. Me desgarré los brazos al pasar entre unas matas de endrinos sin pararme a desenganchar las ramas. Sentía la boca como llena de sal, de semillas y de perdigones, a pesar de que no paraba de escupir.

Ese mismo granjero había arrastrado a una mujer al alcohol, el valium y las crisis nerviosas en público, hasta que un día apareció muerta en una bañera, por sobredosis, dijeron. Su segunda mujer murió de una caída en el silo. Un descuido. Suicidio, tal vez. Pero ¿una muerte lenta en un cobertizo hediondo? Eso no. Una mujer podía coger la puerta y largarse. No estaría famélica. No tendría los pies inservibles. Aquel caballo en descomposición era lo peor que había visto en mi vida. Parecía la escena de un cuento de hadas en el que las ramas oscuras se levantan de pronto y en un claro del bosque se ve a un hombre con dedos de cuchillo que está hirviendo las cabezas de sus hijos en un caldero. Era como encontrarse en sueños con una bruja que te cose la piel al dobladillo de su capa y echa a volar, arrastrándote, hasta que te despiertas despellejada.

Me paré en un brezal, me agaché y me entraron ganas de vomitar.

Llegué al pueblo acribillada por las zarzas y chorreando sangre por los codos. Seguía oyendo el chasquido de las pezuñas, sus arañazos y sus chirridos contra el suelo. Pensé subir al prado y decirle a mi padre que avisara al veterinario. Pensé volver a casa, coger la escopeta de encima de la chimenea y matar yo misma al caballo, o a su dueño, o a los dos. Pero, como si se tratara de una prórroga, vi la furgoneta azul de los Slessor aparcada en la puerta del Fox and Pheasant, en la plaza del pueblo, y a Aaron poniéndose al volante después de entregar un pedido o tomarse una pinta o lo que estuviera haciendo allí. Bajó la ventanilla al ver que me acercaba.

¡Pero bueno, Kathleen! ¿Qué coño te has hecho?, dijo, mirándome de arriba abajo.

Nada. ¿Puedes venir conmigo?, le pregunté. Y se echó a reír.

Vale, vale.

No es una broma, Aaron. Ven conmigo.

Se mordió el labio inferior y me taladró con sus ojos azules. Por fin abrió la puerta y salió de la furgoneta. Quizá me acompañara por curiosidad, al verme con los brazos llenos de sangre, que con el calor empezaba a secarse en pegotes negros. O por la posibilidad de que la amiga de su hermana le dejara quitarle las bragas, tal como llevaba semanas intentando. O por mi voz cortante, porque

nunca le había hablado con tanta seguridad. Cualquier otro día no me habría hecho ni caso o se habría burlado de mí. Pero me siguió por el callejón, me dijo que estaba pirada, protestó cuando se le rajó la camisa con las zarzas y me advirtió que más me valía que fuera algo importante.

Cuando llegamos al cobertizo, la puerta estaba cerrada con la tranca puesta.

Ayúdame a quitarla.

Tienes un puntito guarro, dijo. Eres una caja de sorpresas, niña.

Yo estaba temblando mientras quitábamos la tranca, me costaba respirar. Debió de pensar que me había vuelto loca, que me había convertido en la versión lujuriosa de la chica que tantas veces había llamado a la puerta de su casa. Cuando retiré el cerrojo me puso las manos en la espalda y me cogió de la camiseta, me la sacó de la cinturilla de los vaqueros y luego hizo una bola con la tela. Se apretó contra mí y me agarró de las caderas. Abrí la puerta. El sol se había movido y el cobertizo estaba a oscuras, envuelto en sombras. El olor era repugnante: olía a curtiduría o a perrera antes de limpiar las casetas con la manguera.

Está ahí, dije, en el tono más bajo posible. ¿Lo ves?

Enseguida sabrás lo que veo, dijo.

Volvió a apretarse contra mí, me ciñó con un brazo, como un cinturón, y me puso una mano en la cremallera de los vaqueros. Hubo una pausa. Oí un ruido chirriante, como si una pieza se desprendiera del engranaje de una máquina. Aaron me soltó. Se puso delante de mí y me sacó de la caseta. Me obligó a retroceder apoyándome la palma de la mano en el esternón, me aplastó un pezón y me hizo daño. Tropecé contra el borde del cemento y me caí al suelo.

Lárgate. Cagando leches. Ya.

Lo miré desde el suelo y vi que señalaba con un dedo, con la cara tensa y desencajada, como si fuera a pegarme.

A casa cagando leches, Kathleen. Esto no es asunto tuyo. No es de tu incumbencia.

Vete. Hostia. Fuera de aquí. ¡Largo! ¡Ya!

Se le hincharon los músculos del brazo.

Me levanté y eché a andar dando tumbos, sintiéndome completamente idiota, y solo entonces me di cuenta de que me escocían los ojos y veía borroso. Lo esperé en casa, con la mejilla pegada a la pared fresca de la despensa. Lo estuve esperando, pero no vino. Cuando me asomé a la ventana del piso de arriba, la furgoneta de las alfombras ya no estaba.

*

LA SEMANA SIGUIENTE no supe nada de Manda. Cuando llamaba por teléfono, Vivian me decía que había salido, en un tono que no me invitaba a hacer más preguntas. Manda nunca me devolvía las llamadas. Me quedaba encerrada en casa. Si salía, iba en dirección contraria a la granja.

Así pasó y terminó el verano. Para entonces estaba convencida de que todos la habían tomado conmigo por lo que había pasado, por portarme como una niñaata, y ese era mi mayor temor. Me acordaba de cuando había visto a Manda pelearse con alguien: del ruido húmedo de los nudillos contra el cartílago; de la fila de puntos dobles que tenían que darle a la víctima después encima de las cejas.

Los primeros días de clase dije que estaba enferma y no fui al instituto, pero no tenía fiebre y mi padre sospechó algo raro. Luego pensé que con eso quizá solo consiguiera empeorar las cosas. Me imaginaba a Sharon Kitchen y a Stacey Clark alrededor de Manda antes de que pasaran lista, como grajos encima de la mesa, comiéndole el tarro, diciéndole que yo iba de lista, que era una cabrona, o que me habían oído llamarla puta y que tenía que ajustarme las tuercas. Sabía que la única excusa que algunas necesitaban para odiar a alguien era que esa persona no estuviera delante o no se defendiera.

El primer día que fui a clase, Manda vino a buscarme al guardarropa. Se puso a mi lado, mientras las demás se quedaban en la puerta. Bajé la mirada. Oí que decía mi nombre. Después noté que me clavaba los dedos debajo de las costillas y me obligaba a retorcerme.

No te escapes, dijo, cuando me aparté. ¿Dónde te habías metido, imbécil? ¿Has estado follando con un granjero apestoso?

La miré y vi que empezaba a sonreír. Supe que se alegraba de verme.

Ven, dijo, pasándome un brazo por los hombros. Tenemos que hablar tranquilamente. Se ha armado un lío de la hostia. Vosotras, largaos. ¡Ay, mierda, el timbre! Nos vemos a las doce.

A la hora de comer, en el quiosco del parque, Manda me contó lo que había pasado. Aaron llamó a sus hermanos desde el Pheasant, y sus hermanos fueron, porque siempre iban cuando sabían que tenían una obligación. Buscaron a aquel miserable por el pueblo: Lenny Miller se llamaba. Me contó que lo conocían de vista, de las peleas de gallos que se hacían en las canteras, cerca de Greystoke.

Sabían que era un imbécil de mierda y no tuvieron ningún problema. Lo colgaron en el cobertizo, de los pies, y le clavaron una fusta en la espalda hasta que le atravesaron las tripas. Estaba en el hospital de Newcastle, dijo, sin esperanzas de volver a andar.

Busqué en su expresión alguna señal de inquina y no la vi. Tenía el mismo gesto de siempre en los ojos azules, hipnóticos y descarados, relucientes después de la lluvia.

Creí que ya lo sabías, dijo. Pensé que estabas siendo astuta y pasándolo bien. La policía ha venido a casa unas mil veces. Pero solo tienen su palabra.

Me cogió del brazo como de costumbre. Cruzamos las puertas del parque y fuimos paseando hasta al centro del pueblo, por delante de las gradas de arenisca y de la torre del castillo. Me habló de las fiestas que me había perdido ese verano, de las ferias y los concursos de enganches, y me preguntó si había estado por fin con algún chico.

No, dije. No me decido.

Y ¿a qué estás esperando? O ¿es que quieres que sea Aaron el que haga la proeza? Puajjj.

Pensé en aquel hombre, postrado en la cama de un hospital.

¿Qué le pasó al caballo?, pregunté.

Manda se encogió de hombros. Estaba mirando unas obras, al otro lado de la calle. Un albañil con camisa de cuadros rojos lanzó un silbido desde el andamio. Manda le lanzó un beso.

Yo sabía que los Slessor nunca habrían intervenido si en aquel cobertizo hubiera habido cualquier otro animal. No se habrían tomado la molestia de defender a los perros apaleados. Tampoco lo habían hecho por mí. No tenían ni una pizca de sentimentalismo ni se dejaban contratar como mercenarios. Actuaron sencillamente por sus creencias familiares. Fue una suerte, si se le puede llamar así. Matar a un caballo lentamente era una ofensa imperdonable y no podían pasarla por alto. Se pusieron las espuelas y actuaron en consecuencia.

Mamá me ha dicho que vengas a tomar el té la semana que viene, me dijo Manda cuando volvíamos al instituto. Para entonces ya se habrán llevado a los que están en celo y podrá sacarte a montar. Tiene una yegua nueva para ti. Y nunca adivinarías qué nombre le ha puesto: Dulce Kathleen.

Buenas noches a nadie

JEM HABÍA VISTO al perro la semana anterior, el día siguiente a su cumpleaños, cuando salió a domar sus zapatos nuevos. Era un perro pequeño, un Jack Russell o un terrier, con una pinta muy poco peligrosa, nada parecido al musculoso dóberman y al alsaciano de ojos de menta del final de la calle. Lo había visto paseando con el chico cerca de la presa y también atado en la puerta del bar, del Saracen's Head. No iba ahogándose por tirar de la correa, tampoco babeaba ni se lanzaba encima de la gente. El chico tenía los rasgos duros y el pelo rapado; llevaba unos vaqueros demasiado ceñidos para su edad y unas botas de media caña, rojas oscuras, de cordones. Tenía un tatuaje en el cuello. Una tela de araña. O una red. Algo con cuerdas. Mamá Ra decía que la gente que se hace tatuajes en el cuello y los puños es porque pasa de la civilización. Mamá Ra veía un montón de tatuajes en su trabajo, escondidos en todas partes. A veces se los describía a la abuela. Una vez vio a una mujer que solo tenía un pecho y llevaba un tatuaje donde le faltaba el otro. Una rosa.

Vio un coche de policía delante de la casa del chico. Llevaba allí toda la mañana. Las luces y el motor estaban apagados pero el coche llamaba la atención de todos modos, cantaba mucho. Jem estaba segura de que se llevarían al perro enseguida. Los niños de la calle intentaron escalar la tapia trasera del jardín, para verlo antes de que lo destruyeran, a pesar de que era el mismo perro de la semana anterior, sin nada de especial y sin superpoderes.

«Destruir» sonaba como si el perro fuera un acorazado en un juego de guerra. Jem no sabía cómo lo matarían: puede que con una pistola, o con una inyección, como a los asesinos en Estados Unidos. El perro se retorcería, se quedaría dormido y después se le pararía el corazón. Habían estudiado el corazón en clase de biología. El corazón era el último órgano del cuerpo que dejaba de funcionar; el que más trabajaba. Una célula ordenaba a todas las demás lo que tenían que hacer, y si la célula principal moría, otra célula normal la reemplazaba. Se lo había contado a Mamá Ra y a la abuela. La abuela dijo que eso se parecía al socialismo. Más bien a una dictadura, dijo Mamá Ra. Un veterinario vendría a

sacrificar al perro, como si tuviera cáncer o una pata rota. El perro no sabría lo que estaba pasando, y no se asustaría, aunque los perros se dan cuenta de las cosas, las sienten.

Martin, el padre de Jem, había superado un cáncer. Tuvo una suerte increíble. Tenía un solo pulmón y soportó la quimioterapia en su caravana, en Catton Park. Tardó meses en recuperarse, y en esos meses Jem lo vio muy poco. Cuando aún no le habían asegurado que iba a curarse, decía que si no se curaba prefería morir antes de empezar a hacérselo todo encima. Quería pastillas para dormir o tirarse al río desde el puente. No volvieron a crecerle las cejas después de la quimioterapia.

Seguía fumando a veces, en el bar y después del té. Mamá Ra le decía que era un imbécil y que si seguía fumando no tardaría en dejar de verla: que tendría que subirle la cremallera. Mamá Ra trabajaba en el tanatorio del hospital. Llevaba batas azules. Parecía un médico pero no lo era, aunque tuvo que hacer dos exámenes para conseguir el trabajo. Un examen práctico y un examen escrito. Cuando dijo eso de Martin, Jem se quedó un rato pensando qué era eso de subir la cremallera a la gente, como si fueran bolsas. Sabía que significaba otra cosa. A Jem no le gustaba pensar en lo que hacía Mamá Ra en su trabajo, en que usaba pegamento y productos químicos, y en que no lloraba cuando la gente se echaba a llorar.

Morgue. Morgue. A veces se le metía una palabra en la cabeza, sobre todo cuando tenía un sonido especial: fuerte, importante.

La calle había estado muy animada toda la mañana. No llovió. La gente dejó la puerta abierta y se quedó en la acera de brazos cruzados, comentando lo ocurrido y con ganas de enterarse de algo más. Antes de que se fuera su abuela, Jem también había estado dando vueltas por ahí. Las normas de con quién podías hablar, cuándo y dónde quedaron en suspenso provisionalmente. Estuvo hablando con desconocidos que le dijeron cosas como: ¡Qué tragedia! o ¡Ay, Dios mío! Incluso se había perdido *Los felinos cósmicos*, su serie favorita.

El bebé era diminuto, recién nacido. Nadie sabía si era niña o niño y tampoco cómo se llamaba. Puede que aún no tuviera nombre. Parecía que a la gente le fastidiaba que no tuviera nombre, porque no paraban de protestar. Jem se preguntó si eso significaba que el bebé todavía no era una persona de verdad, que no formaba parte de la civilización.

Su hermano no parecía una persona de verdad hasta que le pusieron nombre. Mamá Ra estaba tan triste que tardó una semana en ponerle nombre, porque el

papá de su hermano había vuelto a Yugoslavia. Para siempre, por culpa de la guerra. Además, tuvieron que hacerle una cesárea y no podía bajar las escaleras. Cesárea. Tenía una cicatriz como una sonrisa escondida debajo del pelo, y un pliegue en la piel, aunque no era una parte del cuerpo que Jem viera a menudo. La abuela tuvo una conversación en serio con Mamá Ra, y después llevaron al hermano de Jem al Ayuntamiento. Se llamaba Sava. Era un nombre del país de su papá: la abuela lo encontró en un libro. Todo el mundo lo llamaba Sav. Jem no se acordaba del papá de Sav; solo de que llevaba una camisa de cuadros rojos, y de que comía mariscos en vinagre dulce con galletas saladas. Mamá Ra y Martin eligieron juntos el nombre de Jem antes de separarse. Jemima. Jem lo odiaba. Pija o bicho raro eran los insultos más frecuentes. Por suerte todo el mundo la llamaba Jem, pero a pesar de todo no caía bien en el colegio. Su madre se convirtió en Mamá Ra después de la primera temporada de *Los felinos cósmicos* y de la bronca por la bici de Jem, y por su trabajo. De todos modos, Jem nunca lo decía en voz alta. Su abuela se llamaba Marcy. En el colegio no les dejaban hacer una redacción sobre un libro sin explicar por qué los personajes se llamaban como se llamaban y qué significaba eso. Como era tan complicado poner nombre a las personas, y facilísimo equivocarse y que la gente se peleara por eso, a Jem no le importó que el bebé no tuviera nombre. Lo tenían abandonado, decía la gente. ¡Pobrecito!

También decían que lo habían dejado en el jardín dentro de una cesta, cerca de la caseta del perro. Que se había pasado horas llorando. Y a los perros no les gustan los niños que lloran. La novia del chico era muy delgada y nunca pareció que estuviera embarazada. Un día apareció de pronto con un bulto chillón en la puerta de casa, celebraron una fiesta y al día siguiente dejaron en la acera un montón de bolsas de basura llenas de botellas y de latas. Jem no sabía cómo se llamaban el chico y su novia. Vivían a treinta y dos puertas de su casa. Muy cerca. Si hubiera caído un meteorito, también habría alcanzado la casa de Jem, pero los meteoritos eran raros y caían normalmente en los desiertos.

Ya se habían llevado al bebé en una ambulancia. Y la policía detuvo al chico, porque era el responsable y el dueño del perro. Puede que además estuviera borracho. Alguien que pasó por delante de la casa y se asomó a mirar dijo que la chica estaba sentada a la mesa de la cocina, sin llorar, bebiéndose una lata de cerveza. Otro vecino contó que estaba histérica, que se había puesto a gritar y había pegado al policía que se llevó a su novio. Histérica. Jem pensó que eso significaba tocada.

Era difícil saber a quién creer. Jem no tenía amigos en la calle. Deborah Mason vivía a unas puertas, pero no eran amigas. Deborah decía que Sav era un bastardo mestizo comunista. A Jem la llamaba puta-pata. Una vez dijo que *Los felinos cósmicos* era una serie de idiotas. ¿Por qué tenían la cara azul? Jem intentó explicarle que no era así, que Panthro era el único, y en realidad tenía la cara gris, pero con eso solo consiguió empeorar las cosas. Se fue a casa con un pellizco bestial en el brazo, que se le puso rojo y le estuvo doliendo una semana entera. Deborah era dos años mayor que Jem y no iba al mismo colegio, pero las dos cogían el mismo autobús. Deborah siempre estaba hablando de la regla, aunque lo llamaba el ojo rojo, las manchas o los chorros, y siempre llevaba el tãmpax mal puesto y estaba muy incómoda, y por lo que decía debía de ser una cosa horrible.

De todos modos, ese día había hablado con Jem en la calle, sin insultarla, y tuvieron una conversación normal. Le contó que el perro había enganchado al bebé del cuello y lo había estado zarandeando hasta que lo mató. Que le había atravesado la garganta con los dientes. Lo había decapitado. Después le había lamido toda la sangre. Puso una boca espantosa mientras se lo contaba, brillante y dramática, asomando la punta de la lengua entre los dientes. Puede que algo de lo que le dijo fuera verdad, pero la mayor parte no lo era. Jem asintió con la cabeza y trató de parecer impresionada. Había que aprovechar al máximo los momentos en que las normas no se tenían en cuenta. Pero después a Deborah se le puso la cara borrosa, como si estuviera sumergida en una piscina. Y a Jem le vino a la boca una burbuja de bilis que estalló y le dejó muy mal sabor. La abuela la llamó al cabo de un rato, para que fuera a cuidar de Sav, porque se iba al club social y Mamá Ra aún no había vuelto del turno de noche.

MAMÁ RA YA estaba en casa y parecía mustia con el uniforme ancho y suelto. Se movía muy despacio por la cocina. Jem sabía que era capaz de convertirse en un monstruo cuando no se hacían las cosas con cuidado. Los turnos de noche la estaban matando, eso decía su abuela muchas veces, pero Jem sabía que su madre no moriría nunca, como la auténtica Mamá Ra: eso era imposible. Era más que poderosa. Puede que hubiera un montón de espíritus malignos donde trabajaba, y eso la ayudaría a reunir fuerzas. Jem en realidad no creía en los espíritus y creía que las sesiones que algunas niñas de su clase hacían en el armario del almacén eran una idiotez, evidentemente fingidas. El turno de noche

estaba bien pagado, sobre todo los fines de semana.

Mamá Ra estaba abriendo una lata de sopa de tomate mientras Sav manchaba el suelo de papilla. Se había cortado el pelo muy corto el año pasado, porque Sav vomitaba sin parar y estaba harta de tener que lavárselo. Otras madres se hacían la permanente o se lo ondulaban. De espaldas, con el uniforme, casi parecía un hombre.

Sav tenía casi dos años. Era muy fuerte y no le gustaba hacer lo que le pedían. Le gustaba meter el dedo en los ojos y derribar las torres de cosas que construía. Era imposible ir con él a la tienda para comprar caramelos o recoger el periódico de la abuela. Si ese perro hubiera intentado atacar a Sav, lo más probable es que se hubiera quedado ciego.

No creo que sea al perro a quien haya que matar, estaba diciendo Mamá Ra en voz baja. Algunas personas deberían aprobar un examen antes de tener hijos. Se estaba acelerando por lo que había ocurrido, a pesar de que acababa de llegar a casa. A lo mejor había visto al bebé. A lo mejor incluso lo había atendido. Había tenido que unir los pedazos. Le había puesto polvos y cremas para que la familia no lo viera en aquel estado. Lo que se llamaba mimar. La abuela decía que el trabajo de Mamá Ra era como el de una esteticista, solo que mucho más duro.

Jem nunca hablaba del trabajo de su madre. Si le preguntaban en el colegio, siempre decía que era enfermera o celadora. Puede que los poderes que tenía Mamá Ra le vinieran de esa capacidad de hacer lo que hacía con los cuerpos, de que no se asustaba, aunque la abuela decía que eso seguramente tenía un coste. Porque la muerte, y el dolor de la gente, eran agotadores. Muchos empleados de la morgue tenían que dejar el trabajo. Algunos se volvían locos, locos de verdad: oían ruidos dentro de la cabeza o desaparecían y los encontraban en los bosques. Martin decía que Mamá Ra tenía los nervios de hielo.

Martin no podía pasarle mucho dinero a Jem, algunos meses nada. Le habían dado una pensión de invalidez, por tener un solo pulmón. Y la casa en la que vivían era de la madre de Martin. Un inútil, eso decía Mamá Ra de Martin, un inútil total, aunque eran buenos amigos. Martin incluso abrazó a Mamá Ra cuando el papá de Sav se marchó, y se ofreció a quedarse. Ella le dijo que no. No, no, somos incompatibles, Martin, totalmente incompatibles. El papá de Sav era techador, experto en su oficio. Trabajaba en las obras de remodelación de la cárcel, en el castillo. Tenía permiso de trabajo. Después volvió a su país, porque hacían falta muchos hombres. La abuela decía que Mamá Ra no tenía suerte en

el amor. A tu madre le gustan los que se van. Si un hombre no se casa contigo antes de que lleguen los hijos, ten por seguro que después se irá, Jemima. Me apuesto a que ese tío tendrá familia, a pesar de la guerra.

La abuela tenía esos arranques de lucidez sobre los hombres. Su marido había muerto antes de que naciera Jem. Se llamaba Leonard. La abuela tenía el pelo borgoña, con las raíces blancas. Llevaba una maxifalda verde y sabía arreglar la correa del ventilador cuando chirriaba. Siempre tenía en el bolso pastillas de menta y una cajetilla de Merit. Dormía en la habitación de Mamá Ra, mientras ella estaba trabajando.

Mamá Ra estaba removiendo la sopa de tomate. Sav se puso el cuenco de puré en la cabeza y se pringó el pelo de naranja. Luego se lo lanzó a Mamá Ra y le salpicó la espalda de la bata. Esto no hay quien lo aguante, dijo ella, sin moverse del sitio. Haz el favor de tranquilizarlo, Jem. La abuela llegará enseguida. Pero es sábado, estuvo a punto de decir Jem. No lo dijo, porque Mamá Ra dio media vuelta, la miró fijamente, y pareció que la luz de la cocina se oscurecía un poco. Mamá Ra presentía las cosas como un perro. Se llevó la sopa al piso de arriba en una bandeja.

JEM DECIDIÓ SALIR un rato, mientras Sav dormía la siesta después de comer, para ver qué estaba pasando. Sav era muy dormilón, tardaría como mínimo una hora en despertarse: no se despertaba aunque le clavaras alfileres en la frente. Y tampoco lo estaba dejando solo si había una emergencia: Mamá Ra estaba en casa. Si llegaba la abuela, le diría que había tenido que ir un momento a la farmacia a por algo. Eso parecía razonable. Siempre le decían que era muy razonable. Le fastidiaba mucho, sobre todo ahora que ya no tenía once años. Y hoy quería enterarse de lo que pasaba, como todo el mundo. Puede que el bebé y el perro incluso salieran en las noticias.

Le cambió el pañal a Sav en el cuarto de baño y le puso vaselina en el culete mientras se protegía con una toalla del chorrillo de pis que soltó. Le encantaba hacer pis cuando le cambiaban el pañal. A los hombres les encantaba mear en los árboles, en los pasos subterráneos y en el parque, y empezaban desde muy pequeños. Jem era toda una experta en cambiar pañales. Lo hacía mucho más deprisa que Mamá Ra. Eran la abuela y Jem las que se ocupaban principalmente de Sav, y por eso tenía tanta práctica. Dejó el pañal sucio en el cesto de la ropa, que empezaba a estar lleno. El pañalero venía los domingos y los miércoles por

la noche, pero Sav había gastado muchos pañales, porque andaba con la tripa algo suelta. El pañalero era un hombre anticuado y estúpido, y a Jem le daba vergüenza abrir la puerta, entregarle una bolsa maloliente y recibir a cambio una bolsa limpia. Seguía trabajando como siempre, a pesar de que mucha gente había empezado a usar pañales desechables. Mamá decía que los pañales desechables eran caros y además era mejor seguir dando trabajo a una persona. Y se enfadó con Jem cuando le preguntó quién fabricaba los pañales desechables. ¿Por qué tienes que ser tan respondona? Respondona.

Jem odiaba al pañalero, en parte porque se ganaba la vida lavando mierda y en parte porque tenía una furgoneta con un rótulo delator en un lateral: *El pañalero veloz*; pero sobre todo porque tenía un ojo raro. Tenía un corte dorado en un ojo, como una enfermedad de lujo. Este ojo se movía muy poco. El otro ojo era azul y normal. Jem a veces pensaba quién tenía el peor trabajo, si el pañalero o Mamá Ra. Seguramente Mamá Ra.

Llevó a Sav al dormitorio, cogió los libros de la biblioteca y se sentó a leer en el puf. Sav se acurrucó en sus rodillas, y tuvo que apartarle los codos y los talones picudos. *Luna*, dijo. Pesaba mucho, medía casi la mitad que ella, y eso era inexplicable porque apenas comía. *Luna*, repitió. ¿Qué me dices de *La hormiga y la abeja?*, le preguntó Jem. No soportaba *Buenas noches, luna*. Los colores le parecían horriblos. Y esa página tan rara, poco antes del final, más horribla aún. Era como saltar desde un sitio muy alto o quedarse mucho rato mirando el cielo. Intentó esconder el libro debajo del puf, pero Sav lo había visto. Se estiró para alcanzarlo y sujetó la mano de Jem para que lo cogiera. ¡Luna! Vale, vale, señor.

Le dejó que pasara las páginas mientras leía. Sav iba señalando las cosas despacio, muy serio, después de que ella las designara con su nombre: casita de muñecas, peine, cepillo, ratón, viejita que susurra: ¡chitón! Intentó saltarse la parte más rara y pasar al final del cuento, pero Sav metió el puño rechoncho entre las páginas y no tuvo más remedio que verlo

Buenas noches a nadie

SAV VOLVIÓ LA cabeza y miró a Jem con el ceño fruncido. No lo entendía, pero Jem tampoco. ¿Quién era nadie? ¿Era nadie alguien en realidad, una persona que estaba en la casa pero no en la habitación? ¿No veía a nadie el conejo desde su cama? Era como un cuento de fantasmas para niños, y eso estaba muy mal. Si era una broma, Jem no la entendía, porque no tenía ninguna gracia. Era justo lo contrario de divertido, y lo contrario siempre creaba problemas. Lo contrario de estar casados. Lo contrario del amor. Lo contrario de estar vivo. Achuchó a su hermano y le sopló en la nuca. Olía a leche, a patatas y a detergente de pañales. Vamos, le dijo, pasa la página, Sav. Sav pasó la página. Jem siguió leyendo hasta el final del libro y luego intentó levantarlo y dejarlo en la cuna, pero el niño la agarró de la camiseta y se pegó a ella como una lapa. ¡Luuuna!

Después de otras tres *Buenas noches, luna*, Sav por fin se dejó acostar. Se arrastró por la cuna, metió las piernas entre los barrotes, pataleó, bostezó y luego se puso boca abajo y se quedó dormido al instante, como si lo hubieran desenchufado. Tenía el pelo oscuro y denso, pringado de manchas naranjas. Jem pensó que era monísimo cuando estaba dormido, tan dulce y tranquilo; no se parecía en nada al monstruo destroza-Legos con la nariz llena de mocos pegados que era normalmente. Siempre quería que le hicieran y le enseñaran cosas. Ser la que más sabía era un trabajo arduo para ella; a veces no le gustaba. A lo mejor Sav soñaba con Yugoslavia cuando dormía. A lo mejor soñaba con su papá, aunque nunca llegó a conocerlo y quizá estuviera muerto. ¿Era posible soñar con un lugar o una persona que no se conoce? La abuela decía que Sav haría muchas preguntas cuando fuera mayor.

Jem lo arrojó con una manta. Pensó en salir un rato. Pensó en el bebé, acostado en el cesto, y se imaginó el cuello como un hueso mordisqueado por el perro. La puerta del dormitorio de Mamá Ra estaba cerrada. Al otro lado había oscuridad y silencio, como en la Pirámide Negra. Bajó al cuarto de estar y encendió la tele, pero solo había carreras de coches muy ligeros que derrapaban por una pista y hacían mucho ruido. Cogió su libro y se sentó en la cocina.

LA CALLE ESTABA tranquila cuando llegó la abuela. Solamente había unas cuantas personas que volvían del centro con bolsas de la compra y las capuchas puestas. Empezaba a lloviznar. El coche de la policía ya no estaba. Seguramente se habían llevado al perro. Mamá Ra se había ido al trabajo y no volvería hasta mañana. Cuando salió de casa, tenía los ojos hundidos. Se le hizo tarde y estuvo

a punto de ponerse hecha una furia porque no encontraba las llaves. Se había dejado la caja de sándwiches en la encimera: se llevaba unos sándwiches para la cena, como si fuera la hora de comer. Todo estaba patas arriba cuando Mamá Ra hacía los turnos de noche.

Jem echó a andar por un atajo que llevaba al campo de fútbol por detrás de los jardines. Había bolsas de patatas fritas vacías revoloteando por el suelo y un balón mordido y desinflado. La puerta trasera de la casa del chico estaba medio rota y desconchada. Un precinto policial era la única señal de que allí había ocurrido una desgracia. Le llegaban los olores de las cenas: tortitas crujientes y carne con salsa. Los ladrillos olían a lluvia. La gente estaba en casa, esperando la hora de las noticias. Quizá el bebé tuviera nombre y lo anunciaran. ¿Se podía poner nombre a un bebé cuando ya estaba muerto? O quizá solo dijeran una inicial, como cuando hablaron de la niña desaparecida en el parque el año pasado. R. Rebecca, pensó Jem, o Rachel. La abuela estaba preparando coliflor gratinada para cenar. A Jem no le gustaba, porque la coliflor siempre estaba deshecha y la bechamel llena de grumos y con poco queso. La abuela le preguntaba por los chicos del colegio, y a Jem le daba vergüenza. ¿Hay alguno que se parezca a ese personaje tan encantador, a Lion-y? Jem nunca la corregía.

Funeraria. Decapitado. Cuando pensaba en una cosa, o en una palabra, era porque una voz dentro de la cabeza decía en voz alta los pensamientos. Jem no se había dado cuenta hasta entonces. La voz no era exactamente suya, pero tampoco era una voz ajena.

No tenía sentido estar dando vueltas por ahí sola. Volvió por detrás de los jardines. Si fuera amiga de Deborah, podría llamar a su puerta y preguntarle si se había enterado de algo más. La puerta de Deborah era de plástico blanco. En la ventana del piso de arriba —puede que fuese la de Deborah— había un cartel del grupo A-ha. Se imaginó la cara de Deborah cuando abriera la puerta, con un gesto clarísimo de: ¿Cómo te atreves? Seguro que las normas volvían a ser las mismas de siempre. ¿Qué haces andando sola por ahí, puta-pata? ¿Dónde está tu hermanito el yugo?

Miró el reloj, que era muy bonito, con la correa azul. Se lo había regalado Martin por su cumpleaños el año pasado. Se olvidó del día y le dio el reloj una semana más tarde. Para compensar el olvido, dijo Mamá Ra. Eran las cinco y cuarto. Tenía que volver a las seis. A veces, Martin venía a verla los sábados por la tarde, aunque no todos. Jem no llevaba el apellido de Martin: Steele. Él se quejaba, pero la cosa ya no tenía remedio. No había tenido más hijos: ninguno al

que reconociera, decía la abuela. Steele habría sido un apellido estupendo. De todas las personas que conocía, Martin era el único a quien le gustaban *Los felinos cósmicos*. Veía mucho la tele, incluso dibujos animados. Decía que los dibujos animados eran geniales, filosóficos. *Los felinos cósmicos* no terminan de calar, le dijo una vez. Los personajes son demasiado distintos unos de otros, demasiado diferenciados. Pero todos llevan el mismo emblema, dijo ella, y todos siguen el código de Thundera. No es lo mismo que un uniforme, dijo Martin.

Volvió por el atajo. Un autobús pasó por la calle con el cartel de «Fuera de servicio». Parecía absurdo que los autobuses circularan sin estar de servicio, porque de todos modos iban a alguna parte y podían llevar a la gente y ser útiles. Iban haciendo exactamente lo que decían que no hacían. Siguió camino del Saracen's Head, que olía a cerveza y a vinagre. Había un perro atado en la puerta: un border collie. Tenía la lengua fuera, larga y sonrosada, con la punta vuelta hacia arriba, como una cuchara llena de saliva. Se quedó un rato mirándole la boca hasta que notó que se mareaba un poco. No parecía un virus sino un mareo raro, de preocupación.

Dio media vuelta y volvió a casa. Abrió la puerta, cruzó la sala de estar y entró en la cocina, donde Sav estaba jugando en el suelo con los cazos y las sartenes mientras la abuela se fumaba un cigarrillo en la mesa y leía el periódico. De la cazuela salían nubes de vapor con olor a coliflor. Hola, cariño, dijo la abuela. Jem cogió la caja de sándwiches de Mamá Ra. Tengo que ir a llevárselos, dijo. Notó que se ponía colorada, pero consiguió decirlo tranquilamente, como si formara parte de una lista de tareas obligatorias. Es un detalle, dijo la abuela. Está claro que tienes iniciativa. ¿Sabes ir? Sí, dijo Jem. Tengo que bajar del autobús en Ashton Road. La abuela asintió con la cabeza. Muy bien. Te guardaré un plato caliente.

Jem esperó un momento. Sav levantó los brazos para que lo cogiera, pero no le hizo caso. Tenía la cara muy caliente. Sentía un cosquilleo en las axilas. Esperaba que todo quedara en nada, que la abuela le quitara la idea, pero la abuela nunca le decía que no. Le latía muy deprisa el corazón, como si aplaudiera una hazaña tan valiente. Normalmente no te fijas en tu corazón: solo después de una carrera o cuando tienes miedo. La abuela pasó la página del periódico. Adiós, entonces, Jem. Adiós, cariño.

Sav lloriqueó al ver que su hermana se marchaba. Jem fue a la puerta y la abrió. Salió a la calle. Echó a andar por la calle y pasó por delante de casa de Deborah, por delante del perro y del bar. Cuando eras razonable, los demás

confiaban en ti. Podías quedarte sola en casa y cuidar de tu hermanito. Te dejaban coger el autobús y buscar el hospital aunque no supieras exactamente adónde ibas. Llevaba 50 peniques en el bolsillo. No había cogido el abrigo. La abuela ni siquiera le había dicho que se pusiera el abrigo.

Se acercaba un autobús que iba en su dirección. Tuvo que correr hasta la parada para alcanzarlo. Los sándwiches rebotaban en la caja de margarina. Tendría que montarlos antes de dárselos a Mamá Ra. Hizo una señal con la mano y el autobús paró. El conductor llevaba unas gafas pringosas, de culo de vaso, y apenas se fijó en ella. Tengo que bajarme en el hospital, le dijo, en Ashton Road. Él asintió. Esperó a que le dijera el precio del billete, pero lo único que dijo fue: Siéntate, guapa. El autobús arrancó con una sacudida mientras Jem iba por el pasillo. No había más viajeros aparte de dos señoras con blusones de cajera marrones y un señor con sombrero que se había quedado dormido con la cabeza apoyada en la ventanilla. Se sentó cerca de la parte delantera, a pesar de que el asiento del fondo estaba libre y nunca conseguía sentarse allí cuando iba al colegio, como Deborah. Se puso la caja de sándwiches en las rodillas. Vio un envoltorio morado en una esquina a través del plástico. Una galleta. Puede que de chocolate con frutas. Las favoritas de Mamá Ra.

Tardó diez minutos en llegar al hospital. No paraba de mirar el reloj, las vueltas que daba el minutero. La lluvia teñía la ciudad de plata oscuro, como la mina de un lápiz. El autobús pasó por delante de la prisión y del castillo y subió luego por una calle de sentido único. La gente empezaba a salir a los bares. Se veían algunos paraguas inclinados. Las farolas ya estaban encendidas.

Solo había estado en el hospital una vez. Y no fue para ver a Mamá Ra. Ella entonces no trabajaba allí. Fue para que le quitaran un bulto del pecho, con forma de judía. La acostaron en una mesa cubierta con papel blanco y le pusieron una inyección que le escoció para dormirle la zona. No notó el corte. Estuvo todo el rato mirando el techo, mientras una enfermera le daba la mano. Le dieron ocho puntos, con un hilo fino y negro, porque no podían usar puntos de papel. Se los quitó antes de tiempo, porque le picaban, y se le abrió la herida. Ahora tenía una cicatriz blanca y sedosa, parecida al saco de una araña, pero con la camiseta puesta no se le veía. Analizaron el bulto y no era maligno.

Jem se bajó del autobús en Ashton Road. El conductor no le indicó dónde estaba el hospital, pero lo vio a lo lejos. Cruzó la calle. Vio las ambulancias en la entrada y, cuando se acercaba a la puerta principal, una de ellas encendió la sirena y las luces y arrancó con un ruido atronador. En la entrada, debajo de la

marquesina chorreante, había una embarazada enorme y un anciano en una silla de ruedas, con un soporte metálico a su lado. Del soporte colgaba una bolsa de plástico transparente de la que salía un tubo. Era de mala educación mirarlo, pero Jem no lo pudo evitar. El anciano ni siquiera parecía una persona. Estaba desmadejado en la silla de ruedas. Se le veían las espinillas por debajo de la bata y tenía los pies hinchados y amoratados, como hortalizas heridas. La bata era igual que la que le pusieron a Jem, blanca con rombos pequeños y azules.

Unos pacientes morían en el hospital y otros morían en el camino y llegaban muertos. A Mamá Ra le daba lo mismo, aunque puede que los que llegaban muertos fueran más difíciles. Podían tener heridas graves, como los motoristas destrozados en accidentes de tráfico o el niño atacado por el perro. Podían estar descuartizados. Decapitados. Procuró no mirar al anciano de la silla de ruedas. No tardarían en llevarlo al tanatorio. La lluvia volvía a ser muy fina; la notaba levemente en la nariz, una lluvia que no terminaba de decidirse a hacer lo que supuestamente tenía que hacer. Según la abuela, la mayoría de la gente pensaba que trabajar con muertos era cosa de hombres. Cuando se anunció la oferta de empleo, Mamá Ra pasó la entrevista y consiguió el puesto. La abuela decía que tenía la actitud necesaria. Tu madre siempre ha sido así.

El Royal Infirmary era un hospital antiguo, de siete plantas, con una torre más alta todavía y varias alas de construcción moderna. Tenían que ampliar los hospitales continuamente, porque cada vez había más gente que los necesitaba y no paraban de aparecer nuevos cánceres. Era difícil imaginarse a Mamá Ra allí, tocando caras y manos frías, y hablando con los familiares con la bata manchada de puré naranja. Quizá se hubiera puesto una bata limpia. Jem se la imaginó en casa, en el sofá, cansada, con la cabeza apoyada en la mano, los ojos cerrados o mirando fijamente al otro lado de la habitación, donde en realidad no había nada. Jem siempre se ponía nerviosa cuando la veía mirar fijamente.

En el cartel de la entrada no aparecía el tanatorio. Preguntaría en recepción. Incluso podía dejar allí los sándwiches para que alguien los llevara a la morgue y volver a casa. Lo más probable era que ni siquiera le dejaran entrar en la morgue, porque para eso había que tener más de dieciocho años, lo mismo que para entrar en los bares o montar en algunas atracciones. Volvió a mirar el reloj. Si pasaba un autobús dentro de unos minutos, estaría en casa a las seis, se tomaría la coliflor de la abuela, vería a Sav tirando el agua de la bañera, oiría sus berridos mientras le lavaba el pelo con champú y se quedaría viendo la tele hasta un poco más tarde lo normal, porque era sábado.

La recepcionista no mostró ningún interés cuando Jem le preguntó dónde estaba el tanatorio. Señaló una puerta, al otro lado del edificio, le indicó el camino y dejó que se fuera, como había hecho la abuela. Sigue la línea azul hasta que llegues a Patología, le dijo. Luego tuerce a la derecha. Patología sonaba a chiste muy divertido, pero Jem estaba demasiado floja para reírse. Recorrió un pasillo y pasó por delante de varias habitaciones. Estaban repartiendo las cenas con un carrito. Había montones de viejecitas retorcidas. Se oían toses por todas partes. Recordaba el olor del hospital, de cuando le quitaron la judía; no olía tan mal como decía todo el mundo. Tenía un aroma anisado. Se cruzó con un par de médicos que la miraron. Uno le sonrió. Llevaba un gorro y una especie de delantal de papel, como el carnicero. A lo mejor la había tomado por una paciente. A lo mejor conocía a Mamá Ra. Jem se parecía más a su madre que Sav. La gente decía que tenían los mismos ojos, avellana, que no eran ni castaños ni verdes sino las dos cosas a la vez. La abuela decía muchas veces que Mamá Ra debería casarse con un médico. No son mi tipo, decía ella. Precisamente, Caroline, eso es precisamente lo que quiero decir.

Jem siguió la línea azul. No se perdió. El Royal Infirmary no era demasiado grande. Bajó unos peldaños, subió unos peldaños, salió por una puerta trasera y pasó por delante de unas casetas prefabricadas hasta que llegó a un edificio pequeño y sencillo, con un cartel en la entrada. Tanatorio. Allí se paró. Las puertas se abrieron, y salió una mujer que también sonrió a Jem al pasar. No tenía pinta de haber llorado. A lo mejor era una secretaria. Las puertas se cerraron. Tanatorio. Parecía un edificio en el que no pasaba nada importante, como los barracones de humanidades del colegio. Esperaba encontrarse con algo aterrador, alto y cubierto de hollín, con yedra o las ventanas rotas, como una casa encantada. Esto no era así.

Algo llamó su atención, y se volvió a mirar. Había un aparcamiento pequeño cerca del edificio, con rayas amarillas pintadas en el asfalto; eso significaba que los coches no podían aparcar allí. Encima de las rayas amarillas había un coche largo y negro, con las ventanillas muy grandes: un coche fúnebre. Estaba justo a su lado. Se veía lo que había dentro. Como si estuviera permitido mirar. En la parte trasera había un ataúd. Era de madera oscura, muy brillante. Alguien lo había pulido y barnizado a conciencia. Tenía cierres y tiradores de bronce, y una placa también de bronce sin ninguna inscripción grabada. Sin nombre. Sin fecha de nacimiento. Nada. No había flores, como cuando el coche fúnebre iba a la iglesia y obligaba a los demás coches a circular muy despacio.

Oyó gemir a lo lejos la sirena de otra ambulancia. Se quedó en la puerta del tanatorio.

Notó movimiento alrededor y tuvo la misma sensación que si hubiera saltado de una pared, como si fuera a vomitar. Quería sentarse. Quería volver corriendo a la línea azul, seguir hasta la parada del autobús y llegar a casa. Ya no llovía. Había parado de llover. Era casi de noche, casi las seis, el final del día. Pero Mamá Ra estaba trabajando. Estaba dentro del edificio, con los cuerpos de personas que ya no existían. Quizá tuviera en brazos al bebé muerto y le estuviera peinando delicadamente, cerrando la hebilla de un zapatito, poniéndole un poco de maquillaje en las mejillas, o quizá estuviera dando la mano a un familiar, al dueño del perro, el novio de la chica a la que según la gente no le importaba nada. Su madre no moriría nunca, porque no podía, a pesar de que todo esto, todo esto, se cobraría su precio.

Se quedó en la puerta, con la caja de sándwiches en la mano. Quería que Mamá Ra la viese por la ventana, saliera y le pusiera la mano en la cabeza, aunque se enfadara con ella, aunque Jem no pudiera explicarle en realidad por qué había ido. No era por los sándwiches. Ni siquiera estaba segura de lo que estaban hechos los sándwiches. ¿De queso? ¿De paté de pescado? ¿De huevo? No lo sabía. Levantó la tapa para oler la caja. De huevo.

La Agencia

LOS NIÑOS SE habían ido al colegio hacía una hora. Lo recogí todo, fui metiendo calcetines perdidos y cubiertos de polvo en el cesto de la colada, enjuagué los envases de yogur y los tiré al cubo de reciclaje. Tuve tiempo de ducharme, vestirme y hacerme un café, y estaba a punto de encender el ordenador. En la pantalla de mi teléfono móvil entró una llamada de un número desconocido. Una voz masculina, educada, preguntó si era Hannah y si sabía adónde tenía que ir. Balbuceé y dudé. Hubo un silencio largo, insoportablemente largo, llenado únicamente por el latido de la conexión satélite, como el zumbido de un insecto. Pensé cortar la llamada y apagar el teléfono, pero al final dije: Sí, tengo la dirección. Gracias. Gracias por asegurarse.

No hay de qué, contestó, en un tono neutro, como si estuviera acostumbrado a situaciones en que se dan las gracias.

Recuerdo que después pensé que su llamada había llegado en el momento más oportuno. Que denotaba consideración. En cierto modo me infundió confianza, aunque seguía dudando si seguir adelante. Una cosa era tener el valor de llamar al número que figuraba en la tarjeta que me había dado Anthea King y otra cosa muy distinta era ponerme elegante, como tenía previsto, subir al coche y hacer un viaje de 80 kilómetros hasta la ciudad. Y ¿para qué? Para hacer un cambio en mi vida al que no tenía derecho y tampoco estaba segura de querer hacer. No tenía la menor idea de cuánto duraría la cita o cómo sería. Y de no haber sido porque la recomendación venía de Anthea lo más probable es que lo hubiera descartado.

Pero me aseguró que todo sería estrictamente profesional. La empresa era discreta, de confianza, y ella era miembro del club desde hacía alrededor de un año.

Miembro es una manera agradable de llamarlo, ¿no crees?, me preguntó una mañana, mientras tomábamos café. La Agencia es así. Todo parece muy controlado. Muy seguro. La vida rara vez nos ofrece ese tipo de oportunidades sin que luego sea todo un desastre.

La miré. Quizá buscara una chispa de entusiasmo en su mirada, o de desesperación, porque yo me sentía cada vez más desesperada. Estaba sujetando la taza con la mano y acariciando el borde con el pulgar para quitar una mancha de carmín. Sonreía. Parecía serena. Como si hablara de cualquier cosa: de un club de yoga o un salón de belleza.

No te pongas tensa, Hannah, me dijo. La verdad es que te lo mereces. Todo el mundo se merece ser feliz. Tienes que cuidar de tu salud. Es increíble cómo se desajusta la vida cuando no te sientes bien por dentro. Cuando crees que te falta algo.

Ensanchó su sonrisa y pensé, como siempre que estaba con ella, que era muy atractiva. Tenía una melena brillante, castaña y con mechas caras de color caoba, que le llegaba hasta las solapas de la chaqueta. De espaldas podía pasar por una chica joven, por lo enérgica y delgada que era. Pero estaba muy arrugada. En realidad parecía diez años mayor de lo que era. Conservaba un espíritu juvenil que le animaba las facciones maduras y marcadas, y era precisamente eso lo que la hacía tan atractiva. En las fiestas siempre estaba rodeada de hombres que le rellenaban la copa y la oían despotricar de los políticos y los ministros de cultura, como hacía en su columna semanal del periódico. Sus carcajadas, poco elegantes, retumbaban en cualquier reunión.

Conocía a Anthea desde que los niños iban a primaria. Puede que las demás madres la tomaran por abuela de su hija, Laura, a la que llevaba de la mano. Y lo mismo me pasó a mí, hasta que la niña dijo: Un beso, mami, y la hizo agacharse para alcanzar su mejilla.

Bueno, ya podemos volver a nuestras vidas de mierda, dijo despacio, cuando los niños y las niñas entraron en el patio del colegio. Me vio sonreír y resopló, tapándose la boca con las manos. Una semana más tarde nos intercambiamos los números de teléfono. Poco después empezamos a salir en parejas. Resultó que nuestros maridos se conocían de vista, de cuando iban a la universidad. Me presentó a un grupo de mujeres del pueblo que eran nuevas para mí, vibrantes y artísticas, de edades diversas, que iban con frecuencia a la ciudad a trabajar, a presentaciones de libros y a efervescentes fiestas en las que nunca se acababa el champán. Dos de ellas eran periodistas, una estaba casada con un locutor de radio y otra trabajaba en televisión. Todas eran simpáticas, esbeltas y de buen tipo, sin ser extraordinariamente guapas, y compraban cosméticos caros, de alta gama.

Me cayeron bien, y ellas a su vez me acogieron en el grupo. Nos veíamos a

menudo los sábados por la mañana, en una de las tiendas caras del centro del pueblo. Nos probábamos blusas y vestidos caros y a veces comprábamos algo. Nos hacíamos cumplidos y nos decíamos con sinceridad lo que nos favorecía y lo que no. Todas se comportaban con mucha naturalidad cuando estaban desnudas.

Chesca, tienes un pecho perfecto. ¡No me puedo creer que hayas tenido tres hijos!

Tienes que bajar una talla, cariño. ¡Eso te cuelga como la bata de una viuda!

Después íbamos a comer, siempre con vino, y compartíamos confidencias. Normalmente volvía a casa acalorada y con los ojos brillantes, y John hacía café y me gastaba bromas sobre mis amigas alcohólicas. Todos los años organizábamos fiestas en Navidad, en Año Nuevo, el día de San Juan o por motivos puramente estéticos, como la floración de las peonías rojas de Tamar en el mes de mayo. El grupo respetaba estrictamente estas celebraciones en las que planeábamos las próximas vacaciones en familia.

La primera vez que comí con ellas, un sábado, me impresionó un poco el nivel de sus confesiones. John y yo nos habíamos convertido en una pareja reservada; los disgustos o los problemas no salían de casa, se resolvían en la intimidad o no se resolvían. Mientras desprendían hábilmente las espinas del pescado y se tomaban la ensalada, hablaban de joyas antiguas, historias clínicas y frustraciones conyugales. Temores por la salud. Hombres a los que habían querido alguna vez. Las ganas de disfrutar de un sexo más potente. Tamar se refirió a una aventura que le había consentido a su marido, y contó cómo había vuelto a entregarse él después.

Lo curioso es que Edward era totalmente transparente, dijo, riéndose y moviendo la cabeza. El muy idiota se creía que no me daba cuenta cuando lo veía sentado en su butaca, tan deprimido porque ella llevaba una semana sin llamar. Yo siempre le consolaba cuando me daba sus explicaciones absurdas: que echaba de menos al perro, que se había muerto, o algo por el estilo, pero ¡sabía perfectamente por qué lo consolaba!

Me sonrió al ver la cara que ponía, restando importancia a mi simpatía y mi preocupación.

No te preocupes, Hannah. Tu John te adora. No es de esos. Y es evidente que no es un idiota.

Yo no estaba segura de que ella conociese a John, pero me emocionaron sus elogios y su amabilidad. Después, su sonrisa se tensó un poco.

¿No os parece que las mujeres pueden vivir mucho más cómodas con sus secretos?

Fue Anthea quien respondió. Sí. Y ojalá que sigamos siendo ilegibles.

Levantó la copa de vino y todas brindaron.

Más tarde, cuando íbamos hacia la parada de taxis, Anthea me contó que todas las mujeres del grupo tenían a otra idealizada: por su físico, su vitalidad o sus habilidades maternas. Pensé a quién admiraría ella más. Puede que a Lizzie, porque tenía quince años menos, era una dramaturga de éxito y había tenido una serie de aventuras simultáneas que a Anthea le encantaban. Las llamaba «amistades alegres». Luego pensé que quizá fuera yo, por cómo la observaba por las mañanas mientras tomábamos café. Me fascinaba que fuera tan inglesa, como esas mujeres de las generaciones anteriores, esas abuelas laboriosas y enérgicas. Tenía una reserva de alegría inmensa, inagotable; incluso cuando se divorció, seis meses después de que nos conociéramos, afrontó la situación con una valentía que a mí me pareció asombrosa.

Los putos hombres y sus putos egos, fue su resumen de la situación. Prefieren hacerse el amor a sí mismos antes que hacérselo a sus mujeres. ¿No es natural que nos hagan cometer locuras?

Pero había en Anthea algo más que ese estilo ligeramente decadente. Me había fijado en que tenía un rasgo retraído, vigilante. Cuando no estaba bromeando o descorchando una botella, se le daba de maravilla aislarse. Podía pasarse una hora sentada en un extremo de la mesa, quieta como un depredador, sin participar en la conversación. En esos momentos, todo en ella parecía calculado: su cara animada y atractiva se quedaba inmóvil y solamente movía los ojos para analizar la escena, calibrar o hacer sus apuestas. Normalmente era la primera en recibir una llamada de teléfono cuando alguien del grupo estaba en crisis, quizá por su edad y su experiencia, pero sobre todo porque jamás emitía juicios y se limitaba a dar buenos consejos. Y era discreta. Nunca me enteré por ella de ningún chisme de las demás, aunque le gustaba especular cuando el incidente pasaba a ser de dominio público. Siempre me pareció que podía hablar con ella de las cosas más difíciles y más dolorosas.

*

NO ME DIO la tarjeta inmediatamente. No me lo planteó como una receta cuando le confié mi insatisfacción y la aventura que había estado a punto de tener con el

hermano de John. La mañana que me la dio habíamos estado hablando de otra cosa, de algo que no tenía nada que ver con eso: de las últimas atrocidades de la guerra o el azúcar de los cereales de los niños. En un silencio de la conversación, sacó del bolso un pulcro rectángulo blanco.

Esto es para ti, cielo, me dijo. Y me pasó la tarjeta. Nadie debería avergonzarse tanto de sí mismo. Creo firmemente en la intimidad.

Estaba impresa con tinta negra: La Agencia, decía sin más. Debajo había un número de teléfono móvil.

Llama, me dijo. Es el número de recepción. Pide una primera consulta. Te organizarán un encuentro maravilloso, y después podrás llamar a la línea directa.

Debió de notar mi reticencia, porque me cogió de la mano. Tenía los dedos suaves, pero me apretó con firmeza. Seguía llevando su anillo de compromiso, de diamantes.

Hazlo, cariño. No es lo que te imaginas. En absoluto. Estas cosas nos consumen si no hacemos algo. Confía en mí.

*

ACORDAMOS LA PRIMERA cita a las once de la mañana. Me organicé con otra amiga para que recogiera a Jamie en el colegio y se quedara una hora con él, por si me retrasaba. Katie tenía clase de natación y volvería tarde a casa. Quería tener tiempo para recuperarme en caso necesario. Podía haberle pedido a Anthea que se quedara con los niños, pero no sé por qué no me decidí a contarle adónde iba, como si no quisiera reforzar nuestra conspiración y convertirla en culpable.

Llevaba toda la semana pensando cómo vestirme. Me decidí por un traje burdeos que no me ponía casi nunca, comprado en una *boutique* de Londres cuando me despidieron de mi último trabajo y me dieron una indemnización mucho más alta de lo que me esperaba. Seguía valiéndome, aunque me apretaba un poco en la cintura. Lo había sacado varias veces del armario y lo había colgado en la percha de detrás de la puerta para admirarlo, pero siempre le volvía a poner la funda de plástico de la tintorería. En la solapa de la chaqueta llevaba prendida una insignia de seda negra, de la cena de antiguos alumnos a la que había asistido con John, en su facultad, el año anterior. Me había comprado unos zapatos, negros, con el tacón algo más alto de lo habitual en mí. Me compré también unas medias nuevas, que seguían en su paquete, dentro de la caja de zapatos, en el fondo del armario. Tanta preparación me parecía un poco absurda.

Una parte de mí se daba cuenta y empezaba a perder las ganas. No me sentía capaz. Yo no era como Anthea King: no tenía su hechura, su energía y su valor. Siempre había vestido con sobriedad; nunca me atrevía a ponerme mis mejores galas con la confianza con que otras las lucían. Pero otra parte de mí se ilusionaba al descolgar el traje de la percha, con sus pliegues de seda doblados con cuidado en sus lengüetas de cartón, y al ver los zapatos impecables, mirándose el uno al otro dentro de la caja, perforando con los tacones el papel de seda. Me ilusionaba imaginar que aún cabía dentro de aquel traje.

La mañana de la cita pasó muy deprisa. Los niños se fueron al colegio con los libros y las tarteras. Vi a John alejarse en la bici con la mochila a cuestas mientras la brisa fresca le separaba el pelo hasta formar una costura blanca en el cuero cabelludo.

Hace un viento espantoso, me dijo al pasar por delante de la ventana de la cocina, triturando la gravilla con las ruedas. Le dije adiós y se marchó.

Me había pasado la mayor parte de la noche despierta, tumbada boca arriba, contemplando el resplandor anaranjado de las farolas. Una vez extendí una mano para tocar la pierna de mi marido, el vello hirsuto del abdomen. Deslicé la mano, nerviosa, pero John estaba profundamente dormido. A eso de las cinco me quedé adormilada, y la alarma del despertador me sobresaltó una hora más tarde. El cuidado con que pensaba peinarme y recogerme el pelo se había esfumado. Me vestí a toda prisa y estaba lista antes de lo previsto. Estaba distraída, incapaz de concentrarme en nada. Me tomé dos paracetamoles y me hice otro café. Volví a lavarme los dientes y me retoqué los labios. Me miré en el espejo del baño y me vi un poco demacrada. Caí en la cuenta de que se me había olvidado ponerme corrector de ojeras. Saqué el tubito plateado del neceser de maquillaje, me apliqué unas gotas de crema y la extendí.

Ya estaba en el coche, en la carretera de circunvalación, saliendo del pueblo, cuando pensé por primera vez en el precio de la excursión. Hasta entonces no se me había pasado por la cabeza el dinero. No había preguntado cuánto costaba y tampoco me habían pedido una cantidad a cuenta por teléfono. Anthea tampoco habló del precio, pero ella tenía menos preocupaciones económicas. El divorcio le había salido rentable, o quizá hubiera heredado. La casa de Cloet Street era suya; sus joyas no eran bisutería, y aunque los ingresos que recibía por la columna semanal eran modestos, nunca decía que estuviera pasando apuros. Podía parar en un cajero a sacar dinero, pero eso me crearía problemas. Si La Agencia aceptaba tarjetas de crédito, pagaría con mis ahorros personales, los que

guardaba en una cuenta aparte y utilizaba para los cumpleaños. Aunque eso dejaría un rastro. Intenté calcular cuál podía ser una suma razonable, pero era imposible. ¿Tanto como la póliza del seguro dental de la familia? ¿Unas vacaciones o un coche de segunda mano? No tenía la menor idea de lo que podía costar un servicio así. De repente empecé a sentir calor y náuseas. Al margen de todo lo demás, la idea de pagar varios cientos de libras sin que John lo supiera hizo que me temblaran las manos.

Bajé la ventanilla unos centímetros y respiré hondo. Una ráfaga de aire entró en el coche. Era húmedo y fresco, con olor a alquitrán de la carretera. El viento estaba arreciando y las luces de freno de los coches que iban por el carril central se encendían y se apagaban. Cayeron goterones en el parabrisas y después empezó a llover. Desaceleré. No tenía prisa. Las hojas que arrastraba el aire se quedaban atascadas en las escobillas del limpiaparabrisas. Me imaginé que me alcanzaba una racha de viento fuerte, perdía el control del coche, atravesaba la autopista derrapando y terminaba en el carril contrario. Me imaginé que me encontraban en una jaula de metal aplastado, desmadejada y con el traje manchado de sangre. Mi familia no sabía por qué iba a la ciudad, y así vestida. Me imaginé la cara de John, compungido, pellizcándose las caderas, haciendo un esfuerzo inmenso para no desmoronarse, como hizo en el entierro de su madre hasta que se rompió de dolor. Y tuve también un recuerdo antiguo, de la noche en que John y yo nos conocimos, de cuando lo hicimos por primera vez en una habitación del piso de arriba, rodeados de abrigos, mientras la música de la fiesta formaba una especie de capa que nos separaba del mundo. Me acordé de cómo John contraía la cara mientras se movía, de cómo me agarraba del cuello, de su falta de delicadeza y sus jadeos de agotamiento cuando terminó. Las primeras veces fueron violentas, hasta que nos conocimos de verdad, hasta que nos acoplamos y encontramos una pauta más tierna y más considerada. Me vi a mí misma esos primeros años, agarrada a los barrotes de la cama y empujando mi cuerpo contra el suyo, luchando por el control del espacio. Vi a John inmovilizándome los brazos, sus embestidas bestiales, las sábanas revueltas y amontonadas. De pronto comprendí que lo que estaba haciendo era una locura. Que sin duda tendría consecuencias. Un desliz, un giro del destino acabarían por delatarme y me sería imposible explicarlo. No había ninguna explicación. Ni siquiera yo entendía por qué lo hacía.

Miré por el retrovisor, puse el intermitente y paré en el arcén. Solté el volante, apreté los puños y los lancé al aire. Los camiones salpicaban el parabrisas al

pasar zumbando al lado del coche. El viento de cola hacía temblar el coche. Eché un vistazo al reloj del salpicadero. Eran las diez menos cuarto. Aún tenía tiempo para pensar, para reconsiderarlo. Saqué un CD de la guantera y encendí el lector. Empezó a sonar por la primera canción.

Llevaba catorce años casada. Ninguno de los dos había hecho nada grave. Tenía muy pocas cosas de las que quejarme. Pero pensar en nuestra vida en común no servía de nada. Era como si el amor no tuviera fragancia ni sangre, como si hubiera perdido su vitalidad. Arranqué el coche y esperé a encontrar un hueco en el tráfico para salir.

*

ESTUVE DANDO VUELTAS por calles desconocidas hasta que encontré un aparcamiento cerca de la dirección de La Agencia. El edificio estaba en una calle tranquila. La fachada era muy normal, de tres plantas, eduardiana, de ladrillo claro, como casi todas las demás de la manzana. La puerta era recia y negra y parecía recién pintada, brillante como el regaliz. A un lado había una placa de bronce con el número de la calle grabado, y encima de la placa, un portero automático. No había ningún nombre, tampoco el de otra empresa que tuviera su sede en el edificio. Parecía un edificio de oficinas normal y corriente de una ciudad pequeña. Me alejé y me quedé unos minutos en los alrededores, con el móvil absurdamente pegado al oído. No vi entrar ni salir a nadie. Fui hasta el final de la calle, mirando las cornisas de los edificios, y luego volví y llamé al portero automático. Casi al instante, el timbre sonó dentro y oí un chasquido mecánico. Empujé la puerta, me volví a mirar la calle vacía y entré corriendo.

En el portal había una consola de madera reluciente y una lámpara de cristal pintado. Las paredes eran de color cáscara de huevo. Todo estaba en silencio hasta que el ruido amortiguado del motor de un coche resonó en la calle. El corazón me latía muy deprisa. Notaba un sabor amargo en la boca y me arrepentí de haber tomado tanto café antes de salir de casa. Al fondo del vestíbulo había una elegante escalera de hierro forjado que trazaba una espiral exquisita. Estaba a punto de acercarme y subir cuando una puerta se abrió a mi derecha. Por ella salió un joven de pelo corto y moreno, vestido con traje. Me tendió la mano.

¿Hannah? ¿Nos has encontrado bien?

Asentí y le di la mano. Me apoyó suavemente la otra mano en la muñeca.

Sí, gracias.

Asintió. Por supuesto. Soy Alistair. Hemos hablado por teléfono. ¿Pasamos a la oficina? Lleva un traje muy bonito. ¿De Westwood?

Tenía un acento suave, con las erres vibrantes, escocés, puede que aprendido en las Tierras Altas. Me cedió el paso y entré en una sala.

Vi una chimenea grande, de hierro fundido, decorada con azulejos y un trébede. Un jarrón con lirios adornaba la repisa. En la pared del fondo había una mesa con un ordenador blanco, de líneas muy finas, y el receptor del interfono. Un sofá y una butaca se miraban, separados por una mesa de centro. La alfombra era de color azul Regencia y las paredes estaban empapeladas en un tono verde pálido de la misma época. La decoración era más elegante que la del portal y todo olía a limpio. El joven esperó a que lo mirase a los ojos antes de hablar.

Muy bien. En primer lugar, bienvenida a La Agencia. Gracias por venir.

Hubo una pausa y después me preguntó si me apetecía un café. Negué con la cabeza. Unió las manos por delante del pecho formando un cono con las puntas de los dedos. Fue un gesto calculado, o astuto. En todo caso parecía demasiado joven para tanta afectación.

¿Un té? ¿Una copa de champán?

Sonrió y enarcó las cejas. Noté un leve latido en un párpado.

¡Sí, champán!, dijo inmediatamente. Ya es mediodía, ¿no? Siéntate, por favor.

Se acercó a una puerta y la abrió. Detrás había una cocina pequeña. Vi la esquina de un frigorífico y un armario. Oí un tintineo de cristales, un estallido y el borboteo del líquido al servirlo. Alistair volvió con dos copas de flauta. Las dejó en la mesa, se sentó en el sofá y tendió una mano.

¿Me acompañas?

La butaca de cuero cloqueó y suspiró al sentarme.

Lo siento, dije. Me envía una amiga y todo esto es nuevo para mí. Creo que en realidad no sé lo que estoy haciendo o lo que tengo que hacer. Me parece que no estoy completamente decidida. Lo siento.

Alistair volvió a sonreír. Tenía los dientes un poco amontonados, aunque blancos.

No te disculpes, por favor. Es estupendo que nos hayas encontrado, aunque solo sea como posibilidad. Toma.

Se inclinó hacia delante y me acercó la copa, deslizándola por encima de la mesa. La cogí, para demostrar buena voluntad, y lo miré detenidamente por primera vez. Iba bien afeitado, tenía una piel espléndida, y el flequillo le caía por un lado de la frente en un ángulo muy elegante. Llevaba un traje de corte clásico,

de otra época, con el chaleco abotonado. No habría desentonado en una serie dramática de los tiempos anteriores a la guerra. Era sin lugar a dudas un producto creado en consonancia con el escenario, aunque su cortesía y su etiqueta no parecían forzadas. Tenía un atractivo peculiar, imperfecto. ¿Será esto lo que buscan las mujeres?, pensé. Bebí un sorbo de champán. Me hizo cosquillas en los labios y lo encontré áspero y ácido. Sabía que iba a bebérmelo demasiado deprisa si me quedaba con la copa en la mano, así que volví a dejarlo encima de la mesa.

Gracias, dije. Y otra vez contestó: Por supuesto.

Se reclinó en el respaldo y cruzó las piernas.

Verás, Hannah. La verdad es que La Agencia prefiere entender este primer encuentro como una especie de entrevista que nos haces. Confiamos en poder ofrecerte absolutamente todo lo que desees, pero eres tú quien decide si nos consideras aptos y quieres contratarnos. Somos versátiles, prestamos un servicio legal, en la sede y fuera de ella, pero también creemos que hay que cumplir ciertas normas.

Se quedó un momento callado, como para darme tiempo a asimilar el significado, a digerirlo.

Aspiramos a cubrir cualquier necesidad. Por eso, conviene concretar todo lo posible en esta primera fase. Descruzó las piernas y se inclinó sobre una hoja de papel que había sobre la mesa. La acercó y la cogió por una esquina.

Hannah. ¿Te parece muy aburrido que te ofrezca un poco de literatura, para que te hagas una idea de lo que ofrecemos y podamos detectar tus preferencias?

Yo le estaba mirando la boca mientras hablaba. Medía mucho sus palabras, había extremado su cortesía y amplificaba con los labios las formas que articulaba.

Te dejaré un poco de intimidad mientras le echas un vistazo. No hay ninguna prisa. A veces la gente prefiere considerarlo en casa antes de comprometerse a una nueva cita.

Eligió con mucha astucia la última frase. La misma con que lo habían elegido a él. La calibró perfectamente. Me deslizó el papel, se sacó un bolígrafo del bolsillo interior de la chaqueta y lo dejó encima de la mesa.

Por favor, no te preocupes. Esto es solo para que nos ayudes a identificar tus preferencias. Puedes llevártelo cuando hayamos terminado. Aquí no guardamos papeles.

Volvió a unir las puntas de los dedos y se levantó.

Te dejo que lo leas. En el escritorio hay un botón para que llames cuando quieras. No te olvides del champán.

Tomé otro sorbo, consciente de que me estaba presionando a pesar de su deferencia. El clima de la entrevista era calculadamente neutro, pero el joven que tenía delante manejaba los hilos pasivamente. Lo habían seleccionado por su inteligencia y sus habilidades sociales. O quizá fuera el dueño de la empresa. ¿Había visto un nicho en el mercado y había aprovechado la oportunidad? ¿Cuántos años tendría? ¿Veintitantos? Puede que poco antes hubiera sido alumno de John en Ciencias Políticas. Se alejó hacia la puerta.

Ah, una cosa, Hannah, dijo en voz baja. Me gustaría dejar claro que la primera pregunta, la que se refiere al género, no te afecta. Sabemos que eres mujer. Todas nuestras socias lo son, como probablemente sepas.

Sonrió y cerró la puerta.

Tuve la sensación de que había estado aguantando la respiración todo el tiempo. Solté el aire, cogí la copa y bebí hasta la mitad. Alistair no había probado la suya, y se me ocurrió que la había servido y dejado allí también para mí, para que la situación me resultara lo más cómoda posible. Me levanté y me acerqué a la chimenea. Los azulejos eran de estilo Arts & Crafts. Los lirios de la repisa eran naturales. Tenían un perfume delicado, euforizante. Los pétalos eran blancos, austeros, salpicados de manchas de polen anaranjadas. No les habían cortado los estambres, y en las puntas se habían acumulado unas gotitas de savia. No eran solo los nervios o la cafeína lo que me había puesto tensa y alterada. No me sentía insegura ni expuesta, como me imaginaba. Sabía que podía marcharme, tranquilamente, sin dramatismo, mientras siguiera sola en la recepción. Alistair no se sorprendería de no encontrarme cuando volviera. Pero no quería irme. Y sabía que tampoco se sorprendería si me quedaba.

Me senté de nuevo en la butaca de cuero tibio y cogí el papel. Era un formulario, con casillas para marcar, no muy distinto de los que se entregan en las clínicas de belleza. Lo leí. El término que empleaban era *acompañante*. La redacción era concisa y las opciones quizá más o menos tal como me esperaba, aunque las últimas me sorprendieron. Grabaciones, Restricciones, Disfraces, Defecación.

Anthea no me había dado detalles de sus experiencias. Intenté adivinar cómo había respondido al formulario, si sus preferencias eran corrientes o extrañas. Mi vida me parecía muy sencilla. No creía estar buscando nada excepcional. Cogí el bolígrafo y marqué con una raya las casillas correspondientes. Luego seleccioné

otras dos de la sección final. Me terminé el champán y llamé al timbre del interfono.

Alistair llamó a la puerta antes de entrar y me saludó con cordialidad, como si fuéramos viejos amigos. Se había quitado la chaqueta. Llevaba una camisa de rayas muy elegante. Seguía teniendo el chaleco abotonado.

Muy bien, Hannah. Si quieres que repase el formulario ahora mismo y que te organice una presentación podemos hacerlo. Si lo prefieres, puedo ponerme en contacto contigo dentro de unos días, con una recomendación y un número de teléfono. ¿Quieres que te rellene eso?

Señaló la copa vacía. Dije que no con la cabeza.

Gracias. Tengo que conducir.

Hubo un silencio. Esperaba que volviese a decir «Por supuesto», pero no lo dijo. Aunque conservaba el mismo barniz profesional, ahora noté en él un interés más vivo. No era coqueteo lo que veía en su mirada, puede que curiosidad por mis inclinaciones. El ambiente era de tranquilidad, como si el viento de la calle eximiera de sus corrientes a aquella habitación. Tenía el papel en la mano. No me temblaba el pulso. Alistair no dio ninguna muestra de notar el cambio. Se sentó en el sofá, cruzó las piernas y leyó el formulario. Recorrió la página parpadeando y asintió con la cabeza una vez, pero su expresión no revelaba nada. Intenté adivinar su edad de nuevo. La suficiente para estar al frente del negocio y al mismo tiempo parecer un pipiolo y ser complaciente en caso necesario. ¿A cuántas mujeres había recibido en aquella sala? ¿Cuánto poder tenía? Era evidente que alguien había invertido experiencia y dinero en aquella aventura, aunque seguramente no había sido él. A pesar de su espíritu emprendedor, a pesar de su filoginia, no podía tener tantos conocimientos. De pronto tuve la certeza de que él no era el impulsor de la empresa. No. Era hábil, pero en realidad era un dron. La idea de La Agencia era de una mujer. La decoración, el recepcionista impecable, la sutileza del juego eran cosa de una mujer.

Alistair levantó la mirada y sonrió después de unos momentos.

Hannah, arriba hay una sala muy cómoda. Ahora mismo está libre. ¿Querías esperar allí unos diez minutos, mientras hago una llamada rápida? Ese traje es precioso.

EMPEZABA A OSCURECER cuando llegué a casa. Miré el correo electrónico, puse una lavadora y llené la bañera. Me quité el traje, lo guardé en la funda de plástico y lo colgué en el armario. Me senté en el borde de la cama y me quité los zapatos. Les di la vuelta. Las suelas se habían rozado ligeramente, no más que si hubiera dado una vuelta por el paseo de gravilla para arañarlas un poco. Me había hecho una carrera en una media, a lo largo de la costura negra. Desabroché el ligero y deslicé la media por la pierna. Luego me quité la otra. Vi que empezaba a salirme un cardenal debajo de la cadera. Si John se daba cuenta, le diría que me había dado un golpe con la puerta del coche, por culpa del viento. Las señales de las muñecas tendría que esconderlas hasta que se borraran. Guardé las medias en el paquete y fui a la cocina para tirarlas a la basura, bien al fondo. Revolví el cubo de plástico y aplasté los residuos. Luego eché encima los restos de un yogur sin terminar. Me lavé las manos, me serví un vaso de agua y subí al dormitorio.

Noté que tenía la piel muy sensible cuando entré en la bañera. Me solté el pelo, apoyé la espalda en el esmalte y cerré los ojos. Seguía viendo los dibujos verdes del papel pintado de La Agencia y las rosetas de hierro forjado de la barandilla de la escalera. Aquellas orquídeas chorreantes. Seguía viendo el interior del coche que me había llevado por las calles mojadas y cubiertas de hojas caídas. El vestíbulo del hotel y el número de la habitación. Los pétalos negros del broche que llevaba en la solapa de la chaqueta, tirada en el suelo, sobre un montón oscuro. Él no era exactamente como me lo había imaginado. Me pidió una contraseña, por si quería parar en algún momento, y le di el nombre de la madre de John: Alexandra. Pero no llegué a utilizarla.

Después de media hora en la bañera entré en calor y me sentí reblandecida, como si me estuviera diluyendo, como si fuera tan suave como el agua. Me levanté, quité el tapón y me di una ducha fresca. Después de secarme y vestirme bajé a recoger el cuarto de estar. La sudadera del colegio de Jamie estaba hecha una bola detrás del sofá; los libros y las revistas, desperdigados. Había un trozo de caramelo pegado en la alfombra. Era demasiado tarde para ponerme a trabajar, así que apagué el ordenador. Había dejado el bolso abierto en la entrada y vi que la luz azul del móvil estaba parpadeando. Tenía tres llamadas perdidas. La primera era de John. Decía que llegaría con Katie alrededor de las siete, después de la clase de natación. La segunda era de Alistair, para confirmar mi próxima cita. La borré después de escucharla. La tercera era de Anthea King: me

preguntaba si podía quedarme con su hija al día siguiente después del colegio. Me pareció que estaba distraída y oí el traqueteo del teclado mientras hablaba. El mensaje terminó. Le devolví la llamada para decirle que podía ocuparme de Laura. Hablamos un momento. Hubo un silencio en la conversación, seguido de su risa indecorosa y alegre.

Oye, tenemos que ponernos al día pronto. Espero que lo hayas pasado bien en la ciudad.

He ido a visitar a un familiar, dije.

Volvió a reírse. Sí. Claro, cariño. Claro.

Abejas

UNA MAÑANA, POCO después de mudarte a la casa nueva, estás en el jardín y ves que el suelo está cubierto de insectos. Están en todas partes, como manchas oscuras entre los guijarros rojizos del sur. Tienen las patas largas y las alas finas. Son docenas y docenas de abejas muertas. Estabas mirando algo que había en la tierra, unos hierbajos o un envoltorio de caramelo arrastrado por el viento, y al agacharte para cogerlo viste a las abejas desparramadas por todo el jardín, rígidas y petrificadas como fósiles. Con sombreros negros, como los aristócratas en un funeral; las antenas plegadas sobre los ojos, con respeto mortuorio. Tienen bandas de oro en el cuerpo. A algunas les falta el extremo del abdomen. Otras están cortadas por la mitad. Algunas están enteras, como si hubieran conseguido aterrizar a tiempo, en el último instante de su ciclo vital. Te arrodillas. Las examinas. Desde abajo, el seto parece una torre. Los vecinos de al lado no ven el jardín. Este diminuto jardín de Londres es un cementerio secreto. Nadie más que tú acompaña a los difuntos.

*

CONVIENE SEÑALAR QUE te has estado fijando en los detalles desde que llegaste a la ciudad. Los has ido acumulando y almacenando. Eres un recipiente de información. Esta actitud es nueva en ti: este vacío. Antes siempre te sentías llena, cargada con el peso de lo que te ha convertido en la persona que eres. Piensas que desprenderse de la existencia anterior y dar cabida a una existencia nueva y tremendamente complicada quizá sea imprescindible para vivir en la metrópoli. Llevas poco tiempo aquí. Vienes de lejos, del norte. Has dejado atrás los páramos amarillentos y los campos empapados. Has dejado a la gente que te conoce, que te ha criado y protegido.

El traslado no guarda relación con el trabajo; no es un trabajo nuevo lo que te ha atraído como a la mayoría de los emigrantes rurales. Has dejado tu casa por otro motivo, un motivo que en este caldero de vida te parece prosaico. Has

venido para olvidar y seguir adelante. Y el cambio te ha abierto la carne como una cremallera y ha dejado salir esa morbosa parte de ti que estaba dentro. Algo esencial y rojo. Notaste cómo se escapaba. Ocurrió al bajar del tren en la estación de Euston, en el momento de pisar el andén y recoger el equipaje del vagón. Fue un cambio interno, repentino, como un retortijón o un golpe, como las olas al romper. Algo estalló dentro de tu pecho y te rasgó por la mitad. Se abrió camino entre las paredes de los músculos, cayó al suelo y se escabulló entre la multitud. Lo que queda ahora es la envoltura arrugada y rosa de un ser humano que lleva tu nombre y tu historia olvidable. Un saco de piel con unos cuantos órganos y algo de sangre en circulación; vísceras que cooperan solamente lo justo para que sigas viva. En realidad es un alivio. Esta disminución de tu personalidad. Esta degeneración. Ya no te duele nada, no tienes hambre ni deseo de nada. No te preocupa salir a la calle con ese aspecto rojo y primordial. Te han concedido clemencia.

*

TE ARRASTRAS DE rodillas por el jardín y avanzas apoyando las manos. Ahí están: las abejas. Forman una composición extraña. Parece que se hubieran reunido en grupos, que hubieran seleccionado el sitio en el que morir juntas. Coges a una de una pata y te la pones en la palma de la mano. Un montoncillo de pelo seco. Cardencha. Papel a medio quemar. ¿Qué las ha matado? ¿Estarán infectadas las colmenas? ¿Serán los pesticidas o ácaros en la garganta? ¿Es esto el principio del holocausto que provocará la muerte de las plantas y el ganado, el colapso de la polinización de la cadena alimentaria?

Tener este jardín sin duda es una suerte. Es una suerte estar donde estás ahora. Todo podría haber sido muy distinto. Una habitación amueblada en Hackney: sin fianza ni abusos. Una llamada a la puerta con la maleta en la mano; la lógica de que una indiscreción de hace unos meses, por venganza, pueda haber desembocado en una relación de afecto valiosa. El chico que ha abierto la puerta te está mirando, intentando recordar, y su novia pregunta desde la cocina: *¿Quién es, cielo?* Has aterrizado sin problemas en la ciudad más dura de todas, sin más pertenencias que las que puedes llevar encima y con el cuerpo vaciado. Tu amiga más antigua del colegio te ha acogido. Su compañera de piso iba a mudarse justo cuando necesitabas una habitación. Pagas dos meses de alquiler por adelantado, aunque te dice que puedes dejarlo a deber. Aceptas el precio sin

rechistar.

Esta amiga también es del norte, viene del mismo valle lluvioso aunque de otro pueblo. Has seguido en contacto con ella desde el colegio, con mayor o menor frecuencia según la situación, año sí año no. En el colegio erais buenas amigas. Los fines de semana ibais juntas a la ciudad. Era guapa pero nunca tuvo tanto éxito como tú con los chicos. Una vez os emborrachasteis y os besasteis, pero fue un momento tan irreal que nunca habéis vuelto a hablar de eso; puede que incluso te lo hayas inventado. Ella sacaba buenas notas. Ahora es una profesional y ha pulido su dialecto, ha suavizado su acento. Trabaja en la industria editorial, llevando a los autores de acto en acto, soportando sus egos y sus pataletas.

Has ido a verla varias veces antes de mudarte, aunque te costaba estar lejos de la granja —usabas el pretexto de hacer las compras de Navidad— y la ciudad te agotaba. Siempre te gustó ir a la ciudad. Te gustaban las aglomeraciones, el anonimato, las celosías de alambres y trenes, la energía. Cuando venías te quejabas del aislamiento y la pequeñez de la frontera, lamentabas no haberte ido de allí cuando tuviste la oportunidad. *Todavía estás a tiempo de venir*, te dijo ella. *Llega gente continuamente*. Compartisteis buenos recuerdos del colegio y los paseos por las montañas, de los ratos pasados en los bares de los pueblos, llenos de viejos, de los novios con los que perdisteis la virginidad. Le contaste todos los chismes: qué hacía fulano o mengano, quién follaba con quién. Lloraste y ella te consoló sin palabras. Había estado en tu boda, hacía diez años. Lo vio todo: la mesa tirada en el suelo y los cristales rotos. Está al corriente de las circunstancias del traslado, pero solo hasta donde le has contado. No hará más preguntas. Esperará hasta que quieras sacar el tema. Es del norte.

*

EN COMPARACIÓN CON las montañas cubiertas de brezo, los lagos y las praderas de tu tierra natal, este jardín parece diminuto, condensado. Ahora mismo estás sentada en un banco, con una abeja muerta en la mano. Unas matas sin podar están invadiendo el asiento: crees que son de budelia, aunque no se te da bien reconocer ese tipo de plantas. Al fondo del jardín, junto a la ventana de la cocina, hay un horno mexicano, de ladrillo panzudo. Una casita de pájaros. Macetas. Todas estas cosas son de tu amiga, que lleva casi doce años viviendo en la ciudad, el tiempo suficiente para sentirse en casa, el tiempo suficiente para

acumular cosas y tener un buen círculo social. Tiene tijeras de podar, una pala, paquetes de semillas de retama y violetas. Cuida el jardín para relajarse después del trabajo. Pero trabaja muchas horas y tiene que salir con frecuencia por las noches, a festivales y presentaciones. Pasa mucho tiempo fuera. Tienes la casa solo para ti, y eso es bueno en cierto modo. Has salido muchas veces a este rincón de naturaleza cultivada. Por las mañanas, para ver cómo se levanta el sol entre la bruma por encima de los tejados. De momento no estás trabajando, aunque pronto tendrás que buscar trabajo. Te has tomado una copa de vino aquí los fines de semana, con tu amiga: le gusta hacerte compañía siempre que puede. En esos momentos intenta decirte que todo irá bien, con frases breves y sin avasallar. Tú siempre asientes con la cabeza. *Sí, es lo mejor. Sí, habrá otros. Sí, estás en la flor de la vida.* Has estado aquí de noche, cuando no puedes dormir —aún extrañas la cama y extrañas dormir sola—, o para refrescarte, porque el verano en Londres es más húmedo de lo que imaginabas. Y has salido también a investigar los ladridos y los ruidos nocturnos, unos alaridos estremecedores que parecen fuera de lugar en este ambiente urbano aunque para ti son familiares. La luna en la ciudad es grande y no es blanca.

Es en esos momentos, en los momentos de insomnio y de inquietud, cuando piensas si has hecho bien viniendo a Londres. Parece que el norte no existe, aunque esté conectado por la oscuridad y la luz, por constelaciones gélidas. Ha sido difícil aceptar que el cambio es definitivo. Ha sido difícil abandonarlo y olvidarlo todo. De noche, en el jardín, se te ocurre que quizá fue el corazón lo que perdiste al llegar a la capital. Que quizá no lograra hacer el viaje bien protegido; que quizá se estremeció y se golpeó contra los barrotes de la caja torácica en el transbordo. Puede que ahora esté siguiendo el camino del norte, bordeando los páramos, encontrando a su paso montones de ruinas y torres de alta tensión, pasando por debajo de los puentes de la autopista. Volviendo a las montañas. Volviendo con él.

De día sales a la calle, porque se supone que en la ciudad hay que salir y ahora vives aquí. Aprendes las rutas de los autobuses y te atreves a buscar tiendas de comestibles y cafés independientes. Vas a las galerías de arte y a los barrios comerciales. Compartes la acera y caminas entre la multitud o en dirección contraria. Sirenas. Tráfico. Aviones. Es una coreografía muy distinta a la que estás acostumbrada, a la lenta maquinaria de los campos, al ganado que recorta al pacer los penachos de hierba, a tu escenario original. Tienes algo de dinero y una tarjeta de crédito que de momento no te han cancelado. No tardarás

en encontrar trabajo, seguramente precario. No tienes una buena formación pero de momento te estás adaptando bien a Londres, distanciándote del pasado. Es una ciudad polifacética: ornamental, sucia, moderna. No te da miedo. Tomas nota de las cosas y guardas los detalles en un anaquel del cerebro. Memorizas ruidos, timbres, zumbidos eléctricos, toda la eufonía del ambiente. Y los olores: el pavimento rancio, secreciones corporales, almizcle en las esquinas, estanques verdes. Hay vientos subterráneos, sensaciones de movimiento, pitidos y órdenes. Tu cabeza ha empezado a llenarse de esa miscelánea urbana y su cívico desorden, como basura selecta.

*

PERO ESTA MUERTE masiva de las abejas es una sorpresa. Te interesa su singularidad, su misterio. Te levantas del banco y tiras el cadáver que tienes en la mano. Paseas por el jardín mirando el suelo, pensando qué enfermedad puede estar diezmando a la especie. Hubo unas lluvias torrenciales poco después de que llegaras. La tromba de agua desbordó el Támesis y las alcantarillas de la época victoriana, y la corriente marrón apareció llena de peces muertos, hinchados y con la panza plateada. No sabes cuál es aquí el orden natural de las cosas; allí sabías que los caballos subían a los pastos del monte en verano y bajaban a la orilla del río en invierno; que las ovejas seguirían engordando hasta alcanzar el peso exacto y que las golondrinas regresarían en abril, alimentándose, sin detener el vuelo, al cruzar los ríos resplandecientes. Esquivas con cuidado los cadáveres mientras deambulas por el jardín como un agricultor. Después entras en casa.

*

PASAN LOS DÍAS: días de verano pegajoso y cálido. Hay tormentas. El cielo de Londres se vuelve primero violeta y luego gris. La lluvia rebosa los desagües y las alcantarillas, cae de los aleros. Cuando pasa la tormenta, los charcos oscuros de las calles se encogen. Tienes unas cuantas citas. Con hombres acostumbrados a salir. No eres exótica para ellos. Una noche vuelves a casa con un tío y follas con él. O dejas que te folle. Lo hace con mucha fuerza, para no perder la erección. De repente se aparta y te pregunta si puede quitarse el condón. Le dices que no. Luego dices que sí. Dos días después te despiertas con una infección de

orina. Vas a una clínica para que te receten antibióticos. Tardan horas en atenderte y para entonces estás orinando sangre. Te pasas una semana pensando en volver al norte. Superas el arrepentimiento. Te sientas en el jardín en camiseta y pantalones cortos. El sol es fuerte, delicuescente. Te relajas. El jardín sigue sembrado de abejas. No las has visto morir. No las has visto caer al suelo ni retorcerse en la tierra, patalear panza arriba hasta que sus frágiles alas dejan de vibrar. Son simplemente cadáveres. Solo ves la prueba de su extinción.

Sales al jardín más a menudo. Observas a las que siguen vivas, volando como zepelines y zambulléndose en el cáliz de las flores. Hay muchas. No prestan atención a las que están muertas. Hacen su tarea como de costumbre. Cuando estás dentro de casa, te asomas a la ventana del dormitorio con la esperanza de ver alguna pista. Vas a la biblioteca del parque y buscas información sobre apicultura. Descubres que en América se están empleando técnicas de cría peligrosas que han producido el debilitamiento de algunas especies. Que la industria de la almendra fleta aviones cargados de abejas para polinizar sus cultivos. Te enteras de que cierta especie de escarabajos hurga debajo de los huevos y ataca a las larvas. Las abejas son muy cooperadoras. Intervienen de inmediato al menor síntoma de enfermedad o de amenaza para la reina. Son capaces de sacrificarse, limpian con la boca los panales infectados y se van a morir lo más lejos posible de la colonia. Pero has estado examinando los setos y las tapias de los jardines de tu calle, incluso los huertos de los alrededores, y no hay colmenas.

*

ORGANIZAS ENTREVISTAS DE trabajo. Te empadronas en el censo electoral y te registras en una lista de espera para que te asignen médico de cabecera. Sabes que ahora vives en Londres. Te sigues sintiendo vacía. Y te sigues acordando de esa masa roja y caliente. Toda la rabia, la desesperación y el amor que tenías dentro y que te ha llevado a enloquecer en los últimos años... ¿Adónde ha ido? A veces piensas que no puede estar muy lejos, que debe de andar merodeando por Londres, quemando y calcinando la maleza a su paso. O ¿estará en tu antigua casa, en la que compartías con él, en su patio resbaladizo y sus cobertizos con olor a heno? Quizá esté enroscada delante de la estufa de carbón, al lado del perro, o mirando el Scar desde la puerta cuando empieza a llover de verdad, o dando botes en el asiento del pasajero del Land Rover, camino del pueblo.

Piensas en él, en lo que estará haciendo. Si se las arregla bien. Si está contento. Si se arrepiente. Si sabe que tal vez sigue siendo el dueño de tu incendiario corazón destrozado y que tu nueva vida es tan inútil como una rueda de tractor tirada.

Mientras te preparas para la primera entrevista, te miras en el espejo del cuarto de baño. Tienes arrugas en la frente, alrededor de los ojos y de la boca. Lo que ves es la cara de una persona que ha pasado mucho tiempo al aire libre, con viento, lluvia y sol. Pero siempre has hecho el esfuerzo de maquillarte y eres atractiva. Antes te consideraban muy atractiva. Fuiste su trofeo. No eres mayor en esta ciudad en la que la juventud se alarga hasta la mediana edad, donde la gente no se compromete ni contrata hipotecas ni se compra coches. Casi te sentías más vieja en el campo. Vieja en tu pueblo, donde las mujeres de tu misma edad tenían hijos que estaban estudiando oposiciones o hijas embarazadas. Tú no tienes hijos. Podrías haberlos tenido. Corriste el peligro de tenerlos de joven. Pero no quisiste, aunque él sí quería. Según él era lo que había que hacer. Se imaginaba más manos para ayudar en los establos, un hijo con el que ir al bar el día de Nochebuena.

Pero algo se bloqueó dentro de ti. Te resististe. Seguiste tomando la píldora, todos los días, a las seis de la mañana. Y abortaste una vez, en secreto. Te tomabas las pastillas, te ponías una compresa y te quitabas la palidez de la cara con un par de sopapos cuando ibas a los establos para ayudarle a esquilarse. Tomar la decisión sola no fue justo con él, pero quizá hubieras tenido que enfrentarte a su mal genio, a sus borracheras, a esos ojos de pestañas enormes que miraban el trasero de otras mujeres y a sus uñas sucias, incluso llenas de mierda. Simplemente no querías hijos, no tenías esa inclinación, ese dolor en los brazos vacíos. Ni siquiera terminabas la conversación cuando surgía el tema; siempre ponías alguna excusa. Había que dar de comer a los perros. Tenías que hacer algo en el pueblo. *Ya hablaremos más tarde.*

Pero nunca le decías que no cuando él tenía ganas. La actividad sexual no se interrumpió desde el último año de colegio hasta que ese rescoldo rojo y doloroso empezó a arder. A él le gustaba que le desabrocharas el mono azul y se lo quitaras. Le gustaba que te pusieras de rodillas, en el suelo; le gustaba apoyar las manos en el armario y mirarte en el espejo mientras movías la cabeza; le gustaba ver sus abdominales duros y largos. Aún recuerdas su sabor, agrio y salado, porque fueron muchos años de práctica. *Vamos, cómeme, zorra.* Aún recuerdas el olor a forraje y combustible en el patio de la granja, cuando te

embestia por detrás, molestándose cada vez menos en preguntarte si te apetecía, quejándose si no estabas suficientemente húmeda, arrastrándote hasta un espacio más estrecho. Una pareja hermosa: decía la gente. La más unida del pueblo. Tú sabías lo que significaba eso: estar con él, ser suya. Habías firmado un contrato.

Y él lo rompió. Empezó con una bofetada de vez en cuando. Con discusiones en público, en las que te decía cosas que no se podían borrar. Te contagió una infección y te echó la culpa de no lavarte bien. Después llegaron los rumores, el embarazo de la puta del pueblo. Te encendía por dentro hasta que te abrasaba las entrañas y te dejaba amoratada. Pero tú lo soportabas, no se lo contabas a nadie, aunque vieras a la otra por el pueblo, embarazada, sí, aunque te llamara frígida en la puerta del club Rafa cuando intentabas llevarlo a casa y sentías ese dolor en el fondo de la garganta, porque te estaba ahogando, te estaba forzando. Lo soportaste hasta que no pudiste seguir soportándolo. La niña ya había cumplido un año cuando por fin la viste y te enteraste de que él le pasaba una pensión informal. Era tan guapa como su padre y tenía las mismas pestañas negras. Decidiste enfrentarte a él. Y te soltó una hostia. Y al policía otra. A uno que era primo suyo y redactó un informe muy chungo. El caso no llegó a juicio. Eran momentos difíciles para los ganaderos. Estrés laboral. Circunstancias atenuantes. Hiciste la maleta, cogiste el dinero y te marchaste. No ha venido a buscarte con las botas manchadas de mierda, con disculpas o exigencias. Lo único que queda entre vosotros es esa histórica pieza roja que se escapó y que ahora está perdida en alguna parte, esa imperiosa creación híbrida que se desplaza con la espalda en llamas. Te miras en el espejo. Sigues siendo atractiva. No sabes si volverás a ser capaz de utilizar el cuerpo para algo más que la mera supervivencia.

*

NO CONSIGUES EL trabajo. Hay otros ciento sesenta candidatos. Nada más terminar la entrevista, te dicen que no tienes la cualificación necesaria. Te sugieren que aceptes un empleo en prácticas, sin sueldo, aunque la competencia para estos puestos también es feroz. Vuelves a casa. Tu amiga se ha ido a un festival y pasará la noche fuera. Abres una de sus botellas de vino y te la bebes en el jardín, sentada en el banco, contemplando a las abejas muertas. Recoges unas cuantas y las pones a tu lado, en el asiento. Las colocas y las vuelves a colocar. Te quedas allí mucho rato. La luna está dilatada. Es enorme. Una superluna. Hace diez años que no estaba tan cerca de la tierra en su órbita

elíptica. Sabes que eso afectará a la marea en el Solway. Los pescadores no se aventurarán a pisar la arena. Ocurrirán pequeños incidentes curiosos. Un halcón muerto encaramado en lo alto de una tapia. Ganado cojo. Terminas la botella de vino. Ves ponerse la luna. Te acuestas en el banco y te quedas dormida.

Por la mañana, el sol es templado. Te duele la cabeza. Tienes el cuello agarrotado y un brazo completamente dormido. Has dormido pocas horas. Te incorporas con cuidado. Y entonces lo ves. Hay una alteración en el color en la esquina del seto, a unos tres metros de donde has dormido. Al principio crees que te has equivocado. Pero no. Es un zorro. Un zorro rojo oxidado, rojo como el fuego. Y es grande, aunque parece joven; tiene las orejas y las patas desproporcionadas. Está sentado, muy erguido, con la mandíbula arqueada y el hocico levantado, escudriñando el jardín con unos ojos brillantes de color ámbar. Te quedas quieta. Procuras no hacer ruido. No te está mirando, pero debe de notar que estás cerca y seguramente ha calculado si eres o no una amenaza. Ha decidido que eres tolerable. Está atento a otra cosa. Tu amiga te ha contado que en Londres había zorros, a montones, carroñeros urbanos que rompían las bolsas de basura y perfumaban sus rondas con un olor acre, tan mansos que casi se podía jugar con ellos, pero tú no te creías que fueran tan intrépidos.

Hasta entonces solo habías visto zorros en el norte. Eran discretos, de color naranja claro, se escabullían en la cuneta, parecían diminutos en los páramos y se asustaban de los perros. Este no pide disculpas por ir adonde quiere, como si fuera el dueño de este recinto de la ciudad. Parece que se ha dado un buen festín en los alrededores y tiene el pelaje como un horno, los ojos centelleantes. Está escudriñando el aire. Sigue con la mirada el vuelo lento y resinoso de una abeja. Es un cazador nato. Se agazapa un momento y salta impulsándose con las patas traseras. Abre las fauces, las cierra con un chasquido y aterriza moviendo con furia la cabeza roja.

Más tarde, su fantasma

EL VIENTO SOPLABA de levante cuando se despertó. En esa parte de la casa, las ventanas retumbaban, incluso con las persianas cerradas, y la chapa ondulada del gallinero del jardín vibraba y crujía como si fuera a desprenderse de los remaches y a salir volando. El aullido se había colado en su sueño, como una voz masculina. Veintitrés de diciembre. La mañana era oscura, o aún no había amanecido. El reloj se había parado. Se quedó quieto debajo de las sábanas, con los pies fríos y las botas puestas, el pecho dolorido de respirar aquel aire tan frío. El fuego se había apagado. La leña había vuelto a consumirse demasiado deprisa, porque el viento avivaba el tiro de la chimenea. Era difícil conseguir que aguantara toda la noche. El carbón era mucho mejor; ardía más despacio, pero no se encontraba fácilmente y era incómodo de transportar.

Se tapó la cara con las mantas. *Levántate*, pensó. No levantarse era el principio del fin. La gente que se quedaba en casa lo pasaba mal. No recibía ayuda de nadie. En parte lo entendía: ¿quién quería morir a la intemperie, tirado como un resto de basura, desnudado por el viento y acurrucado en algún rincón hasta que las dunas sucias sepultaran su cadáver? Era preferible pasar la noche en un refugio tranquilo. Lo comprendía.

Algo estaba dando golpes en el tejado; después se deslizó sobre las tejas y salió volando. Oía un rugido potente, casi oceánico, como si el cielo se estuviera encrespando y abriendo. La corriente del golfo volvería a lanzar a latigazos todo lo que hubiera arrastrado a su paso. Sabía que, antiguamente, la gente inventaba dioses aéreos, demonios del aire o de las cumbres. Él a veces se lo tomaba en serio y se ponía a gritar inútilmente por el tiro de la chimenea, o simplemente al viento, que se llevaba su vocecilla. No lo hacía a menudo, porque la verdad es que no servía de nada y eso aumentaba las posibilidades de recibir un golpe.

Cuando soplaba de levante, el vendaval se llevaba muchos de los tejados que de momento resistían y era capaz de derribar paredes enteras: otra razón para no pasar demasiado tiempo a cubierto; había que estar muy pendiente de los derrumbes. Pero su casa era sólida; había sobrevivido. Se tumbó de costado y

tiritó al notar el frío en el cuello. El sofá en el que dormía parecía siempre húmedo. El almohadón que usaba como almohada olía a cemento fresco. Normalmente no dormía en aquella habitación, pero Helene estaba ahora en la suya. Le habría gustado dormir con ella, para darse calor.

Otro objeto impactó contra la casa, estalló al chocar con el tejado y salió volando en trozos separados. No era capaz de recordar cuándo fue el último día de calma, con los árboles tranquilos y rectos. La quietud parecía un mito de la infancia, como la cosecha de agosto o Santa Claus. Había pasado mala noche, había tenido sueños turbulentos: guerras, estampidas de animales, y Craig, siempre Craig. Después de una noche así costaba mucho ponerse en marcha.

Levántate, pensó. Y después, como hoy le estaba resultando muy difícil, pensó: *Búfalo*. Se imaginó un búfalo: enorme y marrón negruzco. Tenía la cabeza gigantesca y los hombros de un levantador de peso, el lomo más estrecho y los cuernos pequeños y levantados. La imagen venía de una foto que guardaba en una caja, en la carbonera, entre las cosas de Craig. El búfalo parecía en continua tensión, como si eso fuera un rasgo estructural.

Se incorporó, apartó las mantas y se levantó. Encontró la linterna al lado del sofá y la encendió. El frío le hacía sentirse agarrotado y viejo. Empezó a moverse y a levantar las piernas como si hiciera gimnasia, para activar la circulación. Hizo varias entradas, como si estuviera calentando para jugar al fútbol. En una esquina de la habitación había una cocina de gas portátil. Acercó la linterna, encendió el quemador y puso el agua a hervir para hacer té. Se tomó el té solo. La leche era lo que más echaba de menos. Ni siquiera había hollín en la parrilla. Quizá pasara un día sin encender el fuego, para ahorrar combustible: la temperatura era de unos cuatro o cinco grados, calculaba; soportable. Mientras Helene no tuviera frío.

Cogió la linterna y fue a la habitación de Helene. Estaba algo más caldeada. Quedaban brasas anaranjadas. Dormía con la lámpara de gas encendida. No le gustaba la oscuridad. Estaba profundamente dormida, de lado, con la panza enorme por debajo de la sudadera. Recogió una de las mantas del suelo y la arropó con ella. Helene no se movió. Parecía tranquila, aunque vio que movía los ojos muy deprisa por debajo de los párpados. El viento se notaba menos en este lado de la casa, a sotavento. Silbaba, gemía y se alejaba. Saltaron chispas de las brasas al caer escamas de hollín por la chimenea. Se quedó un rato mirando a Helene. Tenía el pelo corto, como él, aunque rizado y negro. Y unos ojos preciosos. Muchos chicos, en el colegio, estaban locos por ella. Se imaginó que

se subía a la cama y le pasaba un brazo por encima del hombro. A veces, mientras la observaba, ella se despertaba y lo miraba. Sabía que venía solo a ver si estaba bien, a llevarle un té, algo de comer o más leña para el fuego. Pero otras veces le daba pánico. Y él se daba cuenta de que estaba preocupada por la llegada del bebé; a él también le asustaba. Había encontrado un manual de medicina en una de sus exploraciones, pero aun así.

Le parecía que Helene lo estaba llevando bastante bien, aguantando el tirón, aunque hablaba muy poco. Seguramente no había desarrollado métodos que la ayudaran a sobreponerse, como el suyo del búfalo. Debía de tener unos treinta o treinta y cinco años. Había sido profesora de lengua, aunque a él no le había dado clase. No lo reconoció cuando se encontraron. Le gustaban las sardinas con tomate, y eso era una suerte porque tenían montones de latas. Siempre le daba las gracias por la comida. *No hay de qué*, decía él. Y a veces casi estaba a punto de añadir: *señorita McDowell*. Nunca hablaba de lo que le había pasado, o del bebé, pero él lo adivinaba. Ahora ya no tenía elección. La encontró en la catedral católica, en lo que quedaba del edificio. A su lado había dos cadáveres, dos hombres. Parecía que acababan de morir, y había mucha sangre. Helene estaba mirando por el agujero de la roseta, que ya no tenía vidriera. No rezaba ni lloraba. Él pensaba que lo estaba llevando bastante bien.

Le dejó unas sardinas y el té en una taza metálica con tapa y volvió a su habitación. Hizo inventario de las provisiones. Lo hacía a diario, innecesariamente, porque le tranquilizaba. Bombonas de gas, comida, ropa, pilas (una menos ahora que el reloj se había parado), cinta de fontanero, analgésicos, cuchillos, cuerda. Había apilado las latas de manera que podía contarlas de diez en diez. En aquella casa aún había agua, un chorrito, a veces rojizo y con sabor a tierra. De momento no había descubierto si la casa tenía un pozo, porque la mayor parte del jardín estaba sepultado. Tener agua le hacía la vida más fácil; no tuvo necesidad de construir un depósito para recoger el agua de la lluvia. Había ido almacenando cajas de leche maternizada, pero cuando se las enseñó a Helene se puso primero nerviosa y luego triste. Tenía una caja en la que guardaba otras cosas más delicadas, frívolas: fotografías de su madre y de su hermano pequeño con el uniforme del colegio; el pasaporte, que ya solo servía para demostrar quién era, y las páginas que había ido rescatando para Helene. No había mucho que leer. Llevaba un par de meses buscando lectura, para distraerse, pero era una tarea muy complicada. El viento, que era un experto en esas cosas, había destruido la mayor parte de los libros. En cuanto se abría una brecha en los

edificios, el papel se descomponía: se doblaba, se convertía en pulpa; la tinta se corría. A veces encontraba una línea o un párrafo intactos en una página ilegible.

Por el amor que mi pueblo me tenía y por no manchar con sangre la situación, prefirieron pintar su trágico final con colores más justos. En resumen, nos llevaron a bordo de una barca, con la que nos adentramos unas leguas en el mar, donde nos esperaba el cascarón podrido de un navío sin aparejo...

Las primeras tormentas destruyeron la biblioteca municipal. No era de extrañar: se había construido en los años sesenta, en una planta del centro cívico. Generalmente, los edificios más antiguos eran los que resistían mejor. La gente entendía cada vez menos de construcción, o se había vuelto chapucera. A él se le daba muy bien el saqueo. Se le daba bien porque sabía moverse en el exterior. No se asustaba, aunque tampoco daba nada por sentado. Llevaba la mochila bien ceñida al cuerpo, como un paracaídas. Se envolvía las piernas y los brazos con cinta americana, para que no se inflaran, comprobaba la tensión de las cuerdas e iba muy atento a los escombros que transportaba el viento. Nunca, jamás se sentía seguro. Había visto demasiados cuerpos con la cabeza arrancada.

Después de hacer inventario, cogió una lata de salmón de la despensa, la abrió y se lo tomó frío. Tenía hambre y comió demasiado deprisa. Le dolía la boca. Le habían salido llagas en la lengua. Probablemente necesitaba fruta, pero prefería reservarla para Helene. En invierno era importante hacer dos comidas al día —desayuno y cena— aunque fueran escasas. Si no hacía eso podía caer enfermo. Este era su cuarto invierno. Las últimas Navidades no las celebró, porque estaba solo, pero ahora que tenía a Helene la situación era más agradable. Sacó las últimas hebras de la lata con las uñas y se las comió. Luego se bebió el aceite, que le produjo arcadas. Guardó la lata. Con la grasa sobrante podía hacer unas bolas de harina con agua, aunque tuvieran sabor a pescado. Además del regalo sorpresa, había pensado en el menú de Navidad. Guardaba una lata de paté de faisán ahumado desde hacía dos años, demasiado especial para comérsela él solo. Y tenía un tarro de mermelada de grosella. Un tarro de patatas hervidas. Y una lata de pudín de Navidad. Lo tomarían todo templado. ¡Dos platos! Hasta tenía una minibotella de whisky para acompañar el pudín. Era importante hacer el esfuerzo de celebrar algo.

Fue a la parte de atrás de la casa, miró por un hueco de los tablones que resistían el temporal y vio cómo el amanecer luchaba por llegar. El viento normalmente amainaba un poco de día, pero hoy no. Las nubes pasaban muy deprisa y la luz parpadeante de la aurora tenía un color amarillo turbio. El viento

arrastraba lo mismo de siempre: trapos, trozos de árbol, objetos transformados e irreconocibles. A veces le asombraba que siguieran quedando tantas cosas que llevarse y desperdigar. A veces pensaba si no sería el mismo millón de zapatos, botellas y cartones, dando vueltas al planeta eternamente. Las nubes eran enormes, y parecía como si un vórtice se las tragara en el horizonte y allí se esfumaran en la nada. Las gotas de aguanieve volaban en horizontal, tan deprisa que casi no daba tiempo a verlas.

Quizá fuera mala idea salir de casa hoy. Tenía por norma no salir cuando el viento superaba los noventa según sus cálculos. Hoy soplaba a mayor velocidad. Pero solo le quedaban dos días y quería encontrar más páginas.

Fue a su habitación y se preparó. Se puso los pantalones impermeables y un anorak. Limpió las gafas antes de ponérselas. Se cubrió la cabeza con la capucha, tiró de los cordones y los ató con un nudo doble. Se envolvió el cuello con cinta americana. Selló con la cinta los puños y los tobillos y se la ató también alrededor de las rodillas y los codos. Se puso los guantes sin sujetarlos con la cinta, para poder quitárselos si encontraba algún libro. Necesitaba movilidad en los dedos para pasar las páginas y arrancarlas. Eso significaba que podía perder un guante, o los dos, pero estaba dispuesto a correr el riesgo. Cuando terminó de prepararse, se sintió como si estuviera herméticamente cerrado, como un buzo, un buzo del temporal, pensó. Aunque era mejor no hacerse el héroe. Antes se ponía un casco para salir, pero le entorpecía demasiado y no consiguió acostumbrarse. Cargó la piedra roja en la mochila, para darle peso. No quería pensar que aquel era su amuleto, porque no era supersticioso, pero en el fondo pensaba que la piedra le daba suerte. Era una especie de gneis pulido, con la forma de un huevo y vetas rosas y blancas. La había encontrado entre los restos del laboratorio de geología del colegio. La llevaba en el fondo de la mochila, como lastre, para evitar que aleteara, y aún le quedaba espacio suficiente para guardar lo que encontraba en sus expediciones. Llevaba plástico para envolver las cosas delicadas. Tenía habilidad para distinguir lo útil de lo inútil. No había vuelto a casa con demasiados trastos innecesarios, a pesar de la tentación de salvar el dinero o las cosas bonitas. Su madre siempre decía, en broma, que sus cumpleaños eran muy fáciles: de pequeño no necesitaba muchos juguetes, accesorios o comodidades para el campo. Su madre había muerto de enfermedad. Lo mismo que su hermano. Lo mismo que miles de personas. Craig le había dicho que no eran solo las condiciones sino lo que las condiciones producían. Craig había sido listo en

ciertos aspectos.

La casa tenía dos puertas: una al norte y otra al oeste. Se paró en la puerta que daba al oeste y pensó: *Búfalo*. Entreabrió la puerta y sopesó la fuerza del aire; la abrió un poco más y salió al hueco protegido del temporal por otra puerta. Esta puerta se abría hacia dentro y se podía cerrar por los dos lados. Retiró el cerrojo, se enfrentó a las bofetadas del aire, plantó los pies y cerró la puerta por fuera. El viento azotaba la casa por los cuatro costados, cargado de basura, atareado en su demolición diaria. La casa parecía sólida. Era un granero alargado, de una sola planta, en la parte baja de los alrededores del pueblo, con contraventanas y portones. Lo había reforzado un poco, con clavos y tablones, y había construido diques alrededor. Era su decimoquinta casa. La primera, la de su madre —un pareado blanco de la década de 1930—, se derrumbó como si fuera de paja, con el resto de la hilera. Se trasladaron al polideportivo, según el plan de realojo, y luego a otro adosado compartido. Los adosados de ladrillos demostraron ser más resistentes. Había vivido en dos, pero tenían los techos muy altos, y una vez que perdían las ventanas y el tejado, el viento no tardaba en dismantelarlos. Antes del granero había estado con Craig en el búnker, cerca del mercado, en una especie de almacén. Allí pasó una temporada horrible, viviendo como una rata: en la oscuridad, desesperado y hurgando en la basura. Craig era bastante mayor que él. Cuando quería algo, lo cogía. Habían tenido tres peleas graves, y la última fue desastrosa. De todos modos, no se arrepentía. Quizá debería haberse quedado solo en el búnker, pero no quiso. Un faro habría sido lo mejor: redondo, aerodinámico, bien hundido en la roca, construido para resistir cualquier embate. Pero era imposible acercarse a la costa. Había visto imágenes en las noticias, antes de que todo se viniera abajo. La altura y la fuerza del oleaje eran increíbles. Tenía pesadillas con aquellas olas que arrasaban la tierra.

Avanzó pegado a la pared del granero, centímetro a centímetro. Pensaba hacer una ruta nueva, a través del pueblo. Iría por el lado oeste de las calles siempre que fuera posible, para protegerse del viento, a pesar del peligro de derrumbe. Una vez tuvo que salir corriendo cuando las paredes se desplomaban, el viento lo arrastró y lo lanzó contra las superficies duras y los montones de escombros. Se fracturó la clavícula y una muñeca. Quedaban muy pocos edificios en pie. Tenía que calibrar la resistencia de la estructura y solo se atrevía a entrar cuando calculaba que el riesgo era bajo. Había pensado ir al Triángulo de Oro, donde aún resistían unas cuantas mansiones victorianas y era más probable encontrar lo que buscaba. Al llegar a la esquina del granero se

arrodilló, tensó el cuello y los músculos de los hombros y asomó la cabeza al ataque del viento. Tenía una fuerza inmensa. Se aseguró de que no arrastraba objetos grandes y echó a andar a cuatro patas. El jardín del granero estaba pelado, con la hierba arrancada y las paredes de la tapia desmoronadas y amontonadas. Pasaban volando bloques de tierra compacta. El viento le sacudía la espalda y lo impulsaba hacia delante. Se echó al suelo y se arrastró como una lagartija hacia los cobertizos de la granja, donde había puesto la primera cuerda. Empleaba distintas técnicas, según la situación. Unas veces recorría varios kilómetros a rastras y volvía con el cuerpo lleno de moratones. Otras veces se agachaba como un mono y avanzaba despacio. Y otras más salía disparado como una bala, aprovechando las treguas entre ráfaga y ráfaga, aunque nunca estaba a salvo de peligro. En algunos momentos era mejor plantarle cara al viento y en otros inclinarse hacia atrás para contrarrestarlo, clavando los talones en el suelo.

Hacía tiempo que no salía con un viento tan fuerte. Era aterrador y divertido al mismo tiempo. Al ver que el viento lo doblaba cuando intentaba erguirse, decidió no separarse del suelo, como un animal furtivo y esquivo. Se agarró a la cuerda tendida entre dos edificios. La había puesto él mismo y había comprobado los nudos unos días antes, pero aun así dio un tirón fuerte, para asegurarse de que estaba bien sujeta. Había vuelto a tensar muchas cuerdas del pueblo. Avanzó despacio entre los edificios de la granja sin que el viento amainara. Más adelante tenía que atravesar un tramo peligroso, a campo abierto. Lo llamaba el Hosco, porque parecía que el tiempo allí siempre estaba de un humor de perros. En aquel campo antiguamente se celebraba una carrera muy famosa. Al otro lado empezaba el pueblo: las afueras, sus callejones y sus montones de piedras. Había sido un pueblo de árboles magníficos: plátanos, hayas y robles. Las avenidas estaban bordeadas de árboles, con sus hojas incendiadas en otoño y su lluvia de brotes en primavera. Casi todos los árboles habían desaparecido, arrancados de cuajo. Los pocos que quedaban se estaban muriendo. Había leña en abundancia. Rara vez había visto a alguien cogiendo leña. Le bastaban los dedos de una mano para contar a las personas que veía a lo largo de un mes. De vez en cuando se había cruzado con un vehículo militar, blindado, con las ventanillas protegidas por una malla metálica. Los soldados nunca salían del coche. Mucha gente se había marchado a los pueblos del oeste, donde supuestamente el temporal no era tan violento, donde supuestamente había más protección. Él no se lo creía.

Cuando llegó al Hosco estuvo casi a punto de cambiar de idea y dar media

vuelta. El aire venía cargado de terrones, como una nube a toda velocidad. El aullido era continuo. A cada momento oía un traqueteo, una sacudida, o veía pasar algo girando, rebotar contra el suelo y salir disparado hacia lo alto. Otros días, más dóciles, había cruzado ese tramo deslizándose con una bandeja de metal grande, por diversión, frenando el artilugio con los talones y tirándose al suelo por un lado. Hoy no estaba el día para divertirse. Sería una suerte no romperse el cuello. Era un tramo demasiado largo para tender una cuerda, y tenía que atravesarlo sin amarras. Eso significaba rendirse al viento, convertirse en uno de los muchos objetos que pasaban aullando, colisionar con otros, dejarse triturar como un grano de pimienta.

Se dio unos momentos para prepararse antes de separarse de las paredes de la granja y seguir adelante a cuatro patas. Intentaba avanzar deprisa, al compás del empuje de la corriente, pero el viento tenía demasiada fuerza. Tardó apenas unos segundos en atraparlo, empujarlo por la parte baja de la espalda y lanzarlo hacia delante. La piedra roja le golpeó en la columna. Continuó avanzando con los pies por delante, como si se lanzara por un tobogán. Encogió la cabeza y rodó de costado, con las rodillas dobladas y pegadas al cuerpo. La tierra, dura y llena de baches, le machacaba los huesos. Apoyó las manos y notó que le entraban residuos por los puños. Algo se le clavó en el hueso del tobillo. *Mierda*, pensó. *Mierda, mierda, mierda*. Pero siguió adelante. No podía hacer otra cosa, y momentos después consiguió recuperar algo el control. Hundió las botas en la tierra, intentando frenar. Estaba casi al otro lado del campo, donde empezaba la antigua muralla de piedra. El viento volvió a empujarlo con fuerza y le hizo tambalearse. Se puso de espaldas, alcanzó la pared de piedra y se detuvo.

Se quedó un momento contra la muralla, aturdido y vapuleado por los terrones que levantaba el viento. Le costaba respirar. El aire tenía sabor a tierra. Volvió la cabeza y escupió. Al abrir los ojos, vio que un cristal de las gafas se había rajado y le dividía la visión. Tenía un dolor punzante en el tobillo. Por lo demás estaba bien, pero no podía quedarse quieto. Se recuperó y continuó a gatas a lo largo de la muralla, entre carritos de supermercado y montones de escombros. Entró por el primer hueco. Se sentó, apoyado en las piedras, y recuperó el aliento mientras el viento rugía al otro lado.

Se agachó y estiró la pierna, se limpió las gafas y vació los guantes. *Gilipollas*, pensó. En momentos así recordaba que quería vivir. Se quedó un rato sentado y procuró tranquilizarse. La muralla medía tres metros y medio de ancho y era sólida. Quienes la construyeron lo hicieron a conciencia. Probablemente

los romanos. Habían restaurado algunos tramos a lo largo del río, cuando él era pequeño, en el marco del «plan de defensa contra la gran inundación».

Dirigió la mirada hacia el pueblo. Los tejados y las plantas superiores de los edificios habían desaparecido; vio algunos coches aparcados detrás, con los parabrisas reventados. El temporal había derribado los edificios como las fichas del dominó y los escombros se amontonaban en todas las direcciones, formando abanicos de ladrillos y azulejos desperdigados, ramilletes de astillas de madera. Los mapas antiguos no servían de nada; se habían abierto nuevas calles. Las casas habían cambiado de posición. Tenía que memorizar la forma del pueblo a medida que iba cambiando.

Se agachó para inspeccionar la ruta y echó a andar. Estaba a un kilómetro y medio del Triángulo de Oro y tenía que atravesar Tombland y el mercado. No veía a nadie. Siguió las rutas más seguras y utilizó las cuerdas de seguridad cuando las necesitaba, arrastrándose poco a poco. Parpadeaba al mirar entre las gafas rotas y veía una especie de araña enorme delante de él, en todas partes, pero no quería quitárselas. Lo último que le faltaba era quedarse ciego. Las ruinas eran deprimentes, aunque de vez en cuando encontraba en ellas cosas milagrosas. Un animal, aunque apenas quedaban. No había pájaros, ni siquiera gaviotas angustiadas. Nada sobrevivía a aquel torrente. A las ratas no les iba mal, como a todo lo que viviera bajo tierra. Gatos y perros había pocos, y estaban demacrados y famélicos. No había comida. Ni crecía nada en la tierra ni había gran cosa que matar. Pensaba muchas veces que la gente tenía mucho menos instinto de supervivencia, pero al menos sabía usar un abrelatas. Hacía dos años, en el borde del Hosco, había visto un venado, un ejemplar magnífico. Era rojizo, con la cornamenta de seis puntas, y estaba completamente quieto, como si se encontrara en el corazón de un bosque, como si siempre hubiera estado allí, como si, uno tras otro, el viento hubiera arrancado los árboles hasta arrasar el bosque, sin dejar nada con lo que protegerse. Había visto también cosas horribles. Un hombre cortado por la mitad por el cristal de una ventana que salió volando, con las tripas fuera. El cráneo de Craig reventado, con los sesos a la vista. Todos acababan convertidos en lo que creían que eran. Había que aferrarse a las cosas buenas, recordarlas y celebrarlas. Por eso tenía que encontrar esas páginas para Helene y por eso quería pasar una Navidad agradable.

Se abrió camino despacio por el pueblo, tensando el cuerpo para resistir las embestidas y cargando el peso sobre una sola pierna cuando el tobillo empezó a agarrotarse. Se resguardaba del viento siempre que podía, atento a los desplomes

y a la madera que pasaba volando. Cruzó el parque que estaba a un lado del Triángulo de Oro. Del quiosco central quedaban solo los muñones. Los árboles estaban derribados y sin corteza. El aguanieve se había acumulado en las estrías de los troncos. Confiaba en que no empezase a nevar, porque el avance ya era bastante difícil.

Cuando llegó al barrio victoriano, le sorprendió ver que salía humo de uno de los montones de escombros. Se acercó con cautela y vio que una viga había ardido por accidente, quizá por una chispa eléctrica o por fricción. Dos hileras más adelante las casas estaban en mejor estado, aunque con agujeros en el tejado y sin chimeneas. La mayoría de las ventanas había desaparecido. Podía colarse por el marco si el dintel era sólido. Siempre llamaba antes de entrar, para asegurarse de que las casas estaban vacías. Había entrado en algunas otras veces, buscando comida, pilas, productos básicos. Eran unas casas preciosas, de médicos y abogados, se imaginaba. Su madre siempre quiso vivir allí. Conservaban restos de sus chimeneas de hierro fundido, con azulejos; incluso vidrieras en forma de media luna sobre los marcos de las puertas. Probó en un par de casas, registrando primero las habitaciones de la planta principal: nunca subía al piso de arriba si podía evitarlo; era demasiado peligroso. El viento gemía en las habitaciones, sacudía las cortinas mojadas y desprendía el papel pintado. El friso de madera de las paredes estaba salpicado de hongos y líquenes. En las estanterías, los libros se habían convertido en pulpa, con las cubiertas podridas y el olor ácido del papel macerado. Sorteó los cristales y los trozos de muebles rotos, rebuscó en los montones y cogió volúmenes que se desintegraban como setas podridas. Soñaba con encontrar un libro completo desde que Helene estaba con él —eso sí que sería un regalo especial—, quizá forrado con plástico, protegido. Pero esos eran los primeros en desaparecer, junto con las Biblias de páginas finas como obleas, como el aliento de un fantasma. Había estudiado esa obra en el colegio, sin disfrutarla demasiado; se le daban mejor las ciencias. Recordaba algunos pasajes, partes que había leído en voz alta. *¡Caiga sobre vosotros dos el rocío maléfico que mi madre recogía con pluma de cuervo en malsanos tremedales! ¡Que el viento del suroeste os azote...!* Estaba seguro de que Helene había enseñado ese texto; seguramente lo había leído. Leerlo de nuevo tal vez la ayudase. Quizá empezara a pensar de otra manera. Podía leerlo mientras le daba el pecho al bebé. Hasta ahora nunca había hablado del bebé; ni siquiera de los nombres que le gustaban. A veces se ponía la mano en la tripa, cuando el bebé se movía. Ya había encontrado varias partes de la obra, secado

las páginas y ordenado las escenas lo mejor que pudo. Había pegado las páginas. No era un regalo bonito; nunca había tenido un don artístico.

Después de registrar diez u once casas empezó a perder la esperanza y a preocuparse por las horas de luz que quedaban. El viento no daba tregua; incluso estaba arreciando. Había oído un par de explosiones alarmantes cerca: una especie de temblor y un golpe brutal. Volvió a la calle. Había una casa grande más adelante, aislada y rodeada por un muro. Tenía ventanas en voladizo en las dos plantas. Quizá fuera una casa parroquial. Le faltaba una parte del tejado. La verja estaba cerrada con candado, pero se había desprendido de los goznes y podía colarse por el hueco. Las macetas y los jarrones del jardín estaban hechos añicos, pero un pequeño frutal aún resistía, seguía desafiando el temporal, con las agallas negras y petrificadas en las ramas. Echó un vistazo alrededor de la casa. Luego entró por una de las ventanas de abajo y recorrió un pasillo. Le dolía el tobillo, pero eso no era malo: las heridas que no dolían eran mucho peores.

Incluso antes de entrar en el salón, al fondo de la casa, supo que iba a encontrar lo que estaba buscando. Hay cosas que uno sabe, como un eco, cosas buenas o malas que están a punto de ocurrir. Empujó una puerta hinchada y entró en una sala bastante tranquila, sin demasiados daños ni signos de decadencia. Debía de ser un buen sitio para sentarse a leer o ver la tele. Las paredes, que antes quizá fueron rojas, se habían vuelto de un tono marrón oscuro, como la sangre seca. Había una chimenea llena de leña carbonizada, trozos de ladrillo y cascotes. En una butaca estaba sentado un hombre, un cadáver. Tenía los párpados retraídos y vueltos hacia arriba, las cuencas de los ojos vacías y algunos mechones de pelo en la cabeza. La piel de la cara, amarilla y tersa, empezaba a desprenderse de los pómulos. Llevaba una manta encima de los hombros, como si tuviera frío. No se notaba mal olor en la estancia; había pasado demasiado tiempo. Probablemente se había suicidado, como tanta gente. No quiso fijarse demasiado en él. Se acercó a la estantería. Había montones de hileras de libros de tapa dura. La *Enciclopedia Británica*. Las obras de Audubon. Y una colección de Shakespeare, cubierta de moho verde pero legible todavía. Lo encontró en el centro. Se quitó los guantes y abrió el volumen con delicadeza. Los bordes del papel estaban húmedos, pegados, y se rasgaron un poco al pasar las páginas, pero el libro resistió. Buscó con cuidado la última página. *Os lo contaré todo, y os prometo mar serena, vientos propicios y tan pronta travesía que alcanzaremos a la flota real ahora distante.*

Se quitó la mochila, envolvió el libro en plástico y lo guardó en uno de los

compartimentos pequeños. Volvió a ponerse la mochila, se ajustó las correas en el pecho, tiró de ellas y se enfundó los guantes. Sería una buena casa en la que buscar otras cosas, pero no quería retrasarse y arriesgarse a no poder cruzar el pueblo y el Hosco para volver al granero. No quería dejar sola a Helene más de lo imprescindible. Vendría otra vez, después de Navidad, y haría un registro a fondo. Cerró la puerta de la sala del cadáver.

Al salir se vio reflejado en el espejo del vestíbulo, agrietado y cubierto de polvo. Como ocurría con los libros, tampoco quedaban muchos espejos; al viento le encantaba asesinarlos. Puede que eso fuera bueno. Llevaba la capucha del anorak ceñida a la cabeza. No se le veían las orejas, tenía los dientes saltones y un cristal de las gafas roto. La cinta metálica brillaba alrededor del cuello como las escamas de un pez. Parecía un demonio. A lo mejor lo era, a lo mejor se había convertido en eso. Pero se sentía humano; recordaba haberse sentido humano. Le dolía el tobillo, y eso era buena señal. Era capaz de usar un abrelatas. Y le gustaba la Navidad. Se alejó del espejo y volvió a salir por la ventana. La nieve pasaba volando.

Ella mató a aquel hombre mortal

CUANDO TERMINÓ LA pelea, salió de la carpa y echó a andar hacia la playa. La senda que atravesaba la selva estaba bien señalizada. Aún no había oscurecido. No sabía qué hacer. Todo se había descontrolado. Necesitaba pensar con claridad, orientarse. Le fastidiaba sentirse tan perdida, tan perdida que ya no entendía nada. Sobre todo quería salir de aquella habitación. Siguió la senda a través de los árboles inclinados y apiñados. El aire era denso y perfumado de verdor, y las voces de los pájaros eran fuertes y aduladoras. Notaba la tierra fresca en las plantas de los pies. Torció a la izquierda, luego a la derecha. Habían hecho ese camino antes, después de llegar al complejo turístico, cuando fueron al pueblo de la costa, a un kilómetro y medio, y les sorprendió encontrarse de pronto con aquella caída vertiginosa. La selva terminaba bruscamente y las dunas eran altísimas. No había gradación. El dosel oscuro, con su humedad y su música de silicona, daba paso a una rampa larga y ondulada, a la brisa iónica del mar, a una inmensa amplitud: eran dos mundos completamente distintos. El sendero serpenteaba entre la vegetación. Se agachaba para pasar por debajo de las ramas más bajas, atenta adonde pisaba, a pesar de la temeridad que se había apoderado de ella, para no molestar a las serpientes enroscadas debajo de las hojas.

¿Qué te pasa?, le había preguntado cuando estaban en la cama, después de la excursión al pueblo, acariciándole la cabeza. Pareces distraído.

Nada, dijo él varias veces.

Pero ella siguió insistiendo. ¿Qué? ¿Qué es?

Al cabo de un rato, él se dio la vuelta.

Algo ha cambiado, dijo. ¿No crees?

Llevaban un año juntos. Era la primera vez que decía algo así. Ella se arrodilló en una esquina de la cama y se abrazó el cuerpo. Él empezó a jadear, a resoplar, como si lo que estaba diciendo o lo que iba a decir le costara un esfuerzo enorme.

Noto que algo va mal entre nosotros. Deberíamos hablar.

Y entonces, todo empezó a desenredarse con una facilidad increíble. El día en que se conocieron en la fiesta de Halloween, cuando él llevaba un muñón absurdo, manchado de sangre. Su conversación sobre Flaubert y el cigarrillo que compartieron. El beso que se dieron en el apartamento de él, horrible y sin calefacción. Los mensajes a medianoche. La primera cena en que improvisaron entre los dos una sopa de pescado que fue un éxito. Los momentos de gestación se desataron como si nunca hubieran estado bien sujetos.

Iba abriéndose camino entre el follaje, atravesando cámaras perfumadas. Las voces de los pájaros parecían ahora eléctricas, como un teléfono móvil. Cada vez que oía un balbuceo melódico pensaba que iba a encontrarse con alguien hablando por teléfono. Pero no había nadie en el sendero: el hotel estaba casi desierto y las demás carpas vacías. Y allí no había cobertura. De vez en cuando aparecía una rayita en la pantalla, pero desaparecía al instante. La señal era débil o falsa. Se detuvo. Estaba rodeada de ramas íntimamente entrelazadas. En las zonas donde la corteza se había desprendido del tronco se veía la pulpa de color naranja chillón. El conductor que los había llevado al hotel les dijo que allí había leopardos: animales esquivos y de ojos blondos que casi nunca se veían. O se veían cuando ya era demasiado tarde. Se estaban recuperando poco a poco después de muchos años de cacerías. Y se le ocurrió pensar qué pasaría si uno la atacara en ese momento, si la agarrara del cuello y la arrastrara hasta la copa de un árbol. Se acabaría todo. Reanudó la marcha.

*

LA MAREA ESTABA bajando. Lo supo incluso antes de llegar a la playa. Oía su retroceso, su murmullo potente y grave. Llegó al final de los árboles. El aire se aclaró. Vio el mar por segunda vez ese día y aspiró la brisa. ¿Cómo había podido olvidar su magnitud, su grandeza? El agua era literalmente azul. De todos los azules posibles. Por un momento, la escena le pareció como esos cuadros malos, plastificados, que venden en los puertos del Mediterráneo en el sur de Europa. Pero esto no era el Mediterráneo. Esto era una masa de agua tan prodigiosa que incluso parecería sólida si no fuera por las crestas recortadas y los chorros de espuma que lanzaban las olas a lo lejos antes de barrer la orilla, salpicando la selva de arena. Aquel océano generaba su propio viento. Rugía. Sus aguas estaban pobladas por animales enormes y peligrosos que campaban a sus anchas. Ese mismo día tuvieron que desistir de darse de un baño. Incluso con el agua por

las rodillas, la resaca era tan fuerte que los arrastró y les hundió los pies en un foso de arena, les obligó a aletear con los brazos, agacharse con el cuerpo inclinado hacia delante para vadear en contra de la corriente.

Las vacaciones habían sido idea de ella. Había leído un artículo en la sección de viajes del *Guardian*. El autor invitaba a visitar estos parajes antes de que cambiaran irreversiblemente. Le atrajo la idea de ser más intrépida, de hacer un viaje diferente, y al cabo de una o dos semanas él aceptó el plan. Habían dejado el coche alquilado en la frontera de Sudáfrica, y desde allí los llevaron al complejo turístico, diminuto y en ciernes, en un Land Rover blanco. La puerta del conductor no encajaba y se abría continuamente. El conductor se llamaba Breck. Era de Richards Bay pero había venido al norte atraído por las nuevas oportunidades que ofrecía el turismo. Daba clases de buceo y organizaba los avistamientos de ballenas en la época de migración. Breck iba saludando a todo el mundo por aquellos caminos sin asfaltar, a los niños y a las mujeres, cargadas con latas y cestos en la cadera y en la cabeza. Había niños por todas partes. Cuando pasaron por delante de un manco que estaba sentado en un bidón de aceite, les dijo: Mirad. Parece que le quedan las mangas largas. Es de Zimbabue. Han venido unos cuantos. Antes era al revés. ¿A qué os dedicáis?, les preguntó.

Yo soy abogado.

Ah. Qué bien. Un tipo listo. Y ¿tú?

Dirijo una empresa que organiza visitas con fantasmas.

¿Cómo? ¿Para ver fantasmas?

Sitios de Londres donde la gente ha visto fantasmas. Hay montones de sitios.

Pero no de fantasmas.

No.

Mejor. Así no pueden pedir que les devuelvan el dinero.

La verdad es que no.

Aunque la semana anterior una americana se desmayó en Whitechapel y presentó una queja oficial. Dijo que no se había dado cuenta de que la visita incluía escenarios donde se encontró a algunas de las víctimas de Jack el Destripador. Ella solo quería ver reinas y princesas.

En su afán por venderles la zona, Breck apeló a la recuperación económica y elogió la regeneración del medio natural.

Había que alquilar el vehículo de tránsito con antelación. El puesto de control de la frontera cerraba a las cinco de la tarde. Aunque no quisiera pasar la noche en el hotel, aunque no pudiera enfrentarse a él después de lo que le había dicho,

o insinuado, había perdido la oportunidad de salir de allí.

Bajó por la empinada ladera inclinándose hacia atrás y hundiéndose en la arena hasta las pantorrillas. Cuando llegó a la parte llana de la playa echó a andar hacia el cabo de donde salía el camino del acantilado que iba hasta el pueblo. Los cangrejos merodeaban por la orilla, cortando trozos de medusas azules y llevándose a su guarida las partes diseccionadas. El sol se estaba poniendo por detrás de las dunas. No veía un despliegue de tonos rojizos; solo una tenue luminiscencia sobre las copas de los árboles. Volvió la cabeza y miró atrás. La playa, desierta y envuelta en la neblina espumosa, parecía una llanura fluvial. Él no la estaba siguiendo. Sabía que no vendría. No le dejó que la consolara cuando se echó a llorar. Y se atendería a eso, aunque ella esperase otra cosa.

Siguió su camino. Revivió mentalmente la discusión, con mayor o menor exactitud; no tenía importancia. Al final de la conversación había visto en los ojos de él un velo turbio, reptiliano. Como si intentara convencerse de que tenía razón, de su fracaso mutuo.

Antes me parecías especial, fascinante, le había dicho. Pero en realidad no sé qué tenemos en común. No queremos las mismas cosas. ¿Por qué estamos aquí?

Ya había dejado de llorar. No sentía angustia ni pánico. Se sentía vulnerable y alerta, como si acabara de salir de un estado febril, como si tuviera un cuerpo nuevo. Las algas despedían un olor hediondo. A pesar de que estaba completamente sola, se sentía cohibida. Observada. A su izquierda, encima de las dunas, veía la selva entre verde y marrón, enredada y untuosa, inmune al aire salado. Parecía una boca, o muchas bocas que escupían continuamente la arena con que las alimentaban. Al mirarla ahora, desde abajo, pensó que incluso superaba al océano. Las ramas más altas se cimbreaban, susurraban. Nada sobrevolaba la espesura. Nada revoloteaba entre los árboles. Todo estaba escondido. ¿Qué estaría haciendo él? ¿Las maletas, tal vez? ¿Leyendo un libro? A lo mejor se había quedado dormido, indiferente a todo, activando ese mecanismo para desconectar al que recurren los hombres en esas situaciones.

Siguió adelante. El viento del mar era fuerte. Le sacudía el vestido. Los granos de arena le picaban la cara y los brazos. Quizá él tuviera razón. Quizá no estuvieran en sintonía. ¿Por qué se había empeñado en venir a un país que seguía marcado por el recuerdo de sus conflictos recientes? Gótico subsahariano, había dicho él, en broma. Unas vacaciones en plan bosquimano. Pidió dos semanas de permiso en el trabajo y tuvo que dejar un caso importante en manos de un colega. Fueron en avión hasta Johannesburgo, visitaron varios parques naturales,

hicieron fotos a las jirafas y las cebras y después subieron al norte. Llegaron al hotel a mediodía. Los empleados eran muy amables. El recepcionista los saludó con tres besos. Se tumbaron en la toalla, se pusieron protector solar y comieron en un café del pueblo. Hablaron de subir al faro en ruinas, en la duna más alta, para ver la puesta de sol. Pero por algún motivo no tenían la sensación de estar de vacaciones. Las señales de la guerra seguían presentes en todas partes: granjas abandonadas, ruinas. Ahora, separada de él, estar allí ya no tenía ningún sentido. Estaba desorientada. No era fácil andar por la arena. Se le torcía el tobillo continuamente. Empezaba a sentirse idiota.

Al cabo de un rato miró de nuevo atrás. Vio una forma blanca a lo lejos, donde empezaba el sendero del hotel. Su camisa de lino blanco. Sintió un arranque de euforia. La estaba buscando, y eso significaba que estaba preocupado. Significaba que quizá había cambiado de opinión. ¿Tenía que esperarlo o seguir adelante y obligarle a recorrer la distancia? ¿Tenía que facilitárselo? Se quedó un rato parada. No. Era responsabilidad de él. Él había provocado la división. Ahora tendría que alcanzarla. Echó a andar, sin prisa pero con determinación, alargando la zancada en los arrecifes secos, notando las bofetadas de las sandalias en las plantas de los pies. Los cangrejos se escabullían hacia el agua. Dio alrededor de treinta pasos y aflojó el ritmo. Era posible que él no la hubiera visto. Llevaba un vestido de color claro. Quizá no pudiera distinguirla de la arena. Y quería que la encontrara, ¿no? Se detuvo y volvió la cabeza una vez más. La mancha blanca seguía en la misma posición, puede que algo más cerca. Entrecerró los ojos para enfocar mejor. Las olas creaban una bruma engañosa, la luz se había vuelto más densa. Le costaba enfocar. Se puso las manos a modo de visera.

La mancha estaba cerca del suelo y no parecía demasiado grande, no era alargada como la forma de un hombre. No era él. Su decepción fue simple confirmación. Sabía que no vendría a buscarla. De todos modos, le fastidió haberse ilusionado, haberse permitido esa pequeña fantasía. La forma blanca era demasiado grande para tratarse de un ave marina. Tenía un tamaño mediano. Definitivamente, se estaba moviendo. Tenía velocidad, se desplazaba, aunque no sabía decir hacia dónde, si hacia ella o en dirección contraria. Escudriñó atentamente la franja de arena. Hacia ella. Se estaba acercando. Distinguía un leve balanceo, adelante y atrás, de lado a lado. Iba trotando, o corriendo. Se le encendió una señal de alarma. Sintió como si el aire se agotara de pronto, a pesar de que la playa era una catedral de aire. Se quedó quieta y se llevó una mano a la

boca. Algo venía corriendo hacia ella. Algo venía corriendo hacia ella. No podía moverse, no podía pensar con claridad.

Allí había muchos peligros. En los folletos que le dieron en el centro de salud los enumeraban todos. Un prudente temor del entorno la había acompañado desde que llegó al continente. A la enfermedad. A las bacterias. A las fieras. No era imposible limpiarlo todo, inmunizarse contra todo, evitarlo todo. En el camino hacia uno de los parques habían pasado por delante de una clínica, un cobertizo con el tejado de hojalata. Había una cola interminable de pacientes. Un médico blanco estaba apoyado en la pared, comiéndose un sándwich a toda prisa. Cuando estaban llegando a la frontera el tráfico se detuvo de pronto. Avanzaron unos minutos frenando y arrancando, muy despacio. Había un rinoceronte en la carretera. Lo vieron pastando tranquilamente en la cuneta. Tenía el torso como una coraza, del color de la tierra. Los ojos diminutos, oscuros y hundidos. Unos treinta kilómetros más adelante se encontraron con una mujer que gesticulaba con los brazos en el centro de la carretera. Momentos después vieron el cadáver, reventado, encogido, triturado por el impacto. Un chico joven que iba andando al trabajo, tal vez. En el carril contrario había un maletín destrozado.

El peligro estaba en todas partes, a simple vista o al acecho.

Siguió adelante más deprisa. Alargó el paso. Quizá lo que venía detrás de ella, fuera lo que fuera, simplemente se había desorientado en la playa y no tardaría en desaparecer entre la maleza y dejarla en paz. Si la estaba siguiendo sin motivo, o por curiosidad, quizá lograra llegar a la punta del cabo antes de que se le acercara demasiado. Sigue andando, pensó. Anda. No corras.

Las rachas de viento eran muy fuertes. La costra seca de la arena resistía un momento el peso de su cuerpo, pero luego cedía, y se hundía hasta los tobillos. La arena se le metía entre los dedos de los pies. Iba lo más cerca posible de la orilla, donde el terreno era más firme y menos abrasivo, pero aun así le parecía que sus pies no estaban bien diseñados para esta tarea. Eran estrechos, parecían pezuñas. Le dolían las espinillas. El resplandor se apagaba poco a poco al otro lado de los árboles. La luz del atardecer no tardaría en esfumarse. Aquí el crepúsculo no era largo, como en casa. La noche caía de golpe. Siguió andando. Los cangrejos se escabullían a su paso o formaban un corro alrededor de sus pies, con las pinzas levantadas. No quería volver a mirar atrás. Tampoco quería imaginarse qué había allí. Esto último era lo peor. Llevaba un vestido abierto por la espalda. Tenía la carne expuesta. Era pura carne, puro olor. ¿Seguiría la

amenaza acortando la distancia? ¿Se habría materializado definitivamente? Un ser de la jungla: un depredador astuto y sin escrúpulos, de mandíbula reluciente. Se clavó las uñas en las palmas de las manos sin detenerse. Podía estar muy cerca de ella. O podía haberse ido. Da la vuelta, pensó. Da la vuelta.

Se detuvo y dio media vuelta. La mancha blanca venía más deprisa, a cuatro patas. Una puñalada de pánico le atravesó el esternón. Giró en redondo. Un poco más adelante se alzaban los arrecifes volcánicos, y tenía que atravesar un paso estrecho. Echó a correr, con paso torpe, tambaleándose. Era el único modo de alcanzar el cabo y, una vez allí, subir a un punto más alto, más seguro. Pero corría como en los sueños. El suelo se hinchaba angustiosamente; era incapaz. Se obligó a seguir adelante, peleando con la arena. Los muslos le ardían y empezaban a agarrotarse. Para, pensó. Tienes que parar. Demostrar miedo significa reconocerte como presa. Se detuvo. Volvió la cabeza.

Era un perro. Un perro blanco que venía corriendo con la cabeza agachada, rozando la arena con las patas. Le seguía el rastro intencionadamente pero no a toda velocidad, no la estaba persiguiendo. Se tranquilizó y llenó los pulmones de aire. Vale. Un perro. Un perro no era la peor posibilidad, aunque fuera un perro rabioso. Se había puesto la vacuna, dolorosa y cara. Seguía teniendo un bulto duro en el antebrazo, como si le hubieran introducido una moneda. Y no recordaba haber visto en las noticias casos de turistas atacados o matados por un perro. Debía de ser muy poco frecuente. Las tragedias eran cosa de la guerra, la malaria y los accidentes de tráfico. Pero entonces le vino a la memoria la imagen macabra de la cara de una niña de Sunderland, en el noroeste, destrozada por el bull terrier de la familia ese mismo año. Recordaba las fotos de la cara y el cuello, como un mapa grotesco, hinchado, desgarrado, amoratado, con puntos de sutura negros en forma de media luna. Y otras fotos que vio después: un injerto de hueso en el cráneo, una reconstrucción de la nariz, imágenes de desfiguración quirúrgica, menos impactantes.

Irguió los hombros y se quedó quieta, esperando a que el perro la alcanzara. Cuando ya estaba muy cerca, vio que levantaba la cabeza, se echaba a un lado y seguía adelante en línea recta, por la rampa de arena. Por fin se detuvo y la miró. Tenía los ojos oscuros y brillantes. Las patas grandes. Era una mezcla de labrador, tal vez, con el hocico chato y el pelo sucio. No llevaba collar. Tenía la lengua colgando. Seguía observándola. Tenía los ojos muy, muy brillantes. Por debajo del pelo embarrado se le veía la tripa distendida y unas tetas largas y negras. No estaba escuálido.

Normalmente no tenía miedo de los perros. Había tenido un perro de pequeña.

Ven aquí, dijo. Ven. Ven aquí.

El perro agachó la cabeza, se acercó y apretó el cuerpo caliente contra su pierna. Tendió la mano y le dejó que le olisqueara los dedos. Luego le acarició la cabeza con cuidado. Tenía el pelo húmedo y pegajoso, apelmazado en las orejas. Un perro descarriado. Pero había sido manso y seguía siéndolo. No era un perro salvaje. No era un perro rabioso. Era dócil. Sintió un alivio inmenso, como si se metiera en una bañera de agua templada. La tensión interior se deshizo. Los músculos se relajaron. Y se echó a llorar suavemente, no como había llorado después de la pelea. El perro le empujó la mano con el hocico. Lo acarició con las puntas de los dedos, peinándole el pelo pringoso. No se despejaba de su pierna. Al cabo de un rato, se secó los ojos y echó a andar. El perro esperó un momento, la alcanzó y se puso a su lado.

Me has asustado, le dijo. Escúchame. No voy a quedarme contigo.

Siguió adelante por la playa con el perro. Iba despacio. De vez en cuando, el animal se adelantaba un poco y pronto volvía con ella. Un par de veces se puso a perseguir a los cangrejos, levantando terrones de arena húmeda al atacar a aquellos bichos acorazados y furiosos. Después volvía a su lado, como si quisiera demostrarle su obediencia.

¿Sabes adónde vas?, le preguntó. Bueno, parece que sí.

Lo estuvo observando. Era agradable observarlo. Se movía con determinación, fiel a sus instintos. Olfateaba las algas y perseguía a los cangrejos. Luego siempre quería volver a su lado. Aunque no sabía por qué, la presencia del perro la tranquilizaba. Al llegar a las rocas del cabo, se pararon para elegir el camino entre los arrecifes encharcados. Había piscinas hexagonales, extrañas estructuras geológicas. El mar rompía por encima de ellos en la punta del cabo. La selva se perdió de vista cuando empezaron a rodear el acantilado. El perro se metía en los charcos menos profundos y lameteaba el agua.

¡Eh! No bebas eso.

Pensó que el animal quizá no fuera capaz de subir por aquel camino, pero vio que la seguía cuando empezó el ascenso, impulsándose con las patas traseras para saltar de roca en roca. Se pegaba a ella cuando el camino se estrechaba demasiado, pero después prefería ir por delante. Trotaba con paso confiado, la estaba guiando. A lo mejor era de alguien del pueblo y había estado correteando

un rato por los alrededores. En algunos puntos, tenía que agacharse y atravesar los arbustos. Poco después se arañó los hombros y tuvo que sacudirse el vestido. El acantilado era de roca volcánica, esculpida con picos diminutos. El mar rugía a sus pies, cubriendo los surcos erosionados antes de retirarse. Se había puesto el sol, y el agua ya no tenía aquel azul intenso, se había vuelto incolora.

Tardó cinco minutos en rodear el cabo y ver el pueblo a lo lejos, las cabañas con los tejados verdes, construidas sobre pilotes, las chozas de paja, el bar de marisco y la capilla portuguesa, con su fachada azul y su inocente madona en el frontón, representada con el cuerpo y la cabeza ondulados, como un retrato expresionista. Había una escalera tallada en la roca. Bajó por ella con el perro y cruzó la bahía hasta el embarcadero, pasando por delante de unos pescaderos que la saludaron con la cabeza. Se paró en las afueras del pueblo.

Venga. Vete a casa, le dijo al perro. Vete.

El perro se sentó delante de ella. Le colgaban las tetas de la panza negra. Tenía las uñas largas y curvadas y heridas en las almohadillas, entre los dedos. Ladeó la cabeza y puso cara de no entender la orden, o de esperar a que le diera otra preferible. Los ojos parecían enormes en la penumbra. Le habló con voz más firme.

Vete a casa. Vete. A casa.

Dio unas palmadas. El perro se levantó pero no se movió. Dio media vuelta y echó a andar. Volvió la cabeza. No la estaba siguiendo. Se había quedado en el mismo punto de la playa, con las orejas tiesas, observándola. Siguió andando. Cuando volvió a mirar, vio al perro trotando por la orilla, persiguiendo a los cangrejos.

*

EN REALIDAD NO entendía qué estaba haciendo, por qué había ido al pueblo. Se había dejado llevar por la rabia, pero la rabia la había abandonado. Estaba nerviosa, aunque sabía que allí estaba relativamente segura: Breck, el conductor, se lo había garantizado. No quería volver de momento. No soportaba la idea de volver a empezar donde lo habían dejado. No soportaba verlo alterado, impasible, con la mirada perdida. Quería sentarse y tomar algo, sentarse y pensar. Necesitaba aclararse, asimilar la situación. Quizá tuviera que pedir que la llevaran al hotel en coche. La gente siempre parecía dispuesta a hacer trabajos informales. O podía volver paseando por la playa. Por cómo estaba el cielo, la

noche sería clara. Que se preocupara un poco por ella. Que pensara en lo que había ocurrido, en lo que había dicho o intentado decir, en lo que podía perder. Estaba tan atrapado como ella. Al menos hasta la mañana siguiente, cuando pudiera alquilar el Land Rover. Si había otra mujer, de momento no lo había reconocido —se lo había preguntado, había exigido saberlo—, y no podía llamarla por teléfono para decirle que había empezado a romper su relación con ella. Ella tampoco podía llamar a un amigo o a un familiar para que la consolara.

No llegaba a entender qué estaba pasando. Él nunca había dicho que no fuera feliz. ¿Por qué le había preguntado cien veces qué le pasaba, en vez de echarse la siesta con él antes de cenar? ¿Había provocado con sus preguntas una situación que en caso contrario no se habría producido? Si no le hubiera hecho esas preguntas, si hubiera apoyado la mejilla en su espalda y la mano en su vientre y se hubiera quedado una hora dormida, abrazada a él, ¿habrían tenido la misma discusión? ¿Seguirían juntos? Se habían enrollado esa mañana, en otra cama, en un hotel distinto, más al sur. El sexo estuvo bien. Fue él quien empezó, y cuando ella se metió el pene en la boca, la llamó por su nombre, sorprendido, como si se sintiera perdido e indefenso, y estaba desesperado por penetrarla; los dos se habían movido bien, automáticamente, acompasados, y se habían corrido al mismo tiempo. Parecía emocionado cuando la miró desde arriba. ¿Sabía entonces que ese mismo día le diría cosas tan hirientes?

¿Qué ha pasado esta mañana?, le dijo ella en plena discusión. ¿No sentías algo por mí?

Sí, contestó él. Algo. Pero eso no es justo. Es diferente. El sexo no es racional.

En el camino de vuelta habían discutido, por una nimiedad, por el mejor momento de hacer una parada para comprar otra botella de agua. No estaban de acuerdo en si el turismo era bueno o malo para países como aquel. Pero la discusión importante llegó como si cayera del cielo. Como si ella, con esa maliciosa insistencia en que fuera sincero, hubiera conjurado a las fuerzas del vacío para venir a destruirlo todo. Como si él hubiera decidido de golpe terminar su relación. Igual que cuando decidió pedirle su número de teléfono. Igual que cuando hizo una llave de su apartamento y se la dio. Con cuánta facilidad podía cambiar la vida. ¡Qué ambivalente era!

Se acercó al café por la carretera de tierra. Las luces de los bares estaban encendidas. La noche seguía siendo templada. Había gente sentada en la escollera de hormigón, bebiendo cerveza. Tres surfistas estaban cargando las

tablas en sus furgonetas oxidadas. Los lugareños intentaban vender anacardos y tallas de madera. El último de los vendedores se quedó mirándola cuando pasó a su lado, pero no llegó a abordarla. Ese mismo día se les acercaron dos, cuando estaban tumbados en la toalla, leyendo.

Compren estos frutos. Son deliciosos. Prueben uno gratis antes de decidirse.

Quizá se le notara el disgusto que acababa de llevarse, como el rastro que deja una tormenta a su paso por la tierra. Pasó por delante del bidón de aceite donde habían visto sentado al manco. Entró en el mismo café en que habían estado ese día y se sintió algo más segura al verse en un sitio vagamente familiar. Se sentó a una mesa vacía y el mismo camarero vino a atenderla: un chico de veintitantos años, con una camiseta amarilla y verde.

Hola de nuevo.

Hola.

La saludó con cordialidad, aunque su sorpresa era evidente. No dejaba de mirar hacia la puerta. Aquel no era un local turístico, si es que se le podía llamar así —encerrado entre carreteras de arena, recibía como máximo la visita de unas docenas de turistas a la semana—, al que una mujer pudiera entrar a tomar algo sola. Llevaba trescientos rands en el bolsillo del vestido. Pidió una cerveza. El camarero asintió y le trajo una del frigorífico. La dejó en la mesa con sumo cuidado y puso un vaso al lado de la botella. Le dio las gracias.

Obrigada.

¿Algo para comer?

Negó con la cabeza. El camarero se retiró.

Se tomó la cerveza despacio. Pensó en él, y en cómo sería su vida sin él. Vivían en la misma ciudad y se veían mucho. Tenían amigos comunes. Pasaban juntos la mayoría de las noches. Habían hecho varios viajes. Este era el más exótico: doce horas de vuelo, profilaxis y pastillas contra la deshidratación. Siempre se habían llevado bien. Intentó recordar algún incidente. Puede que él llevara unas semanas de mal humor, un poco apático, estresado por el trabajo. Le había dado una respuesta cortante cuando ella dijo, una vez más, que quería cambiar de empleo, que las visitas guiadas en realidad no le gustaban. Pero no había notado nada preocupante. Tenía treinta y un años. La idea de volver a salir con chicos, de ir a fiestas y a bares con la esperanza de conocer a alguien, la necesidad de producir ese optimismo intelectual y sexual, le daba pereza. Recordó cómo fue su primera noche juntos. Dieron un paseo por el parque, cerca de donde él vivía, y la invitó a cenar. Se desnudaron en el cuarto de estar del

apartamento. Hacía frío y pasaron al dormitorio justo cuando su compañero de piso abría la puerta. Esa noche apenas pegaron ojo. Estaban fascinados uno con el otro. Al día siguiente desayunaron tarde, fueron al cine y volvieron al apartamento a recoger su collar. Se acostaron de nuevo, y el sexo fue mejor, rápido y sin contemplaciones: le quitó la ropa interior, pero no la falda. Después, ella se fue a trabajar. Se sentía inmensamente feliz. No tenía nada que perder.

Terminó la cerveza y pidió otra. El camarero la atendió con más educación aún. Se dio cuenta de que le ponía nervioso. Pero necesitaba anesthesiarse, aislarse. Quería volver cuando ya no le importara perderlo. Por un lado, prefería quedarse allí, dormir en la playa o donde fuera, pero le faltaba determinación. Llevaba ya unas horas fuera. Era suficiente. Si se había acabado, se había acabado. Apartó la botella después de dar unos cuantos sorbos. Dejó un rand encima de la mesa y salió del bar.

OK, le dijo el camarero cuando ya se marchaba. OK. OK.

Se sintió más tranquila cuando se puso en marcha, más ligera. El cielo estaba oscuro, lleno de estrellas. El mundo no había perdido su equilibrio, aunque se hubiera vuelto del revés.

Algunos hombres la llamaron cuando iba hacia la playa, pero no la amenazaron. No entendía el idioma y tampoco le interesaba lo que pudieran decirle. Lo peor que podía pasarle esa noche ya le había pasado. En cierto modo se había vuelto inmune, incluso al fresco que empezaba a notar. Paseó por la playa. Le resultaba más fácil caminar cuando estaba tranquila. Se sentía más flexible, más ágil. La luna estaba en cuarto creciente, y muy brillante. Veía la silueta del cabo y el manto claro de la playa tendido a sus pies. Había bajado la marea. Las olas no hacían tanto ruido. Las crestas parecían más pequeñas. Se creyó capaz de llegar hasta la parte baja del acantilado. Detrás de cualquier tragedia, de cualquier amenaza, había franqueza. Aquel era un sitio precioso. Tal como se lo había imaginado. Quizá por eso quiso hacer el viaje.

Algo se le acercó por un lado y le rozó la pierna. Se sobresaltó y se paró en seco. Se relajó enseguida.

Otra vez tú.

Acarició la cabeza del perro.

¿Me estabas esperando? Escucha, no eres mío.

El perro se frotó cariñosamente contra ella, con familiaridad. En la oscuridad parecía que tenía el pelo limpio. Le acarició el lomo mientras se restregaba. Hasta ese momento había evitado tocarlo, por miedo a la mugre y los gérmenes.

Se agachó y lo cogió de las orejas, luego le acarició debajo de la mandíbula.

¿Te gusta?

El perro desprendía un olor húmedo. Tenía el hocico mojado y, al levantárselo, para mirarlo por debajo, vio algo oscuro y brillante.

¡Eh! ¿Dónde has metido la boca, tonto?

Tocó un líquido viscoso y caliente. Retiró las manos pegajosas. Antes de examinarlo con atención supo que era sangre.

¡Ay, no! ¿Qué has hecho? ¿Qué te has hecho?

El perro sacudió la cabeza. Al moverse le colgaron los carrillos. Se limpió la cara con el brazo. Quizá se hubiera peleado con otro perro por algún resto de comida mientras ella estaba en el bar. O quizá le hubiera mordido un cangrejo. Volvió a sujetar la cabeza del perro y la movió, buscando la herida, pero estaba demasiado oscuro y no veía bien. El perro no protestó. Se encogió un poco, pero no intentó escaparse. No parecía que le doliera nada.

Se incorporó y fue andando hasta la orilla. Se quitó las sandalias y se metió en el agua. Una ola le mojó el dobladillo del vestido. Perdió el equilibrio y buscó un apoyo más firme. Se dio unas palmadas en los muslos y llamó al perro para que se acercara a las olas, pero el animal se quedó en la playa, mirándola, y empezó a gemir. Consiguió salir del agua después de varios intentos.

Vale, dijo. No te pasa nada. Vamos.

Echaron a andar hacia el cabo y, al llegar al arrecife, se agacharon para abrirse camino entre los charcos y los surcos. Esta vez el perro no iba en cabeza. No se separaba de sus piernas. Al bajar la vista vio que tenía una mancha oscura en el vestido. Iba tanteando con las manos en las zonas donde las rocas eran más difíciles de sortear, muy atenta a donde pisaba. Las olas más largas cubrían aquel anfiteatro de piedra y le mojaban las piernas. Cerca del extremo del cabo, las aguas rompían a los pies del arrecife. Sincronizó sus movimientos y apretó el paso, sorteando las piedras geométricas. Oyó que entraba una ola y se agarró a la roca mientras la ola rompía y le mojaba el vestido hasta la cintura. Se le escapó un grito ahogado. La ola la empujó contra el acantilado. Notó que perdía una de las sandalias. El agua estallaba a su alrededor y se retiraba muy deprisa. El tirón de la marea era tan fuerte que estaba segura de que iba a arrastrarla. Parecía capaz de llevarse hasta el último átomo. Se sujetó al acantilado. Perdió el agarre, sintió una sacudida, cayó al suelo y se raspó el tobillo al aterrizar. Parpadeó y flexionó el pie. Se quitó la otra sandalia y se quedó un momento con ella en la mano. Luego la lanzó al agua. Escurrió la falda del vestido. Miró atrás. El perro

blanco estaba al otro lado del espolón de roca, con la cabeza colgando.

Ven, lo llamó. Ven.

Se quedó un momento quieto y luego dio media vuelta y se largó por donde había venido.

Observó los movimientos del cuerpo blanco. Flotaba. Parecía que nada lo sostuviera. Lo perdió de vista y se quedó mirando la empinada franja de la playa. La rampa de arena desaparecía en la jungla negra. La orilla blanca desaparecía en el cuerpo oscuro del mar. Solo su pálida frontera resultaba visible. No recordaba exactamente dónde estaba el sendero del hotel, a algo más de kilómetro y medio, pero sabía que había un letrero justo a la entrada. Anduvo un buen rato sin sentir nada más que el crujido de la arena en las plantas de los pies y su roce en los tobillos, la sal que le tensaba la piel. Se preparó. Estaba dispuesta a afrontar el final. Era capaz de aceptarlo. Nadie era insustituible. Nadie. Él podía irse si quería. No pensaba impedirselo. No le caían bien sus amigos, esos abogados tan petulantes, la camarilla de la universidad, porque ella no les caía bien, porque no era de su estilo. Tampoco le gustaba que él fuera tan reticente, tan conservador; su manera de conducir, su manera de bailar. Echaría de menos el sexo, la compañía, hasta que encontrara a alguien. Y lo encontraría. Que se fuera con los demás hombres del pasado. Sus antiguos amantes eran fantasmas. Ninguno había sobrevivido. A ninguno lo echaba de menos.

Se detuvo un poco más adelante. Había llegado demasiado lejos. Seguramente no había visto el sendero. Dio media vuelta y no tardó en ver el letrero pequeño, clavado en lo alto de la duna. Se inclinó hacia delante y empezó a trepar por la ladera. La arena se desprendía y se deslizaba a su paso. Le dolían las piernas. Estaba agotada. Solamente quería acostarse y dormir. Se sentó un momento en la cima a contemplar el mar: su masa implacable y oscura. Quizá no volviera a verlo al día siguiente. Se levantó.

*

LA ENTRADA DE la senda era un simple agujero en la selva. Notó que el follaje aún conservaba algo de calor. Se agachó para abrirse camino entre las frondas, entre los árboles, hasta la escalera de madera. Pisaba con cuidado. A veces despertaba un eco leve al plantar el pie. Sus pasos levantaban un polvillo fino y fresco. No había luz ni resplandor. Se sentía invisible. Se sentía ausente. Avanzaba con las manos extendidas, tanteando las ramas bajas. La oscuridad se derramaba en sus

ojos por más que intentaba acostumbrarse a ella, y tenía que combatir la ceguera. Los pájaros y los insectos estaban callados. De pronto vio a lo lejos las luces tenues de las carpas en la playa.

Antes de llegar al hotel oyó voces angustiadas. No entendía lo que decían. Pensó que quizá él hubiera dado la voz de alarma. Le avergonzó que la gente pudiera haberse enterado de que había actuado impetuosamente y por qué. Estaba cerca de la explanada del pabellón principal cuando vio a un grupo de gente reunida. Él no estaba en el grupo. Eran empleados del hotel, parecían preocupados y hablaban en portugués y en alguna lengua africana. La chica que les había dado las llaves ese día, cuando llegaron, se abrazaba el cuerpo, balanceándose ligeramente. El revuelo le pareció muy incómodo.

Pensó en escabullirse y volver a la carpa sin que la vieran. Dudó unos momentos y por fin se acercó. Se volvieron a mirarla. Nadie dijo nada. Luego la recepcionista gritó, salió a su encuentro y la cogió con fuerza de los brazos mientras miraba a los demás.

Ela está aquí! Ela está aquí!

He ido a dar un paseo por la playa.

La chica la soltó, dio un paso atrás y levantó una mano, como si fuera a darle una bofetada. Luego sacudió la mano y chasqueó los dedos.

Você não está morta?

Solo he ido a dar un paseo, repitió. ¿Qué pasa? Estoy bien.

Hubo unos momentos de confusión. La discusión se reanudaba y se interrumpía. La recepcionista se alejó entre las sombras sin dejar de mover las manos. Ella también quería irse, volver a la carpa, afrontar lo que tuviera que afrontar y dormirse, pero la intensidad de la situación no se lo permitía. Pasaba algo malo. Su regreso no había aplacado la angustia de los empleados. Uno de ellos, el subdirector, se acercó a ella y le indicó que lo acompañara.

Lo siguió hasta la entrada del recinto principal. Al lado de la puerta, en el suelo, había un montón de ropa revuelta y manchada de sangre. El subdirector lo apartó con un pie hasta la esquina del porche de madera.

Notó que empezaba a marearse. Sintió una oleada de calor en el cuello.

¿Qué es eso?, preguntó. ¿Ha habido un accidente?

OK, dijo él. OK. Venga conmigo.

Y entró por la puerta. Lo siguió. Cuando llegaron al bar, el hombre le indicó que se sentara en un taburete. Tenía la cara empapada en sudor. No paraba de rascarse un brazo. Oyó que los demás también entraban en el bar.

Ah, dijo. OK. Su marido. La estaba buscando. Salió a buscarla. Estaba muy preocupado. Y... lo han atacado.

¿Lo han atacado? ¿Quién?

No. No ha sido una pelea. No sabemos qué ha pasado. Lo encontró George hace una hora. En las dunas. Estaba inconsciente. Había perdido mucha sangre. Tiene una herida en...

Levantó la voz para preguntar a los que se habían quedado en la puerta.

Ei, como voê diz tendão?

Tendón.

Sí. Tiene un mordisco en el tendón de la pierna izquierda. Es muy profundo y ha perdido mucha sangre. Breck lo ha llevado al hospital. Seguramente tendrán que trasladarlo a Maputo en la ambulancia.

Se cubrió la cara con las manos.

¡Dios mío! ¡Dios mío! No pensé que iría a buscarme.

Le olían las palmas de las manos a carne rancia, a animal enfermo. Se las apartó de la boca y miró al subdirector, que la estaba observando, nervioso: apartaba la vista, parpadeaba y volvía a mirarla, como si temiera una reacción violenta, como si pensara que iba a desmayarse o a salir corriendo. Ella negó con la cabeza.

¿Qué ha sido? ¿Ha sido un leopardo?

No, dijo él. No. No. Aquí no hay leopardos.

Wilderness

SUBIERON POR LA playa hasta la antigua línea del ferrocarril que atraviesa el cabo. Las vías estaban cubiertas de hierbajos y destrozadas por el óxido, aunque hacía menos de una década que se decretó la defunción del Outeniqua Choo Tjoe. Las piedras desprendidas de los acantilados habían caído en el asfalto caliente, entre los pilares, donde seguían pegadas como un pegote de alquitrán. Iban en fila india, pisando las traviesas rotas, separados por unos pasos: Zachary en cabeza, detrás Joe y por último Becca. El cielo de la provincia del Cabo Occidental tenía un color gris perfectamente exportable a Inglaterra. Abajo, un mar grande y agitado: el mar de El Cabo, con su músculo antártico oculto. Caminaban cabizbajos, entre los crujidos de los anoraks. Al cabo de un rato surgió una conversación sobre miedos y fobias. Las alturas. Las agujas. Que te disparen por la nuca en el cine. La boca de los payasos.

¿La boca de los payasos?

Joe resopló. Se detuvo un momento en la vía, y Becca también tuvo que pararse. Luego siguió adelante.

¿No te refieres simplemente a los payasos, Zach? La categoría payaso se considera muy siniestra.

No, tío, dijo Zachary. Me refiero concretamente a la boca. Esos labios pintados. Como gigantescas vaginas rojas.

Joe volvió a resoplar, con incredulidad. Becca no dijo nada. Estaba muy callada esa mañana. Pensó que Zachary no debía de haber visto muchas vaginas, aunque su mujer era guapísima, tenía una extraña belleza marciana. Lizette era una exmodelo de Boden que se había vuelto religiosa después de parir a dos de los hijos de Zach. Tenía el pelo negro y largo, hasta la cintura, los labios carnosos y unas caderas que sobresalían de los vaqueros como andamios. Becca se había sentido vulgar y muy incómoda el día anterior, cuando la conoció, aunque eso eran malos rollos suyos.

Zachary era alto y gordo. Tenía esa grasa acumulada en el torso que los hombres prefieren llamar barril: pecho de barril o panza de barril. Un cuerpo

como el de los sajones o los forzudos de circo vestidos con pieles de leopardo. Becca no se explicaba cómo había conquistado a Lizette. Quizá fuera un as en la cama. O quizá tuviera mucho sentido del humor, aunque de momento el ánimo predominante en Zachary era una melancolía rayana en la desesperación. Por lo visto estaban enzarzados en una eterna pelea: ella no paraba de darle la lata para que se quitara ese gorro de lana hecho polvo, que Zach siempre llevaba puesto, o para que se arreglara el cinturón a punto de estallar o para que no eructara cuando bebía cerveza; todo lo que él le decía rezumaba sarcasmo: se burlaba del acento de Lizette y de su escasa inteligencia. Era muy doloroso. Su casa, donde Becca y Joe iban a pasar unos días, parecía demasiado destartada para una zona tan pija como Garden Route. Zach y Lizette vivían en las montañas, porque al parecer costaba la mitad que vivir en la playa, en Wilderness. Lizette había decorado el cuarto de estar con verdes mexicanos muy vivos y había intentado pintar unos murales de desnudos a lo Gauguin en una pared. Los pechos de las mujeres eran asimétricos, más propios de Picasso.

Es porque siempre están rodeados de niños. Por el punto pedófilo, estaba diciendo Joe.

Se había parado de repente y estaba gesticulando. Becca también se detuvo.

Es un subterfugio, siguió diciendo. Tienen esos pies enormes y fofos, y esas narices absurdas en forma de bocina, pero lo que hay detrás de la máscara es un hombre incapaz de encontrar un trabajo de verdad. Por eso no tienen más remedio que ir a dar gritos a las fiestas infantiles dos veces a la semana. Se supone que es un recurso provisional, pero nunca buscan otro empleo. En el fondo disfrutan asustando a los niños.

No, no, no, dijo Zach. No va de abuso, Joseph. No me vengas con gilipolleces. Quítate esa idea de la cabeza.

Zach dio un puntapié a una piedra suelta. La piedra rozó las vías, se desvió a la izquierda y saltó por el borde del acantilado.

Vale. Entonces es como en Shakespeare. Tristeza y verdad detrás de la comedia. Feste y Lear. ¿Quién es el tonto? Psicología. Piénsalo, Zachary.

No, no, no, dijo Zach. Te digo que son las bocas. Esos labios rojos gigantescos.

Abajo, el mar encrestado estallaba a los pies del acantilado. El vapor que arrastraba el aire olía a crustáceos podridos y a agua tóxica.

A lo mejor es *Eso*, dijo Becca.

Zach se inclinó hacia el mar y miró a Joe.

¿Qué dices, guapa?

Eso. La peli del payaso asesino. Dientes afilados. Ictericia. Stephen King.

¿No estarás pensando en él?

Zach se encogió de hombros.

No la he visto. No me gusta el cine de terror.

Lo de Zachary es un coño gigante, dijo Joe.

¡Qué cabronazo!

A pesar de que ya eran hombres, los chicos llevaban dos días peleándose. Becca no entendía el afrikáans, porque Joe no lo hablaba normalmente. Joe y Zach se conocían desde que iban juntos al colegio en Pretoria. Puede que incluso fueran íntimos amigos. Pero Becca pensó que aquel mosqueo era auténtico, que no estaban bromeando; o sea, que había algo más. Becca conocía a Joe desde hacía seis meses y en Inglaterra parecía muy tranquilo. Aquí, en casa, era distinto.

Habían abierto un túnel a través del acantilado. Al fondo se veía un agujero blanco, pequeño, a unos trescientos metros; no era fácil calcularlo. Zachary se paró y se sacó un porro del bolsillo. Intentó encenderlo, pero el viento venía de todas las direcciones.

Ya lo ves, dijo Joe. Le dan miedo la oscuridad y los coños gigantes.

Los murciélagos, tío, dijo Zach.

Ahí dentro no hay murciélagos.

No de los que vuelan.

Zach se agachó detrás de unas matas hasta que la llama prendió y el canuto empezó a arder. Cultivaba yerba en el jardín y se la vendía a amigos que la llevaban a Ciudad del Cabo, principalmente a la universidad. Lizette y él estaban ahorrando para mandar a los niños a un colegio católico privado, les había dicho, para explicar el trapicheo. Pero lo que estaba fumando en ese momento, lo que llevaba fumando a todas horas desde que llegaron Joe y Becca, era una yerba más potente, de una variedad silvestre que crecía en las montañas. Todos la habían probado la noche anterior, cuando se acostaron los niños. Lizette también fumó, a pesar de sus creencias religiosas, o quizá porque era una yerba de Dios. Después se puso llorona, por la vida que había llevado, y dijo que no valía nada, pero que Jesús la estaba perdonando por todo lo que había hecho. No especificó sus delitos. Casarse con Zachary, a lo mejor, o que se la follaran todos los fotógrafos de Boden cuando tenía dieciséis años.

El cogollo de montaña era húmedo y pegajoso, nada parecido a lo que Becca

había probado hasta entonces. Se apagaba continuamente, pero cuando se encendía era como un martillazo en la cabeza. Inducía a la fuga. En cosa de un minuto, Becca tuvo la sensación de que se le derretían los ojos. El tiempo se ralentizó tanto que era capaz de escribir mentalmente una canción entre frase y frase de los demás; luego se aceleró, y tuvo la sensación de que pasaba un año hasta que consiguió preguntar dónde estaba el baño para vomitar. Un bajonazo monumental. Fue como volver a la adolescencia.

SE ACERCÓ A la pared del acantilado y se apoyó en la piedra. Las alturas eran su fobia. A veces soñaba que caía y caía eternamente. La de Joe era lo del tiro en la nuca. Becca no llegaba a entender qué decía eso de él. ¿Tenía problemas de confianza? No le apetecía quedarse quieta en el filo del acantilado: moverse era mucho mejor que estar parada, pero los chicos estaban ocupados con la yerba. Joe le quitó el porro a Zach y puso la boca como el culo de un gato antes de inhalar. Retuvo el humo y lo soltó con mucho teatro.

Esta yerba mola, Zachster.

Sí. Tendría que dejarla secar un poco más, pero los niños entran en el taller y me preguntan: ¿qué es ese musgo tan raro, papi? El cabronazo de Rufe parece Poirot.

¿Quieres un poco, Beccs?, preguntó Joe. ¿Para quitarle filo al filo?

Se rio de su propia broma como un idiota. Becca negó con la cabeza. Estaba pasando mucho miedo. La cornisa no era demasiado estrecha; quien abriera el sendero se había tomado la molestia de consultar un manual de ingeniería, pero la caída era suficiente para que se le subiera el estómago a la boca cada vez que veía el vacío. No tenía ganas de flotar. Respiró la brisa del mar. Los chicos discutieron otra vez por los payasos hasta que la pelea se volvió ridícula y terminó.

Vamos, Beccs, dijo Joe. ¿No quieres un poco para cruzar el Kaaimans?

Volvió a negar con la cabeza.

No.

Es alto de cojones.

No es para tanto, tío, dijo Zach.

Esa mañana, cuando estaban planeando la excursión, le advirtieron a Becca de que tendrían que cruzar el puente. El viaducto del río Kaaimans. Era famoso. Zach le había enseñado una foto *online*: una estructura grande, de patas largas,

por la que pasaba una antigua locomotora. Los pasajeros se asomaban a saludar por las ventanillas entre las nubes de vapor que escapía la máquina. Debajo del viaducto había un estuario grande. No parecía tan alto, y Becca dijo que podría cruzarlo. Lizette no quería que hicieran la excursión. No le gustaba el viaducto. Los niños tenían prohibido acercarse a esa zona.

Es diabólico, dijo. Será mejor que vayáis por la playa.

¿Diabólico? Tú estás pirada, tía, le dijo Zach.

No me hables así delante de extraños, por Dios te lo pido, contestó Lizette, en afrikáans.

Y a partir de ese momento se negó a hablar en inglés.

Eso es de muy mala educación, le gritó Zach. Becca es de Londres.

De Yorkshire, dijo Becca.

Los niños, que estaban en distintos sitios de la casa, notaron el aumento de la presión doméstica, como si fueran barómetros, y empezaron a llorar cada cual por su cuenta. Zach fue al cuarto de la niña, su mujer se fue a la cama y Rufus salió al jardín hecho una furia y empezó a aporrear las ventanas patológicamente con un juguete. Era imprescindible una buena caminata.

Becca miró hacia Wilderness a lo largo de la costa. Los montes se desplegaban, verdes y azulados. Había enormes salientes de roca, con franjas de arena en forma de medialuna entre los intersticios. Habían construido unas viviendas nuevas en primera línea de la costa, modernos cubos geométricos que destacaban entre los tejados antiguos. Cuando pasaron en el coche por delante de la playa, camino de las vías del tren, Zach les señaló varias casas que contravenían las leyes urbanísticas. Había presentado una queja oficial. Sacó el brazo grande por la ventanilla, como un gánster.

Ese tío ha pavimentado los bosques antiguos. El muy capullo ha echado una tonelada de hormigón encima de árboles de trescientos años.

Unas cuantas casas más adelante:

Ese ha construido un patio en la playa. La playa es pública. Es de la gente. Se está poniendo chulo conmigo. Ha venido varias veces a la montaña en su puta avioneta de yupi y ha aterrizado delante de casa. Como si con esa mierda fuera a conseguir algo. Es banquero. Treinta y siete años y ya se ha jubilado. ¿Quién coño se jubila a los treinta y siete, eh? ¿Quién necesita una casa de tres pisos?

Siempre has sido un pedante de cojones, Zachary, dijo Joe.

No, no, no. Somos un país corrupto, amigo mío, pero alguien tiene que decirles la verdad a esos urbanitas. El mar no es de nadie. Los estoy poniendo a

todos contra las cuerdas, utilizando las vías oportunas para que no puedan sobornar a nadie.

Seguía señalando la ofensiva residencia con un dedo acusador. Joe se echó a reír.

Sí. Ya sabrán a quién tienen que pagar cuando llegue la hora de ir a juicio.

Puede ser, dijo Zach, volviendo a meter el brazo en el coche. Ya veremos.

Siguieron adelante hasta que Zach frenó en seco y salieron disparados de los asientos. Luego retrocedió cincuenta metros marcha atrás.

Este. Este listo de mierda ha cortado la hierba de las dunas para tener mejores vistas. Es una especie protegida. Y ahora, como la arena se está comiendo la casa, está construyendo una valla de metacrilato de cuatro metros y medio de alto. ¡Una valla de metacrilato!

Y así sucesivamente.

*

SIGUIERON PASÁNDOSE EL canuto. Becca se acercó al borde del acantilado todo lo que podía soportar y miró el agua. Las olas seguían llegando. La espuma saltaba y se derramaba en nubes blancas. El viento navegaba alrededor de sus piernas. Era, como diría su abuelo, una costa encabronada. Se alejó. ¿Sería muy duro cruzar el puente del ferrocarril, diabólico o no? Miró hacia las vías. Diez años sin utilizarse, aunque parecía más tiempo. Donde estaban en ese momento, las traviesas se habían levantado y se las habían llevado. Entre el suelo rocoso crecían unas florecillas naranjas que parpadeaban en la brisa.

Oye, Beccs, dijo Joe. No te va a gustar nada cruzar el puente. Podemos dar la vuelta al final del túnel. ¿Volvemos después del túnel, Zachster?

No le pasará nada, tío, dijo Zach. Lo he cruzado con los niños montones de veces. Rufe lo cruza de espaldas, como yo.

Joe resopló. Eso de resoplar empezaba a convertirse en una costumbre.

Ya lo sé y no me gusta. Me pone muy nervioso.

A ti tampoco te gusta el Kaaimans, Joseph. Confiésalo, dijo Zach, con una sonrisita cómplice.

Joe levantó las manos. Tenía manchados los dedos con que sujetaba el porro.

Porque no soy un psicópata con ansias de muerte, como tú. Ese puente puede caerse en cualquier momento. Está lleno de grietas.

No pasa nada, Becca, dijo Zach. No te preocupes. Hasta tiene barandilla y

todo.

Los resoplidos de Joe sonaban horribles, como un gruñido cargado de mocos.

Sí, claro. Una barandilla sobre una plataforma colgada en el aire y separada del puto puente: tienes que pasar por ella como una ardilla.

Zach también levantó las manos.

Oye, eso no mola. Estás asustando a tu chica. De verdad que es seguro, Becca. Nadie se ha caído, nunca. Ni siquiera adrede.

Se llevó una mano al gorro de lana y empezó a frotarse la cabeza, a arañarse el cuero cabelludo. Luego volvió a calárselo en la frente. Joe le pasó el porro.

¿Quieres un poco para el puente, Beccs? Venga.

Becca dijo que no.

Joe le pasó el porro a Zach. El cartón manoseado con que habían hecho el filtro estaba húmedo y blando. Zach lo apagó en la pared y tiró la colilla al mar.

Mierda, dijo entre dientes. Un colgado. Media vuelta.

Joe y Becca se volvieron a mirar. Un hombre venía por las vías, detrás de ellos. Era alto y delgado, como esos maderos finos, brillantes y erosionados por la sal que el mar arroja a la playa, un puro manojito de huesos. Llevaba pantalones cortos, de campaña, cazadora de marinero y unas botas militares viejas, atadas a las espinillas. Iba balanceando una bolsa de plástico transparente en la que había algo oscuro y pringoso. Lo vieron acercarse y se apartaron para dejarle pasar.

¿Qué tal?, dijo Zach.

Bien, bien, contestó el otro. Genial, sí, en serio. Llevo aquí la mía, gracias.

Sacudió la bolsa y lo que llevaba dentro hizo un ruido sordo. Tenía unos ojos de pirado total, muy brillantes, y apartaba la vista de todo al instante. Sonrió de oreja a oreja y se le vieron los dientes marrones y separados. A Becca le dio un poco de yuyu cuando pasó a su lado: despedía un tufillo a sudor rancio, mezclado con un olor como a pelaje húmedo. Por un momento pareció que iba a pararse y soltar alguna gilipollez, pero volvió a sacudir la bolsa, murmuró algo y siguió adelante por las vías. Se quedaron callados, hasta que Joe dijo:

Genial. ¿Nos clavaré una navaja si vamos allí?

Deja de agobiarte por todo, tío, dijo Zach. Me estás cortando el rollo.

Lo que tú quieras, pero no pienso acercarme a ese tío.

Qué bien. Y ¿soy yo el agonías?

Esperaron un rato antes de entrar en el túnel. Hubo unos segundos de oscuridad total. Joe lanzó unas voces al eco. Iban despacio. La oscuridad se suavizó poco a poco, hasta que Becca consiguió ver las paredes inclinadas del

túnel, el destello de los raíles y las partículas de granito plateadas. Las piedras del suelo crujían con sus pisadas. No se oía el mar. De vez en cuando llegaba un sonido parecido al de una flauta hueca, como si alguien estuviera soplando por la boca de una botella. Notaba el olor de los sedimentos carboníferos: a cordita, a parafina, como el de los fuegos artificiales que lanzaban en el parque la noche de las hogueras o el de las calles del norte en diciembre. A hollín. A Navidad.

De repente echó de menos Whitby, con sus edificios góticos, su abadía torcida y su triste flotilla pesquera, a pesar de que llevaba cinco años viviendo en Londres, luchando por abrirse camino con el grupo. Por momentos la asaltaba la nostalgia; le había pasado muchas veces desde que empezó ese viaje con Joe, y le estaba pasando ahora. Tenía ganas de dar media vuelta y echar a correr. Ir a Sudáfrica había sido un error. Las perspectivas no eran mejores allí, aunque Joe le había asegurado que lo serían, que encontrarían influencias chulas y que la vida era más barata. Será una odisea musical, dijo. El país era tenso como un clavo. Becca no entendía las normas raciales y lingüísticas, y Joe siempre estaba enfadado o fumado.

El viaje en coche no había sido divertido por ahora. Iban justos de fondos y tenían que dormir todo el tiempo en casa de amigos de Joe: todos eran estresantes, menos Kavi, un percusionista de Durban que a Becca le pareció muy atractivo, tanto que casi estuvo a punto de enrollarse con él en la cocina una noche, cuando Joe se fue a la cama medio muerto. No habían escrito muchas canciones, como tenían planeado. El sexo se había vuelto un poco aburrido, Joe se empeñaba en no ponerse condones y era un conductor pésimo. Habían subido un puerto de montaña delirante en el Pequeño Karoo. La carretera era una broma macabra, sin asfaltar y sin quitamiedos. Puros cañones de tierra roja que caían en picado miles de metros, y pináculos rojos amontonados. Parecía un paisaje de la Tierra Media. Después de pedirle que fuera más despacio, cerró los ojos y optó por cantar mentalmente la canción con la que se tranquilizaba, la que reservaba para el dentista y el avión.

El túnel del ferrocarril tenía un aire industrial y misterioso, transmitía la sensación de estar alerta, como si aún conservara el recuerdo de los trenes o estuviera convencido de que iban a pasar. Las piedrecillas crujían con las pisadas como huesos viejos. Volvió la cabeza varias veces hacia la entrada, intentando calcular cuánto habían avanzado. La mitad. Dos tercios. La oscuridad, en la parte central, era suficiente para que un hombre pudiera agazaparse entre las sombras o pegado a la pared. Se estaba poniendo paranoica. Buscó el brazo de Joe pero

no lo encontró. Otra vez se había puesto a parlotear con Zach de sus fobias, y las voces rebotaban contra las paredes.

Es instintivo si lo piensas ensas. A lo mejor hemos evolucionado lucionado desde que éramos nocturnos urnos. Nos da miedo la oscuridad dad dad porque lo hemos olvidado.

¡Evolución! ¡Volución! ¡Lución! El primer ser humano era negro gro gro. ¿Eso qué es: camuflaje aje?

La boca del túnel empezaba a iluminar el interior, y Becca sintió una ráfaga de viento en la cara. Sus ojos se acostumbraron al cambio de luz. No había nadie al acecho. Salieron a la claridad opaca y gris del día. En lo alto, las vías bordeaban la punta del cabo y se perdían de vista. Los chicos seguían a lo suyo.

No cuenta si tienes los ojos cerrados y el cerebro en pausa. No puedes tener miedo si no estás consciente.

¡Y una mierda! Puedes tener miedo en una pesadilla.

Eso no cuenta. En la pesadilla puedes estar a plena luz del día, tío.

¿Qué?

Por ejemplo, cuando sueñas que un animal te está persiguiendo, que está muy cerca, con un pico enorme, unas uñas espantosas, como un guiverno, pero es por la tarde...

¿Qué coño es un guiverno?

Becca tenía ganas de gritarles a los dos para que se callaran de una vez. Que se pegaran o se besaran, que hicieran lo que fuera menos seguir soltando chorradas. A la derecha, en el acantilado, había una cueva grande, puede que en parte natural. En la entrada vio velas y cera derramada. Encima de la desnivelada plataforma de piedra había unos muebles de plástico inclinados, de cafetería; una mesa rota y varias sillas. El hombre de la bolsa de plástico estaba en la entrada, hablando con otro, un tipo horrendo, más demacrado aún, como resucitado del cementerio. Tenía la cara casi como una calavera, y la piel de los lados del cuello parecía un jardín vertical de escrotos. Alguna enfermedad tropical. Una camiseta amarillenta le colgaba de las clavículas.

¿Qué tal?, dijo Zach, sin pararse.

Joe y Becca lo siguieron sin decir nada. Los otros dos dejaron de hablar, miraron a los excursionistas y luego a la mesa, donde un bulto peludo y marrón estaba acostado encima de sus propios excrementos. De un extremo colgaba una cola enmarañada.

¡Hola, Dios os bendiga! ¡Hola, Dios os bendiga!

El mismo saludo se repitió varias veces.
¡Dios os bendiga, hola, Dios os bendiga!
Becca apretó el paso para seguir a los chicos.
¿Qué quieren?, preguntó.
Dinero, dijo Zach.
¿Eso era un gato?
Lo dudo, cielo.
Seguramente era una rata, dijo Joe.
Parecía un gato, contestó Becca. Tenía cola.
Zach sorbió por la nariz y asintió.

Sí. Cuando no están esnifando crack, esos tarados se acuerdan de que tienen estómago y comen cualquier cosa que encuentran. Y digo cualquier cosa, literalmente. La gente de la ciudad siempre se está quejando de que sus mascotas desaparecen. Aunque, claro, si los sueltan para que caguen en la playa, no sé qué esperan. Han presentado una queja para que echen de aquí a esos tíos.

¿Viven en la cueva?, preguntó Becca.
En invierno, sí.
¡Joder!
Pareció que Zachary se ponía triste.
Bienvenida a Wilderness.

Al menos tienen buenas vistas, dijo Joe. Mejores que las de esos ricachones de mierda.

Becca suspiró. Pensó que su novio quizá fuera, mejor dicho, que era un gilipollas de remate. Se dio cuenta. Volvió la cabeza para mirar a lo largo de las vías, pero los dos hombres habían entrado en la cueva y la mesa de comedor estaba vacía.

Rodearon el cabo azotado por el viento. Un estuario ancho y amarillo se abrió delante de ellos. Por los bordes del río se deslizaban unas franjas de óxido anaranjadas. El agua parecía tan poco profunda que los peces debían de tener el cerebro plano para vivir allí. Las manchas de luz reflejada en la superficie daban al agua tonalidades químicas: verde, bronce y aguamarina. Y allí estaba el viaducto: apoyado sobre unas enormes patas de hormigón, tendido sobre el valle como un gigantesco ciempiés prehistórico.

El Kaaimans, dijo Zach con orgullo, como si presentara a un amigo al que apreciaba.

Joe soltó un gruñido.

¡Mierda, se me había olvidado, tío! Aquí estamos otra vez.

¿Cuántas veces lo has cruzado?, le preguntó Becca.

Lo ha cruzado dos veces, dijo Zach. Y te aseguro que las dos fueron un suplicio para mí.

¿Estás bien, Becs?, preguntó Joe. Podemos volver si quieres.

Becca no dijo nada. Era demasiado tarde; era demasiado tarde para todo. Siguieron andando por las vías en dirección al puente. Becca hizo unos cálculos rápidos, dejándose llevar por el pánico. El viaducto no parecía tan alto. No parecía tan largo. Tardarían menos de cinco minutos en cruzarlo. Era más bajo que la Torre de Blackpool, y en las islas griegas había visto niños tirándose al agua desde acantilados más altos. Parpadeó, fijó la vista en las vías del tren y procuró no pensar en lo que había a los lados y debajo: aire, nada, la caída. El truco estaba en no mirar abajo, evidentemente, y en avanzar con paso normal y confiado, como se anda por cualquier superficie que inspira confianza. Y en no detenerse. Detenerse equivalía a reconocer que algo no estaba bien. Había cometido ese error otras veces, en desfiladeros de montaña; se había parado en un paso estrecho, y el vértigo la había paralizado por completo: piernas, rodillas, cerebro; todas las funciones bloqueadas. Joe no lo entendía. Era una sensación, como una migraña o una gripe intestinal, difícil de explicar a quien no lo ha pasado.

Se acercaron a la bestia. Lizette tenía razón: el viaducto tenía algo inquietante, incluso diabólico. Las vigas de hierro oxidadas parecían cubiertas de sangre; de los paneles sujetos con pernos brotaban macabros chorros de óxido que resbalaban por las patas de hormigón y caían al río. Estaba dividido en dos secciones: una zona más ancha, donde las vías aplastaban el entramado de madera, y una pasarela más estrecha, como un puente voladizo sujeto a la plataforma principal que, Zach no había mentido, tenía una barandilla. Parecía que la estructura estaba separada en el centro, y por el hueco se veían pasar las olas. Zach echó a andar tranquilamente por la pasarela. Becca tomó aire y lo siguió. Confía, pensó. No lo pienses: confía.

No es obligatorio cruzarlo, dijo Joe. ¿Eh, Becster?

Ella no le hizo caso.

No quiero que pases miedo.

Ya ha dicho que no le importa, dijo Zach, que iba diez metros por delante, paseando como por una pradera en verano.

No quiero que tengamos un episodio como el del puerto de Swartberg, dijo

Joe.

¡Eso fue porque conduces de puta pena!, le soltó Becca.

Zach dio media vuelta y se echó a reír.

Tienes toda la razón, cielo. Conduce como si tuviera un avispero en el culo.

Soltó la mano de la barandilla y empezó a mover los brazos y a imitar el ruido de un zumbido. Becca llevaba la cabeza en una posición neutra, ni levantada ni agachada, y se aferraba a todo lo que podía abarcar con la visión periférica: el cielo gris, el movimiento del mar, las pálidas barras de arena. Zach se puso las manos en el trasero y empezó a dar brincos. Becca tuvo ganas de gritarle para que se sujetara a la barandilla y dejara de hacer el idiota. No sabía a qué distancia iba Joe por detrás, y era incapaz de volver la cabeza para mirar. La única opción era retroceder de espaldas.

¿Beccs?, llamó Joe.

Siguió adelante con pasos cautos, como una bailarina, negando las circunstancias. Intentó recordar la letra de *Mr Sandman*, pero tenía la mente en blanco. Alrededor no había nada más que aire, levedad. La estructura del Kaaimans estaba corroída de arriba abajo. Veía agujeros en las zonas donde el óxido se había comido el metal, y faltaban algunas planchas. Tenía que sortear los huecos. La corriente del agua producía extraños efectos ópticos al desplazarse a sus pies, deprisa, con sus crestas blancas, soltando amarras de todo. El estuario era una sucesión de riachuelos engañosos. El viento arreció un poco, y la gigantesca estructura empezó a vibrar y a ronronear. De repente pareció como si lanzara un rugido hueco, como el de un cuerno, una especie de gemido.

¡Joder!

Se agarró a la barandilla con las dos manos. No te pares. Siguió adelante, medio ladeada, soltándose solo cuando no le quedaba más remedio y buscando la sujeción enseguida. ¿Qué había sido de la canción con que se consolaba? ¿Se sabía alguna canción? Estaba moqueando por la nariz; notó una gota en el labio superior: imposible limpiársela. Todo a su alrededor era vacío, inmenso y abierto. Continuó. La respiración se había acelerado, se había vuelto superficial, pero conseguía moverse. Ya casi habían llegado al centro del viaducto.

¿Estás bien, Beccs? ¿Qué tal vas?

La voz de Joe llegó desde muy lejos. Mejor. No tenía ganas de oírlo. No quería ni saber que estaba allí. Pero Zach dio media vuelta otra vez, como si tuviera hectáreas de espacio debajo de los pies, y empezó a andar de espaldas

—*de espaldas*— para ver cómo avanzaban Becca y Joe. Becca sintió náuseas, una furia paralizante. ¡Qué gilipollas! ¡Qué irresponsable! Sabía perfectamente lo que le pasaría si lo viera caer, si cayera al vacío, aleteando con los brazos y las piernas, dando volteretas, girando, o a plomo como una piedra, recto, a pique: que ella también sentiría la caída. Eso se llama quinesesia: ya le había pasado en una ocasión. Hacía mucho tiempo. Cuando vio que alguien saltaba una valla, en la pradera que queda cerca de la abadía, en los acantilados desmoronados... A lo mejor era ella. Era tan pequeña que no lograba acordarse; solo sabía lo que le contaron después. Que alguien había saltado desde la pradera, una mujer. Y también a Becca la encontraron en la playa. ¿Se había caído? ¿O saltó para buscar a quien se había tirado? No tenía ni un rasguño. Pero estaba subiendo la marea y se había mojado el dobladillo del vestido. Lo había soñado muchas veces.

Y entonces no tardaría en caer otra vez, abajo, abajo, hasta estamparse contra la arena mojada y dura. Las olas pasaban deprisa entre las patas de hormigón del viaducto. El viento venía con fuerza del mar. La estructura metálica volvió a lanzar el mismo lamento desgarrador. Zach seguía andando de espaldas, como si todo le diera igual, como quien se acerca al fin del mundo, dispuesto a marcharse. Tenía una expresión serena, impávida.

Todo empezaba a aflojarse. La mano en la barandilla. Las rodillas. El aire. Hasta el viaducto se volvía más blando. Flotaba libremente y navegaba al viento. Se adentraba en el valle y en la embocadura del río. Iba a chocar contra la ladera de la montaña, y entonces se levantaría, se inclinaría y se doblaría. Becca empezó a sentir la adrenalina en el pecho: zas, zas, zas; golpes en las costillas... Sus pasos eran cada vez más torpes; no podía controlar los músculos. Algo se había movido y derramado dentro de su cabeza. Y no pudo más. Se agarró a la barandilla con las dos manos y se detuvo.

No. Yo. No.

Todo se tambaleaba y se movía alrededor y a sus pies. Algo les estaba pasando a los átomos de las cosas. Tenía los ojos desbordados.

Zach se había parado. Estaba a unos dos metros de ella. No sabría decirlo. Parpadeó para quitarse las lágrimas de los ojos. Zach le dijo hola con la mano. ¿Le estaba diciendo hola?

¿Becca?, dijo.

Ella negó con la cabeza.

No.

Becca. Ya casi estamos. ¿Vale?

Casi no podía respirar, y entonces empezó a jadear. Hacía ruidos involuntarios al coger y soltar el aire. Maullidos. Gemidos. Zach se rascó la cabeza, sin quitarse el gorro. ¿O la estaba saludando otra vez?

Becca. Ya casi estamos. ¿Puedes seguir?

Parpadeó para quitarse más lágrimas. Una gaviota pasó volando, muy cerca de ella, con las plumas negras en las alas secundarias. Se quedó un momento suspendida en el aire, ladeando la cabeza, mientras todo se movía a gran velocidad. Tenía los ojos amarillos, con un círculo rojo. Repugnante. La gaviota la miró, se dio cuenta de todo y descendió en picado hacia el estuario. Becca cerró los ojos y sintió con claridad la infame galopada del viaducto. Estaba cobrando velocidad. En cualquier momento chocaría, volcaría, y ella se caería entonces, girando. Esperó. Esperó a sentir el impacto, la negrura, la nada, el terror que se aproximaba.

CUANDO ABRIÓ LOS ojos, Zach estaba mucho más cerca de ella, a un brazo de distancia. Tenía la mano apoyada en la barandilla. La brisa sacudía la manga de su camiseta. Le habló en voz baja, primero en afrikáans y luego en inglés. No parecía él. Le estaba diciendo algo de Lizette y de los hombres que vivían en la cueva. Algo sobre biblias. Las palabras pasaron volando sin que Becca alcanzara a entenderlas. Zach avanzó un paso sin hacer ruido. Estaba muy cerca de ella. No me toques, pensó Becca. Pero Zach no la tocó. Seguía hablando. Becca no lo oía y tampoco lo entendía. Estaba diciendo algo sobre una costumbre oscura de Lizette, algo de arrodillarse. Decía cosas que no tenían sentido.

Algunos días sería mejor si todos desapareciéramos. ¿Verdad? Si fuera posible...

El viento se llevó sus palabras. La cara de Zach se volvió de nuevo borrosa. Becca parpadeó y trató de enfocar la mirada. No tenía ninguna expresión. No era Zachary. Era un suplente. Zach retrocedió despacio. Entre ellos se extendía el mar. Las olas seguían entrando, con las puntas blancas; igual, igual, igual, como si el agua fuera amnésica. Todos los mares eran el mismo mar; todos estaban unidos. El mar le había mojado el vestido. Era normal estar triste cuando alguien moría: eso le dijeron sus padres de acogida; aunque sea una persona desconocida. Como la joven que dejó a la niña en los acantilados antes de saltar.

Le dolían las manos de sujetar la barandilla con tanta fuerza. Le parecían

grotescas y agarrotadas. Hizo un esfuerzo enorme para estirar los dedos. Luego los movió unos milímetros por la barandilla. Adelantó un pie y se arrastró. Zach se alejó un paso de ella. Seguía hablando, diciendo cosas que Becca no entendía. Ella iba de frente, él de espaldas. Cruzando el viaducto juntos. Tardaron mucho rato. Una eternidad o solo unos minutos: Becca no lo sabía.

Veía delante el final del viaducto: tierra firme y vida, si es que lograba llegar. No oía a Joe. A lo mejor había dado media vuelta, o se había caído. Le daba lo mismo. Siguió arrastrando los pies por el puente en ruinas. Las piedras y la franja de tierra se levantaron para salir al encuentro de la plataforma de metal; debajo había unos matorrales verdes y azulados. Zach se paró y terminó de cruzar el viaducto de frente, con paso elegante, como si se bajara de una cuerda floja. Becca se soltó de la barandilla y se dejó caer en el sendero rocoso, de rodillas. Estaba temblando de la cabeza a los pies, soltando tensión como mechones blandos. Tenía ganas de llorar a gusto, de acurrucarse y aullar. En la tierra, las florecillas naranjas se estremecieron. Qué deprisa podía pasar la muerte, y después parecía increíble. Miró a Zach. Estaba mirando al lado contrario, hacia la costa, sacándose del bolsillo la lata de yerba. Volvía a ser Zachary. Lo había conocido dos días antes.

Oyó que Joe venía detrás, maldiciendo, llamando a Zach cabronazo, diciendo que no pensaba volver a cruzar el Kaaaimans en la vida, y que podían volver por la carretera, aunque tardasen dos horas más.

¿Estás bien, Beccs?, preguntó. ¿Estás rezando?

Está bien, tío. Vamos a descansar un poco, dijo Zach.

Vale. Yo lo necesito. ¿Dónde está esa puta grifa?

Becca se sentó al lado de las vías y se quedó mirando el viaducto. Trazaba una curva sobre el estuario, como un arco entrecano y oxidado. No era tan alto; no era tan alto como los acantilados de Whitby. Los raíles se perdían de vista al otro lado del cabo. Las olas llegaban de muy lejos, de un lugar más frío de lo que alcanzaba a imaginar. Sin darse cuenta, empezó a cantar mentalmente.

Mr Sandman, tráeme un sueño...

La hora del placer

ERA LA ÚLTIMA semana de la temporada y la piscina estaba casi desierta. Llegó a la hora de costumbre, se puso el bañador, dejó la ropa en una taquilla y empezó a atravesar el recinto abovedado y con olor a cloro. En las esquinas del suelo de hormigón había restos de escarcha, y era casi doloroso pisar con las plantas de los pies. La luz susurraba por debajo de la superficie azul. Bajó por la escalerilla de metal y se alejó del borde sin detenerse. Meterse en aquella piscina sin climatizar en el mes de octubre era un acto de valentía. No podía pararse a pensarlo. El agua desprendía un resplandor frío. Tenía las piernas agarrotadas y le ardía la barbilla. Al llegar a la marca de profundidad miró al socorrista, que se estaba poniendo la capucha de piel del anorak. Nada en su actitud indicaba que estuviera preparado para intervenir en caso necesario. Tomó aire, hundió la cabeza en el agua y la sacó después de dar unas cuantas brazadas. Ya estaba despierta; sentía pinchazos en el corazón. Se tumbó de espaldas, movió los brazos y pataleó con fuerza. Las nubes grises surcaban el cielo deprisa. Más tarde tal vez lloviera.

Hizo veinte largos y luego descansó con la cabeza apoyada en el bordillo, mientras recuperaba la respiración. La piscina chapoteaba ligeramente contra su pecho. Los filamentos de luz se apagaban en el líquido oscilante. En verano era imposible nadar allí; no había sitio. El agua estaba revuelta; los niños se tiraban a bomba en la parte más honda. Apenas unos centímetros separaban a los bañistas que tomaban el sol. A partir de primeros de septiembre iba muy poca gente. Pero la calle siguiente estaba ocupada por la pareja mayor a la que veía siempre por la mañana, nadando juntos con sus gorros de goma. Siguió la estela que dejaban en el agua. La saludaron con la cabeza cuando llegó al bordillo, y ella les sonrió. Salió de la piscina. Tenía los pechos y los muslos enrojecidos por el frío y el esfuerzo.

En el vestuario, procuró no mirarse en los espejos la tripa descolgada y fofa. Se duchó, se vistió y fue a la cafetería. Estaba animada, como siempre. Había cochecitos de bebés aparcados entre las mesas, gente leyendo un libro o

trabajando en un ordenador portátil. Restos de muesli, bollos y servilletas tirados por el suelo. Las paredes estaban decoradas con fotografías de los años treinta, imágenes de chicas jóvenes zambulléndose desde el trampolín —ya desmontado— o posando con los brazos en jarras. La gracia y la vivacidad de otra época: las bocas pintadas de oscuro, los dientes perfectos, una especie de confianza efervescente. Los bikinis llegaban hasta la cintura y tenían volantes. Parecían escenas de una era preindustrial: cielo abierto, una luz peculiar. El centro cívico de cinco plantas, enfrente del parque, no llegó a construirse finalmente. Londres no había invadido el terreno de momento.

El camarero de la barra se apartó del rugido de la máquina de café y adivinó lo que iba a pedirle.

¿Latte?

Por favor.

Llevaba una immaculada hilera de aros de plata en el labio inferior y la cabeza afeitada a rayas.

Se lo llevo a la mesa.

Se sentó al lado de la cristalera, en un rincón, y vio salir a la pareja de la piscina. Tenían mucha más vitalidad que ella: llevaban casi una hora nadando. Se quedaron un momento charlando, como si no notaran la brisa fría. La mujer tenía los músculos de las piernas finos y muy marcados. La tripa era apenas un montículo debajo del bañador. El hombre tenía el torso abultado y barba blanca. Eran de la misma estatura y parecían hechos uno para el otro; hasta llevaban el mismo gorro rojo. ¿Habían desarrollado esa simetría poco a poco, a lo largo de los años? ¿Se habían mentido y peleado alguna vez? ¿Habían dado portazos o enviado cartas en secreto? Se separaron para ir al vestuario. Él andaba con torpeza, levantando una cadera más que la otra. Era un buen nadador. Alguna vez lo había visto transformar los amables y tranquilos movimientos de la braza en el impulso enérgico de la mariposa.

No quedaba nadie en la piscina. El socorrista tenía la cabeza apoyada en la mano, los ojos cerrados, el silbato colgado de la muñeca. La superficie del agua cobró un tono azul químico precioso al quedarse quieta.

Le trajeron el café. Abrió un sobre de azúcar. No debería tomar azúcar —seguía sin perder los kilos que engordó durante el embarazo—, pero nunca había soportado el café sin azúcar. Se lo tomó despacio. La piscina tenía una fuerza hipnótica; había en el agua un poder calmante, incluso fascinante. Allí, después de nadar, el tiempo desaparecía. Se entretenía tomando el café, sin hacer caso del

teléfono. Luego, a veces tenía que ir corriendo a hacer la compra para llegar a casa a la hora en que se iba la canguro. Daniel lo llamaba *la hora del placer*, como si se estuviera dando un capricho, pero era el único rato que pasaba sin el bebé.

Al cabo de un rato, se acercó a la barra, pagó y se marchó. Volvió a casa andando por el parque. La brisa era tonificante; las hojas de los árboles se movían con brío. Vio a unos niños jugando al polo en bici en una de las canchas, pedaleando y lanzando el disco contra la valla metálica. Los perros correteaban por la hierba. Pasó por delante de la mansión del vidriero y la antigua fábrica de vidrio, escondidas detrás de los andamios y las lonas de plástico. Estaban remodelando los edificios para transformarlos en una galería de arte en la que pensaba buscar trabajo.

El pueblo le pareció horrible cuando se instaló allí con Daniel. Echaba de menos el paisaje de Devon, la fragancia de la turba y de los tojos, los caballos con las crines arrancadas, la falta de gente. Pero todo el mundo se iba de allí, en busca de cultura y de trabajos mejor pagados. Vivir en Londres exigía un sacrificio demasiado grande. No soportaba la basura, la claustrofobia industrial, el precio inhumano del alquiler. Descubrir el parque lo cambió todo, y las viviendas de los alrededores tenían un precio más o menos asequible. Habían convertido las modestas casas de los artesanos del siglo XIX en apartamentos de dos dormitorios.

Atravesó una hilera de plátanos con los troncos oscuros. Más adelante estaban las praderas. Una pálida extensión de color pinto sacudida por el viento, con sus franjas claras y oscuras. Habían vuelto a sembrar los terrenos a raíz de una campaña local impulsada por los Amigos del Parque, y ella había firmado la petición. A lo largo del último siglo se habían convertido en un erial. Los caballos que tiraban de los carros cargados de arena de cuarzo para la fábrica de vidrio esquilmaron los campos. El polvo, los vertidos de vidrio fundido y la grasa de los hornos contaminaron el suelo. Ahora volvía a estar exuberante, lleno de abejas, de topos y hasta de cernícalos de la ciudad. Los había visto volar por encima de los surcos con movimientos temblorosos, abatirse a una velocidad increíble. Casi le recordaba a Devon. ¿Qué hacía la gente que no tenía acceso a espacios así, espacios menos gobernados? Volverse de piedra.

Había en la pradera un olor seco, como a broza, y la hierba crujía y se quedaba callada. Las enormes y complicadas telarañas del mes anterior se habían

roto y flotaban por el aire. Vio que un hombre se acercaba por el camino segado. Se apartó para dejarle paso, pero él se detuvo y le tendió la mano.

¿Emma?

Lo miró. Al principio no fue capaz de reconocerlo. Llevaba traje y corbata. Enfocó sus facciones. Los huesos marcados, el iris de un extraño color uniforme, sin divisiones ni anillos. Parecía mayor y tenía el pelo más oscuro de lo que recordaba, pero era él.

Madre mía, dijo. Hola.

Él se inclinó para darle un beso en la mejilla. Ella apoyó una mano en su brazo, volvió la cara demasiado y el beso fue a parar torpemente en la oreja.

¿Sigues viviendo por aquí?

Sí, en Hillworth. Cerca de la estación.

Una zona bonita.

Sí, dijo ella. Es bonita.

El viento le alborotaba el pelo alrededor de la cara. No se lo había lavado ni cepillado en el vestuario. Se apartó un mechón húmedo de la frente. Estaba pegajoso por el cloro. Él la estaba mirando con una expresión ilegible.

Vengo de nadar, dijo.

¿En la piscina?

Sí.

¡Uau! ¿Aún sigue abierta? Debería ir. ¿Está fría el agua?

Está bien. Tonificante.

¿No se acordaba? A él nunca le había importado el agua fría. Volvió a pasarse la mano por el pelo mientras pensaba qué decir. Tenía la mente en blanco, atontada. La impresión de lo real. Aunque él le había dicho que se marcharía de allí, ella pensó que podían encontrarse y prefirió evitar esa zona por algún tiempo. Al cabo de unos meses, la expectativa del encuentro disminuyó, y también la esperanza. Después llegó el bebé, y su vida cambió drásticamente. Se convenció de que él se había ido para siempre. Su cara se iba volviendo cada vez más familiar para ella. La forma de la boca, demasiado carnosa, demasiado voluptuosa para un hombre; la cicatriz fina y blanca en el labio superior.

Y tú, ¿por dónde andas?, preguntó.

Vivo en Brighton.

¡Brighton!

Sí.

Sonrió. Uno de los dientes delanteros parecía un poco más cuadrado que el

otro y era de porcelana: había tenido un accidente de moto cuando estudiaba medicina; lo recordaba bien. Le gustaba darle golpecitos a ese diente y luego al de al lado, para apreciar la diferencia del sonido. Sintió una oleada de calor en la cara. Últimamente no se acordaba de nada: dónde había dejado el bolso, qué pecho le había dado al bebé en la última toma, el nombre del artista sobre el que había escrito su tesis. Pero sí se acordaba de esa boca, y estaba tan cerca de ella que su forma empezó a desdibujarse. Tuvo la sensación de que podía estirar la mano y tocar la superficie dura y húmeda del diente roto. Se metió las manos en los bolsillos del abrigo. Estaban rodeados por el rumor y el balanceo de la hierba. Un pájaro echó a volar como una flecha y desapareció entre los tallos unos metros más adelante.

Él también la estaba examinando. Quizá estuviera cansada, demacrada y envejecida, con el típico aspecto de la mujer que acaba de ser madre; no se parecía a esa mujer que se le acercó, con un bikini escueto, y le pidió cambio para la taquilla.

Te lo devolveré mañana.

Mañana a lo mejor no vengo.

Sí, vendrás.

Tan segura, entonces.

No se había maquillado, porque en realidad ahora casi nunca venía a cuento maquillarse, y el café le había dejado la boca amarga y seca. Al menos el abrigo largo le ocultaba el cuerpo. Era inútil eludir la pregunta obvia.

¿Te fuiste a Birmania?, le preguntó.

A Myanmar, corrigió él, tranquilamente. Sí. Bueno, oficialmente a Tailandia, pero cruzábamos la frontera casi a diario para ir a los campos de entrenamiento.

Me lo figuré.

Ahora no es tan difícil entrar. Por el turismo.

Ella asintió con la cabeza. No estaba muy al corriente de esas cosas.

¿Fue difícil?

No sabía por qué le hacía esta pregunta, pero se imaginaba privaciones, dificultades, que la decisión había sido un error.

A veces. Teníamos un equipo decente. La verdad es que muchos eran más misioneros que médicos, pero en conjunto eran buenos. No sé si ayudamos en algo. Los alumnos recibían la titulación y después los detenían por ejercer.

Se encogió de hombros. Miró hacia el extremo norte del parque.

Entonces, ¿sigue abierta?

Sí. Esta es la última semana. Luego cierran todo el invierno. Deberías ir antes de que cierren.

Por los viejos tiempos. No lo dijo. Tampoco dijo: *¿por qué has vuelto?*

Él miró el reloj.

Tengo una conferencia. Me toca presentar el primer documento. Tengo que ir a Barts.

Ah. Enhorabuena.

Era evidente que había ascendido en el escalafón profesional. De ahí el traje; una versión pulcra de su aspecto de antes. Volvió a encogerse de hombros, con humildad. Pero estaba claro que tenía una responsabilidad importante. Se quedaron callados. Ella casi no se atrevía a mirarlo; el pasado regresaba con una fuerza visceral. Desde que nació el bebé no sentía nada: ni deseo ni nostalgia de esa parte de su vida que parecía haberse esfumado, puede que definitivamente. Daniel era comprensivo, por supuesto, paciente. Ella no podía explicarlo: la lactancia, el cambio de prioridades, el mal olor, y cuando miraba al bebé se notaba transformada. De repente sintió un dolor leve y familiar. Quería acercarse, tocarlo. *Sistemas inmunes compatibles*, había dicho él una vez para explicar sus impulsos, aquella atracción irresistible. *En realidad es solo eso. ¿Solo eso?*, dijo ella.

Se quitó el bolso del hombro, por hacer algo, y buscó algo dentro. Fue un acto absurdo, motivado por el pánico. Pero entonces, en el bolsillo interior, encontró el abono de la temporada. Y se lo dio.

Toma. Todavía quedan un par de pases. No comprobarán el nombre cuando lo sellen; nunca lo comprueban.

Él cogió el abono.

Deberías ir, ya que estás aquí.

Es un detalle, Emma. ¡Madre mía! ¡Lo echo de menos!

Pero tienes el mar en Brighton.

Sí.

Empezó a sonreír, y ella vio entonces al hombre desinhibido, al que el frío nunca le afectaba, al que se zambullía en la piscina sin pensarlo y hacía casi un largo entero buceando. Vio su cuerpo húmedo en la cama de su apartamento, las sábanas revueltas, su expresión de agonía, de abandono, como si estuviera completamente sumido en el sueño. Se vio a sí misma agarrada a los barrotes de la cama, intentando controlar el espacio que ocupaban. Se vio volver a casa andando deprisa, avergonzada, electrificada, y aclarar el bañador en el fregadero

para que pareciese que lo había usado. La hora del placer.

Bueno. ¿Qué vida llevas ahora? ¿Sigues en la Tate?

No. Me he casado.

Ah.

Lo miró y apartó los ojos.

¿Con Daniel?

Sí, con Daniel.

¿Tenéis hijos?

Hizo la pregunta en un tono neutro, por pura cortesía, asumiendo lógicamente que una cosa llevaba a la otra. Quizá con una pizca de nostalgia, con alguna emoción regresiva. Nunca era fácil saberlo. El viento surcaba la pradera. La hierba ondeaba como una masa de agua seca.

No. No tenemos hijos.

Como si todo pudiera volver a ser como antes. Vio que él asentía con la cabeza, sin sorpresa ni simpatía. De repente le costaba respirar, a pesar de tanto aire libre. Era una mentira enorme y seguramente tendría su castigo. Volvería a casa y la encontraría en silencio, la habitación de su hijo vacía, las paredes otra vez pintadas de blanco. O el niño estaría llorando en la cuna y, cuando lo cogiera en brazos, se convertiría en ceniza. Estaría inmóvil, en la bañera, con la canguro a su lado, sentada en un taburete y transformada en un monstruo con las alas desplegadas.

Su antiguo amante estaba diciendo que se había comprometido con una tailandesa. Se llamaba Sook. A su familia le gustaba mucho. De momento tampoco tenían hijos. Tenía el abono de la piscina en la mano. Parecía contento, asentado, un hombre con corbata que iba a dar una conferencia importante. Todo había seguido su curso, a pesar de que en ese momento estaba en la pradera y ese no era el camino de Barts. Estiró una mano y le tocó el brazo. Era real, por supuesto.

Deberías ir a nadar, dijo. ¿Irás?

Él volvió a mirar el reloj.

Sí. ¿Por qué no? Creo que tengo tiempo si me doy prisa. ¿Qué me pongo? ¿Podré colarme en calzoncillos?

Tengo que irme, dijo ella.

Claro. Vale.

Se dio cuenta de que había sido demasiado brusca, de que había cortado una conversación civilizada que debería haber terminado con más delicadeza. Pero

ya había dado media vuelta y empezaba a alejarse por el camino, con el viento frío en el pelo. Oyó que le decía.

Adiós, Emma. Ha sido estupendo volver a verte.

Siguió andando. Sin volver la cabeza. En el borde de la pradera, salió del camino, dejó el bolso en el suelo y se agachó entre la hierba. Sabía que él no la seguiría, pero se quedó mucho rato allí, escondida. El teléfono empezó a sonar dentro del bolso. Se hacía tarde para la canguro. Siguió agachada, como una idiota, hasta que se le entumecieron las piernas. En la tierra, entre los tallos, había trocitos de cristal marrón, de la antigua fábrica de vidrio. El cielo empezaba a cubrirse de nubarrones, pero de momento aguantaba sin llover.

Por fin se incorporó y miró atrás. Él no estaba. Si volvía corriendo a la piscina, quizá pudiera alcanzarlo. Le pediría disculpas, se lo explicaría todo, le diría que se asustó, se enfadó y se sintió dolida cuando le dijo que se marchaba. Había tenido que elegir, igual que él. El bebé era una complicación, pero al menos podía decirle cómo se llamaba. Eso al menos tenía que saberlo. Podían intercambiar los números de teléfono. Verse quizá en alguna parte, entre Brighton y esto. O simplemente se sentaría a observarlo por la cristalera de la cafetería, desde la mesa del rincón, como una mujer del pasado. Podría ver cómo nadaba; su cuerpo, como una sombra alargada debajo del agua.

Evie

LLEGÓ A CASA después del trabajo, se sentó en la cocina y sacó del bolso una tableta de chocolate. No dijo nada, ni siquiera hola. Abrió el envoltorio, partió la tableta y se la comió entera, onza a onza, con un gesto de concentración casi sexual.

¿Has tenido un mal día?, le preguntó él.

Ella sonrió vagamente.

No es propio de ti comer porquerías. ¿No has comido?

Negó con la cabeza. Movi6 la mandíbula despacio, como una vaca, dejando que la masa se le pegara al paladar. Lo estaba mirando pero no lo veía. Había algo end6geno en su mirada, algo íntimo, como si él fuera irrelevante. Se comió la tableta entera, metódicamente, trozo a trozo, mientras él ponía el hervidor al fuego y empezaba a preparar la cena. Metió al horno una lasaña precocinada, abrió una bolsa de ensalada y la puso en una fuente. Ella comió muy poco.

Supongo que el aperitivo te ha quitado el hambre.

Ella levantó la vista del plato.

Sí. No sé por qué me la he comido entera. Pero llevaba días pensando en eso. Tenía que hacerlo.

No se disculpó por no probar la comida. Normalmente se habría disculpado: era de las que se disculpaban por cualquier descortesía sin importancia. Él no sabía si estaba enfadada, si estaba lanzando una campaña de agresión pasiva, aunque no tenía conciencia de haber hecho nada mal.

A lo largo de la semana siguiente empezó a comer chocolate a diario. Tomaba unas onzas mientras veía la televisión o mientras hacía las tareas. El suelo de su coche estaba lleno de envoltorios pringosos. Nunca había sido golosa, nunca pedía postre en los restaurantes. Y gracias a eso conservaba la figura. De pronto parecía una adicta. No solo al chocolate sino a cualquier cosa dulce: pasteles, flanes, refrescos. Dejaba en el plato la mitad del filete o la pasta, se levantaba de la mesa y volvía con algo glaseado que había comprado en la panadería, en el camino de la oficina a casa.

No puedo parar de comer esto, dijo una noche.

Era verdad. Buscaba en los armarios como un depredador. No pensaba: actuaba por puro impulso. También había empezado a beber más que antes. Tomaba vino con la cena todas las noches, y un par de copas de más los fines de semana. Se estaba volviendo hedonista. Fueron a comer a casa de Richard y se tomó una botella de Cabernet ella sola, además de la tarta de limón.

Oye, oye, dijo Richard, cogiéndola de la mano para ayudarla a levantarse del sofá después de que se cayera al primer intento de incorporarse. Me gusta que te dejes el pelo largo, Evie.

Qué galante, le contestó con voz burlona. Luego le susurró al oído: Sé que esto te apetece.

Se incorporó y le dio un beso. No en la mejilla sino en la boca: fue un movimiento deliberadamente erótico, de seducción descarada, como si su marido, que estaba a su lado en el sofá, no existiera. Al principio, Richard se quedó demasiado perplejo para responder. Como si atisbara un mundo paralelo, largamente deseado, en el que la mujer de su mejor amigo estaba disponible para él. Tardó unos segundos en reaccionar: la sujetó de las muñecas y miró hacia el sofá como diciendo: Eh, ¿no deberías intervenir? Evie estaba mirando la boca de Richard, con los labios entreabiertos y las pestañas caídas. Le pusieron el abrigo entre los dos y la metieron en el coche. Después de ajustarle el cinturón de seguridad y de cerrar la puerta, Richard se volvió a su amigo.

Eso ha sido un poco raro. ¿Le pasa algo?

Evie tenía la cabeza caída. Se había dormido o había perdido el conocimiento.

No tengo ni idea. Últimamente no para quieta. Creo que está bien.

¿Qué quieres decir con que no para quieta?

Actúa. A lo mejor quiere llamar la atención. No lo sé. Está bien. Lo siento, Rich.

¿Estás seguro?

Sí, sí. Es solo que ha bebido más de la cuenta.

Mientras volvían a casa, el incidente empezó a preocuparle. Esa mirada de deseo, ese impulso sin barreras. A él también le había mirado así otras veces: las noches en que estaban mejor que nunca, menos inhibidos, cuando todo era intencionado más que habitual. Pero ver que miraba así a otro hombre le había impresionado. Y era evidente que a Richard también. Aunque había tenido su punto gracioso. Algo se había encendido dentro de él. La posesividad,

naturalmente —era su mujer—, pero había otra sensación aparte de esa. De orgullo. De valía. No estaba seguro. A ella le sentaba bien esa actitud, quizá como a la mayoría de las mujeres.

Le miró las piernas mientras conducía. La falda arrugada y subida hasta los muslos, la carne pálida a la luz de las farolas. Tenía los brazos caídos a los lados del asiento —ya había tenido que apartarle la mano de la palanca de cambios— en una actitud que parecía de súplica, casi religiosa. Se espabiló mínimamente cuando llegaron. Entró en casa, subió las escaleras como una sonámbula y se acostó completamente vestida. Él le acarició el muslo, pero a esas alturas ya estaba inconsciente.

Al día siguiente tenía resaca, y la sorprendió dando un trago de whisky en la cocina. Tenía los ojos manchados de maquillaje. Se había atado la bata de seda de cualquier manera y se le veía un pecho.

Por Dios, Evie. ¿No bebiste suficiente anoche?

Es para quitarme la resaca, dijo.

Te estás portando como una estudiante. Eso te hará sentirte mucho peor.

Ya veremos.

Se tomó el whisky.

¡Bum!

Empezó a preparar tortitas para desayunar. Las empapó en sirope, las enrolló y se las comió con los dedos. Estaba sentado enfrente de ella. Rechazó aquel amasijo brillante y se tomó un frugal cuenco de muesli. Estaba enfadado con ella; no sabía por qué. Se portaba como una irresponsable, como una extravagante, ¿y qué? ¿No había querido él siempre que fuera un poco más mala? Como las chicas de la universidad que se hacían tatuajes antes de que se pusiera de moda, que llevaban pantalones diminutos, tomaban pastillas todos los fines de semana y se subían a bailar encima de un podio. Y eso que había pasado con Richard: sabía que no tenía importancia. Richard era muy comedido, muy prudente, casi neutro; siempre estaba enfermo y necesitado de cariño. Nunca había sido una amenaza. Se le ocurrió que quizá estuviera embarazada y con las hormonas alteradas. Pero ella debería saberlo, y en ese estado no podía beber. Evie no era así.

Estaba fregando los platos. Había dejado los anillos en un platito, y le temblaba el trasero al frotar. Le pareció que tenía las caderas un poco más anchas, aunque no menos atractivas. Se lo preguntó.

Embarazada, resopló, volviéndose a medias para mirarlo. No creo que haya

mucho peligro de eso. ¿Tú sí?

Ofendido por esa alusión directa a su escasa actividad —normalmente evitaban el tema con pericia de expertos en negar la evidencia—, se levantó con intención de irse.

Espera, dijo ella. Bueno, puede ser. ¿Tú qué crees?

¿De qué?

De que estuviera embarazada.

¿Lo dices en serio?

Soltó el estropajo en el agua jabonosa y se secó las manos en la bata de seda. La tela se oscureció y se le pegó a la piel.

La verdad es que no. Pero me apetece follar.

Él se quedó de piedra. No tenía la misma expresión que la noche anterior, pero ese no era el clásico acercamiento furtivo que hacía uno de los dos, cuando llevaban un rato excitados, o antes de tener una discusión.

¿A ti te apetece?, le preguntó.

Se soltó el cinturón de la bata y se la deslizó hasta los muslos. El pelo del pubis era una franja marrón perfecta. Se había depilado. La miró. Estaba enfadado, por su descaro, porque parecía empeñada en provocar una crisis. ¿A qué venía tanto desparpajo? No tenía sentido. Parecía alterada, como el tiempo inestable. Estaba celoso y desconcertado por la forma de plantearlo, como si fuera casi un extraño. Se había imaginado muchas veces que se sacaba la polla, empezaba a acariciarse delante de ella y le decía: *Ven, chúpamela*. Y se había imaginado cómo reaccionaría ella. No lo había hecho nunca. Y ella tampoco, aunque él fantaseaba a menudo con la idea de que se masturbaba delante de él, arrodillada, con las piernas separadas, o a cuatro patas. La respuesta era sí. Pero no se movió ni dijo nada. Ella seguía mirándolo, sin ruborizarse, sin avergonzarse, sin desesperarse. Únicamente con la duda de cuánto podía durar un momento tan arriesgado, tan precario, antes de estropearse. Se había empalmado. Sabía lo que tenía que hacer. La rabia ganó la partida.

¿Qué intentas demostrar, Evie? ¿Qué?

Ella encogió un hombro, uno solo, con una despreocupación absoluta.

Se sentó sin cerrarse la bata. Apoyó un pie en el asiento de la silla. Él le vio el coño, los pliegues y la sutura oscura. Se excitó y se sintió incómodo. Debería besarla, besarle los pechos, hacer lo que le había pedido. Pero había en la actitud de Evie un exceso de intimidad por un lado y una falta de intimidad absoluta al mismo tiempo. No le gustaba ese aire indiferente, esa petición tan banal, como si

le pidiera que fuese a comprar leche. Se bloqueó. Era absurdo.

Dime qué estás haciendo. ¿Qué estás haciendo?

Pedirte que vengas a la cama conmigo.

Estás muy rara. Ni siquiera te has duchado. Estás hecha una pena. Te estás destrozando con esa comida basura. Te pones a beber whisky a las diez de la mañana y me dices locuras en la cocina. Y lo de anoche. ¿A qué venía?

Solo quiero echar un polvo, Alex. Nada más. Si no te apetece no pasa nada. A lo mejor más tarde.

Se inclinó sobre la mesa, recogió una mancha pringosa con un dedo y se metió el dedo en la boca. No estaba enfadada. Simplemente, la negociación no había funcionado. Se avergonzó, en parte por haberla atacado y en parte por la impotencia de su estado de ánimo. Pero ella estaba paseando tranquilamente por la cuerda floja de su relación, como si atravesara un campo de minas, como inmune a todo. Y esa manera de reaccionar al rechazo era ridícula, infantil o autista. Dio media vuelta y salió de la cocina.

EN REALIDAD NUNCA la había querido de verdad, con una pasión intensa y debilitante, como esa de la que hablan las películas y las canciones. Le había tomado cariño con el paso del tiempo y estaba cada vez más unido a ella. Tenía detalles agradables con él: le preparaba sándwiches para que se los llevara al trabajo, le cambiaba el cepillo de dientes cuando las cerdas empezaban a gastarse. Otros hombres la encontraban atractiva; sus colegas le decían a veces que tenía mucha suerte, y Richard sentía algo por ella desde hacía años. Siempre se acordaba de su cumpleaños y le hacía regalos sencillos, aunque pensados con cuidado; se ponía de su parte cuando discutían, aunque discutían poco. Objetivamente, ella era un chollo, pero nunca le había producido emociones de vértigo. Nunca se había atormentado pensando que podía marcharse, o dejar de quererlo, que era insustituible para él.

Lo primero que le gustó de ella fue su nombre: Evie. Como una estrella de cine de los años cuarenta. Le gustaba salir con chicas de nombres curiosos, en la universidad y después: Lola, Oriana, Kiki, Simone. Nunca eran tan libres ni tan interesantes como insinuaban sus nombres. Él esperaba chispa y petulancia, una inteligencia sibilina, alguien quizá difícil de manejar, pero fascinante y digno del esfuerzo, capaz de inspirarle emociones tórridas, una lujuria casi enfermiza; alguien que le quitara las ganas de ascender, alguien con quien pudiera

experimentar y llevar una vida interesante.

Lo que tú quieres son locas en plan bien, no en plan mal, le había dicho Richard. Una mujer de fantasía. Eso es una gilipollez, Alex. Haces lo imposible para que se enamoren de ti y luego cortas el vínculo. Es absurdo.

Había estado con unas cuantas mujeres, y se decía a sí mismo que estaba embarcado en una búsqueda romántica. Todas aspiraban a tener trabajos especiales: escritoras, terapeutas a través de la danza. En general vestían con originalidad, de una manera poco convencional: con camisas de gasa rosa que dejaban ver el sujetador; zapatos de hombre; incluso rebeldes estolas de piel de estilo *vintage*. Al principio parecían muy seguras, incluso engreídas. Él las animaba a presentarse y conseguir el papel, y ellas se creían con derecho a tomarse libertades. Cuando se agotaba la novedad del sexo, cuando no lograban demostrar que tenían un talento único, él no conseguía establecer un vínculo. Debajo de ese falso exotismo, querían maridos, dinero o casas grandes en la ciudad. O quizá estuvieran locas de verdad. Lo normal era que a las seis semanas él estuviera decepcionado o aburrido. O que la situación explotara.

La última —Simone, la que hacía música para niños— resultó un desastre. Después de varias rabetas y detalles excéntricos, intentó alejarse de ella. Pero se presentó en su casa, indignada, se le insinuó agresivamente y terminaron en la cama. Al día siguiente, cuando él le explicó su postura, ella lo acusó de que intentaba dejarla embarazada, lo arrastró a la consulta del médico, para que le dieran la píldora del día siguiente, y le obligó a presenciar su «aborto».

Cuando conoció a Evie, ya había renunciado a la idea de la mujer excepcional. Se conocieron en la fiesta de Navidad de Richard. Era muy alegre y todos los hombres iban detrás de ella. Él se presentó a la gente del grupo a la que no conocía y la estuvo observando. Tenía el pelo corto y cobrizo, los ojos brillantes, aunque no iba colocada. Su constitución no indicaba una belleza eterna. Bailaron. Se movía bien, tranquila pero insinuante. Tenía los ojos grandes y bonitos. Richard no paraba de acercarse con una botella para llenarles la copa, intentando sumarse a la conversación. ¿Por qué no?, pensó él.

Tuvieron varias citas agradables. Evie era agradable. Sonreía mucho y vestía bien. A él le gustaba que otros hombres se sintieran atraídos por ella. No se enfadaba ni trataba de reforzar su ego. En cierto modo, el compromiso era un alivio para él, viniendo de ese otro territorio extremo. Pero Evie no era tonta. Se daba cuenta de que él se reservaba, de que no se declaraba; de que aquella no era la trayectoria normal de dos personas enamoradas. La conversación surgió una

noche, mientras cenaban en un restaurante, y él dijo que no estaba seguro de lo que sentía por ella. No sentía nada tremendo por nadie. Discutieron, no se gritaron, pero definitivamente tuvieron una discusión.

Entonces, ¿no te inspiró gran cosa?, le preguntó. ¿Qué soy? ¿Un simple decorado?

No. Mira, eso no afecta a nuestra relación, dijo él. Lo pasamos bien.

¿Estás loco? Pues claro que afecta. Yo quiero algo más. ¿Quién no?

Se levantó, sin prisa, cogió su bolso y se marchó. Hizo una salida sublime, elegantísima. Intentó llamarla por teléfono pero ella no contestaba a los mensajes. Poco después empezó a salir con otro. Se enteró por Richard, que seguía en contacto con ella. Eso le molestó; no, le picó. No podía dejar de imaginársela con su amante. Pensó que quizá había estado ocultando o bloqueando sus emociones. Aguantó un mes antes de llamar a su puerta para decirle que no podía vivir sin ella y pedirle que se casara con él. Estaba casi convencido. Esa noche lo hicieron varias veces —para él fue lo más parecido a algo importante que había sentido nunca— y se comprometieron. Todo salió bien. Se casaron. Se compraron una casa. Fue bonito.

SIGUIÓ ENFADADO TODO el día. Lavó el coche. Arregló la rueda pinchada de la bici. Pasó fuera el mayor tiempo posible. Evie se quedó en casa, vagueando, comiendo dulces, escuchando la radio y hojeando revistas. Cuando la espiaba por la ventana, no le parecía triste ni preocupada. De vez en cuando se preparaba una taza de té. Se pintó las uñas. Si algo le pasaba, estaba claro que sabía manejarlo. Estaba enfadado pero también sentía curiosidad.

Por la tarde empezó a lloviznar, se levantó viento y poco después cayó un chaparrón que oscureció el asfalto de la avenida del jardín. Decidió entrar en casa, harto del olor a grasa del suelo del garaje y de la bombilla sucia y pelada. Dio una vuelta rápida por la planta baja. Evie no estaba allí. Oyó unos ruidos leves en el piso de arriba, en el dormitorio. Se detuvo a escuchar en mitad de las escaleras. Oía un sonido rítmico, entre un ronroneo y un gemido, femenino. Enseguida se dio cuenta de lo que era. Cruzó el pasillo y abrió la puerta del dormitorio. Evie estaba desnuda en la cama, tumbada de lado, con la mano entre las piernas. Tenía el ordenador portátil a los pies de la cama. Oyó los gemidos y los cachetes aunque no veía la pantalla.

¿Qué pasa?

Su mujer no apartó la vista de la pantalla.

He encontrado este sitio, dijo en voz baja, distraída. Es el que más me gusta.

Sintió que le ardía el cuello. Se le aceleró el pulso. Esperó un momento y se acercó a la cama. En la pantalla, un hombre se estaba follando a una mujer por detrás. Le agarraba las nalgas, clavándole los dedos en la carne. Ella temblaba cada vez que la embestía. La cámara enfocaba el pene brillante, entrando y saliendo. Era una imagen hipnótica. Y bochornosa. No era nueva para él —le resultaba muy familiar—, pero su mujer estaba allí, viéndolo.

Me gusta esta parte, dijo Evie.

El hombre de la pantalla sacó el pene. Entonces se vio mejor a la mujer. Tenía el pubis depilado, la carne de un color amoratado oscuro. El hombre se arrodilló, metió la cabeza entre las piernas de ella y empezó a lamerle la raja. Evie se tumbó de espaldas, con la cabeza levantada para ver la pantalla.

Desnúdate, le dijo.

Estaba sintiendo un deseo doloroso. Se había olvidado de todo lo demás. Y ganó la respuesta automática. Se abrió la bragueta y se bajó los vaqueros. Se sacó la camisa por la cabeza sin desabrocharla. Forcejeó para quitarse los calzoncillos. No se besaron. Evie se arrodilló. Agachó la cabeza y se lo metió en la boca. Él deslizó la mirada por su espalda hasta la pantalla, donde el hombre estaba separando las nalgas de la mujer para penetrarla de nuevo, más arriba. Momentos después, Evie apartó la boca, se retiró y se dio la vuelta. Lo sacó de quicio. Tenía ganas de abofetearla. No entendía nada, pero daba lo mismo. Nada tenía sentido. Evie empezó a gemir. La mujer de la pantalla también gemía. Formaban un armónico visceral. El hombre la agarró del pelo y tiró con tanta fuerza que la levantó, doblándole la espalda en un ángulo inconcebible. Notó que iba a correrse pronto. Entre gemido y gemido, Evie decía cosas incomprensibles, como si estuviera en trance, como si pronunciara un conjuro. Luego:

Hazlo si quieres. Hazme eso.

La agarró del pelo con el puño y dio un tirón. Estaba jadeando tanto que creyó que iba a volverse loco. Volvió a tirarle del pelo y cambió de posición. Hizo una secuencia de movimientos leves. El músculo se tensaba y se relajaba. Se excitó y empezó a moverse más deprisa. La conciencia del placer era brutal. Era excesiva. Sintió que llegaba el clímax, lanzó un bramido y se desplomó encima de ella.

Se quedaron un rato quietos hasta que él se apartó despacio cuando terminó la película. Evie se incorporó y se puso a ojear los contenidos de la página web. Él

se quedó mirando las sábanas revueltas, satisfecho, perplejo.

Volvieron a hacer lo mismo todas la noches, y por la mañana, antes de ir al trabajo. No siempre veían pornografía, aunque ella normalmente quería. Al principio ella necesitaba incitarlo, hasta que se dio cuenta de que tenía permiso permanente. Para todo. Probaron distintas maneras. Se grabaron en vídeo. Vio a un hombre como él practicando sexo oral, lamiendo primero despacio y luego con desesperación; la vio a ella masturbándose sin ningún pudor. No reconocía a la mujer que miraba fijamente la cámara. Ella no quería preliminares ni romanticismo. Quería simplemente intercambio carnal. Mientras lo hacían, decía cosas disparatadas, inconscientes.

Está dentro de la luz del día. Nos mojamos. Está en el fondo. En el fondo.

Era casi un rito chamánico. Evie parecía en trance, con las pupilas dilatadas, como si obedeciera órdenes y no pudiera parar. Tenía una expresión desconcertante, de placer, de miedo y de deseo. Impresionante. Le habían crecido los pechos, y cuando estaba encima le colgaban; cuando estaba debajo le temblaban. Lo que más le excitaba era oírle decir que había otro hombre con ellos.

Ah, los dos dentro de mí. Haré lo que queráis, lo que queráis. Haré lo que queráis.

Quiero ver cómo te folla el coño. Quiero ver cómo lo cabalgas, cómo se corre y te lo echa todo encima.

No había reglas. Era fácil decir esas cosas; fácil dejarse llevar. De repente se habían encontrado en la desinhibición, por algo que él no llegaba a comprender. La edad de Evie, las hormonas, la recuperación de un apetito perdido, la aparición de otra persona; daba lo mismo, daba igual.

Hacia el final de la tercera semana se dio cuenta de que Evie tenía una herida, de que estaba sangrando, y le preguntó si le dolía. Ella dijo que no tenía importancia. Quería seguir sintiendo todo aquello; su cuerpo por fin sabía para qué estaba hecho. Le obligó a seguir, a hacerlo otra vez. Había más sangre, un chorro alarmante en las nalgas de Evie y en las sábanas. Él no quería parar, aunque se daba cuenta de que pasaba algo. Nadie podía llegar a esos extremos de delirio sin un motivo. Registró el bolso de Evie mientras ella se daba un baño. No sabía qué estaba buscando: puede que drogas, una receta, algo. Barras de labios, pañuelos de papel, envoltorios de chocolate, un discreto vibrador blanco que él no había visto nunca. Había una carta de amonestación de su empresa, por comportamiento impropio. Le preguntó por ella cuando salió del baño.

Se te ha caído esto. Aquí dice que has dicho cosas raras a la gente de la oficina. ¿Es verdad, Evie?

No sé dónde está el problema, contestó, lanzando a la cama la toalla mojada. Son un muermo, parecen de cristal. No lo entienden.

¿Qué no entienden?

Lo que hay que hacer. Que hay que hacerlo siempre que se pueda.

¿Hacer qué?

No sé explicarlo con palabras, Alex. Ven a la cama.

Se acostó a su lado. Ella se puso la mano entre las piernas y él le sujetó la muñeca.

No, le dijo suavemente. Intenta explicarlo, Evie. ¿Qué está pasando?

No te enfades.

Y entonces se echó a llorar. Con sollozos rápidos, sin lágrimas. Parecía una niña. Se le hizo un nudo en la garganta. ¿Qué iba a decirle? La abrazó. Se había convertido en una versión extraña y decadente de sí misma. El llanto no duró mucho. De repente se sentó y se olvidó de la angustia.

Intenté que Karl se acostara conmigo. Luego se lo pedí a Toby. Tú no estabas. Te quería a ti, pero estábamos trabajando.

¿Qué?

¿Me ayudarás? Tengo que saber lo que se siente. No puedo dejar de pensar en eso.

¿En qué?

Tenía la cara de Evie delante: expuesta, seductora, alterada.

En ti y en mí con alguien más.

Él sabía que iba a decir eso. Habían interpretado el guion con demasiada intensidad, se habían metido tanto en el papel que era imposible que aquello no tuviera consecuencias. Pero él era consciente de que había una línea, y que si la cruzaban, ya no habría vuelta atrás. A partir de ahí la dinámica cambiaría continuamente; no habría límites.

Por favor. Quiero probarlo. Seguro que es maravilloso. Como si tuviéramos un sol dentro. Se parece a eso; siento cómo arde.

Se metió la mano en la boca y tomó aire, como si se abrasara.

Dices cosas que no tienen ningún sentido, Evie.

Tengo que hacerlo. Esto es solo vivir, Alex. Esto es solo vivir. Es insignificante. Yo sé cómo sentir. Y eso es lo auténtico. ¿Me crees?

Volvió a acercarse a él. Se cubrió la cara con las manos. Los ojos. El iris

encendido de verde y dorado eléctrico.

Elige tú. Elige a quien quieras. Tráelo. Haré lo que quieras.

Había en su mirada un retroceso, un deseo puro y sin construir. Nunca la había visto tan guapa.

¿Por qué es lo auténtico?

No lo sé. Es un don.

CONVENCIO A RICHARD para salir de copas un día entre semana. Richard le preguntó por Evie.

Está ocupada. Vendrá más tarde. No fue capaz de decir más.

Y pareció una evasiva, porque nunca salían sin ella. Estaba nervioso y bebió deprisa. Tenía que plantearlo con espontaneidad, con naturalidad, o Richard se negaría. Miró a su amigo, sentado al otro lado de la mesa. No se lo imaginaba. Habían compartido piso cuando iban a la universidad, pero Richard nunca daba detalles concretos de lo que hacía con las chicas y él nunca lo había visto en momentos de intimidad. Quizá fuera mejor buscar a un desconocido, aunque eso parecía un poco temerario. Pidió otra pinta para los dos y luego un whisky.

Oye, tío, pisa el freno, dijo Richard. Me voy a emborrachar. Ya estoy borracho.

Sí, perdona. Tenía ganas de relajarme un poco. ¿Sabes qué? ¿Nos vamos a casa y nos tomamos la última con Evie?

¿No iba a venir aquí?

No. Vamos.

Salieron del bar y echaron a andar. Iban sin abrigo. El aire era templado. El mundo parecía más grande.

¿Estáis bien, tú y Evie?

Genial. ¡En revolución!

Ah. Me alegro. Joder. Hacía tiempo que no me emborrachaba tanto. Pensaba que me estabas haciendo beber para confesarme algo malo. Que tenías una aventura. Te habría matado.

No. Solo me apetecía pasar una noche divertida. No somos tan mayores.

Cierto.

Al llegar vieron las luces del piso de abajo encendidas, pero Evie no estaba. Alex la llamó y dijo que Richard había venido a tomar una copa. Se dio cuenta de que habló como un mal actor, sobreactuado, como los personajes histriónicos

de las películas que veía Evie. No sabía cómo interpretaría ella su papel. Últimamente era tan directa, tan explícita que temió que pudiera asustar a Richard si se precipitaba. No se andaba con sutilezas. Habían hablado de lo que podría pasar, de cómo sería Richard en el papel de amante, cómo de receptivo, pero su reacción era imprevisible: de horror, de asco, de ganas. Era una apuesta.

Bajó en camisón, con el pelo mojado, como si se lo acabara de lavar. Les sonrió a los dos. El ambiente parecía cargado. Precognición. Iba a funcionar.

Richard, dijo Evie. Le dio dos besos en las mejillas y otro en la boca, riéndose, con aire juguetón.

Richard estaba colorado: por la cerveza, por el paseo, por el placer de ver a Evie. Ella se sentó en el sofá y empezó a hablar como hablaba de un tiempo a esta parte, sinápticamente, haciendo comentarios geniales y desconcertantes. Alex vio que Richard la escuchaba con agrado y que intentaba seguirle el hilo. Se fue a la cocina y cogió una botella de vino del botellero. Lo descorchó, se sirvió una copa y se la bebió. Luego volvió al salón con la botella y unas copas.

Vamos a pasar una noche estupenda, dijo, en voz demasiado alta.

Se bebieron la botella y abrieron otra. Era divertido, era ridículo, jugaron a juegos absurdos. Evie coqueteaba con los dos, y él y Richard conspiraban. Se les echaba encima de las piernas, encima del pecho. Se deslizó la bata por el hombro para enseñarle a Richard un tatuaje nuevo. Todo empezó poco después. Empezó casi sin que se dieran cuenta, como un cambio de estación o un régimen. Al principio parecía irreal, pero luego la cosa se puso seria. No hicieron caso de las protestas de Richard, aunque fueron pocas: Más vale que paremos. Vamos, chicos. Esto es una locura. Evie lo tranquilizó. Alex lo tranquilizó. Cuando ella se desnudó, cuando Richard la vio desnuda, cuando dejó que ella le cogiera la mano y se la pusiera donde quiso, cuando empezó a creer que no había nada prohibido, que ni siquiera él se prohibía nada, que solamente había amor, todo se aceleró. Se acabaron las risas. Se aturdieron y se excitaron. Richard actuaba con una confianza asombrosa. No había condones. Se conocían. Así estuvieron varias horas, turnándose los dos. Ella siempre invitaba al otro a sumarse. Alex quería mirar desde la silla. Quería ver cómo la tocaban, la agarraban, la abrían, y cómo respondía ella. Empezó a comprender que los celos eran únicamente deseo; el deseo de hacer lo que veía que le estaban haciendo a su mujer. Subieron al dormitorio y se quedaron dormidos. Se despertó una vez y vio que Richard buscaba el coño de Evie. Fue increíble, mucho más sensual de lo que imaginaba. Se acercó a ellos. Estaba mareado y eufórico. Seguían borrachos,

pero lúcidos. Se dormían, se despertaban. Se acordó de un momento, o estaba viviendo un momento, en que Evie se puso a cuatro patas delante de él. Él se la metía por detrás. Richard estaba arrodillado delante de Evie, que tenía su polla en la boca. Estaban unidos por el cuerpo de Evie. Se miraban a la cara. No habría ningún problema.

Volvió a quedarse dormido. Se despertó al notar que Richard lo estaba llamando, tocándole en el hombro. La luz blanca del amanecer. Le estallaba la cabeza, le sabía la boca amarga.

¡Alex!

Evie estaba tumbada boca abajo, con las piernas abiertas, convulsionando. Mugía en voz baja, como una vaca. Notó un olor a despojos.

De pronto se ha puesto así, dijo Richard. No sé por qué. Yo estaba encima de ella. Ayúdame a darle la vuelta.

Se puso al lado de Richard y la movieron entre los dos. Tenía espuma en la cara y en el pelo, con olor a bilis y a alcohol. Intentó sujetarle la cabeza, pero los músculos del cuello no paraban de moverse. Tenía los ojos en blanco, la mandíbula agarrotada; echaba saliva por la boca.

¡Joder, Evie! ¡Evie! ¡Avisa a una ambulancia! ¿O la llevamos en coche?

No. Llamaré, dijo Richard.

Bajó las escaleras corriendo. Las convulsiones de Evie eran tan fuertes que parecía que la columna vertebral iba a partirse. Poco a poco se fueron calmando. Richard volvió con los pantalones puestos y cara de cadáver.

Ya están en camino. ¡Joder! ¿Qué le pasa? ¿Qué puto juego depravado es este?

UN MÉDICO JOVEN le hizo preguntas en la sala de espera de Urgencias. Sobre el ataque. Le preguntó si a Evie le dolía la cabeza últimamente, o si vomitaba, si tenía pérdida de visión o de memoria. Dijo que creía que no. Y su comportamiento, ¿había notado algún cambio? ¿De qué tipo? ¿Se había preocupado?

Descartaron una trombosis y consumo de sustancias tóxicas. Se la llevaron para hacerle un escáner. El médico era evasivo, profesional, pero Alex se dio cuenta de que el escáner no era buena señal. Richard había venido en taxi detrás de la ambulancia. Se sentaron los dos en las sillas de plástico duro mientras sedaban a Evie y le hacían pruebas. Le había llevado un café. Pero no hablaron.

No lo sabía, quería decirle Alex. Aunque Richard no le había culpado de nada, el silencio era una acusación. Las continuas preguntas de su amigo sobre el estado de su mujer que había tenido que esquivar las últimas semanas eran una acusación. No tenía sentido que esperaran los dos. Le prometió a Richard que lo llamaría en cuanto tuviera noticias.

Un especialista vino a la sala de espera. El escáner mostraba un área del cerebro anormal, en el córtex prefrontal. De momento no sabían qué era. Pero el aspecto les hacía desconfiar.

¿Se refiere a un tumor?

Tenemos que analizarlo.

Volvieron a hacerle las mismas preguntas, más precisas. Le pidieron la cronología de los antojos de Evie, de su confusión, de su promiscuidad. El especialista asentía a las respuestas de Alex, como si confirmara un diagnóstico. Cuando le dejaron ver a Evie, estaba dormida. Le cogió la mano por debajo de la sábana. No se despertó. A la luz de la lámpara del techo parecía normal, corriente.

Todo lo que ocurrió después fue el castigo por un delito desconocido. Las imágenes de la resonancia magnética. La mancha blanca. Dijeron que Evie tenía suerte y mala suerte. El tumor, aunque probablemente benigno, era grande. No recordaba qué nombre le habían dado y tuvo que consultarlo. Meningioma. No afectaba a tejidos importantes —Alex no sabía si en el cerebro había algo que no fuera importante—, pero estaba presionando la zona de alrededor y eso interfería en las funciones cognitivas y en el comportamiento. Tuvo nuevos ataques a lo largo de las semanas siguientes. En el segundo se rompió una muñeca. Se ahogó con sus vómitos y se le infectó un pulmón.

La medicaron para controlar los ataques. Empezó las sesiones de radioterapia. Se fijó la fecha de la cirugía. Alex no soportaba pensar en la operación. El tumor se encontraba en un sitio difícil y no podían intervenir con técnicas de Gamma Knife o cirugía endoscópica. Tenían que hacer una craneotomía. Consultó en Internet. Las imágenes parecían medievales. Cabezas abiertas por la mitad. El cuero cabelludo retirado. Membranas y crines de color lila, horrorosamente húmedas y delicadas. En un vídeo, un cirujano describía el ruido del cráneo al rajarlo como *el chasquido de una lata de coca-cola al abrirla*. Intentarían hacer las incisiones por detrás de la línea de nacimiento del pelo, pero quizá necesitara cirugía plástica más adelante. Los riesgos eran muchos: hemorragia, aneurisma, coma.

Evie seguía queriendo sexo. Seguía ensartando palabras raras. Hablaba como una visionaria, tenía deslices mentales y reacciones instintivas. Pero ahora sabía lo que le pasaba. Era consciente y buscaba una explicación racional; se controlaba. Cuando estaban en pleno acto sexual, le clavaba las uñas y empezaba a aullar. Entonces paraban.

No soy yo, decía. No sé si soy yo.

No tenía miedo. Sabía que no iba a morir. La recuperación sería dura, impredecible, tendría que reaprender muchas cosas. Quizá nunca volviera a ser la misma persona o a sentir como antes, pero viviría. Él no sabía si lo creía de verdad o si quien lo decía era el destello, la manía de la enfermedad. Porque ahora era una enfermedad. Con nombre.

Se lo contaron a Richard poco después de recibir el diagnóstico definitivo. Lo convencieron para que fuera a cenar y le aseguraron que era muy importante, que no era un juego. Richard lloró. Evie lo miró sin ninguna expresión y se fue del salón.

¡Joder, Alex! ¿Por qué ella?

Se pondrá bien. Es fuerte.

Richard negó con la cabeza.

Eres idiota. ¿No lo entiendes? ¿Qué es lo que no entiendes?

Se quedaron callados, tomando una copa hasta que se diluyó la tarde.

Richard llamó la mañana siguiente a la operación, pero no fue al hospital. Siguió llamando con regularidad pero nunca fue a verla. Su decisión de retirarse era evidente, incluso compasiva. Le resultó difícil pero no le importó. Se alegraba de que su amistad no se hubiera roto definitivamente. Hablaban de cosas sin importancia. Del trabajo, del tiempo, del pasado. Nunca hablaban de lo ocurrido esa noche, a pesar de que él pensaba en esa noche muy a menudo, mucho más de lo que debería.

Una de cada cuatro

MI QUERIDA CHRISTINE:

Sé que no puedo llamarte así, pero os sigo queriendo mucho a ti y a los niños. Siento que tengas que leer esta carta. Siento no haber sido más fuerte. Sé que te he decepcionado. No debería haberte involucrado en esto, pero ¿cómo no ibas a involucrarte? Es un lío tremendo. No dejes que Nicky y Dominic piensen que todo es negativo. No soporto la idea de que me odien. Sigo viendo la cara que puso Dominic la última vez que intenté hablar con él. No volveré a intentarlo. Me desperté a medianoche, aterrado porque se había contagiado. O tú. Estoy seguro de que hemos entrado en la segunda fase. Cuídate mucho. Depende de ti, Chrissy. Tienes un sistema inmune más fuerte y eso es un inconveniente. Ya lo sabes, porque me has oído decirlo un millón de veces. Si te sientes mal, por cualquier cosa, no vayas al médico. No vayas a ningún sitio público y lleno de gente. Ojalá pudiera pedirte que me lo prometieras. Y no pidas el antiviral. La gente hace cola para conseguirlo pero no funciona, simplemente te hace creer que ha funcionado. Nunca te lo dije pero la idea fue mía, mi marca registrada: Vedigripal. El dios de la curación después del Vediovis. No te imaginas lo que significa para el ego crear una cosa así. Todos nos convertimos en dioses. A ti mi trabajo te parecía aburrido, ¿verdad? Todo ese rollo teórico. «Una tormenta de citocina suena tan interesante como es», dijiste una vez. Mira la tormenta ahora. Tiendas de campaña alrededor de los hospitales, caos, gente que se ahoga en sus propios fluidos. Fuera del laboratorio es todo muy distinto. El virus me parecía precioso cuando lo observaba al microscopio. Un planeta bellísimo, con tantos brazos extendidos. Es un bicho muy inteligente, Chrissy, que nos utiliza para matarnos. Somos el arma perfecta.

Quiero que los chicos lo sepan: No abandoné las pruebas. No mentí. A lo mejor no insistí lo suficiente en que era ineficaz, pero seguí los protocolos a rajatabla. Lo planteé en las reuniones. Seguro que te acuerdas. Les dije que teníamos que esperar, que aún no estaba listo, que cuando Cochrane tuviera los datos completos el prestigio de la compañía quedaría por los suelos. No me

escucharon. Escuchar no da beneficios. Nadie podía impedirlo; yo desde luego que no. Son una agencia del gobierno, Chrissy. Al menos la CIC está financiada por Eli-Meyer. He visto los correos electrónicos. Me han quitado el ordenador y ya no puedo demostrarlo. Y Sharon Blake no responde a mis llamadas. Me han dicho que está promocionando un libro. A la prensa ya no le interesa. La denuncia de ayer fue una broma de cojones. Solo quieren hablar con los epidemiólogos, ver las historias de los servicios de Urgencias, anunciar el fin del mundo. Alguien se está enriqueciendo además de Meyer. Piensa en esa foto del niño dormido en un banco de Paddington, y en la gente que pasa a su lado sin hacer nada. Pero no está dormido. Sigo viendo esa foto en todas partes, no me libro de ella. Eso se lo hicieron ellos. Sí, ya sé que es más de lo mismo y que estás harta de oírlo. Solo necesito que lo comprendas.

En fin, vamos a lo esencial. La culpa es mía. He contribuido a desarrollar un fármaco que hace que la gente se sienta bien, que salga de casa y contagie a otras personas. Dicen que una de cada cuatro morirán: la cuarta parte de la población. Cien años después de la gripe española no estamos más seguros. Quizá debería limitarme a esperar. Podría tener un golpe de suerte o terminar yo mismo en el depósito. Pero no puedo más, Chrissy. Me están exprimiendo. El teléfono no para de sonar. Me he mudado cuatro veces en un mes, pero siempre me encuentran. Son muy listos, esos cabrones. Saben cómo hacerte hablar, cómo meterse dentro de tu cabeza. Siempre de noche, cuando parece que todo está perdido. O justo después de hacer la ronda en los colegios, cuando podrías ser tú quien me llamas porque ha pasado algo. Y más cosas. La semana pasada movieron mi coche. Lo dejaron justo al otro lado de la calle, pero lo movieron. Y esos envíos: me envían sobre todo pornografía pero también cartas del banco, de cuentas que nunca he tenido, todas en números rojos. Y, esto no te lo vas a creer: ¡la factura del entierro de mamá!: 2.863,80 libras por un ataúd de cartón, rosas y fresias. ¿Cómo saben que le encantan las fresias? ¿Cómo han podido preguntárselo cuando ella ni siquiera recuerda su nombre? La funeraria no existe: he llamado. La semana pasada me mandaron una placa de matrícula nueva: H5N1. La policía no me hace caso. Todos creen que estoy loco. Que deliro. Ya ni siquiera me permiten acceder a los ordenadores de la biblioteca, porque dicen que alboroto mucho, que molesto a la gente. Sé que te han enviado esa carta y las fotos, y lo siento. Debería habértelo dicho, pero temía que te marcharas. Y ahora te has ido. Quizá me lo merezca todo. Ojalá terminara de una vez. ¿Por qué no paran de una vez? Estoy acabado. Todo está acabado.

No dejo de pensar en nuestro jardín de Stokenchurch. ¡Qué luz tan bonita teníamos al atardecer, debajo de los árboles! ¿Verdad? Y en ese columpio que a los niños les encantaba. ¡No sabes cuánto lo echo de menos! No me acerco por allí: nunca te haría eso, aunque sé que te has ido. Los bosques de Merryhill. Es un sitio tranquilo. No hay demasiada gente. No se me ocurre otra cosa. Llevo meses y meses asustado. La verdad es que eso es lo único que recuerdo, pero ya no tengo miedo. Es curioso ver que empiezas a sentirte mejor cuando por fin comprendes lo que tienes que hacer, cuando consigues salir de lo que te está aplastando. Estoy muy cansado, Chrissy, muy triste. Uno no se da cuenta de lo insignificante y lo débil que es hasta que le demuestran lo grande que es todo lo demás. La verdad es que estamos todos desesperados, que no podemos seguir adelante, aunque en realidad no somos nada más que muestras microscópicas. Me he pasado toda la vida intentando encontrar una cura, y de repente, aquí la tengo.

J.

Vuotjärvi

SE HABÍA PUESTO de pie en el pantalán para verlo nadar. La cabeza se hacía cada vez más pequeña a medida que se alejaba sobre la superficie del lago. Al cabo de un rato, se volvió a mirar hacia la orilla. Tenía la cara blanca y desdibujada. Sus facciones se eclipsaron cuando volvió la cabeza de nuevo para seguir nadando. El agua tenía un color ocre, con manchas de óxido allí donde el sol iluminaba las zonas profundas. El día de su llegada se habían arrodillado en la estructura de madera para examinarla. Recogieron un poco de agua en el cuenco de la mano e intentaron discernir qué partículas llevaba en suspensión o qué le daba aquel tinte. La turba, quizá. Algún mineral. El cieno pastoso del lecho del lago. Un bosque de pinos cubría la orilla de aquella masa reluciente. Detrás de los árboles se extendía el inmenso cielo escandinavo que, en todo el tiempo que llevaban allí, nunca había llegado a despojarse por completo de su luz por las noches. Les sorprendió la humedad, estando tan al norte. El aire era viscoso. La luz resplandecía en la hierba y en la corteza de los árboles. La gente del lugar se quejaba de que nunca había habido tantos mosquitos como aquel año. La primavera había sido buena para las larvas. Estaban en todas partes, zumbando en el aire, con las patas largas extendidas y cubiertas de polvo. Fuera de la cabaña no había escapatoria. En la caseta del retrete no había escapatoria. Parecía desprenderse por arte de magia de las paredes, de la paja y del serrín que cubría la arqueta debajo del agujero. Tenía una hilera de mordiscos en los tobillos, los brazos y las piernas. Las picaduras se habían hinchado, pero no le picaban.

Aunque había electricidad en la cabaña, habían acarreado cubos de agua naranja para lavar los platos y las tazas. Les dijeron que estaban haciendo una toma para llevar el agua de un pozo natural hasta la cabaña, pero la canalización aún no estaba terminada. Había otras dos cabañas escondidas entre las densas frondas de la orilla, pintadas de rojo, con un jardín de guijarros impecable. Tenían un aire muy bonito, de artesanía popular. Los vecinos se dejaban ver poco. A última hora de la tarde veían salir volutas de humo de las cabinas de

sauna. La segunda noche, cuando estaban en la orilla del agua contemplando el arranque de una puesta de sol vaga e infructuosa, dos siluetas salieron de la sauna más cercana, echaron a andar por un camino en forma de guadaña y entraron en el lago. Ella les saludó con la mano. Los vecinos finlandeses le devolvieron el saludo y se fueron nadando alrededor de un promontorio cubierto de pinos hasta que se perdieron de vista. Había en aquel país una cortesía y una formalidad sensual que le gustaban mucho. *Tenéis que quitaros siempre los zapatos dentro de casa*, les había dicho el amigo que consiguió que su prima les prestara la cabaña. *Es una costumbre esencial*. Desde que habían llegado iban siempre descalzos. Con poca ropa. Una tormenta había ablandado la hierba de alrededor de la cabaña. La primera noche la despertó el ronroneo de la lluvia en el tejado.

Notaba debajo de los pies el chapoteo y los golpes del lago en los tablones del pantalán. Él estaba a unos trescientos metros. Vio que estaba nadando a brazas. Apenas sacaba del agua las manos y los pies. No había vuelto a mirar hacia la orilla y avanzaba con movimientos lentos y regulares. La cabeza se hacía cada vez más pequeña. Había decidido llegar hasta una isla que había en el centro del lago y volver nadando. Serían algo más de dos kilómetros en total. Sabía que era un buen nadador y no estaba preocupada. En casa hacía largas travesías por los ríos. Ella nunca lo acompañaba. Le gustaba nadar, pero no distancias tan grandes. Le encantaba tumbarse de espaldas y dejarse flotar en el lago; sumergir la cabeza para oír la resonancia del medio líquido. O encogerse y estirarse, encogerse y estirarse. O mirarse las manos, como dos medias lunas blancas entre aquella masa de cobre ondulante.

El agua no estaba fría, a pesar de que el lago era profundo. Ya habían salido a remar en la barca de la cabaña. Echaron el ancla y la vieron hundirse hasta donde las sombras se ensanchaban y el fondo no era más que una elucubración negra. La temperatura era casi la misma que la de la sangre, uno o dos grados menos. Ese día, mientras pataleaban para mantenerse a flote, él la cogió de la cintura para acercarla a su cuerpo dulcemente. Los hombros, sumergidos en el agua, parecían manchados de desinfectante quirúrgico. Tenía la cara mojada. Notó en su boca un sabor a hierro cuando se besaron. De repente se quedó sin fuelle, por el ejercicio y el erotismo de los cuerpos a la deriva, por el recuerdo de lo que habían hecho esa mañana, tumbados de lado, él acoplado por detrás de manera que ella pudiera levantar ligeramente la pelvis como si derramara agua de dentro. Esa sensación de éxtasis, de avalancha, de ingravidez.

Sus temores habían empezado a fusionarse. No sabía cuál podía ser la profundidad del lago, y la presión que sentía en las piernas era engañosa: no parecía mayor que en las orillas. Debajo todo era territorio elemental. Materia vegetal en descomposición. Silencio béntico. Estando allí, la escala de su cuerpo parecía un error descomunal. Notaba una fuerza ascendente y descendente. La urgencia por salir del agua la impulsó a ir pataleando hasta la barca, escalar el costado y deslizarse por la borda. Una vez dentro, apoyó la cabeza en el tolete y respiró para soltar el pánico, asombrada por la intensidad del impulso. *¿Estás bien?*, le preguntó él. *No sé por qué he pensado que tenía que sentirme en peligro, y luego lo he sentido*, contestó. *Qué tontería. Y ahora, mira, estás ahí tan tranquila*, dijo él. Empezó a hacer aspavientos, como si se ahogara, y ella se echó a reír.

Llevó los remos de la barca cuando volvieron a la cabaña mientras él se tumbaba a tomar el sol en la proa, y poco a poco se acostumbró a la rotación de las palas largas y finas, a su manera de sumergirse y desplazar el agua. El bote pronto empezó a deslizarse y a dejarse gobernar más fácilmente. Atracaron en la playa, arrastraron la barca hasta los árboles y la ataron con la cuerda a un tronco. Le quitaron el tapón para que el casco no se llenara si volvía a llover. Después cruzaron el prado hasta la cabaña, envueltos en el aire cargado de polen y de insectos, con los hombros quemados por el sol, hambrientos pero sin prisa de comer. El cielo del mediodía era una pizarra inmensa. Al levantar el brazo notó en la piel el olor del lago, casi sexual, un olor a anguila. Solo era capaz de pensar en que él volviera a penetrarla por detrás, centímetro a centímetro, con la mano apoyada en su cadera, hasta que no pudieran más, o les supiera a poco y él la hiciera tumbarse de espaldas, se apoyara encima de ella y la sujetara del cuello, del pelo, con movimientos más fuertes.

Olor a eucalipto. A resina de pino. A picea. El carrizo susurraba a sus espaldas. La brisa peinaba la superficie del lago, la alisaba un momento y vuelta a empezar. El pantalán se balanceaba arriba y abajo, por instinto, como un diafragma. Las páginas del libro que él había dejado al lado de la cámara y las gafas de sol empezaron a revolotear. Lo cogió. Era una especulación sobre las posibilidades de que la humanidad se extinguiera en este siglo. Hablada de todas las maneras en que podía ocurrir. Epidemias. Terrorismo biológico. El impacto de un asteroide. *Finlandia es el sitio perfecto para leer un libro así*, había dicho él, en broma, cuando lo empezó en el avión. *Los finlandeses son grandes supervivientes. Creo que tienen un banco de semillas, por si lo fastidiamos todo.*

Me parece que está en Noruega, dijo ella. Se habían leído en voz alta pasajes aterradores a lo largo de los últimos días. *Que el período de incubación de la viruela sea de doce días significa que la enfermedad puede extenderse por todo el planeta antes de que se haya declarado o controlado la epidemia. La principal amenaza terrorista es el gas sarín.* Lo más impredecible eran los meteoritos, los supervirus y los strangelets. La materia oscura.

Se levantó, balanceándose sobre los dedos de los pies, y forzó la vista para ver la cabeza, convertida en un punto marrón que apenas se distinguía entre las olas que se deslizaban hacia la orilla. Había recorrido unos dos tercios del camino hasta la isla. Pronto lo vería trepar por la falda rocosa, a los pies de los árboles apiñados, y erguirse. A pesar de la distancia, aunque fuera diminuto, seguramente lo vería cuando saliera del agua. Tenía buena vista y él era alto. Y estaba desnudo. La forma del cuerpo pálido contrastaría con la masa verde oscura de la isla. Seguramente descansaría un rato antes de volver. Puso el libro debajo de la cámara.

*

ÉL HABÍA DECIDIDO nadar después de la sauna. La cabina de la sauna era preciosa, de diseño tradicional. Se encargó de prepararlo todo, de comprobar el tanque, retirar las cenizas y encender el fuego debajo de las piedras, como le había indicado la prima de su amigo. Esperaron a que subiera la temperatura y se tumbaron en los bancos, en aquel ambiente cargado de olor a cedro, atentos a los crujidos de la madera. El calor era tan denso que los inmovilizaba, les robaba las fuerzas. Estaban empapados de sudor, y hasta mover una mano para rozarse les suponía un esfuerzo extremo. Al cabo de un rato, la situación empezó a resultar forzada y el ambiente insoportable. Se dieron un baño en el lago y salieron del agua refrescados. Fue entonces cuando él dijo que intentaría llegar hasta la isla. *Creo que tardaré unos cuarenta y cinco minutos, o una hora. Hazme una foto cuando vuelva victorioso.*

Como ya no lograba verlo en el agua, fijó la vista en el punto donde pensaba que lo vería salir. El follaje se apelmazaba cuanto más lo observaba. Los pájaros sobrevolaban el lago. Cerca del pantalán, en el bosque, uno estaba entonando un canto de notas huecas y entrelazadas que no parecía diurno. Le costaba concentrarse ahora que ya no lo veía. Su mente empezó a divagar. Pensó en él, en sus ruidos de excitación, de sorpresa y de alivio cuando la leve obstrucción

cedía por fin, cuando encontraba su camino interno, entre el inmenso placer de los movimientos húmedos y repetitivos y los intervalos de aturdimiento. Se habían convertido en grandes maestros de aquella secuencia sostenida de actos lúbricos. Él se había vuelto más expresivo. Le pedía lo que le gustaba. Su voz, sus exigencias la excitaban tanto como sus manos. Antes y después de eso, el mundo parecía increíblemente vivo.

El pájaro que cantaba en el bosque levantó el vuelo. La palpitación que sentía en el pecho se interrumpió.

Pensó en la porcelana azul Arabia que habían visto en el mercado de antigüedades del muelle de Helsinki. En la arquitectura rusa de la ciudad: la catedral de Uspenski, con sus cúpulas doradas, y la estación de tren, custodiada por sus centinelas de piedra. En ese sustrato de tranquilidad finlandesa, de prudencia y elegancia, un diseño que jamás toleraría la corrupción. Helsinki era una ciudad atractiva, una limpia mezcla de historia y modernidad. Le faltaba gente. Tardaron seis horas en llegar al lago, y el paisaje boscoso apenas cambió desde que salieron de la ciudad. Los letreros de la carretera eran indescifrables. El finés era un idioma tan desconocido que ni siquiera se podía adivinar su pronunciación. Había leído que su fonética era similar a la de la lengua más antigua del mundo, una lengua que había cruzado continentes. El país tenía seis mil lagos. El suyo se llamaba Vuotjärvi. Se encontraba entre dos lagos más grandes, en la zona donde se hablaba el savo. El GPS les indicó que salieran de la autopista, continuaran por carreteras secundarias y recorrieran después 17 kilómetros por una pista de grava que discurría entre destellos de agua casi hasta su destino. El camino de acceso a la cabaña estaba invadido por la maleza y estuvieron a punto de no ver la entrada. Tuvieron que llamar a la dueña por el móvil, y al oír su voz detrás de los arbustos echaron a andar en esa dirección. Anna Sutela estaba encantada de conocerlos y prestarles la cabaña. Era más antigua que la mayoría de las cabañas de los lagos. El dueño anterior había visto un lobo en el jardín. Les había preparado una ensalada y se quedó a cenar con ellos antes de volver a Kuopio.

Ya habían pasado cuarenta y cinco minutos desde que él se fue, puede que algo más. Las orillas del lago tenían un tono oscuro a los pies de los árboles. En el centro, donde el viento no encontraba obstáculos, se veían algunas manchas blancas. O quizá fuera una corriente que venía de los otros dos lagos. El tiempo parecía irrelevante. Habían perdido los ritmos circadianos. El día anterior comieron a medianoche, aunque estaba segura de que ya era la hora del

anochececer. Escrutó la isla, buscando una forma intrusa. Quizá ya hubiera llegado y estaba dando un paseo, bordeando su circunferencia. Que siguiera nadando sería señal de que el ejercicio no era tan sencillo como preveía. Si seguía nadando, necesitaría más aguante.

El lago y el cielo se transmitían mutuamente manchas amarillas. La belleza del paisaje vacío era sobrecogedora. Empezaba a inquietarse. Debería haber estado más atenta, más vigilante. En realidad no tenía otra obligación. Forzó la vista. No se veía ni rastro de él. Llamarlo no serviría de nada, porque estaba demasiado lejos y los vecinos podrían oírlo y tomarla por una impertinente. Se acercó al borde del pantalán, como si unos centímetros más pudieran proporcionarle la claridad necesaria para localizarlo. La estructura de madera se hundió ligeramente y el agua le lamió los dedos de los pies. Retrocedió, dio media vuelta, cruzó el pantalán y echó a andar hacia la playa donde habían amarrado el bote. Empezó a desatar la cuerda atada al tronco del árbol.

Lo lógico era coger la barca. No pensaba que él pudiera estar en apuros, pero por si acaso. Quizá le estuviera costando demasiado. Quizá tuviera un calambre y estuviera flotando en posición vertical, o en posición de recuperación. Quizá estuviera sentado en la isla, cansado y pensando que había subestimado el esfuerzo. O quizá estuviera regresando y pudiera acompañarlo amigablemente, animarlo si flaqueaba, asegurarse de que estaba bien y no corría ningún peligro. Tendría que haber ido remando a su lado desde el principio, no porque creyera que no lo conseguiría, creía que sí, pero la barca sería un buen apoyo y no le restaría ni un ápice a su proeza, simplemente le garantizaría seguridad. ¿Por qué no había ido con él? ¿Por qué no había sido más responsable? Se lo había tomado con mucha indiferencia. Lo cierto es que no se le había ocurrido pensar en la posibilidad de que sucediese una tragedia; no había fundamento para eso, nada que justificara la necesidad de supervisar atentamente el ejercicio. ¿Podía estar pasando apuros en ese preciso instante, fuera de su alcance visual, en algún punto del agua?

Tiró de la amarra que él había atado ese mismo día. El nudo no parecía apretado pero sí muy tenso, y las lazadas de la cuerda sintética apenas cedieron unos milímetros. Pensó que no tenía fuerza suficiente para desatarlo. Y eso no era supuestamente lo más difícil. Lo más difícil sería empujar la barca por la playa desde donde la habían dejado, arrastrándola entre los dos, y meterla en el agua. Se puso nerviosa y empezó a tirar con fuerza de los dos extremos de la cuerda sin fijarse en lo que hacía. Una sensación horrible se estaba apoderando

de ella. La sensación de que mientras ella forcejeaba inútilmente, él estaba desapareciendo. *Putá cuerda. Vamos.* Se le escapó un grito de angustia. Paró un momento y procuró dominarse. Observó la forma sencilla del nudo. Luego empujó el extremo vertical de la cuerda a través de la presilla. El nudo se soltó y la cuerda soltó un zumbido al tirar de ella. La deslizó del tronco y la echó al bote.

El casco del bote era de fibra de vidrio, no de madera, pero aun así había notado que pesaba bastante cuando lo sacaron del agua. No sabía cómo arreglárselas sola, aunque fuera en sentido contrario, cuesta abajo. Iba descalza. Había dejado los zapatos en el porche de la cabaña, al otro lado del prado, demasiado lejos para perder tiempo en ir a buscarlos. Trató de no fijarse en lo vulnerables que le parecían los pies. Llevaba puesta una camiseta de algodón fina y la braga del bikini. Tomó aire, se apoyó en la proa y empujó. Se le hundieron los pies en el suelo. Tierra mullida, ramitas y cardos; guijarros en la parte de la orilla que daba paso a la playa. La embarcación se resistió, se movió un poco hacia delante y encalló. Volvió a empujar haciendo tracción y dándose impulso. La barca se deslizó por el delantal de piedras de la playa y entró en el agua. Era la primera vez que lanzaba un bote. La primera fase del feliz rescate, de un rescate en solitario. Empezó a imaginarse escenas positivas. Cómo lo contaría más adelante. Notó que sus reservas de fuerza interior se activaban. Y que la adrenalina se encendía como una vela.

Levantó un remo, lo enderezó, acopló la bola de metal en el tolete y repitió la operación con el otro remo. Siguió empujando el bote hasta que el agua le llegó a los muslos. Subió a bordo, se sentó en el banco y dio un tirón con el brazo derecho para girar la barca. Recordaba cómo había que hacerlo. A partir de ahí todo sería fácil. Todo sería cuestión de simple velocidad, de lo de prisa que pudiera remar. Giró y miró hacia la isla, se imaginó la trayectoria y empezó a remar. Los remos, que cuando probaron el bote por primera vez le habían parecido bonitos, cómodos y tradicionales, ahora le resultaban poco prácticos. Ejercitó los hombros, exagerando sus movimientos, perfeccionándolos. El agua era uniforme. Tenía la sensación de que no avanzaba, aunque en realidad estaba pasando por otras zonas de la orilla: por delante de la cabaña de los vecinos, que vista desde aquel ángulo nuevo tenía un césped verde eléctrico y un embarcadero con escalones para entrar en el agua; por delante del promontorio congestionado de árboles, con sus rocas escalonadas que llegaban hasta la superficie brillante. Se alejaba de la tierra. Pronto llegó a aguas abiertas.

Seguía tirando con fuerza de los remos. Los llevaba bien sujetos. La sensibilidad de las palmas de las manos presagiaba ampollas. Inclina el cuerpo hacia delante y empujaba hacia atrás. Iba a buen ritmo. No había pasado mucho tiempo desde que lo perdió de vista. Los toletes rotaban bien. Las palas desplazaban el agua. Se quitó de la cabeza la imagen de una forma amarillenta y borrosa que flotaba debajo del agua. Lo encontraría. Estaría varado en la isla. Se alegraría de verla. O, si estaba pasando apuros en el agua, le infundiría fuerzas ver que el bote se acercaba. Llegaría a tiempo de ayudarlo. Le daría su camiseta seca para que se la pusiera. Se arrodillaría en el casco delante de él para abrazarlo. Le diría que estaba enamorada de él, porque aún no se lo había dicho, a pesar de que llevaba semanas queriendo decírselo, aunque seguramente él lo había notado cuando la veía llenarse de vida debajo de él, cuando lo empujaba para mirarlo a los ojos en aquel impulso, en aquel estado distinto de todo, y ver su expresión concentrada y suplicante; o cuando le entraba esa euforia extraña y lloraba al alcanzar el clímax, esa conquista física mezclada con el temor y el presentimiento de la pérdida. *Es lo único que quiero. No puedo vivir sin esto.*

Empezaba a pesarle el ejercicio. La técnica perdía eficacia, o estaba cansada de haber remado antes. Parecía que el lago golpeaba cada vez más de lleno contra la proa. Necesitaba hacer un descanso, recuperarse y enderezar el bote. Aflojó las manos y flexionó los dedos. Volvió la cabeza y lo buscó con la mirada. Vio un charco de agua oxidada en el suelo de la barca.

Al principio no lo entendió. Una vía de agua. Había una vía de agua. *Mierda.* ¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Se había perforado el casco al arrastrarlo para subir o bajar por la orilla? Vio un ojo negro en el centro del casco. Un agujero negro. *No.* En sus prisas por meterlo en el agua se había olvidado de poner el tapón. Lo había dejado en la caseta, al lado del pantalán. Era culpa suya que estuviera entrando agua. *O, muy probablemente, será un suceso imprevisto propiciado por el progreso tecnológico lo que acabe con la humanidad.* Soltó los remos y se dobló hacia delante en el asiento. Echó un vistazo rápidamente. Una cuerda. El ancla de tres puntas. Una esponja. No había nada con que achicar. Podía quitarse la camiseta y taponar el agujero, pero no serviría de nada. El algodón se inflaría como un globo. La bola de tela se escurriría. Se encontraba a unos ochocientos metros de la orilla.

¡Cuánta tranquilidad alrededor!

De repente supo cómo terminaría todo. La barca seguiría llenándose de agua mientras intentaba volver, rindiéndose irremediamente hasta hundirse.

Conseguiría llegar a la orilla nadando, pero sería indigno y feo, tragaría agua y se ahogaría de desesperación. El rescate habría sido un fracaso. Y él no lograría volver. Aunque fuera corriendo por la orilla a la cabaña de los vecinos, aunque aporreara su puerta como una loca para pedirles que le prestaran su barca, y los oyera avisar a los servicios de emergencia en aquella lengua pura e impenetrable, no lo encontrarían, ni a él ni su cuerpo. Habría desaparecido. Y ella sería cómplice. Jamás volvería a querer a nadie de la misma manera.

Empezó a gemir. El paisaje se volvió borroso. El miedo se estaba bifurcando: notó una separación fibrosa en el pecho, un íntimo desgarró, tan profundo que apenas podía soportarlo. Luego, sin ningún dolor, se blindó, y el miedo volvió a ser singular: temía únicamente por sí misma.

Miró de nuevo a lo lejos y, por un segundo, pensó que lo vería acercarse nadando tranquilamente, que estaba cerca y llegaría a tiempo de ayudarla. Si cambiaba la cómoda brazada de la braza por el crol, la alcanzaría antes de que la barca estuviera llena de agua. La crisis se suavizaría si él estaba con ella. Sola, sus posibilidades serían peores. Se levantó, y el movimiento zarandó la barca. Una ola pequeña y oblicua le rozó el tobillo antes de retirarse. *¿Dónde estás? Por favor.* Observó el agua detenidamente. El lago estaba vacío. Lleno de cielo resistente a la noche. Cuando volvió a sentarse, el seiche le dio de nuevo en los pies. El charco seguía aumentando. Tenía unos quince centímetros de profundidad. Dentro había algo más. Ese color. Y a pesar de que estaba abrumada por la personalidad de aquel lugar extraño, de que no comprendía su esencia, el instinto de enfrentarse a él fue inmediato y violento. Un deseo que le dejó sabor a sangre en la boca. Cogió primero un remo y luego el otro. Miró hacia la orilla y al principio no fue capaz de distinguir las cabañas diminutas. ¿Cuál era? ¿Cuál? La primera, la del tejado rojo. Con el retrete y la sauna separadas. Y la playa pequeña. Y el prado silvestre, donde una vez apareció un lobo. Viró el bote con el remo derecho. *En invierno, les había dicho Anna Sutela, hay veinte horas de oscuridad. La nieve llega hasta el tejado. Nunca venimos aquí.*

Agradecimientos

Gracias a las siguientes personas por la lectura, la edición y los comentarios de estos relatos: Lee Brackstone, Peter Hobbs, Mary Morris, Kate Nintzel, David Watkins, Clare Conville, Lisa Baker, Jane Kotapish, Damon Galgut, Trevor Horwood, Jem Poster, Jon McGregor, Ellah Wakatama Allfrey, Tracy Bohan y Tom Gatti.

Gracias a las siguientes personas por su ayuda en materia de documentación:

Dr. Richard Thwaites, Dr. Ben Irvine, Rebecca Watts, Dr. James Garvey, Dr. Frances Brooke, Dra. Joanna Härmä, Elizabeth y Anthony Hall, Anna Sutela, Fiona Rankin y Lucy Ashton-Geering.

Algunas versiones de estos relatos han aparecido en los siguientes medios: *Granta*, *The Guardian*, *The New Statesman*, BBC Radio 4, *Reader I Married Him*, *Royal Academy Magazine* y *Vice*.

«Señora Fox» y «Perfume de carnicero» fueron finalistas del Premio Nacional de Relatos de la BBC; «Evie» fue finalista y «Vuotjärvi» seleccionada del Premio EFG Private Bank del *Sunday Times*.

Título original: *Madame Zero. The Beautiful Indifference*

Edición en formato digital: 2018

THE BEAUTIFUL INDIFFERENCE

Copyright © 2011, Sarah Hall. All rights reserved

MADAME ZERO

Copyright © 2017, Sarah Hall. All rights reserved

© de la traducción: Catalina Martínez Muñoz, 2018

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-230-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es